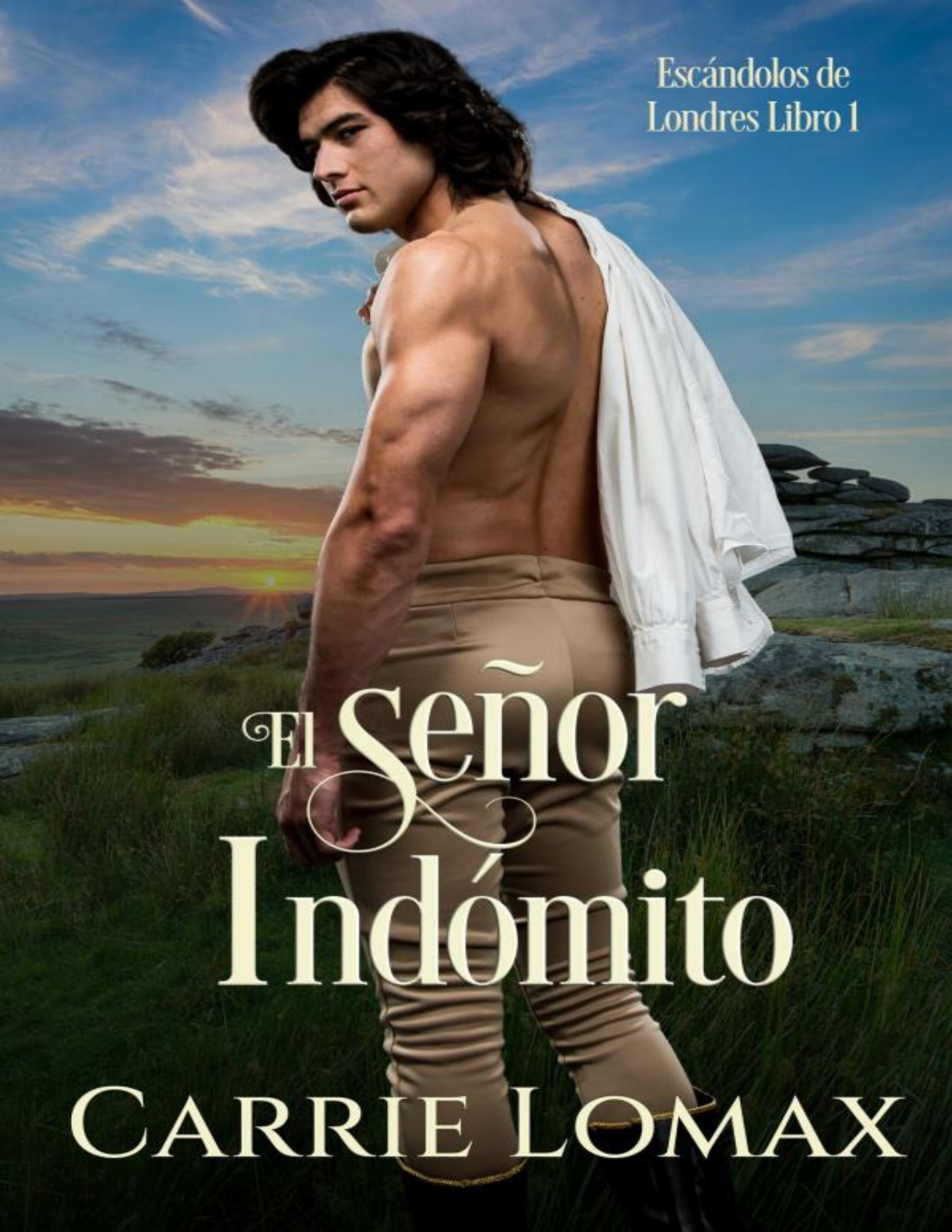

Escándolos de
Londres Libro 1
El Señor
Indómito
Carrie Lomax

El Señor Indómito

ESCÁNDALOS DE LONDRES

CARRIE LOMAX

Copyright © 2019-2024 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidencial, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Dark Petals Creations.

Sobre la serie Escándalos de Londres

La serie Escándalos de Londres son novelas independientes interrelacionadas con un final feliz garantizado. Sumérgete en las románticas historias que escandalizan la alta sociedad londinense.

El Señor Indómito: Un heredero reluctante al borde de la locura. La búsqueda desesperada de una mujer por salvarlo. Un amor que no se rinde...

El Ascenso en Lady Dalton: El inesperado matrimonio de su hermana con un conde le ofrece a Viola una vida de lujo inimaginable, con poco espacio para el amor. Cuando recae sobre ella la sospecha de una serie de robos de joyas, no tiene más remedio que recurrir a un apuesto vizconde en busca de ayuda. Pero, ¿sus secretos bien guardados destruirán su oportunidad de amor?

El Señor Perdido: Es el heredero de nada, señor de nadie. Despojado de su herencia cuando su hermano, dado por perdido, "milagrosamente" regresó a Inglaterra, ha sido exiliado a América desde un trágico accidente. Ahora tiene un plan para recuperar su antigua gloria seduciendo a una joven adinerada y protegida. Pero cuando ella descubre su trama, se ve obligado a enfrentar sus verdaderos sentimientos por la mujer que ama.

El Corazón Robado del Duque: Una ladrona astuta se encuentra con su igual en un duque rígido y desconfiado. Él quiere que ella robe una querida reliquia familiar. En su lugar, ella le roba el corazón.

Si el dolor admite compañía,
Repasad vuestras penas contemplando las mías:
Yo tenía un Eduardo, hasta que Ricardo lo mató...
Ricardo III, Acto 4, Escena 4

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras Obras de Carrie Lomax

Uno

—¿Quería verme, Dr. Patton?

Harper Forsythe se detuvo a mitad de camino de la puerta, colocándose un mechón de cabello castaño miel detrás de la oreja. Mientras sus ojos se adaptaban lentamente a la penumbra, se dio cuenta de que había dirigido su pregunta al lugar equivocado. El buen doctor no estaba en su escritorio.

—Sí, pase, señorita Forsythe. Estoy terminando con nuestra paciente —El Dr. Patton estaba sentado junto a la figura vestida de blanco de una adolescente que yacía catatónica en el sofá. Su largo cabello rubio se derramaba sobre el sofá y caía casi hasta el suelo. El efecto podría haber sido bonito de no ser por su inquietante e inexpresiva quietud. Una mano colgaba, como una garra, sobre el borde del sofá, tan inerte como si estuviera hecha de cera.

La suave terquedad del doctor en que Camilla podría ser sacada de su estado catatónico hizo que Harper apretara los dientes para contener su lengua. En privado, Harper consideraba sus esfuerzos una pérdida de tiempo. Camilla Grey era un caso perdido.

Aun así, entendía la obstinación inflexible del doctor por salvar a una paciente. También habían discutido sobre sus pacientes.

El director del sanatorio más reconocido de Inglaterra se levantó de su silla con un resoplido de esfuerzo. Se arrastró hasta su escritorio.

—Páseme a Yorick y siéntese, señorita Forsythe. La señorita Grey no nos molestará, estoy seguro.

Los labios de Harper resistieron una sonrisa. Colocó las puntas de sus dedos alrededor de la circunferencia del cráneo que descansaba en el asiento de un desgastado sillón de orejas y miró fijamente en las cuencas vacías. Delicadamente le ofreció el cráneo a su mentor, luego acomodó sus faldas pulcramente debajo de ella y se sentó con recato mirando la espantosa pared detrás del escritorio del Dr. Patton.

Cerebros. Al menos veinte de ellos alineados en los estantes detrás del escritorio, cada espécimen marchito flotando en líquido conservante dentro de un frasco de vidrio sellado con cera de abeja.

—Puedo ver por la expresión de tu rostro lo desesperado que consideras su caso. Sin embargo, detecto algunas señales de vida en ella. Donde hay vida, hay esperanza. Perdonarás las cortinas —Esto último no era una pregunta. Harper asintió. La señorita Grey se encogía ante el sol como un caracol retrayéndose en su concha.

Cuanto más avanzaba hacia la mediana edad, menos inclinado parecía el Dr. Patton a tratar

con los pacientes más difíciles. La señorita Grey era la excepción. La responsabilidad del cuidado continuo de los individuos más dañados dejados al cuidado del Asilo para Perturbados Mentales de Patton recaía cada vez más sobre los hombros de sus asistentes, de los cuales Harper era la mejor.

Tenía que serlo. Una mujer sola en el mundo, tenía suerte de tener un empleo significativo. Por lo tanto, Harper contaba sus recompensas observando los brotes de confianza que surgían en los ojos de sus pacientes en lugar de libras esterlinas.

Otra sutil recompensa era la confianza del doctor. El doctor no llamaba a sus asistentes a su oficina sin motivo. Algo se estaba tramando, y la había elegido a ella para saberlo primero. El orgullo se hinchó reconfortantemente en su pecho.

—Recibí una carta de particular importancia esta mañana —continuó, revolviendo el montón de papeles en su escritorio hasta que encontró el que buscaba. El Dr. Patton buscó en su bolsillo un par de anteojos con montura de plata. Sobre su nariz, le daban un aspecto de búho—. ¿Conoces al Conde de Briarcliff? —preguntó el doctor.

Harper se estrujó el cerebro. Tenía poca interacción con la aristocracia y no tenía tiempo para chismes sobre personas que no conocía.

—No lo conozco.

Patton no pareció sorprendido, consciente de que su asistente más favorecida rara vez se tomaba el tiempo para algo que no fueran sus pacientes. Meneó la cabeza como un perro viejo y peludo.

—Incluso los desquiciados saben más del mundo más allá de estos muros que tú —comentó el Dr. Patton con un suspiro.

Harper levantó la barbilla.

—Ilústreme.

El doctor se acomodó en la silla antes de hablar. Harper se movió en su asiento y se preparó para una de las famosas historias largas de su empleador.

—El anterior conde de Briarcliff era el hermano del actual conde. Ambos hermanos trabajaron para el gobierno británico durante las Guerras Napoleónicas. El hermano mayor era un espía y tuvo una muerte bastante horrible a manos de los franceses a principios de 1808 —Juntó las puntas de sus dedos sobre la redonda expansión de su vientre.

—El actual conde, sin embargo, era embajador en la corte portuguesa. Ante la amenaza de los ejércitos de Napoleón, toda la corte (diez mil personas) huyó casi de la noche a la mañana a Brasil, acompañada por buques de guerra británicos. En ese momento, el conde tenía consigo a sus dos hijos mayores, Edward y Richard. Seguramente recuerdas haber leído algo de esta historia cuando eras niña, ¿no?

—Un poco —dijo Harper a la defensiva. Gracias al Dr. Patton y su esposa, había recibido una educación más que adecuada para una joven soltera con pocas perspectivas. Así que fingió familiaridad con la historia, para no insultar su generosidad.

—En el caos de la partida, el actual conde se vio obligado a llevar consigo a sus hijos para un viaje inesperado a Brasil. Trágicamente, el hijo mayor desapareció durante un recorrido por la selva amazónica en 1808, poco después de la llegada de la corte.

—Qué triste. ¿Fue secuestrado? ¿O simplemente se perdió? —preguntó Harper.

—Nadie lo sabe. El interior del continente sudamericano nunca ha sido completamente explorado, y aunque se enviaron expediciones, solo se desenterraron rumores sobre el niño. Hasta ahora —dijo el doctor con un movimiento de cejas. Harper le recompensó con una sonrisa indulgente.

—¿De verdad no lees los periódicos? —preguntó él.

Harper negó con la cabeza una vez, decididamente.

—No tengo tiempo. Mis pacientes me necesitan.

—¿Te sientes sobrecargada de trabajo aquí?

Harper parpadeó ante la pregunta del doctor. No había tomado vacaciones en años, pero en parte era porque no tenía a dónde ir. Su única familia, una hermana, vivía en el norte de Inglaterra, que bien podría ser la luna dado el tiempo y el gasto que tomaría hacer el viaje.

Desde que el doctor y su esposa le habían dado un hogar, una educación y un propósito aquí en el asilo, nunca había sentido la necesidad de estar en ningún otro lugar. Su esperanza secreta era que los Patton le dejaran el asilo para que lo dirigiera como propio algún día, cuando fueran lo suficientemente mayores para querer más paz y descanso. Era una esperanza que no se atrevía a expresar por su impresionante audacia... todavía.

—En absoluto —respondió honestamente.

—Varios de tus pacientes están haciendo progresos notables. La chica Kilbourne, la que padece melancolía severa, está casi lista para ser dada de alta, ¿no es así?

—Sí —la pérdida de la pequeña Jenny dolería a pesar de su alegría por la recuperación de la niña. Habría nuevos pacientes. Siempre había personas que necesitaban ayuda, y eso significaba que siempre habría un lugar para ella aquí en el asilo.

—Bien hecho. ¿Qué hay del señor Smith?

El corazón de Harper se hundió. Smith creía ser perseguido por demonios y brujas que lo torturaban sin piedad. Nada de lo que Harper había intentado en su considerable conocimiento de tratamientos creativos podía convencerlo de lo contrario.

—Lamento informar que no ha habido progreso con el señor Smith —para Harper, su incapacidad para mejorar su vida era el peor tipo de fracaso personal.

—Algunos casos son tristemente incurables —comentó el doctor sin juzgar. Patton le había advertido que perdería un tiempo valioso tratando de tratar a Smith, pero Harper había insistido en tomar su caso. El trastorno aparecía en la adolescencia tardía y se deterioraba progresivamente. Harper se había demostrado impotente para detenerlo. Miró la forma sin vida de Camilla Grey.

En su sabiduría, el Dr. Patton la había dejado intentar y fracasar. La próxima vez que tuviera un paciente así, dirigiría mejor sus esfuerzos hacia pacientes para los que hubiera esperanza de mejoría.

—Volviendo a nuestro tema anterior, el hijo del conde ha regresado del continente sudamericano con graves trastornos. Entiende inglés, o parte de él, pero es propenso a la ira y la melancolía. No ha lastimado a nadie, pero la familia está aterrorizada de él.

Un escalofrío de anticipación hizo que Harper apretara los dedos en su falda. Seguramente el doctor le estaba diciendo, a su manera indirecta, que tomaría el caso y estaría ausente por algún tiempo. Cualquier conde era un cliente importante. El Dr. Patton debía haberla llamado aquí para decirle que la dejaría a cargo del asilo en su ausencia. Esta podría ser su oportunidad de demostrar a los Patton que era capaz de manejar las cosas. No se estaban haciendo más jóvenes, y ella era lo más parecido que tenían a una hija. Si lo hacía bien, estaría en terreno firme para acercarse a ellos y pedir su sueño. Harper juntó las manos para mantenerlas quietas. Su pie golpeteaba el aire debajo de su falda.

—El conde, comprensiblemente, desea ver a su primogénito heredar si se puede restaurar su cordura. Me ha hecho una oferta muy, muy generosa por mis servicios exclusivos.

Harper luchó contra una sonrisa y perdió. Era exactamente como lo había imaginado.

—Qué maravilloso para usted, Dr. Patton.

—Desafortunadamente, estoy demasiado ocupado con el asilo para acomodar la solicitud del conde.

La sonrisa de Harper se desvaneció. Su bota se congeló a medio golpeteo.

—En mi respuesta al conde, recomendaré enviar a mi mejor asistente para hacer una evaluación inicial. Tú.

Harper se sintió como una piedra arrojada por un acantilado. —¿Qué hay de mis pacientes?

—Miller y Skitchum dividirán tus pacientes entre ellos. Me aseguraré de que sigan tus instrucciones al pie de la letra. Con Jenny a punto de ser dada de alta y el Sr. Smith recibiendo cuidados de mantenimiento como has recomendado en tus informes, la carga no será inmanejable. Si es necesario, puedo contratar a un asistente con el salario que no te estaré pagando.

Harper jadeó. —No puede querer decir que voy a ser *reemplazada*.

El doctor la miró por encima de sus gafas plateadas. —Harper, querida, no te desanimes. Esta es una oportunidad tremenda. Yo me hice un nombre curando al hijo del Duque de Mayham. El dinero que gané fue suficiente para permitirme iniciar mi propio asilo.

—¡No puedo iniciar mi propio asilo! —Sus nudillos se volvieron blancos mientras apretaba los puños en su falda—. ¿Quién enviaría pacientes a una mujer doctora? Una que es joven e inexperta, además.

El hombre mayor se levantó de su cómoda silla de cuero, su barriga rozando el borde del escritorio. —Te subestimas. No eres inexperta, Harper. Has estado atendiendo a tus propios pacientes durante seis años. Puedes establecer tu reputación como sanadora curando al hijo del Conde de Briarcliff. Te llevará más lejos que cualquier aprendizaje conmigo. El muchacho está perturbado, pero seguramente todo lo que necesita es alguien que lo ayude a aclimatarse a su entorno natural. *Tú* puedes ser esa persona, Harper. Enseña a Lord Northcote a comportarse como corresponde a un conde y estarás completamente libre de tu dependencia de mí.

—No quiero estar libre de usted —declaró Harper con fiereza. No lloraría aquí. No podía—. Usted y la señora Patton son mi familia. Han sido mis maestros y mis apoyos. ¿Ahora quiere enviarme lejos?

—Oh, no, mi pequeña Arpa lírica. Nada de eso. No te obligaré si no quieres ir. Es solo que odio verte encadenada a este lugar de sufrimiento humano cuando podrías hacer tanto bien por el mundo, si tan solo extendieras tus alas —el doctor le daba palmaditas ineficaces en el hombro. Su rostro estaba caliente, y se mordió el labio para evitar que temblara.

—Si puedo hablar como un padre, en lugar del verdadero padre que perdiste...

Harper sorbió por la nariz.

—Me preocupa que te hayas apegado demasiado a este lugar. Entiendo que tu infancia fue inestable, por decir lo menos. Este es el único hogar que has conocido como propio. Pero no es un hogar para una mujer adulta. Deberías tener pretendientes. Deberías bailar e intentar ser una chica normal. Tienes veinticinco años...

—Veintiséis la próxima semana.

—Por supuesto. No había olvidado tu cumpleaños, querida.

—Bailé en el baile de Navidad. Dos veces.

—Es junio. Eso fue hace seis meses —nunca uno para el contacto prolongado, el doctor le dio una última palmadita en el hombro y fue a su escritorio. Reunió un montón de periódicos y se los tendió. Harper los tomó en silencio.

—¿Podría pensarlo un rato? —preguntó.

—Léelos y toma una decisión informada —abrió un diario negro, aplanó las páginas con la palma, mojó su pluma y comenzó a escribir.

Harper apenas registró el pequeño chillido emitido por la mujer catatónica en el sofá mientras cerraba la puerta suavemente detrás de ella.

Depositó los papeles en su escritorio y cerró su habitación con llave. Ya en los cuidados terrenos de la finca, Harper levantó sus faldas y corrió hacia el enorme sauce que marcaba la presencia de un estanque poco profundo. Las hojas susurrantes colgaban casi hasta el suelo en un dosel protector.

No podía dejar el asilo. Era todo su mundo.

Harper cogió una piedra y la lanzó al estanque. Una familia de patos asustados se alejó graznando indignadamente. Si iba a Briarcliff, tendría que valerse por sí misma, con solo el apoyo distante de su mentor. Aunque entendía que no podía pasar la vida dependiendo del Dr. Patton para abrirse camino, la perspectiva de aventurarse por su cuenta la hacía sentirse tan capaz y valiente como aquellos patitos nadando tras su madre.

—Cobarde —murmuró.

Y sin embargo... la idea cosquilleaba en su imaginación, una chispa de posibilidad brillante como un diamante. Aquí había una oportunidad de hacer algo importante. Si tenía éxito, podría marcar una verdadera diferencia para otras mujeres que practicaban la medicina.

Si es que había alguna. Suspiró. Tal vez el Dr. Patton tenía razón. Quizás ya era hora de que intentara vivir fuera de los hermosos confines de su hogar.

Harper había trabajado duro para convertirse en la protegida ideal. ¿Cómo podría saber si era realmente buena a menos que lo intentara?

Imagina si tuviera éxito.

Sería aún más fácil argumentar que debería ser nombrada directora del asilo. Triunfara o fracasara, siempre podría volver aquí.

—Oí que estuviste en el despacho grande hace media hora.

El pie calzado de Harper se sacudió al girarse. Aterrizó en el borde del agua, dejando una mancha oscura en el cuero desgastado.

—Miller. Este es mi lugar.

—No es más tuyo que mío. —Un hombre desgarbado se acomodó en la orilla del río a unos metros de distancia—. ¿Qué quiere el doctor contigo?

—Ya has invadido mi sauce. Mantén tu nariz fuera de mis asuntos. —Harper se levantó, sus faldas sombrías cayendo alrededor de sus piernas como una cortina protectora. Al apartar las hojas colgantes del sauce con ambas manos, disfrutó no poco de la satisfacción de oírlas dar una bofetada que ella no se atrevía a intentar.

Aunque había ganado una medida de respeto a regañadientes de sus colegas, Miller y Skitchum, Harper no era en absoluto amistosa con ellos. Ambos hombres tenían títulos universitarios que a ella nunca se le permitiría obtener, pero ella tenía años de experiencia y un estrecho aprendizaje con un maestro. Solo la más fina capa de civismo enmascaraba los celos mutuos tóxicos y la competitividad de su relación laboral.

Miller la siguió pisando fuerte, sus largas piernas manteniéndose fácilmente al paso.

Harper lo miró por encima del hombro. —¿No puedes captar una indirecta?

—Puedo, pero no lo haré hasta que averigüe qué quería el doctor contigo.

El patio amurallado no era grande. Se dirigió hacia los establos, situados a sotavento de la casa. Dos hombres paleaban estiércol de caballo en una carretilla, el penetrante olor mezclado con la dulzura del aire de principios de verano. Su mirada se intensificó. Miller elegía el trabajo

más humillante para los pacientes que menos le gustaban. Una de las convicciones de Patton era el poder curativo del trabajo significativo. Miller tomaba esa noción y la retorcía.

—Los chiflados no son demasiado buenos para palear mierda de caballo. —Miller captó su desaprobación y se puso a la defensiva. Justo, pero no siempre tenían que ser los mismos pacientes haciendo el trabajo más duro y maloliente.

En dos zancadas largas, Miller se adelantó y plantó su cuerpo de frijol en su camino. Harper se detuvo en seco.

Lástima que no fuera lo suficientemente grande como para atropellarlo. La corona de su cofia apenas llegaba al hombro de Miller.

Harper inhaló un aliento estabilizador con olor a estiércol antes de encontrarse con sus ojos. Deseaba que fueran pequeños y parecidos a los de un pájaro. En cambio, exudaban calidez y autoridad. El resto de su rostro apenas fallaba en ser apuesto. Piel insulsa, nariz indiferente, labios finos, mentón prominente.

Sin embargo, Miller era un hombre con buenas perspectivas. Como mujer con malas perspectivas, sería inteligente hacerlo su aliado.

—Con todo respeto, estás engañado si crees que nuestros pacientes no pueden discernir cómo repartes las mejores tareas a tus favoritos. —Harper apenas intentó ocultar su desprecio por un hombre que se entretenía con juegos mezquinos destinados a humillar a los enfermos. Tal vez fuera inofensivo, pero hablaba mucho de su carácter.

—Ten cuidado con tu lugar, señorita Forsythe.

—Mi lugar aquí no está en duda. —Las cejas de Harper se arquearon graciosamente hacia arriba.

Miller dio un paso más cerca. Fue tan rápido que ella no entendió lo que estaba pasando hasta que su lengua se deslizó dentro de su boca. Su mano estaba dura en su barbilla, manteniéndola en su lugar.

—¡Gah! —Harper se apartó bruscamente. Al otro lado del patio, uno de los pacientes señaló, murmurando a su compañero.

—Serías una buena esposa para un director de asilo si fueras más dócil. Eres lo suficientemente atractiva para la cama, para ser una sabelotodo arpía. —Miller la observó frotarse para quitarse el beso no deseado con el dorso de la mano, sus labios una mueca de desprecio desconcertado.

Harper se inclinó y recogió un pegote de barro y estiércol con la mano desnuda. Se lo arrojó a la cara, solo para fallar cuando él esquivó el proyectil.

Alcanzó otro puñado. Esta vez le dio de lleno en la espalda cuando se alejaba.

—Eres un caso perdido, Harper —le lanzó por encima del hombro.

Harper regresó directamente a la oficina del Dr. Patton, jadeando un poco por el esfuerzo de subir corriendo las escaleras mientras irrumpía por la puerta. Que confundiera su acuerdo con entusiasmo.

—Lo haré —declaró—. Iré.

El doctor sonrió con aprobación. —Escribiré al conde de inmediato.

Se volvió hacia la puerta. La voz del doctor la detuvo.

—Harper.

—¿Sí?

—¿Has leído los periódicos?

Sintió que sus hombros caían fraccionalmente. —Aún no.

—Asegúrate de hacerlo. *Praemonitus praemunitus*.

El que avisa no es traidor.

Dos

—No puedo creerlo. ¿Su médico charlatán no puede venir él mismo, incluso después de que le ofreciera una suma principesca? ¿Así que le endosa a algún lacayo? —Richard no podía superar lo absurdo de que su padre estuviera gastando la herencia de *él* en un vano intento de restaurar la cordura del hermano loco cuya abrupta llegada le había robado su futuro, si es que Edward tenía salvación. La única persona hasta ahora que creía que esto era posible era su padre.

Para gran consternación de Richard, el conde de Briarcliff ignoró a su segundo hijo mayor. Esto estaba sucediendo cada vez más a menudo desde que la familia se había mudado permanentemente a Briarcliff para evitar el constante escrutinio público que enfrentaban en la ciudad. Aquí, Edward podía portarse mal y escalar paredes como quisiera —y lo hacía, con alarmante frecuencia— sin multitudes siguiéndolo y una constante sucesión de artículos apareciendo en la prensa.

Aquí en el campo, Richard también tenía licencia para quejarse sobre la herencia que alguna vez creyó suya.

—Se dice que el Dr. Patton es el mejor médico de la mente en toda Inglaterra. Curó a la señorita Arabella Rivington de su miedo a salir de casa. Tras su recuperación, hizo un excelente debut y un matrimonio aún mejor. Quiero la misma tranquilidad para mi hijo. Nada me traería mayor alegría que poder rehabilitar a Edward, pero si está fuera de nuestro alcance, necesito hacer planes para su futuro. El asilo del Dr. Patton no tiene parangón, nada que ver con las instituciones públicas que brotan como malas hierbas. —El padre de Richard lo miró fijamente —. A las cuales estoy seguro de que confinará a Edward en el instante en que yo muera.

—Le conseguiría una habitación privada —declaró Richard, ofendido. Era simplemente entendido que el heredero se ocupaba de los miembros menos afortunados de la familia. Incluso si —especialmente si— el heredero era un lunático.

—Espero que se mantenga fuera del camino del doctor mientras examina y trata a su hermano. Sé que piensa que soy tan grueso como un roble, pero le aseguro que soy completamente consciente de su insatisfacción con el regreso de su hermano. Permítame asegurarle que si su hermano vuelve a la cordura y la propiedad pasa a él, no es un juicio sobre usted, sino una reafirmación del orden natural del mundo. Él nació antes que usted. Eso lo convierte en mi legítimo heredero.

Richard caminaba de un lado a otro sobre la alfombra Aubusson, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Usted se regocijaría con ese resultado.

—Lo haría, porque significaría que tengo tres hijos sanos, contando al joven Benjamin. Su vida no terminó con el regreso de Edward —respondió el conde suavemente, entre dientes apretados.

—Es una humillación —insistió Richard.

—Lo que es humillante es su constante aguijoneo y lloriqueo por dinero y estatus. ¡Es peor que una pescadera! —rugió Charles.

Todo el rostro de Richard se tensó como si hubiera recibido una bofetada.

—¡Es de hecho una maldita humillación ser destronado por un simio crecido que se hace pasar por mi hermano! —gritó en respuesta. Su punto quedó demostrado cuando un par de pies muy grandes y extremadamente sucios se balancearon repentinamente a la vista a través de la ventana.

—Oh, ¿está escalando la fachada de nuevo? —El conde se movió para abrir la ventana de guillotina y miró hacia arriba—. Ten cuidado, Edward. Acabo de recuperarte y no soportaría perderte de nuevo tan repentinamente.

Los pies desaparecieron mientras el zoquete del hermano de Richard se alejaba trepando. Toda la casa estaba en un estado de constante agitación. En las semanas desde la llegada de Edward, el personal había comenzado a murmurar que la Mansión Briarcliff se había convertido en un manicomio. Varias criadas habían renunciado, y la casa estaba con poco personal, lo que aumentaba el tumulto.

Como la mayoría de las discusiones que la habían precedido en las últimas semanas, esta no tanto terminó como hizo una pausa hasta que Edward pudiera ser traído de vuelta a tierra firme.

Charles se desplomó en un sillón de orejas, con la frente formando una media luna entre sus dedos.

Richard no podía recordar la última vez que su padre le había gritado. Dolía tan mal como cuando le daban con una vara en el trasero desnudo cuando era un niño. Habría preferido ese castigo a los que estaba sufriendo actualmente. Siguió a su padre de habitación en habitación mientras el conde buscaba una ventana que lo pusiera al alcance de la voz de su hijo mayor. Gracias al cielo, el hombre mayor aún no había intentado salir al tejado de fuerte pendiente con su precario pasadizo. Después de un rato, Richard abandonó a su padre y salió a ver la cabeza calva del conde asomarse por una ventana tras otra, como un ratón corriendo a través de un gigantesco bloque de queso suizo.

Vio a su hermano saltar desde un balcón de Julieta a las ramas de un roble, a treinta pies del suelo, y jadeó horrorizado.

—Cáete, idiota balbuceante —siseó Richard. Los caballeros no volaban de tejado a rama de árbol. Eran conscientes de los legados familiares. Mantenían los dos pies firmemente en el suelo en todo momento.

Sin embargo, el hecho incontrovertible seguía siendo que la Bestia de Briarcliff era efectivamente su hermano. Su identidad había sido confirmada por la marca de nacimiento en su cadera. Una vez lavado, el rostro bajo la mugre era inconfundiblemente el de su hermano. Dejar la propiedad a Edward sería un desastre sin paliativos. Su padre simplemente estaba demasiado ciego para ver que el confinamiento era la mejor solución para todos los involucrados.

~

Harper tuvo mucho cuidado de no tropezar con el dobladillo de su nuevo vestido de viaje mientras bajaba del carruaje que el conde había enviado para recogerla de la posada. La señora

Patton lo había mandado hacer en honor a lo que ella había llamado la Gran Aventura de Harper.

El nuevo vestido no había impresionado al cochero, ni al lacayo acompañante. Había requerido media hora de discusión antes de que los dos hombres le permitieran subir al reluciente carruaje negro con el escudo de un león rugiendo entrelazado con una rosa muy espinosa. El conductor la había dejado en la entrada de la casa, frunciendo el ceño, y se había marchado en una nube de polvo.

Harper levantó su valija y subió pesadamente los escalones hacia la imponente mansión. Estaba cansada y dolorida por el viaje de dos días. Todo lo que quería hacer era cambiarse a ropa limpia y relajarse con una buena taza de té.

Lamentablemente, la puerta de la inmensa mansión permaneció obstinadamente cerrada ante ella.

Alcanzó la aldaba de hierro y la levantó, decidida a hacerse oír. Su agarre era tal que casi se cae cuando la puerta se abrió en silencio sobre sus goznes para revelar a un mayordomo con peluca y ceño fruncido. Al soltarla, tropezó un paso hacia atrás. La aldaba golpeó ruidosamente contra la placa. Harper hizo una mueca.

—Las aspirantes a criadas deben usar la entrada lateral —entonó el mayordomo. Harper no tenía duda de que si en efecto estuviera preguntando por un puesto de criada, no estaría recibiendo una oferta de empleo.

No obstante, sonrió tan cálidamente como pudo.

—Soy la doctora Forsythe. El conde me está esperando.

Adiós al mayordomo imperturbable. El hombre la miró fijamente durante tanto tiempo y con tal escepticismo que ella empezó a preguntarse si le habían salido un par de alas.

—He venido desde muy lejos. ¿Podría al menos entrar y sentarme? —preguntó después de un largo minuto. La puerta se cerró de golpe en su cara.

—Parece que no —se dijo Harper. Colocó su maleta en el escalón superior y bajó con cuidado las escaleras hacia los jardines cuidados. Protegiéndose los ojos, miró hacia arriba, y más arriba, hasta los tejados puntiagudos. Por un momento, Harper creyó ver algo grande moviéndose entre los tejados, pero debió ser un truco del sol de la tarde. Bajó la mirada hacia los adornos tallados que florecían en la pálida fachada de piedra de Bath.

Un ruido desde arriba hizo que levantara la cabeza de golpe. Algo rodó por las tejas y aterrizó con un fuerte *crac* en el empedrado a su lado. Harper se agachó para recogerlo. Una bellota. No había sido más que una ardilla. La lanzó al aire y la atrapó de nuevo. Era difícil creer que algo tan frívolo y ruidoso como un pequeño roedor pudiera sobrevivir en este lugar silencioso y amenazante.

La puerta de la mansión se abrió detrás de ella. Harper se guardó la bellota rota en el bolsillo mientras se giraba. Un hombre alto y ligeramente desaliñado, con el pelo oscuro canoso y ojos hundidos, la miraba con furia.

—¿Dónde está el doctor Forsythe? —exigió. Harper se estremeció ante la furia del hombre.

—Soy yo —respondió Harper, volviendo apresuradamente al porche.

—No mandé llamar a una niñera. Mandé llamar a un *médico*.

Harper miró directamente a los ojos del hombre enfurecido.

—Soy Harper Forsythe, la aprendiz del Dr. Patton. Seguramente le informó de mi sexo, ¿no?

—No lo hizo —escupió el hombre.

—Vaya. Eso fue sumamente descuidado de su parte —Harper parpadeó, desconcertada. El Dr. Patton debió creer que el conde nunca aceptaría a una mujer médica—. Me disculpo en nombre del Dr. Patton por cualquier malentendido. Estoy segura de que no fue intencional.

—¿Lo está? Yo no —el hombre se desplomó contra la puerta mientras una segunda figura se acercaba desde el sombrío interior. Este parecía unos treinta años más joven y guardaba un claro parecido familiar con el hombre mayor. Vestía la chaqueta de lana más fina que Harper había visto jamás, sobre una camisa almidonada y planchada a pesar del calor del día. Harper había conocido a familias adineradas que habían traído discretamente a parientes enfermos para vivir en el asilo. Conocía la diferencia entre el paño fino y el humilde tweed. El tejido de esta chaqueta era tan fino que la tela brillaba con un fino lustre. Era apuesto, con un cabello castaño espeso, ojos oscuros y una mandíbula fuerte.

A Harper le desagradó de inmediato.

Especialmente cuando la miró fijamente por un largo momento y luego estalló en carcajadas.

—Tu gran médico no solo ha enviado a un lacayo, padre, sino a una *mujer*. Ciertamente sabes cómo hacer salir a los charlatanes de la madera.

La conmoción de Harper fue tan fría como un baño de hielo.

Ser descartada como un fraude no era una experiencia nueva, se recordó a sí misma. Era solo que ella esperaba ser esperada. El doctor debería haberle allanado el camino. En cambio, su omisión había hecho las cosas mucho más difíciles de lo necesario.

El hombre mayor miró a su hijo con furia.

—Richard, cállate. No has hecho más que quejarte de la reaparición de tu hermano durante semanas. Vuelve a Londres. Tu club seguramente te da por muerto. Ocúpate de tus bailarinas y actrices y aduladores mientras aún estén interesados en ti.

La diversión en la expresión del hombre bien vestido se cristalizó en dagas heladas.

—¿Y perderme la diversión de ver a la señorita Forsythe intentando domar a Edward? Jamás.

—Me has malentendido, Richard. *Lárgate*.

Un lacayo apareció detrás de los dos hombres. El conde le hizo un gesto.

—Empaca las pertenencias de Richard y prepara el coche. Regresa a Londres esta tarde. Luego lleva esa maleta arriba y ponla en la habitación de invitados. Es lo único decente que podemos hacer mientras resolvemos esto.

El conde indicó bruscamente a Harper que lo siguiera. Ella lo hizo rápidamente, antes de que la puerta pudiera cerrarse en su cara por segunda vez. Richard pasó corriendo junto a ella, discutiendo con su padre en voz baja. El oído de Harper era lo suficientemente agudo como para captar parte de su conversación, aunque tuvo cuidado de no parecer interesada.

—No puedes pretender hacer esto. Es una *mujer*. Te han engañado. Padre, no va a funcionar. Edward es irreparable, está más allá de toda ayuda. Por lo que sabemos, este gorrión común está tramando aprovecharse de su estado alterado...

Harper aceleró el paso. ¡Cómo se atrevía esa rata a poner en duda su ética!

—Disculpe. No pude evitar escuchar. ¿Está cuestionando mi ética profesional, su señoría? —Por muy enojada que estuviera, Harper tuvo cuidado de conceder al hombre un grado adecuado de respeto. Los hombres se detuvieron al unísono.

—Siendo mujer, difícilmente puede afirmar tener una profesión, y mucho menos una ética que la acompañe —respondió el detestable hijo.

Harper le lanzó dagas con los ojos.

—He estado tratando pacientes de ambos sexos, por mi cuenta, durante seis años. Muchos han regresado con sus familias para llevar vidas plenas y productivas. Supongo que quiere lo mejor para su hermano... —Se detuvo deliberadamente—. No, puedo ver que no es así. Su hermano es una amenaza para usted. Da la casualidad de que me especializo en identificar y abordar las dinámicas familiares que pueden exacerbar incluso casos leves de trastorno mental —

Esbozó la más pétrea de las sonrisas. Un cocodrilo podría haber expresado más calidez—. Es usted afortunado. Puedo ayudarle a superar la pérdida de su herencia anticipada. Si lo desea, su señoría.

Harper hizo una reverencia, solo por si acaso.

Ambos hombres la miraron boquiabiertos. Richard parecía atónito.

—No está aquí para diagnosticarme —luego giró sobre sus talones y se alejó con paso firme.

Se había ganado un enemigo; que así fuera. Estaba vencido por el momento.

La expresión del conde cambió como si un rayo de sol hubiera atravesado repentinamente una nube de tormenta.

—Pase, pase. Eso ha sido impresionante. Es un comienzo prometedor.

Harper se animó ante el cumplido. Lo siguió en silencio hasta un estudio amueblado con muebles oscuros, pesados e inmaculados. Le recordaba a la oficina de Patton, solo que más grande, más fría, más ordenada y equipada con muebles de mucha mejor calidad. La habitación estaba dominada por una gran chimenea, sobre la cual colgaba una pintura tan oscura que apenas se distinguía su tema.

El conde llamó para pedir refrigerios, luego se desplomó en el asiento frente a ella. Harper observó los círculos oscuros bajo sus ojos y las líneas grabadas alrededor de su boca. No importaba cuán mal estuviera el paciente, al menos podría ayudar al conde a manejar la tensión.

El conde habló en voz baja. —Debo disculparme por el comportamiento de Richard. Todos han estado alterados con el inesperado regreso de Edward, Richard más que nadie. Está obsesionado con el asunto de la herencia, como estoy seguro de que habrá notado.

—Es imposible no notarlo. Cuénteme más sobre la desaparición del hijo mayor —dijo Harper. Aunque, dada la edad de Richard, *hijo* ya no parecía la palabra adecuada para describir al hermano mayor. En ausencia de información, su mente intentaba llenar el espacio en blanco del Lord Northcote. Pero todo lo que le venía a la mente eran variaciones en movimiento de las caricaturas en los artículos de prensa. No podían ser correctas.

—Yo era embajador en Portugal en la corte real de Braganza durante la guerra. Me llevé a mis hijos conmigo. Creía que ganarían cierta experiencia mundial al pasar tiempo en el extranjero, y que cualquier deficiencia educativa podría remediarse viajando con el tutor de los chicos. También esperaba que la experiencia los acercara más —comenzó el conde.

—¿Los hermanos siempre han sido como el agua y el aceite? —preguntó Harper, esperando empujar al conde más allá de una recitación histórica al estilo del Dr. Patton.

—Desde que nacieron. La hostilidad siempre parece venir de Richard. Edward era... es... indiferente a las provocaciones de Richard.

—He leído los relatos periodísticos de su embajada en Portugal. —Había tenido muchas oportunidades de examinar la pila de recortes durante su viaje.

—Usted habría sido una niña en ese momento, como mis hijos. Nadie esperaba que las cosas se desarrollaran de manera tan extraña. Instamos al rey, Dom João, a marcharse durante meses, pero dudó tanto que la partida fue un desastre. De la noche a la mañana, diez mil personas se amontonaron en barcos cargados apresuradamente con los objetos de valor de la corte. Era demasiado peligroso enviar a los chicos a casa, así que nos apresuramos a subir a un barco de la Marina británica enviado para acompañar a la corte real. Las condiciones eran terriblemente primitivas. En el barco de la Princesa Carlota Joaquina, los piojos eran tan generalizados que todas las damas de la corte se vieron obligadas a afeitarse la cabeza, rociarse el cuero cabelludo con polvo antiséptico y untárselo con manteca de cerdo. Era todo un espectáculo. Y también, todo un olor.

El conde se estremeció.

—Edward lo tomó todo con calma, aprendiendo algo de portugués y continuando sus lecciones lo mejor que pudo. Llegar a Río de Janeiro fue un inmenso alivio. Unas semanas después de nuestra llegada, decidí que sería una buena distracción enviar a los chicos a un corto recorrido por el río Amazonas. El guía idiota permitió que los chicos bajaran de los botes para mirar alguna criatura que habían visto en la orilla del río. Esa fue la última vez que alguien vio a Edward.

—Hasta hace unas semanas. —Harper alcanzó su té. Sin azúcar, solo un chorrito de leche para enfriarlo.

—Sí. —El conde tomó su té sin adulterar—. Me enteré de la herencia una semana o dos después. Las comunicaciones eran muy lentas. Mi hermano había sido atrapado espiando y ejecutado por Napoleón.

—Entonces, Edward nunca supo sobre la perspectiva de convertirse en conde, mientras que Richard fue criado esperando que eventualmente le llegaría a él.

—Sí. Pero Edward es el primogénito. Richard considera la herencia como legítimamente suya. No lo es.

—Fue la decisión correcta enviarlo lejos, por ahora —dijo Harper alentadoramente. No quería lidiar con Richard. Le recordaba a Miller: con derecho, egocéntrico y ligeramente malévolo en sus intenciones.

El conde colocó su té sobre la bandeja. —Confío en que pasará por alto la rudeza de nuestra bienvenida.

Dado que no la habían echado, Harper podía permitirse ser magnánima.

—Entiendo el shock de encontrarse con una doctora. Rara vez saca lo mejor de nadie —dijo.

El conde apoyó una pierna sobre la otra rodilla. —Dígame, señorita Forsythe, ¿por qué debería confiarle a mi hijo?

Harper había anticipado la pregunta, y se lanzó a su discurso sin preámbulos.

—He trabajado como aprendiz del Dr. Patton, siguiendo la filosofía de curar, confortar y custodiar de manera segura. Esto significa que primero intentamos todo lo que podemos para curar al paciente de su aflicción. A aquellos a quienes no podemos curar, les ofrecemos confort. Aquellos a quienes no podemos confortar son alojados en el asilo indefinidamente, proporcionando una custodia segura a largo plazo.

—Pero ¿por qué debería confiarle a mi hijo? —indagó delicadamente el conde.

Sin desanimarse, Harper colocó su mano derecha sobre su corazón y continuó hablando como si la implicación desagradable en la pregunta del conde pudiera evitarse.

—Para cada paciente, desarrollo tratamientos personalizados para promover la recuperación o manejar los peores síntomas, con la esperanza de permitir que nuestros pacientes lleven vidas productivas en algún grado. Mi trabajo es determinar si el paciente es capaz de mejorar y luego planificar el alcance de la intervención necesaria para restaurar la salud del paciente.

El conde asintió. —Impresionante. ¿Qué sucede cuando su plan no funciona?

—Entonces ajusto y busco otra solución más adecuada para el paciente. Es un proceso y lleva tiempo. Verá mejoras, pero pueden ser frustradamente incrementales. Puede haber retrocesos. —Se encogió de hombros—. No podemos saber qué sucederá hasta que empiece a intentarlo.

El conde se golpeó la mandíbula con el dedo. —Señorita Forsythe. Le preguntaré una vez más. ¿Por qué debería confiarle a usted —una mujer— el cuidado de mi hijo, cuando podría tener a cualquier médico en Inglaterra?

Harper miró las filas de estanterías detrás del escritorio cerca de la ventana. Fila tras fila de

libros con lomos dorados. Mucho más adecuados para estudiar que frascos de cerebros en conserva. ¿Qué quería oír el conde que la hiciera quedarse?

—Le compartiré un ejemplo, en confianza, confío. Uno de nuestros residentes sufría de melancolía severa después de las muertes repentinas de sus padres. A través de mi intervención, llegó a términos con su pérdida. Ahora está casado y tiene su propia familia. —Colocó su taza de té vacía en la bandeja—. Estoy muy orgullosa del trabajo que hago, milord. Curo a las personas. Les ayudo a recuperar sus vidas.

—Ya veo. —El conde se sumió en el silencio por un momento, estudiándola—. ¿Entiende, señorita Forsythe, el problema de permitir que una joven soltera trabaje en estrecha proximidad con mi hijo? ¿Cuán dañino sería para su reputación, tanto profesional como personal, si algo sucediera entre usted y Edward?

Harper se rió. —Milord, Edward sería mi paciente. Como usted dice, el riesgo es todo mío. No encontrará un médico con estándares profesionales más altos, y eso es debido a mi sexo, no a pesar de él.

El conde absorbió esto. —Si algo impropio sucede, la echaré de la casa inmediatamente.

La afrenta le enderezó la espalda. —¿Le diría algo así a un médico varón que tratara a su hija adulta?

—Ni siquiera se me ocurriría —confesó el conde.

—Entonces no lo discutiremos más. Piense en mí como un hombre que casualmente lleva faldas, si eso ayuda.

Hubo un largo momento de silencio mientras el conde consideraba esto.

—No ayuda.

Pasó un momento de demoledora incomodidad, hasta que el conde tiró de un cordón de terciopelo suspendido en la pared. La puerta se abrió instantáneamente para revelar a un sirviente que esperaba. El conde dio instrucciones en voz baja, y el lacayo se marchó.

—Ya que está aquí, supongo que vale la pena tomarse el tiempo para presentarle a Edward. Se unirá a nosotros en un momento. Permítame darle un breve resumen de su comportamiento desde su regreso.

—Por favor, hágalo.

Gran parte de lo que el conde describió, Harper ya lo había deducido de los periódicos que había leído. Su inglés era bastante bueno, por ejemplo, dado que no lo había usado durante casi la mitad de su vida. Sin embargo, Harper necesitaba saber qué estaba impidiendo que el heredero recién retornado reclamara su legítimo lugar. Seguramente no era su dominio del idioma.

El conde hizo una pausa, luciendo avergonzado. —Edward tiende a quitarse la ropa. Finalmente logramos que usara pantalones de manera consistente apenas esta semana.

Harper asintió. —La aversión a la ropa es una aflicción común entre los mentalmente perturbados. Estoy acostumbrada a la vista de la desnudez, tanto masculina como femenina. Muchos de nuestros pacientes fueron mantenidos en condiciones precarias y llegan al asilo desnutridos, plagados de parásitos o consumidos por enfermedades. Imagino que su hijo se encuentra en un estado similar.

Hubo un largo silencio.

Harper mantuvo su cuerpo muy quieto mientras trataba de descifrar qué podría haber dicho mal. Ya había invitado al conde a pensar en ella como un hombre en faldas. Esa no había sido su elección de palabras más hábil.

—La dejaré juzgar por usted misma la condición física de Edward —dijo finalmente el conde.

La puerta del estudio se abrió de golpe. Apareció un sirviente con librea, seguido por un hombre muy alto y excepcionalmente bien formado, vestido con una chaqueta arrugada y mal ajustada. Al hombre le faltaban tanto la corbata como el chaleco. Su camisa estaba entreabierta, exponiendo un cuello fuerte y suave y la curva de músculos marcadamente delineados.

Una fea cicatriz elevada de aproximadamente una pulgada de ancho rodeaba el fuerte cuello del hombre. No era una herida reciente, pero tampoco estaba curada desde hace mucho tiempo.

La mente de Harper corrió para reconciliar este espécimen viviente de perfección masculina con la patética cáscara rota que había esperado. El aire salió de sus pulmones como si Miller, su némesis, le hubiera dado un puñetazo en el plexo solar.

Los informes de noticias no habían exagerado. Si acaso, habían subestimado la vitalidad de este hombre. Las descripciones habían incluido todos los adjetivos negativos bajo el sol: *salvaje, sucio, animal*. Ni una sola vez habían aparecido las palabras *el hombre más hermoso del universo conocido* en ninguna parte impresa. ¿Acaso los reporteros estaban ciegos?

Probablemente todos eran hombres. Todo lo que veían era amenaza y suciedad.

Mientras que Harper fue golpeada por la noción inquebrantable de que besar a este hombre no la impulsaría a arrojarle un puñado de estiércol de caballo. Forzó su mirada hacia sus pies descalzos mientras el conde explicaba su presencia en un tono y con palabras que uno podría usar con un niño pequeño. Edward la miró con curiosidad durante varios momentos, como si su padre no fuera más importante que una mosca.

—Usted es una mujer —dijo finalmente, su voz rica y un poco ronca, presumiblemente por la lesión en su garganta. Resonó a lo largo de la columna vertebral de Harper, su cuerpo un instrumento de su aliento.

¿No podrías haber sido feo, o arrogante como tu hermano?

—Sí. Soy una doctora. —Tragó saliva, sintiendo el calor del escrutinio del conde—. Señorita Harper Forsythe. Soy doctora de la mente, y estoy aquí para ayudar a facilitar su reingreso a la sociedad. Bienvenido a casa, Edward. Entiendo que ha tenido toda una aventura.

—No necesito una doctora. No estoy enfermo. —Ladeó la cabeza desconcertado. El hijo era inconfundiblemente la descendencia del padre. Había ecos del desagradable hermano menor en la cuadratura de la mandíbula de Edward y la línea de su boca.

Harper no podía apartar los ojos de la herida cruda y rosada. Alguien le había atado una cuerda alrededor del cuello. Miró sus manos, dobladas en su regazo, deseando envolver sus dedos alrededor de la garganta de quien le hubiera hecho eso y apretar.

—¿Usan camisas de fuerza? —exigió con esa voz sobrenatural.

Harper parpadeó.

—Nunca. Nuestros pacientes son en su mayoría hombres y mujeres cuyos familiares ya no pueden cuidarlos de manera segura en casa. No son peligrosos. —Un hormigueo de sudor se deslizó por la parte baja de su espalda. Alguien debió haber forzado a este magnífico hombre a una camisa de fuerza, o no habría preguntado.

—¡Vaya, esa es más conversación de la que hemos escuchado de él en una semana! —El conde se inclinó hacia adelante en su asiento, positivamente radiante de optimismo.

Edward frunció el ceño y se quedó en silencio. Miró el patrón de enredaderas en la alfombra, y luego volvió a mirarla a ella con una franqueza inquietante. Sus ojos eran de un tono azul melancólico, del color de las campanillas que se enredaban en las puertas del asilo.

Harper trató de respirar. *No puedo dejar que me inquiete. La sensación pasará.*

Edward se levantó silenciosamente y se dirigió, como un gato, hacia la ventana. Las cejas de Harper se dispararon cuando él se quitó la chaqueta. Cayó al suelo hecha un montón. El hombre

era, si era posible, aún más impresionante vestido solo con una camisa y pantalones sueltos.

—Oh, Edward, la ventana no. No otra vez —suplicó el conde, volcando su taza y platillo de té mientras se apresuraba a ponerse de pie. El joven lord balanceó una pierna sobre el alféizar y desapareció.

—¡No! —gritó Harper, empujando su silla mientras se levantaba apresuradamente de su asiento—. No hay necesidad de suici...

—Una se acostumbra —dijo Lord Briarcliff con cansancio.

Harper se asomó por la ventana y jadeó. El maldito hombre estaba escalando la pared, encajando sus dedos en la fachada tallada y subiéndose con sus dedos y dedos de los pies. Edward era tan salvaje como su apodo.

—Increíble —respiró.

—Desafortunadamente, esto sucede todos los días. Le gusta el techo y pasa mucho tiempo allí arriba. La fachada proporciona el acceso más directo.

—No se habría criado aquí en Briarcliff —reflexionó Harper, recordando su conversación anterior—. No conoce el lugar.

—No. Visitamos una vez, cuando era un niño pequeño. Es un lugar confuso, con varias adiciones construidas a lo largo de los siglos.

Harper cerró la pesada ventana de guillotina y corrió el cerrojo. —¿Por dónde se va al techo?

Tres

UN LACAYO ABRIÓ la puerta de la azotea, cegando momentáneamente a Harper con la luz del sol de la tarde. Avanzó con cuidado desde la escotilla hasta el tejado.

—Hay un pasillo que rodea el perímetro. Tenga cuidado al andar. Se vuelve resbaladizo por el musgo que crece después de la lluvia.

Harper tanteó con un pie el pasillo. Había un parapeto bajo a ambos lados. Apenas le llegaba a la mitad del muslo. Aun así, parecía lo suficientemente seguro.

La casa no era cuadrada. Se habían añadido extensiones a lo largo del tiempo con ventanas góticas y buhardillas. Empinadas escaleras conectaban secciones del pasillo de la azotea donde descendía tres metros para adaptarse a las diferentes alturas. Una adición se extendía hacia el oeste, donde el sol poniente estaba justo en el ángulo adecuado para hacer que Harper entrecerrara los ojos. Avanzó con cuidado hasta la mitad del camino antes de divisar la figura encorvada de Edward, posada en el extremo de un pequeño techo circular en la parte trasera de la mansión.

—Lord Northcote —llamó, agitando la mano. Él no dio señales de haberla oído. Tendría que descender con cuidado por los peldaños metálicos de la escalera para llegar hasta él.

Como no había prisa, Harper exhaló y miró hacia el horizonte. Abajo se extendía un encantador mosaico de campos, granjas y bosques. A lo lejos, un pequeño arroyo brillaba serpenteando entre suaves colinas onduladas. La vista era tan bucólica y apacible como una pintura.

Había pensado que el asilo del Dr. Patton era extenso. Este edificio empequeñecía la casa que una vez creyó grandiosa. Si había límites en la propiedad, Harper no podía distinguirlos. Briarcliff se extendía en la distancia, un paraíso sin límites desplegado a los pies de su melancólico futuro amo.

Harper desanduvo sus pasos. Se dirigió hacia el techo circular, vigilando las manchas de humedad musgosa que crecían en la piedra. Mirar el paisaje era agradable, pero una sola ojeada al suelo la mareaba. La estructura de cuatro pisos parecía mucho más alta desde arriba que mirando hacia arriba desde el suelo.

Al doblar la esquina, divisó al hijo del conde aún sentado inmóvil, su piel bronceada como una estatua bajo el sol del atardecer.

Se recogió las faldas y descendió torpemente al nivel inferior.

—Perdone mi intrusión, milord.

Su cabeza desgreñada se giró bruscamente para mirarla por encima del hombro. Con un

fluido movimiento, saltó desde donde estaba posado.

Harper jadeó. El hombre corpulento aterrizó con un golpe seco en otra sección del tejado más abajo. Manteniéndose agachado para canalizar el impulso hacia adelante, se impulsó por el tejado inclinado y desapareció por el otro lado.

¿Cómo demonios trepaba con tanta facilidad?

Ni una sombra se movió. Era como si nunca hubiera estado allí. Harper no podía permitirse sentar el precedente de que él simplemente podía ignorarla, incluso si eso significaba que tenía que trepar por todo el tejado con su traje de viaje.

Su futuro dependía de acorralarlo el tiempo suficiente para hablar.

Al doblar una esquina, lo vio moverse rápidamente sobre la sección más grande del tejado, sobre la parte principal de la casa cerca de la imponente entrada principal. Harper se lanzó de vuelta por la empinada escalera, sus nervios alerta ante el peligro mientras se acercaba a su presa.

~

Los sonidos de arrastre de zapatos duros sobre los tejados de pizarra precedieron la llegada de su sombra por al menos un minuto. Su silueta se deslizó sobre él como una nube fresca y protectora. La curiosidad pudo más que Edward. Esta vez se quedó quieto, agazapado y listo para saltar si la extraña mujer resultaba demasiado entrometida.

—Buenas tardes. ¿Puedo acompañarle? —preguntó ella, un poco sin aliento. Su voz era reconfortantemente rica, como una nota que se desvanece de un violonchelo.

Edward aún estaba considerando su petición cuando ella tomó la iniciativa de posarse en el muro bajo junto a él. Él se giró ligeramente para mirarla con el ceño fruncido, luego saltó lejos. La doctora estaba invadiendo el único lugar donde encontraba algún consuelo. Si quería hablar, bien podía perseguirlo por el tejado hasta el anochecer. O hasta que se cayera. Esa era su elección, no la de él.

~

Harper lo vio alejarse. ¿Era realmente un demente? Edward había entendido lo que ella había dicho. De cualquier manera, la certeza de que ella era la indicada para ayudar a este hombre se había alojado en su pecho.

El sentimiento era más que ambición egoísta. Harper recordó la última vez que había tenido esta clara sensación de propósito: a los quince años, cuando había persuadido al Dr. Patton para que la tomara como aprendiz. Harper había sabido con pura certeza que quería sanar a las personas. Había visto de primera mano cómo el cuidado tranquilo y compasivo podía sanar corazones y mentes. Quería ese poder, y el buen doctor le había enseñado a usar las técnicas que había desarrollado con gran efecto. Harper estaba decidida a tener un gran efecto en Lord Edward Northcote.

Él parecía igualmente decidido a evitarla a toda costa.

Mientras Harper se abría paso por el tejado tan rápido como se atrevía, el hombre se acomodó en el extremo más alejado del techo. De nuevo, se agachó, mirando fijamente hacia el suroeste, hacia el sol poniente. Pronto estaría demasiado oscuro para perseguirlo por el tejado.

Harper lo observó, pensando. Si uno viajaba hacia el sur y el oeste el tiempo suficiente, llegaría al mar. Navegando lo suficiente, llegaría a las Américas. Edward estaba obsesionado con

su pasado. ¿Por qué?

Esta vez, Harper se le acercó tan lentamente como lo haría a un animal salvaje.

—Milord —comenzó claramente, desde varios metros de distancia.

—Vete.

—¿Por qué?

—Porque te lo digo yo. —Edward no se volvió ni una vez para mirarla.

—Su habilidad para moverse por aquí arriba es notable. —Quizás la adulación abriría una puerta.

Él gruñó.

—Es más fácil sin zapatos.

Harper miró sus botas gastadas, pero recientemente lustradas. Ofrecían poca tracción.

—Supongo que sí. —Pasó una pierna sobre el muro del parapeto y miró hacia abajo. Era una caída larga y accidentada. Varias filas de soportes para la nieve sobresalían hacia el final del borde del tejado. Era asombroso que él hubiera logrado no cortarse el pie con el metal afilado.

—No te resbales.

Harper lo miró de reojo. —Supongo que no puedo contar contigo para que me atrapes, ¿verdad?

—No soy más que un salvaje —declaró él, ferozmente.

—Eso no es cierto. Eres un lord inglés. Un caballero.

Fue lo peor que pudo decir. Lord Edward se irguió en toda su considerable estatura y la miró con furia. Harper levantó la vista hacia él con ojos cada vez más abiertos, sintiéndose profundamente avergonzada e impresionada. Debía parecer tan tonta con su traje de viaje, encaramada en un tejado con el pelo suelto y la cara enrojecida por perseguir a este hombre desquiciado.

—Eres mucho más que eso —continuó ella con una confianza que no sentía. Desvió la mirada—. No dejas de mirar en dirección a tu antiguo hogar. Al suroeste. En la dirección general de Brasil.

Él la miró fijamente, pero esta vez se quedó.

—¿Puedo sentarme? —preguntó ella. Sus piernas no estaban del todo firmes, y la advertencia del señor indómito de no caerse había hecho que su corazón latiera erráticamente.

Edward gruñó. Decidiendo interpretar esto como un permiso, Harper pasó su otra pierna por encima del pequeño muro y apoyó incómodamente su trasero en la piedra mientras afirmaba sus pies para mantener el equilibrio. Al mirar hacia abajo, notó un patrón decorativo entre las baldosas.

—¿Hay alguien o algo que dejaste atrás?

—"Dejar atrás" implica que tuve alguna opción al irme.

—La herida en tu cuello —adivinó ella, reprimiendo un escalofrío.

Él asintió una vez. —Mis captores me arrastraron fuera de la selva por el cuello. Como a un animal.

Harper inhaló bruscamente. Había visto crueldad antes, generalmente a manos de familiares que luchaban por lidiar con parientes difíciles. Una mujer había llegado al asilo con grilletes profundamente incrustados en sus muñecas y tobillos. Había estado encadenada desde la infancia, escondida en un sótano y descubierta solo cuando sus captores murieron. Harper añadió la brutalidad de una cuerda alrededor del cuello a su extenso catálogo de crueldad humana.

—No eres un animal —respondió Harper suavemente.

Se quedó callada por un momento, observándolo mientras buscaba algo que decir, y se

encontró absorta en su perfil afilado. La línea de su nariz estaba en el ángulo perfecto. Las cejas gruesas sobre las cavidades de sus ojos estaban puntuadas por pestañas plumosas que se cernían sobre el corte agudo de sus pómulos.

De la quietud pasó al movimiento. Edward se había ido antes de que Harper pudiera protestar. Intentó seguirlo, tropezando con sus faldas en su prisa. Perdiendo el equilibrio, su pie resbaló en la pizarra húmeda. En un instante, Harper había caído por encima del muro y se deslizaba por el bonito tejado de tejas. Cerrando los ojos con fuerza, se preparó para que su cuerpo se estrellara contra las losas de abajo.

No ocurrió.

Con un desgarro y un estremecimiento, Harper se detuvo a centímetros del canalón. La tela se enredó con los parapetos metálicos para la nieve y la piedra, deteniéndola tan rápidamente que los dientes de Harper rechinaron en su cabeza.

—Gracias a Dios —jadeó, sin importar que el buen Señor hubiera tenido a bien suspenderla en un ángulo, boca arriba, a unos doce metros o más sobre el suelo. Buscó frenéticamente algo, cualquier cosa, a lo que agarrarse. Todo lo que encontró fueron más parapetos para la nieve. Uno sobre el que había rodado, magullándose la espalda, se desprendió en su mano.

—¡Auxilio! —gritó—. ¡Edward, alguien, quien sea, por favor! ¡Ayuda!

La única respuesta fue el eco de sus gritos contra las losas. Bueno. Quizás el maldito hombre era más un salvaje que un caballero después de todo. Harper se contorsionó, tratando de sentarse. Considerando que llevaba un corsé como toda buena mujer inglesa, esto rápidamente demostró ser una hazaña imposible. Quienquiera que hubiera inventado la ropa interior femenina no había pensado mucho en la necesidad de agilidad femenina ante la muerte inminente. Volvió a gritar, y esta vez, el eco desesperado de su súplica rebotó en las tejas de pizarra hacia la nada.

Capas de lana, algodón y metal cedieron con un estruendoso sonido de desgarro. Harper gritó y se aferró al resbaladizo tejado con manos desesperadas enfundadas en guantes. Luchó contra la caída con puro terror mientras se precipitaba por el borde hacia el vacío.

Una sensación nauseabunda de caída rápida, luego una mano grande unida a un brazo musculoso apareció a la vista. Si le hubiera quedado algo de aliento, se lo sacaron un segundo después contra un muro de músculo. Una vez, un interno del asilo le había lanzado un costillar de carne en el almacén. Se sentía así, solo que más cálido.

Un brazo aplastantemente fuerte rodeó su cintura. El mundo dejó de girar tan rápido como había empezado. Sus palmas se aferraron a lino arrugado que olía a sal y viento. Harper rodeó con sus brazos al torpe recién llegado con desesperación. La cabeza de Harper daba vueltas. Cerró los ojos con tanta fuerza que podría no volver a abrirlos jamás.

Edward.

Lord Northcote.

El metal chirrió y cedió. La sensación de caída se reanudó. —Ohhhh...

—La tengo, señorita Forsythe. Está a salvo ahora.

A través de su terror, la sensación de la voz de Lord Edward vibrando contra su pecho calmó a Harper lo suficiente como para respirar. Luego, hubo otro chirrido de metal, y un tirón, seguido inmediatamente por otra caída.

—Agárrese, *doctora*. Estamos a punto de estrellarnos.

Harper se aferró a él, demasiado aterrada para gritar. Con un gran golpe estremecedor, se detuvieron. Ambos casi perdieron el agarre. En pánico, Harper agarró todo lo que pudo. Con una parada repentina que casi le arrancó el hombro de su lugar, se dio cuenta de que ambos brazos estaban envueltos alrededor de su cintura. Lentamente, se estaba deslizando hacia abajo, bajando

sus pantalones cada vez más mientras caía. Su cara estaba a centímetros de su —

—Doctora. A menos que desee verme completamente desnudo, debe tomar mi mano.

Ella negó con la cabeza fraccionalmente.

—Entonces caiga.

Harper chilló y soltó su agarre mortal de forma entrecortada. Una mano golpeó el brazo de Lord Edward. Estaba tenso y musculoso y era distractor incluso aquí, suspendida precariamente sobre la tierra. Su brazo se retorció cuando él la levantó.

—¡Ay!

—Agárrese al canalón.

Harper agarró el metal con dedos fortalecidos por el terror.

—Bien. Ahora, dos pulgadas por encima de tus dedos hay una pequeña grieta en el árbol. Encaja tus dedos ahí.

Asustada y temblorosa, los pies de Harper se arrastraron contra la corteza del roble. El brazo de Edward le anclaba la cintura con una firmeza que le indicaba que no caería. Aunque la vista del suelo abajo la aterrorizaba, la sensación se contrarrestaba con la confiada instrucción de Edward.

—No puedo sostenerme así.

—La tubería está firmemente sujeta en la horquilla del árbol. Si te impulsas hacia arriba, estarás a salvo.

Con poco orgullo que tragar, Harper lo intentó y fracasó.

—No puedo —gimió.

El hombretón suspiró.

—Agárrate con ambas manos.

La obligó a soltar su brazo y lo colocó en la tubería. Luego, pateó con una pierna y balanceó su cuerpo para montarse a horcajadas sobre el estrecho tubo. Apoyando una mano en una rama del árbol, alcanzó el brazo de Harper.

—Cuando diga ya, clava los dedos en la grieta. Ya.

Harper apoyó el pie contra el árbol mientras Lord Edward tiraba de ella hacia arriba. Con un esfuerzo, se encontró precariamente encajada entre el tubo, el tronco del árbol y una rama. El alivio y una repentina oleada de oxígeno la dejaron mareada. Embelesada por el hecho de que no iba a caer a su muerte, Harper se inclinó hacia adelante e impulsivamente besó a Lord Edward en la mejilla.

—Gracias —jadeó. Inmediatamente, Harper se cubrió la boca con una mano temblorosa—. Lo siento. Eso fue completamente inapropiado. Es solo que... me he quedado sin palabras de gratitud por salvarme la vida.

La expresión de Edward pasó de sorprendida a cautelosa.

—Aún no hemos salido del árbol —señaló.

Su comentario le pareció absurdo a Harper. La risa brotó incontrolablemente. Para consternación de Edward, se rio tan fuerte que casi se cae del árbol.

—¿Qué es tan gracioso? —exigió.

—Quieres decir... —Intentó de nuevo—. ¡No solo no estoy fuera de peligro, ni siquiera estoy fuera del árbol!

Y una vez más se deshizo en risitas, aunque no tenía ningún sentido. Lord Edward simplemente la miró como si ella fuera la que había perdido la cabeza. Tal vez lo había hecho.

—¡Señorita Forsythe! —la voz del conde llamó desde el suelo.

Inmediatamente, Harper se recompuso.

—¿Sí, milord?

—Parece estar en un aprieto bastante complicado.

—Eso es quedarse corto, señor —La vergüenza inundó ardorosamente el cuerpo de Harper —. Confieso que estar suspendida en una tubería rota apoyada en un roble no es el comienzo que tenía en mente.

—Parecía encontrar la situación bastante divertida hace un momento.

—Una reacción a mi perfectamente natural miedo, milord. ¿Tiene alguna idea de cómo podríamos bajar? —Harper miró a Edward—. Supongo que para ti no es ninguna dificultad, ¿verdad?

El señor indómito frunció el ceño. Saltó a una rama más baja, luego a otra. Desde allí, cayó fácilmente al suelo y se dirigió hacia la casa sin mirar atrás.

—Quédese ahí, señorita Forsythe. Los lacayos están trayendo una escalera.

Con los pies de vuelta en tierra firme, Harper se sacudió el polvo de su maltratado vestido de viaje e hizo un esfuerzo por restaurar su apariencia. El conde la tomó del codo con un agarre prepotente. Harper tropezó torpemente, agarrando la tela rasgada de su falda. Por supuesto, tenía que ir y arruinar el nuevo.

—Su habitación está preparada. He pedido a una de las criadas que le muestre el camino y le ayude a instalarse —En lo alto de la escalera donde apenas unas horas antes Harper se había acercado a la gran residencia con no pocas dudas, el conde se volvió para mirarla—. Puede quedarse, señorita Forsythe. Por ahora. Pero si alguna vez la veo besar a mi hijo de nuevo, personalmente la echaré de la casa con una reputación tan negra que ningún hogar respetable volverá a recibirla jamás. ¿Me he explicado con claridad?

—Yo... —Harper agachó la cabeza avergonzada—. Le ruego perdón, milord, y alego la peculiaridad de las circunstancias por mi transgresión. No pretendía nada más que gratitud.

Había venido aquí a hacer un trabajo. Hace una hora, había convencido al conde de que pasara por alto su feminidad. En el espacio de un pequeño gesto, había socavado todo su propósito. El conocimiento le quemaba como ácido.

El conde se relajó.

—Lo entiendo, señorita Forsythe. Solo espero que mi hijo también lo entienda.

Cuatro

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Edward miró con franca curiosidad a la extraña mujer sentada frente a él en la mesa del desayuno. Era la primera vez que podía verle bien la cara, sin que estuviera contorsionada por un terror mortal. La doctora era tan sosa como un tinamú, esas gallinas de montaña en Brasil que ponían huevos bonitos e iridiscentes. Era más joven de lo que había pensado inicialmente. Su cabello era de un color indefinido entre rubio y castaño, pulcramente trenzado y recogido en la parte superior de su cabeza.

Ella respondió a su agresivo escrutinio con una curiosidad educadamente distante y se sirvió una tostada. A pesar de esto, Edward sabía que ella observaba cada uno de sus movimientos con esos vivaces ojos color avellana. Eran lo único interesante en ella, de un bonito verde salpicado de dorado y azul.

Lo verdaderamente interesante de ella era que estuviera allí en absoluto. Una mujer doctora. ¿Quién hubiera pensado que los británicos podían ser tan de mente abierta? Particularmente su padre. Edward pinchó una salchicha con el tenedor agarrado en el puño y la levantó entera. Le dio un mordisco al extremo, ignorando el ceño fruncido del conde.

Su padre no había sido un conde. Edward no conocía al hombre vestido con ropa formal de estambre y lino almidonado sentado al otro lado de la mesa. Forsythe lo pilló mirándolo con el ceño fruncido e inclinó la cabeza, invitándolo a hablar. Edward mantuvo sus pensamientos en silencio.

Al menos había una mujer en Inglaterra que no le tenía miedo... todavía.

—¿Qué piensas hacer hoy, Edward? —preguntó ella casualmente—. ¿Tienes planes?

—Sí, los tengo —No tenía una respuesta rebelde a que le hablaran como a un adulto. No importaba que en realidad no tuviera planes. No necesitaba que ella los hiciera por él.

—¿Te importaría compartirlos conmigo?

—Sí, me importaría.

—Qué decepción —respondió ella con ecuanimidad—. Esperaba que pudieras mostrarme los terrenos hoy. Pensé que podríamos conocernos mejor.

¿Era su imaginación o un leve rubor teñía sus mejillas?

—Después de todo, trabajaremos juntos durante algún tiempo —continuó apresuradamente, con una mirada de incertidumbre hacia el conde.

—No necesito una institutriz.

—La señorita Forsythe es mucho más que una institutriz —intervino Charles bruscamente—. Es una profesional con experiencia en el arte de curar enfermedades mentales como la tuya. He

recibido una carta de su empleador esta misma mañana que atestigua sus habilidades.

Golpeó la mesa con el codo. Los platos tintinearon. Edward sabía que su comportamiento, combinado con el hecho de que no llevaba ni chaqueta ni corbatín, lo hacía parecer incivilizado y amenazante. Simplemente no le importaba.

—¿Dónde se educó? —exigió saber.

Por fin, una grieta en la compostura de la mujer.

—No tuve una formación universitaria formal. Ninguna me habría aceptado. He sido aprendiz del Dr. Patton, el director del manicomio más prestigioso de Inglaterra, durante diez años. Bajo su tutela, he recibido una educación exhaustiva en anatomía, fisiología, fisionomía y el tratamiento de trastornos mentales. Soy, si se quiere, su protegida.

—Eres la aprendiz de un charlatán —Richard tenía pocos usos, pero sí tenía una manera con las palabras. Edward no estaba por encima de tomar prestado el insulto que había escuchado. Ella se tensó visiblemente, como si la hubiera abofeteado.

—Soy una profesional altamente capacitada, Lord Northcote. Mi historial de éxitos habla por sí mismo. Cincuenta y dos pacientes en seis años han estado bajo mi cuidado exclusivo, principalmente melancólicos al borde de la autodestrucción. De ellos, he tratado con éxito a treinta y seis, que han vuelto con sus familias y a vidas productivas. El resto son atendidos con el mayor confort posible para asegurar que nunca se harán daño a sí mismos ni a nadie más —La mujer hablaba con sentimiento, como si el mero peso de los números pudiera convencerlo.

A regañadientes, admitió que su éxito era impresionante... si era cierto.

—¿Y qué destino ves cuando me miras? —exigió, empujando hacia atrás su silla. Se inclinó hacia atrás, golpeando el aparador detrás de él. La porcelana se hizo añicos. Edward huyó. No había otra palabra para describirlo. Estaba exhausto por la cantidad de sílabas que había gastado. En un momento estaba afuera, corriendo por los jardines hacia los campos.

Correr era bueno, el sonido sólido de sus pies descalzos golpeando la tierra dura. El movimiento físico era una liberación para la frustración y la ira que sentía por todo y por todos. Se acomodó en un trote constante, deseando poder dejar atrás el tema no deseado de su herencia tan fácilmente como evitaba a la mujer que decidiría su futuro. Su dirección era el huerto de manzanos al borde de un parche escaso de bosque. Su talón golpeó un charco de barro y se deslizó bajo él. Edward cayó con fuerza.

Cuando se levantó de nuevo, tenía fruta podrida y tierra en el pelo. El barro se filtraba húmedamente a través de su ropa hasta su piel, pero aparte de un dolor pulsante en su trasero donde había aterrizado, Edward se encontró ileso. Bueno, eso le enseñaría a mirar por dónde iba.

Miró a su alrededor y descubrió que no había testigos de su torpeza, pero oh, el sermón que tendría que soportar si volvía a la casa en este estado. Edward se quitó la camisa sucia y dañada y la arrojó sobre una rama de árbol mientras seguía un sendero de ciervos hacia una franja de bosque. Una solución simple a su predicamento se presentó en forma del arroyo que atravesaba la propiedad. Había una pequeña cascada a pocos pasos dentro del bosque. Nadaba en ella regularmente, prefiriendo el agua fresca y natural a la bañera de agua caliente en la que casi lo habían ahogado a su llegada. El hedor del jabón con aroma a rosas lo había seguido durante días después, hasta que encontró este pequeño afloramiento en la curva del arroyo.

Edward se desnudó y se sumergió bajo el agua vigorizante. No era mucho más que un hilillo de agua, quizás doce pies desde la parte superior de un saliente hasta la piscina de abajo, que apenas le cubría la cintura. Los oídos de Edward se llenaron con el sonido del agua que fluía, su cuerpo acalorado enfriándose rápidamente.

Demasiado rápido. El agua en Inglaterra era *fría*. Salió del pequeño chorro de agua y se

sacudió el agua del pelo. Menos el jabón maloliente, podría reconsiderar su postura sobre los baños calientes en un futuro cercano.

Por un momento, sintió paz. En su mente surgieron recuerdos como fantasías a medias imaginadas, de las delgadas cascadas del Amazonas, del espeso follaje y los gritos de guacamayos y monos aulladores. De la risa de los niños mientras jugaban entre los árboles. Inglaterra era tan condenadamente silenciosa, más ruidosa con sonidos humanos que con sonidos naturales. Qué extraño que una vez hubiera anhelado regresar, desesperado por volver a los lujos como baños calientes, comida abundante y su lengua materna. Ahora, añoraba a su gente y el idioma adoptado que había adquirido con esfuerzo a lo largo de años.

Sin embargo, había cosas que Edward no echaba de menos. Por ejemplo, los peligros de cazar en la selva. Llevaba cicatrices de un encuentro con un gran felino, pillado desprevenido. El hambre, aunque enseñaba resistencia y fortaleza, era algo que generalmente estaba feliz de evitar. Ver sufrir a las mujeres y los niños durante los tiempos de escasez había sido especialmente duro.

Luego estaban los insectos. Edward no echaba nada de menos caminar entre nubes de picaduras invisibles o las multitudes de hormigas atacando sus piernas. Tampoco sentía ningún cariño persistente por el aceite maloliente que su gente usaba para repeler las plagas.

Estiró los brazos hacia el cielo mientras comenzaba a vadear de vuelta hacia la orilla, agradecido por su momento de soledad, solo para descubrir que, después de todo, no estaba solo.

—¡Oh!

Edward se congeló a mitad de camino fuera del arroyo. Su atención se dirigió como una flecha hacia la mujer vestida de gris que estaba de pie a unos metros por encima de él en el sendero. Forsythe parecía un ciervo que se hubiera topado con un jaguar, esperando nerviosamente a que él saltara. Dada su repentina furia por su intrusión, estaba medio inclinado a hacer precisamente eso.

—Perdone mi intrusión.

Ella tosió y se dio la vuelta, pero no antes de que él viera un arrugado trozo de lino blanco que sobresalía por la parte superior de su chaqueta y observara que el dobladillo de su falda estaba salpicado de barro. Su pecho subía y bajaba por el reciente esfuerzo, añadiendo un jadeo a su voz normalmente baja y tranquila. Su trenza se había desprendido. Había caído sobre su hombro y se estaba deshaciendo, un efecto que rozaba lo seductor.

Edward sacudió la cabeza. La insulsa señorita Forsythe, ¿*seductora* porque había corrido tras él por un huerto de manzanos embarrado y lucía desaliñada por sus esfuerzos? Qué... aterrador.

—Sí, bueno —continuó ella cuando él no respondió—. Una vez que se haya vestido de nuevo, me gustaría hablar con usted sobre este hábito que tiene de huir. Su padre está muy herido por ello.

Ella le sostuvo la mirada con frialdad, como si los hombres bañándose desnudos fueran parte de su experiencia cotidiana. Tal vez lo era. Sin embargo, Edward detectó un ligero estremecimiento, un temblor de nerviosismo cuando se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

No era estúpido. Era imposible no saber el efecto que tenía en las mujeres. El suyo no era un físico típicamente inglés, todo panza y barriga y miembros fibrosos. Había heredado la altura de su padre —junto con, eventualmente, un condado no deseado— y la vida en el Amazonas había moldeado su cuerpo en músculos duros y magros. La emoción que más provocaba era miedo, seguida a distancia por una curiosa atracción entre los especímenes más valientes del sexo débil. Las únicas criadas que quedaban en Briarcliff eran aquellas cuya curiosidad superaba su miedo.

Forsythe mantenía los ojos pegados a su rostro, negándose a mirarlo por debajo del cuello. Igualmente reacia a apartar la mirada. Manteniéndose firme tan respetuosamente como podía, dadas las circunstancias.

Esto le hizo querer obligarla a ver el resto de él, a verlo por lo que realmente era.

Quería aterrorizarla para que volviera a su pequeño hospital o asilo o lo que fuera y lo dejara en paz.

Edward se volvió para enfrentarla completamente, con sus calzoncillos adheridos como una pegajosa segunda piel. El agua le llegaba solo hasta la mitad del muslo. Cada contorno de sus músculos y el notorio bulto de su miembro eran visibles a través del lino semitransparente que revelaba más de lo que ocultaba.

—¿Está acostumbrada a conversar casualmente con hombres desnudos? —preguntó con deliberada amenaza. El rostro de ella flaqueó.

—Es un desafortunado peligro de mi trabajo —respondió con cautela.

—Un peligro. —Se rio—. La reto a que mire. Que mire de verdad.

Después de un largo momento, la exasperante mujer se encogió de hombros e hizo lo que le pedía. Su mirada se deslizó por su cuerpo, un examen pausado pero médico. La experiencia no era diferente a ser examinado por un doctor: realizada con desapego a una distancia propiamente científica.

Frustrado, Edward se quedó allí con los pies entumecidos en el barro del lecho del arroyo.

Entonces, justo cuando pensaba que había perdido esta extraña batalla, los ojos de ella se engancharon en el significativo y apenas oculto bulto de su virilidad. Un sutil rubor tocó sus mejillas, casi imperceptible, pero presente, sin embargo.

Su propia respuesta lo tomó por sorpresa. En lugar de retroceder, respondió. Visiblemente.

Edward maldijo al ver la mezcla extrañamente conmovedora de vergüenza y deseo que tiñó la expresión de la señorita Forsythe. Ambos se apartaron apresuradamente.

—Lo esperaré en el huerto de manzanos —gritó ella mientras sus pasos se apresuraban por el sendero tan rápido como sus pies podían llevarla.



Estúpida estúpida estúpida. Harper caminaba de un lado a otro bajo los manzanos, alcanzando hojas para arrancarlas y desgarrarlas en pequeños pedazos. Había escuchado, en la exigencia de Edward de ser mirado, un deseo de ser visto como un ser humano. No como un heredero, no como un usurpador de propiedades, no como un animal medio civilizado, sino como un ser humano cuya vida había sido trastocada de maneras que la mayoría de las personas nunca podrían comprender.

Y lo había estado haciendo tan bien, hasta que su propia reacción completamente humana lo había arruinado todo. *Estúpida.* Este único encuentro marcaría el tono de todas sus futuras interacciones. Si hubiera hecho lo que él le exigió con el adecuado desapego clínico, el tenor profesional de su relación se habría establecido bien. Entre el desliz de juicio de ayer y el de hoy, iba a ser una batalla cuesta arriba ganar el tipo de confianza necesaria para el tratamiento.

Todo porque no había podido resistir mirar fijamente su... su...

—¡Oh, esto es ridículo! —resopló. No era como si no conociera la terminología adecuada. Era solo que las palabras disponibles parecían insuficientes para describir ese magnífico apéndice, un complemento perfecto para una forma física que no era menos que increíble.

—¿Hablando contigo misma? Estoy de acuerdo. Ridículo —dijo la inconfundible voz de

Edward detrás de ella. Harper respiró hondo antes de girarse, luchando por recuperar cierta ecuanimidad antes de enfrentarse a su adversario.

No. No su adversario. Si lo enfrentaba a ese nivel, si alguna vez se hacía evidente que ella lo consideraba un enemigo a vencer, el fracaso estaría asegurado. Podría volver al manicomio y casarse con Miller, si es que esa había sido su verdadera intención. Harper se estremeció.

—Sí —se forzó a reír, fingiendo tranquilidad—. Es ridículo, ¿verdad? Está claro que no quieres estar aquí. Estás enfadado por verte obligado a regresar a Inglaterra, pero no estás enfermo, solo infeliz. Terriblemente infeliz. Y quieres que todos lo sepan —continuó, dando unos pasos de un lado a otro—. La injusticia te enfurece. ¿Cómo puede tu padre no ver el hombre en que te has convertido? Sigues demostrándole lo capaz que eres exhibiendo tu destreza física, pero todo lo que tu padre ve es el salvaje que ha reemplazado al querido hijo que perdió hace tantos años.

Se detuvo cuando Edward inhaló bruscamente. Él se acercó, con los ojos entrecerrados, cerniéndose sobre ella, una cabeza más alto. Harper le sostuvo la mirada, levantó la barbilla y siguió hablando.

—Él cree que estás trastornado porque actúas de manera tan poco inglesa. Puede que estés enfadado y confundido, pero no estás enfermo.

Aún no decía nada, solo la miraba fijamente con esos fríos ojos azules. Ningún hombre debería tener tales ojos, como lanzas cuando estaba enfadado, como lo estaba ahora. La rodeó, girando completamente a su alrededor, como si ella fuera una presa que de repente se hubiera revelado como un depredador mortal.

Los pétalos de manzano flotaban silenciosamente, enredándose en su cabello. Harper se los quitó, y algunos delicados pétalos se adhirieron a su mano temblorosa. —¿Has terminado? Supongo que es justo dejarte que me mires, considerando... lo de antes.

—He terminado. Por ahora —dio un paso atrás.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella, ladeando ligeramente la cabeza como un cachorro curioso—. ¿Quieres volver a Brasil?

La respuesta de Edward la sorprendió.

—No —dijo sin vacilar—. Allí hay arañas del tamaño de platos de cena. Mosquitos como pájaros pequeños. Cuando no hay presas, todos pasan hambre.

—De acuerdo. Entonces, quieres quedarte aquí. ¿Qué quieres de Inglaterra? Tienes una verdadera cornucopia de opciones. Más opciones de las que casi nadie podría desear. Puedes encontrar una manera de reconciliarte con los deberes necesarios para convertirte en conde. Puedes esconderte en algún retiro privado. O puedes capitalizar la curiosidad del público y tomar Londres por asalto —Harper hizo una pausa y se humedeció los labios, pensando. Podía ver por cada tendón tenso en su cuerpo lo intensamente que él estaba escuchando. ¿Hasta dónde podría empujarlo?

—Estás en posición de hacer lo que quieras, ya sea revolcarte en la notoriedad y la autocompasión o tomar el mando de tu futuro. Es enteramente tu decisión —lanzó el guante con palabras suaves. Luego lo puntualizó girándose y caminando decididamente hacia la casa. Durante seis pasos, contuvo la respiración, con el corazón acelerado. Entonces Edward estaba a su lado. Harper luchó contra una sonrisa. Ahora que los había llevado de vuelta a un terreno fructífero, no iba a arruinarlo de nuevo con otro descuido.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —exigió él—. ¿Revolcándome en la notoriedad y la autocompasión? —Se puso rápidamente a su paso, manteniéndose fácilmente a su lado.

—Ciertamente no estás haciendo nada para contradecir esa impresión —respondió ella con

calma, sin romper su ritmo.

—¿Qué querrías que hiciera? ¿Que levantara el meñique durante el té de la tarde y hablara sobre el último chisme? ¿Que parloteara sobre ovejas y los dolores de cabeza de llevar libros de contabilidad?

—Cualquiera de esas cosas sería preferible a andar medio desnudo, bañándote en arroyos y literalmente trepando por las paredes —replicó Harper con firmeza.

—¿Ah, sí? —Las palabras de Edward brotaron como un volcán—. ¿Alguna vez has perdido todo lo que amabas y conocías en un abrir y cerrar de ojos y has tenido que adaptarte a un entorno completamente extraño?

—Sí.

—¿Sabes lo que es que te metan en una camisa de fuerza y te encierren en una habitación, supuestamente por tu propio bien?

—Sí —Harper siguió adelante, la determinación fortaleciendo su columna vertebral.

Edward la agarró por los hombros y la giró a la fuerza para que lo mirara. —¿Tienes alguna idea de lo que es que te metan en una jaula para animales de circo y te envíen al otro lado del mundo?

Harper vio cómo sus ojos se fijaban en el ligero temblor de sus manos. Su agarre en sus hombros se aflojó ligeramente cuando ella se puso rígida. Edward sabía que la estaba aterrorizando, y ella sabía que la parte herida de él lo disfrutaba. No le haría daño. Lo sabía instintivamente. Ayer, él le había salvado la vida. Para salvar la suya, ella trabajaría con cualquier conexión que pudiera establecer.

—No —respiraba con dificultad, su pecho subiendo y bajando justo más allá de su línea de visión—. Pero sí sé lo que es sentirse atrapada. Y lo que es que te miren como a un animal en una jaula. ¿Cuántas doctoras crees que existen en el mundo?

Con esas palabras su ira se disipó. Edward le soltó los hombros y dio un paso atrás. Harper se alisó la chaqueta.

—Y aun así —continuó con calma—, no me verás quitándome la ropa y saliendo por la ventana o rompiendo la porcelana y corriendo descalza por los campos en medio del desayuno. Puedo ayudarte a aprender a manejar tus frustraciones de una manera más socialmente aceptable, si quieres mi ayuda. No puedo obligarte a hacer nada.

—Creí que habías dicho que no estaba enfermo.

—No creo que lo estés. No obstante, eres mi paciente y tu comportamiento es inaceptable. Es mi responsabilidad ayudarte a cambiarlo, si quieres.

—Si quiero —escupió él—. ¿Quieres decir que tengo alguna opción en el asunto? ¿Que no usarás camisas de fuerza y láudano para someterme?

—Jamás. Pero debes decidir qué rumbo deseas tomar. No tienes el lujo del tiempo. Si no eliges tú, lo harán Richard o tu padre. Perderás la libertad de disfrutar todo esto si te envían al manicomio —Harper levantó los brazos, señalando el cielo despejado, los extensos campos a lo lejos y los huertos de manzanos. Luego giró sobre sus talones y lo dejó para que tomara su decisión.

Edward la observó marcharse, con esperanza y enojo brillando en sus melancólicos ojos azules.

Cinco

—BUENAS TARDES, su señoría.

Harper había recuperado la compostura después del extraño encuentro de la mañana con Lord Northcote escribiendo una extensa evaluación en el nuevo diario de pacientes encuadernado en cuero. Lo único significativo que había omitido era la desnudez de Edward en el arroyo.

La visión de él se había entrometido en su narrativa una y otra vez. Dos veces había alcanzado una pluma de ganso para tachar las líneas precisas de su pluma de cuervo. No se sabía quién podría ver el registro de Edward en el futuro. Saborear los detalles de la estrecha cintura de Edward y la fuerza de sus muslos dejó a Harper lidiando con una atracción totalmente inapropiada e indeseada. Sin embargo, debía ocultarla, sobre todo por el bien de Edward.

—Señorita Forsythe —el conde asintió hacia el lugar vacío en la mesa—. Estamos esperando la llegada de Edward antes de empezar.

—Por supuesto. Es mejor demostrar los comportamientos que se esperan de él —Harper juntó las manos recatadamente frente a ella, como si estuviera rezando. Harper buscó palabras para explicarle al conde que debía dejar de fingir que la ausencia de quince años de su hijo nunca había ocurrido. Edward no iba a adoptar mágicamente los comportamientos esperados de un caballero inglés.

—¿Le ha dicho algo sobre faltar al almuerzo? —preguntó el conde después de que pasaran varios minutos.

—No, su señoría. La última vez que lo vi fue esta mañana en el huerto —ofreció Harper, con las mejillas ardiendo al pensar en lo que había sucedido.

—Empecemos sin él. Edward pronto aprenderá que las comidas se toman a intervalos regulares, una vez que haya pasado hambre unas cuantas veces —hizo una señal al lacayo, quien colocó un panecillo sobre la mesa y llenó la copa del conde con vino.

Harper asintió, aunque dudaba que la perspectiva de un estómago rugiente obligara a su paciente a respetar los horarios de las comidas. Estaba acostumbrado a mayores dificultades. Pronto regresó el mayordomo. Inclinándose ligeramente, susurró algo al oído de Briarcliff. El conde tosió.

—Se la necesita en la cocina, señorita Forsythe.

—Sí, señor —Harper se levantó de su silla de un salto. ¿Qué podría querer Edward posiblemente en las cocinas? Siguió al mayordomo por retorcidos laberintos de pasillos hasta el corredor de suelo de piedra que conducía al dominio de la cocinera. Ella y su personal estaban acurrucadas en un grupo de indignada femineidad contra la pared. Un lago de vajilla destrozada

yacía frente a ellas.

—¡Oh! ¡No la mermelada de fresa! —jadeó una de las fregonas. La cocinera gimió. Un frasco de vidrio se hizo añicos contra las losas.

—Edward —llamó Harper con firmeza—. Voy a entrar. Por favor, absténgase de lanzarme ollas.

Los sonidos de metal y loza estrellándose se detuvieron, luego se reanudaron a un volumen más bajo. Harper levantó sus faldas unos centímetros y caminó de puntillas sobre el desastre de vidrios rotos y comida aplastada.

Lo primero que vio fueron los preparativos para el almuerzo. La sopa se había desbordado en la estufa y se estaba quemando contra el hierro. El olor a potaje quemado impregnaba la habitación. Un jamón yacía parcialmente cortado en un extremo de la larga mesa de trabajo. En el otro extremo, Edward estaba de espaldas a ella, con un cuenco de harina volcado y un gran montón desordenado de alimentos a su lado. El magnífico y exasperante hombre le gruñó por encima del hombro, luego empujó otro frasco sobre la mesa, derribando varios otros por el borde en el proceso. Se estrellaron sin ceremonia contra las losas. Harper hizo una mueca.

Primero, tomó un paño y apartó la sopa del fuego.

—Edward —preguntó con calma—. ¿Qué estás haciendo?

—Hambre —gruñó, sin levantar la vista.

—Por todos los medios, únete a nosotros para el almuerzo. Te estábamos esperando arriba. O al menos come algo de jamón.

Hizo una pausa en su destrucción y olfateó.

—No es eso. Hay un tipo de... no sé cómo llamarlo en inglés. Es una torta de maíz —dijo una palabra que ella no entendió, y Harper ladeó la cabeza. Él miró el frasco en su mano con tal expresión de decepción que ella dio un respingo. Edward aún no había herido a nadie, pero eso no significaba que no pudiera empezar en cualquier momento. Si hubiera golpeado a alguien con uno de los proyectiles, podría haber habido consecuencias más graves que una despensa devastada.

—Una de las chicas puso harina en un cuenco, pero no es ese tipo de torta —dijo Edward por encima del hombro. La tensión de su mandíbula se aflojó, y colocó una lata sobre la mesa detrás de él mientras examinaba el desastre que había hecho.

—¿Intentaste decirle eso en lugar de volcar el cuenco? —preguntó Harper.

Edward frunció el ceño ferozmente.

—Me lo imaginaba —dijo ella con decisión—. Dime qué llevaba.

—Maíz —dijo inmediatamente—. ¿Corn?

—¿Trigo? Eso probablemente sea harina de trigo —indicó el cuenco que la criada ya había intentado. *Corn* podía significar cualquier número de granos. No sabía nada sobre lo que podrían usar en Brasil. Podría no haber un sustituto aceptable disponible aquí.

—¡No! No esa cosa lamentable. Granos, típicamente amarillos, del tamaño de un guisante. Crecen en hileras a lo largo de una mazorca. *Maíz.*

—Está bien. Las tortas que quieres hacer son de maíz. ¿Qué más?

—No lo sé. Las mujeres de mi tribu siempre las hacían. Pensé que podría ayudar si miraba en las provisiones de la cocinera, pero nada me resulta familiar.

—Me lo imagino. Ven. Ayúdame a limpiar este desastre y le preguntaremos a la cocinera si hay algo que pueda servir.

Harper se abrió paso hacia él y comenzó a apilar los contenedores sin daños de vuelta en la despensa de madera. Estaba irremediablemente desordenada, pero si podía lograr que Edward

demostrara un mínimo de contrición, podrían convencer a la cocinera de que los ayudara. Resultó que había un poco de maíz seco que la cocinera había traído de Londres. No estaba en la despensa, sino en los almacenes. La cocinera se aventuró en la cocina para terminar sus preparativos para la comida del mediodía, ahora tristemente retrasada. Una de las criadas hirvió el maíz seco mientras Edward describía el aperitivo que tanto echaba de menos.

—Era un poco dulce, cocinado en una piedra plana y delgada sobre el fuego. Era grumoso, el maíz en parte machacado y en parte entero.

—Muéstrame —Harper le entregó un cuenco y una cuchara grande. Edward comenzó a golpear el metal contra la madera, hasta que aplastó los granos amarillos en una harina gruesa. Su cabello cayó sobre sus ojos, y la agonía desesperada e inquieta se había aliviado. La visión de la concentración de Edward trajo una pequeña sonrisa a sus labios. El Dr. Patton tenía razón. El trabajo con propósito ayudaba a todos.

—No se mantendrá unido correctamente a menos que use huevos —aconsejó la cocinera con cautela desde varios pies de distancia.

—Edward, ¿las mujeres usaban huevos en estas tortas? —preguntó Harper, sintiendo que estaba a punto de estallar ante la interferencia de la mujer.

—Huevos de codorniz —confirmó el hombre grande.

Una de las criadas les trajo dos pequeños huevos. Los colocó horizontalmente sobre la mesa, para que no rodaran, y rápidamente se retiró a una distancia segura. Las grandes manos de Edward empequeñecieron los pequeños óvalos mientras los partía por la mitad y los vaciaba en el cuenco.

—No sabrá bien sin sal —intervino la cocinera.

Cuando terminó, Edward miró la mezcla con el ceño fruncido. —Parece demasiado líquida. No se mantendrá unida cuando se cocine.

—No sé qué usaban los suyos, pero aquí usamos harina para hacer tortitas.

—Gracias —respondió Harper a la cocinera. Se acercó a Edward y acercó el cuenco unos centímetros hacia ella. Vertió una pequeña cantidad de harina y se la entregó a Edward.

—Viértela lentamente mientras yo remuevo —le indicó.

Edward golpeó suavemente la taza para que una fina lluvia de harina cayera en la mezcla.

La cocinera colocó el jamón en una bandeja con huevos cocidos, arenques y encurtidos. La sopa era una pérdida, indigna de servir a un conde. Luego, la cocinera entregó la bandeja al mayordomo que esperaba impacientemente.

—¿Estarán bien aquí por unos minutos? Debo poner a las chicas a limpiar el desastre en el pasillo, ahora que el almuerzo de su señoría está listo. —Miró a Edward con recelo.

—Por supuesto —declaró Harper con más confianza de la que sentía. El personal de cocina desapareció.

—Añade más harina —exigió Edward, inclinándose sobre ella.

Harper sintió más que oyó el retumbar de su voz. Empujó el cuenco hacia Edward. Su asombro fue casi cómico. —Inténtalo tú. ¿Qué más usaban las mujeres en estas tortitas?

—Pimientos picantes.

Harper lo miró. ¿Hablaba en serio?

—¿Pimientos picantes? —repitió, incrédula. Quizás si la cocinera tuviera un armario de especias indias.

Él asintió solemnemente, vertiendo más harina en la masa. Harper suspiró y alcanzó la cuchara. Él la cedió fácilmente, pero inmediatamente reinició sus instrucciones. —Así no.

—¿Entonces cómo?

Su gran mano se cerró sobre los dedos de ella. Durante un largo momento se quedaron allí, paralizados por el impacto del contacto físico. Todo el cuerpo de Harper hormigueaba. Oleadas de calor pulsaban a través de ella mientras él movía lentamente la cuchara en un amplio círculo. Nunca había estado tan íntimamente cerca de un hombre. Quizás nunca lo estaría de nuevo, no con uno al que anhelara que la tocara. Harper no pudo obligarse a poner distancia entre ellos.



Edward sintió la quietud del cuerpo de ella y la esbelta fuerza de sus dedos flaquear cuando la señorita Forsythe lo miró cautelosamente a través de sus largas pestañas. Vio cómo se erizaba el vello fino en el dorso de su mano. Se inclinó muy ligeramente hacia ella, preguntándose si soltaría la cuchara y huiría, pero esperando que se quedara. Su presencia lo reconfortaba.

La harina se desintegró en la mezcla. Hablar, siempre difícil para él, se volvió imposible cuando su garganta se tensó con una emoción sin nombre. La rabia, la soledad y el agotamiento que lo habían atormentado desde que Richard había abierto la puerta de su jaula se calmaron. La doctora olía cálidamente a jabón y agua de lavanda. Quería apartar las capas de lana y lino apagados para ver la redondez de sus senos que subían y bajaban con cada inhalación, justo fuera de su vista. Anhelaba inclinarse y tocar la tierna piel de su nuca.

En su lugar, echó una cucharada de harina al cuenco y la removió más. —Esto empieza a tener buen aspecto.

—¿Ah, sí? —dijo Forsythe un poco sin aliento.

Edward tomó su mano y la aplanó contra la suya, con la palma hacia arriba. La masa fría se aplastó cuando él cerró su mano sobre la de ella, formando una bola.

Los dedos de la doctora eran flexibles bajo los suyos. Aplanó la masa entre sus cuerpos, luego la colocó sobre la mesa. Aprovechando su ventaja, Edward frotó la yema de su pulgar sobre la elevación en la base del pulgar de ella. El Monte de Venus. Recordó este término de repente, un recuerdo agudo extraído bruscamente de las profundidades de su juventud.

Su mano estaba fría y era pequeña en la suya. Se inclinó un poco más cerca, absorbiendo el calor de su cuerpo contra su costado. Luego tomó otra bola de masa en su mano y la rodó lentamente por la palma. El aire salió de su cuerpo en un suspiro.

—Así —dijo él, con la voz aún más ronca de lo habitual. Se oyó un estrépito en el pasillo cuando las criadas regresaron con cubos y fregonas para limpiar la comida que él había estrellado contra el suelo. En un instante, Harper estaba a medio camino de la cocina. Todo lo que quedó fue un repentino escalofrío donde su cuerpo había estado cerca del suyo.

Aún más extraordinario, sintió un engrosamiento en sus pantalones. La excitación era algo que nunca esperó volver a sentir. Había estado ausente de su vida durante tanto tiempo que Edward no estaba preparado para su abrupta reaparición ahora. Le gustaba Harper Forsythe. Su cuerpo apreciaba a la extraña joven.

Edward se apresuró a enrollar y aplanar las tortitas restantes mientras los sirvientes terminaban su limpieza. Afortunadamente, para cuando se estaban enjuagando las manos en el fregadero, cualquier indicación externa del interés de Edward por Forsythe había desaparecido. La cocinera entró marchando en la cocina, claramente poniendo buena cara delante de las criadas.

—Cocinera —dijo Harper—. ¿Cómo recomienda que cocinemos estas tortitas? —preguntó.

La mujer rolliza miró hacia abajo. —Supongo que las freiría con un poco de mantequilla.

—¿Podría intentarlo, por favor, y si están buenas, llevarlas arriba a la mesa del almuerzo? —

Luego tomó a Edward por el codo y lo dirigió escaleras arriba hacia donde su padre ya había terminado la mayor parte de su comida del mediodía. Edward permitió que la mujer lo guiara por el pasillo sin resistencia hasta el final del corredor. Allí se detuvo.

—Gracias —dijo—. Ha sido usted extraordinaria ayudándome a recrear mi comida favorita.

Ella lo miró inquisitivamente. —No fue molestia. La próxima vez, sin embargo, por favor pida permiso antes de aterrorizar a las criadas de la cocina.

—Lo intenté —respondió Edward, ahora avergonzado al considerar cómo había dejado que su frustración lo dominara. Un cazador nunca apresuraba a su presa hasta que estaba listo para matar; difícilmente desconocía el concepto de paciencia.

—La próxima vez, si necesita ayuda, venga a buscarme primero. ¿Lo promete?

Edward asintió. Buscaría a la señorita Forsythe en cada oportunidad, si ella podía ayudarlo a aplacar su anhelo de regresar a su tribu adoptiva. Nunca había tenido un momento para despedirse. Hubo un destello de advertencia, luego la cuerda alrededor de su cuello, seguida de más cuerdas alrededor de sus muñecas y tobillos. Después de arrastrarlo por una distancia considerable y dolorosa, sus captores lo habían arrojado a un bote y luego a la jaula, donde había permanecido durante casi dos meses. Después del horroroso viaje, despertar en la elegante Inglaterra como heredero de un condado le había parecido poco más que una broma cósmica a su costa. Todo era diferente de lo que recordaba. Había encontrado poco consuelo en su regreso, pero quizás era hora de abandonar sus grandiosas nociones de robar un barco y volver con su gente.

Siguió el frufrú de las faldas sencillas de la señorita Forsythe hasta el comedor, donde su padre, almidonado y desaprobador, lo fulminó con la mirada mientras Harper explicaba lo que había retrasado tanto el almuerzo. En ese momento, apareció un lacayo con una bandeja de tortas doradas.

—Como ve, mi lord —dijo ella con orgullo—. Edward quería compartir algo de su historia reciente con usted. Me temo que nos llevó varios intentos. Debe perdonar nuestro retraso.

El conde mantuvo el rostro cuidadosamente inexpresivo mientras el lacayo colocaba una torta de maíz en su plato. Con cautela, cortó un pequeño bocado y se lo llevó a la boca. Su expresión cambió del escepticismo al asombro.

—No está mal —declaró—. No están nada mal. Prueba una.

Harper tomó una torta por cortesía, mientras Edward apiló cuatro en su plato. Solo guardaban un lejano parecido con la comida que recordaba con tanto cariño, pero Edward podía ver cómo la próxima vez serían mejores. Sabían a una mezcla de su pasado y su presente. El guiso de furia y frustración que lo había llevado a saquear la cocina se disipó, dejando en su lugar una especie de paz. Quizás sí necesitaba la ayuda de Forsythe. Era la única con la paciencia y el valor suficientes para escucharlo.

Sin embargo, ¿por qué una joven perseguiría una profesión tan sombría? Si él era un paciente típico, su trabajo debía requerir una devoción y abnegación casi santificadas. *Abnegada* no era la palabra que usaría para describirla. La palabra que elegiría sería *feroz*.

Forsythe le dedicó la más pequeña de las sonrisas al otro lado de la mesa mientras charlaba con su padre, una medida parsimoniosa de su orgullo por haber enderezado el barco del almuerzo. Él habría luchado contra legiones por vislumbrarla de nuevo. De la nada, Edward pensó en el oso hormiguero gigante que unos muchachos de su tribu habían acorralado una vez. El animal parecía una criatura tonta, pero había resultado letal para un chico que se había acercado lo suficiente como para ser golpeado por sus garras de diez centímetros. Forsythe era un poco así. Una criatura divertida con hábitos extraños y defensas sorprendentes.

Se preguntó qué habría pasado si hubiera intentado besarla en la cocina.

—¿Por qué trabaja en un manicomio? —preguntó Edward, interrumpiendo su conversación.

El conde y la doctora se miraron como si monedas de oro hubieran caído de su boca al hablar. La irritación lo invadió, pero su curiosidad por la señorita Forsythe superó el impulso de reaccionar.

—Si me permite una historia personal. Quedé tan traumatizada después de la muerte de mis padres que no pronuncié una palabra durante casi seis meses. Mi hermana estaba abrumada tratando de cuidarnos a ambas. Había oído en algún lugar que los Patton eran famosos por tratar bien a sus pacientes, así que escribió directamente a la señora Patton, quien convenció al doctor de que me aceptara por caridad. Trabajar con otros me dio algo en qué pensar además de la pérdida de mi familia. Muchas personas habrían encerrado indefinidamente a una niña muda. Fui afortunada. Mi experiencia me llevó a creer que muchas personas pueden aprender a lidiar con sus enfermedades y vivir vidas normales, cuando se les da el apoyo y el estímulo adecuados. Tengo una gran fe en el poder de las segundas oportunidades.

—Por las segundas oportunidades —declaró el conde, levantando su copa de vino. Forsythe alzó su copa de agua. Edward había olvidado por completo este ritual, así que se apresuró a unirse.

—Por el apoyo, el estímulo y los nuevos comienzos —continuó el conde—. Hijo, estoy muy complacido con tu progreso durante el corto tiempo que la señorita Forsythe ha estado con nosotros. Te ruego que continúes.

Con eso, el conde se excusó. Un momento después, Forsythe hizo lo mismo. Él quería seguirla, pero en consonancia con su progreso y nuevo comienzo, la dejó ir.

Por ahora.

Seis

ESTIMADO DR. PATTON:

Sin agradecer su obfuscación, he logrado algunos pequeños avances con la familia en los dos días desde mi llegada. La fuente del conflicto es el hijo menor, hasta hace poco el heredero aparente. Afortunadamente, su influencia disruptiva ha sido trasladada a Londres por el momento, por insistencia del conde. Trabajaré con el conde y especialmente con Lord Edward para ayudarlos a manejar sus reacciones ante el comportamiento más provocador de Lord Richard.

Lord Edward no está, creo yo, verdaderamente trastornado. Ha tenido que adaptarse a un número asombroso de cambios drásticos, incluyendo un trato que ha cruzado la línea hacia la crueldad absoluta. Está resentido y enojado, pero creo que aprenderá su lugar a su debido tiempo, como desea su padre.

El conde es frágil al tratar con Lord Richard y trata a Lord Edward como si aún fuera un niño de catorce o quince años, no como un adulto (aunque admito que el heredero rara vez actúa como tal). Bajo las circunstancias, parece razonable duplicar los honorarios.

Bromeo, por supuesto.

El sonido apagado de gritos distrajo momentáneamente a Harper, dejando una gran mancha de tinta en medio de la página.

—Oh, vaya —resopló, secando su pluma y empujando la carta bajo una hoja de papel fresca. Los gritos se hicieron más distinguibles.

—¡Bestia! —la voz aguda de una mujer hizo eco por el pasillo justo fuera de su puerta. Harper metió la carta en un cajón de golpe. Sus faldas apagadas se arremolinaron tras ella mientras abría la puerta de su habitación y se asomaba.

El mayordomo y una de las doncellas estaban juntos. La doncella, despeinada y con el rostro enrojecido, gesticulaba con enojo hacia algo que Harper no podía ver. La puerta bloqueaba su visión. El mayordomo estaba detrás de ella, tratando de hacer callar a la pobre mujer. Ninguno de los dos se percató de su presencia.

—¡Le digo que ese hombre me estaba observando! —siseó la chica. Parecía tener unos veinticinco años, algo regordeta con cabello rubio y rasgos bonitos. Sus ojos, sin embargo, estaban desenfrenados por el miedo y la ira—. ¡No me importa de quién sea hijo, la Bestia de Briarcliff está loca y es peligrosa!

Vaya por Dios. Si así era como reaccionaba todo el servicio ante Lord Northcote, no era de extrañar que deseara soledad.

—No debe abandonar el trabajo. Ya estamos con poco personal —suplicó el mayordomo.

—¡Sí, y nadie en su sano juicio trabajaría en esta casa de locos!

El mayordomo alto y poco agraciado la hizo callar.

—Temo por mi seguridad, señor Smith —susurró la mujer.

—Encontraremos una manera de protegerla, Ann. ¿Dónde estaba cuando esto sucedió?

—En la habitación azul —respondió la doncella, señalando hacia el pasillo en dirección a la habitación de Harper. Harper retrocedió bruscamente. No tenía intención de que la pillaran escuchando a escondidas al servicio.

Una sombra cruzó su ventana. Harper contuvo la respiración y miró hacia arriba.

La gran figura de Edward bloqueaba la ventana.

En ese momento, Harper comprendió por qué la doncella se había sentido tan inquieta. La peculiaridad de ser observada desde el exterior de una ventana del segundo piso era realmente perturbadora. En unos pocos pasos, cruzó la habitación y abrió la ventana de golpe.

—¿Te gustaría entrar, Edward? —No era una pregunta.

El hombre grande no respondió verbalmente. Simplemente contorsionó su cuerpo delgado y musculoso para caber por la ventana. De pie descalzo sobre su alegre alfombra de dormitorio, vestido solo con pantalones sueltos y una camisa de lino aún más suelta, se irguió en toda su estatura. Harper tuvo que estirar el cuello hacia arriba para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Querías algo? —le instó, cuando él aún no hablaba.

—¿Por qué me besaste?

El calor recorrió su cuerpo ante el recuerdo. No era la pregunta que había anticipado.

—¿Te refieres a en el árbol? Ya me disculpé contigo. En ese momento, no pude expresar mi gratitud por salvarme la vida con palabras —respondió Harper.

—Me gustó.

Las cejas de Harper se alzaron. —Independientemente de si ese fue el caso o no, te animo a olvidar el incidente, porque no habrá una experiencia repetida. Sabes que acabas de asustar a una de las doncellas casi hasta la muerte, trepando por el exterior del edificio de esa manera.

—¿Te gustó? —preguntó, con la esperanza iluminando sus ojos un tono o dos.

—No, no me gusta verte trepar por la fachada —respondió Harper con el tono más ecuánime que pudo reunir.

—Me refería al beso.

—Eso apenas fue un beso real —soltó, con las mejillas ardiendo. ¿Por qué no había dicho *no, fue incorrecto y terrible*? Esa habría sido la respuesta correcta. Habría arrancado de raíz el brote de esperanza en sus ojos.

Pero Harper no podía soportar hacer eso.

Lord Northcote había sufrido lo suficiente sin que ella aplastara el único punto brillante en su vida. No podía besarlo de nuevo. Aunque esto no había impedido que el recuerdo de su aroma picante y masculino y la áspera barba incipiente de su barbilla invadiera sus pensamientos cada pocos minutos durante la cena y el desayuno desde el mortificante accidente. Era bajo, poco profesional y, lo peor de todo, inútil para su causa pensar en Lord Edward de esa manera. Debería tener mejor control sobre sus emociones.

Es solo una reacción física, eso es todo.

—Olvida que alguna vez sucedió —murmuró, dándose la vuelta sobre un talón.

—No un beso real —repitió Edward con confusión.

—No.

—Podríamos intentar un beso real...

—¡Absolutamente no! Edward, incluso tú debes comprender lo inapropiado que es irrumpir en la habitación de una dama y pedir un beso. No eres tonto. ¿Por qué estás siquiera aquí?

Él la miró con aire taciturno. —Tú fuiste quien me dijo que entrara.

Exasperada, Harper miró hacia el pasillo vacío. —Fuera, ahora. No podemos ser sorprendidos aquí de esta manera.

—El servicio está tramando algo —gruñó mientras Harper lo empujaba por la puerta y giraba la llave en la cerradura.

—¿Qué quieres decir exactamente? —exigió Harper, trotando para mantenerse al paso de él mientras pasaban por un corredor tenuemente iluminado. Finalmente, él se detuvo y se volvió para mirarla. Harper respiró hondo varias veces. El día estaba cálido. Su cabello se le pegaba a la cara. Prefería no pensar en el estado de sus axilas. Edward frunció el ceño sombríamente. Harper tragó saliva, luchando contra la mezcla de asombro y atracción que la agitaba internamente.

Lo había besado. La áspera barba incipiente de su mejilla y el aroma a ron especiado de su piel la perseguían. Nunca debía hacerlo de nuevo, pero oh, cómo deseaba hacerlo.

—Los sirvientes te odian casi tanto como me detestan a mí. Eres diferente.

Harper ladeó la cabeza. —Te escucho.

—Todos, sin excepción, quieren enviarte lejos. Están buscando una excusa. Cualquier excusa.

—Ten cuidado. Richard es... astuto. Usará cualquier ventaja.

Harper finalmente asintió. —Debemos vigilar cada una de nuestras interacciones.

Lord Edward pareció aliviado. —Sí.

—Richard está en Londres. Por ahora, no es una amenaza. ¿Me estás diciendo que por eso viniste a mi habitación, por la ventana?

—Sí.

Edward soltó un suspiro exasperado y miró con aire sombrío hacia la gran mansión. —Necesito un aliado.

—Me alegra que confíes en mí. Dicho esto, no más visitas por la ventana.

—No confío en ti en absoluto.

—¿Entonces por qué acudir a mí? —Hombre exasperante. Harper ni siquiera podía mantenerlo centrado durante una sola conversación. No era de extrañar que todos pensaran que no tenía remedio. Sin embargo, ella era optimista, y Harper seguía convencida de que, a pesar del singular enfoque de Edward, no estaba loco.

Edward le sujetó la barbilla con brusquedad. —Entiende esto, señorita Forsythe. Tú y yo somos forasteros. Nos arruinarán si pueden. Juntos, tenemos una oportunidad contra ellos.

—¿Ellos *quiénes*? —Harper apartó la barbilla de su flojo agarre—. No estoy aquí para luchar contra nadie, milord.

—Edward. Solo Edward.

—*Lord Northcote,* estoy aquí para ayudarte. Para ello, debo pedirte que dejes de escalar las paredes. Literalmente. Es una hazaña increíble de destreza física y audacia, pero asusta a la gente.

Su única respuesta fue soplar un mechón de pelo fuera de su cara.

—¿Qué es lo que buscas cuando escalas las paredes de esa manera?

—Paz —dijo al instante.

—¿No tienes una habitación para la privacidad?

Edward frunció el ceño.

—¿Es inaceptable de alguna manera? —exigió Harper, sintiéndose más que un poco

impaciente. Él era un aristócrata. A menos que el conde lo hubiera alojado en una celda lúgubre —lo cual estaba segura de que no era el caso—, poco podría tener Edward de qué quejarse en esta casa de campo suntuosamente amueblada.

Edward frunció el ceño, le agarró la mano y la condujo por los pasillos. Pasaron frente a lacayos y doncellas, y Harper tuvo cuidado de parecer dispuesta para no causar alarma, aunque no habría podido escapar del agarre de Edward si lo hubiera intentado. En las dependencias familiares, él abrió de golpe una puerta doble que daba a una habitación cavernosa y oscura con tapices de seda roja y muebles de madera oscura y pesada. Incluso en un día brillante de verano, el lugar parecía una cueva.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó ella, jadeando un poco.

—Sí.

—¿Qué tiene de malo?

—Es demasiado oscura —declaró Edward—. Siento como si me estuvieran enterrando vivo. Necesito luz y aire.

—Ah. Y el tejado es el único lugar donde puedes encontrar privacidad.

—Precisamente. —Su alivio por ser comprendido estaba grabado en las líneas de su rostro.

—Te mostraré cómo acceder al tejado por las escaleras, Edward. Si quieres mi ayuda, debes intentar cambiar tus costumbres, empezando ahora mismo. No puedo arreglarte. Solo puedo ayudarte si quieres adaptarte.

—Puede que no tenga tiempo. —Los rasgos de Edward se volvieron de granito.

—¿Qué significa eso? —exigió ella. Cuando Edward no respondió, Harper levantó las manos y se dirigió a la ventana. Tal vez la habitación sería más acogedora con un poco más de luz. Pero Harper se dio cuenta rápidamente por el ángulo del sol que la habitación daba al norte, y los rayos del sol rara vez penetrarían en la penumbra.

Desde su posición, tenían una clara vista del camino que serpenteaba hacia la casa principal. Una nube de polvo se elevaba en una tenue columna: un carruaje, conduciendo rápido.

—Richard —dijo Edward con voz inexpresiva. Ella saltó. Se había movido para pararse a un centímetro detrás de ella tan silenciosamente que apareció a su hombro sin hacer ruido. Harper contuvo la respiración al sentir la oscuridad de espíritu que lo invadió con esa única palabra. Pronunció el nombre de su hermano como una maldición.

La confianza de Harper se resquebrajó. ¿Podría hacer algo para ayudar a esta familia? Lord Northcote había experimentado tantas dislocaciones que se preguntaba cómo había sobrevivido. Su mal comportamiento surgía de la ira, la confusión y el aislamiento, pero debajo tenía una vena de bondad y heroísmo desinteresado, una que ella había experimentado cuando él le salvó la vida.

¿Quería verlo convertido en un caballero inglés propiamente dicho?

Harper no estaba segura. Una repentina tristeza estalló bruscamente en su pecho como fragmentos de vidrio. Si no podía comprometerse a contener los peores impulsos de Edward, debería marcharse hoy mismo. No le haría ningún favor quedándose si no podía ayudarlo.

Harper desechó el pensamiento. Él merecía Briarcliff. Edward sería un magnífico conde, aunque poco convencional. Costara lo que costase, Harper sabía que haría cualquier cosa para verlo ocupar el lugar que le correspondía en el mundo. Confinar a Edward en un manicomio arruinaría a un hombre magnífico. Si no podía ocupar su lugar legítimo, Richard sería un guardián de Briarcliff convencionalmente engreído y desconsiderado. Corrompería la gran finca tan seguramente como una herida purulenta era mortal para el cuerpo.

Aliados. Edward quería que estuviera de su lado. Eso, se lo podía dar sin dudarlo. Aunque si

no podía controlar sus emociones, le sería de poca ayuda.

—Lord Northcote, le daré tiempo. Lucharé para que tenga el espacio que necesita para recuperarse de su... ¿Lord Northcote? —Harper se giró, pero estaba sola en la habitación de Edward. Suspiró y se apoyó en el alféizar. El carruaje que se acercaba desapareció de la vista, luego irrumpió a la vista con un par de caballos grises espumosos. Richard descendió como un ángel oscuro. El vello de la nuca de Harper se erizó. Entonces, él miró hacia arriba.

Incluso desde esa distancia, podía ver claramente la malevolencia ardiente de su expresión. Un odio calculador borró sus rasgos, pero sus ojos... ardían positivamente de aversión. Sus labios se curvaron en una mueca que no era una sonrisa, sino una amenaza.

Harper encontró su mirada. Richard no podría haber dejado más claro que estaba conspirando contra su hermano. En ese momento, Harper supo implícitamente que ella no era más que un obstáculo en su búsqueda por usurpar la herencia de su hermano, y que no dudaría ni un segundo en arruinarla en el proceso de arruinar a su hermano. A Richard no le importaba quién más pudiera resultar herido.

Harper fue a su habitación y vertió un poco de agua en su palangana, con el estómago revuelto mientras se salpicaba la cara con agua fresca. Había aprendido por las malas que aparecer ante las familias de sus pacientes en un estado de desaliño no mejoraba su ya cuestionable profesionalismo. Después de acomodar su cabello húmedo en su lugar, siguió los sonidos de voces masculinas alzadas por el pasillo hasta el estudio del conde.

La puerta estaba entreabierta. Harper se detuvo justo afuera, escuchando.

—¿Cuándo vas a entrar en razón y mandar a Edward lejos? —bramó Richard, paseándose frente a la chimenea—. Primero, corre medio desnudo por los tejados de Londres, luego trepa por las paredes y corre como un salvaje aquí en Briarcliff. Esto ha estado pasando durante semanas, padre. La presencia de la señorita Forsythe es peor que inútil... ejem. Señorita Forsythe.

Richard parecía en todo sentido el futuro conde, con el ceño apropiadamente fruncido en indignación por la supuesta villanía de su hermano mayor. Edward, por otro lado, estaba de pie cerca de la ventana, luciendo como si estuviera a un segundo de abrirla y escapar. Su camisa colgaba medio desfajada, sus pantalones enrollados en el tobillo, y estaba desprovisto de corbatín, chaleco, chaqueta y medias, mucho menos zapatos. La suciedad manchaba sus piernas y brazos. No había forma de evitar el hecho de que parecía un mozo de granja.

Charles se animó ante la entrada silenciosa de Harper.

—Es doctora Forsythe —le recordó Harper a Richard con frialdad—. Es ahora o nunca. Tengo que decidir si voy a ayudar a Edward o marcharme. Pero si me quedo, ¿a los intereses de quién sirvo? ¿A los míos propios o a los de mi paciente?

Richard puso los ojos en blanco. Era casi como si pudiera escuchar sus pensamientos.

—Es mi opinión profesional que lord Edward no representa peligro para nadie. El encarcelamiento sería inapropiado y retrasaría el progreso que lord Edward ya ha logrado —comenzó ella—. Recuerde, señor Northcote, que su hermano ha sobrevivido a una serie de pruebas que habrían quebrado a un hombre menor.

—Es lord Northcote para usted, señorita Forsythe —espetó Richard.

—Le ruego me disculpe. Al regreso de su hermano, entendí que el título de cortesía había vuelto al hijo mayor. —Harper hizo una reverencia. No había nada que reprochar en sus acciones y palabras, pero la mueca de Richard le dijo cuánto le escocía la sal de sus palabras.

Lord Briarcliff señaló con cansancio a su hijo mayor.

—Richard cree que Edward es un peligro para el personal.

Ajá. Quizás Edward había estado en lo cierto. Su significado no había sido del todo claro,

pero había estado tratando de advertirle. El sujeto de su discusión continuaba mirando por la ventana, inmóvil como una estatua.

—Y, muy posiblemente, para usted, señorita Forsythe —dijo el conde en voz baja—. Tengo plena confianza en su capacidad, pero también debo considerar cómo ve el mundo este arreglo tan peculiar.

Harper negó con la cabeza.

—No entiendo. Acordamos que no era un problema.

—Su juventud y su sexo la convierten en una víctima potencial de la depravación de Edward. Recuerde que ha vivido entre salvajes estos últimos quince años. —El tono compasivo de Richard le recordó a Harper que toda su subsistencia dependía de que ideara una estrategia para manejar a Richard. Ahora mismo.

—Le aseguro que no estoy en riesgo —replicó con severidad—. Lord Northcote no es un depravado.

—Sí, si acaso, su hermano está en riesgo por los avances de la señorita Forsythe —intervino el conde.

Sobresaltada, Harper se volvió hacia el conde.

—¿Su señoría?

Con cansancio, el conde la despidió con un gesto.

—Sí, entiendo. Peculiaridad de las circunstancias y todo eso. No he olvidado el incidente en el árbol ayer.

Harper dio varios pasos temblorosos hacia donde Edward permanecía junto al alféizar de la ventana. Iba a perderlo todo: esta oportunidad, la dirección del asilo, cualquier posibilidad de una carrera.

—Edward, confío en que no permitirá que mi lapso temporal de juicio interfiera con el excelente progreso que hemos estado haciendo hacia su restauración a la plena salud —dijo con toda la sinceridad que pudo reunir.

—No estoy enfermo —contrarrestó él automáticamente—. ¿Esto significa que lo retira?

—¿El beso en la mejilla? Sí, por supuesto.

—Es una lástima, me gustó bastante.

El silencio descendió. Conmocionada, Harper lo miró boquiabierta. Una cosa era decir tales cosas en una conversación privada, ¿pero frente a su familia? Extrañamente, parecía sincero.

Richard comenzó a reír.

Cree que soy una broma, se dio cuenta con una oleada ardiente de furia. *Richard cree que no soy más que una solterona desesperada y tonta.* Pegó una sonrisa frágil en su rostro como si estuviera participando en la broma, y no siendo el objeto de burla.

—¿Ve, su señoría? —dijo al escéptico conde—. Edward ha recuperado un sentido del humor muy británico. Seguramente esto es un progreso en verdad.

La voz de Harper no traicionó ningún indicio de la humillación que le aplastaba los pulmones. *Eres una solterona solitaria con una atracción idiota por un hombre tan distante de ti que bien podría vivir en otro planeta. Nada en este mundo cambiará ese hecho.*

El conde, visiblemente fatigado, sin embargo, parecía divertido. El torniquete alrededor de su cintura se aflojó. El aire se precipitó en sus pulmones. Dos respiraciones la estabilizaron. Las intenciones de Richard eran claras. Quería que su hermano fuera encerrado. Harper entendió que esto era solo una escaramuza en una guerra que tenía pocas posibilidades de ganar.

Richard tenía el poder, el dinero y la influencia de su lado; ella tenía la poca virtud que se le concedía a las mujeres con empleos inusuales y su ingenio. Las probabilidades eran buenas de

que, a menos que pudiera sacar a Richard del camino por más de unos pocos días seguidos, iba a fracasar espectacularmente en rehabilitar a Edward para la sociedad educada. Y si Richard lograba provocar a su hermano a la violencia, su hermano estaría acabado. Ella estaría bien como una solterona solitaria sin perspectivas de empleo de ningún tipo y el tipo de reputación ennegrecida que se les otorgaba a las mujeres que pasaban tiempo a solas con hombres. Pero ¿Edward? Él sería destruido.

Peor aún, Edward no parecía haber registrado el daño que su comentario había causado.

Se le ocurrió a Harper que no le había preguntado si quería ser el conde. ¿Y si no le importaba el título?

—Volviendo a nuestro tema original. Señor Northcote, usted insinuó que el personal percibe una amenaza en el comportamiento de Edward. ¿Puede ser más específico? —Entrecerró los ojos. Dado el estado de alarma entre los sirvientes que había escuchado en el pasillo, no tomaría mucho esfuerzo de Richard para avivar la llama.

—El personal femenino en particular teme por su virtud.

—¿Por qué?

Richard frunció el ceño.

—Puede acceder a cualquier área de la casa desde el exterior. Varias criadas han informado que las observa.

—Lord Northcote y yo hemos discutido cómo sus métodos poco ortodoxos de salida y entrada son inquietantes para los demás. ¿No es así?

Edward la ignoró, aún mirando por la ventana sin ver nada. Ella le dio un codazo en el costado. Él asintió secamente. Harper luchó contra una oleada de desesperanza. No podía cambiar a alguien que no quería cambiar. Aunque, por otro lado, este era el tiempo más largo que lo había observado permanecer en un ambiente incómodo sin huir por la salida más cercana. Había que reconocerle el mérito.

—Edward ha accedido a abstenerse de trepar por las ventanas, con efecto inmediato —continuó Harper—. Mañana abordaremos su perpetuo estado de desaliño. Considero que esto es un progreso bastante sustancial para el breve período de paz que he tenido para trabajar —Le lanzó una mirada afilada a Richard. Harper hizo una reverencia y salió de la habitación con la barbilla en alto. Resistió la tentación de quedarse en la puerta, aunque Richard comenzó a discutir en el instante en que ella salió de la habitación. Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, los pies de Harper se movieron más rápido, corriendo hacia el santuario de su habitación.

Siete

EDWARD NO SALIÓ por la ventana. Se quedó mirando la tarde de verano durante un buen rato después de que Harper hubiera abandonado la habitación, escuchando a su hermano despotricar mientras luchaba contra el impulso de ir tras ella y borrar aquella expresión afligida. Las palabras de Richard la habían herido. O las suyas. Edward tenía la sensación de que habían sido las últimas. Su padre se sirvió un vaso de algo alcohólico y se sentó junto a la chimenea, frotándose la frente.

Después de haberlo liberado de la jaula en la que había llegado, Richard ahora quería encerrarlo en un manicomio. ¿Cómo se sentiría, estar encerrado lejos del cielo, del aire? ¿Cómo viviría sin poder contemplar las estrellas en busca del consuelo que le proporcionaba saber que en algún lugar del mundo su gente estaba contando antiguas historias sobre las mismas luces brillantes?

El impulso de regresar con su gente se estaba desvaneciendo. Aunque esta cavernosa mansión seguía pareciéndole tan extraña como siempre, había empezado a darse cuenta de que la idea de apoderarse de un barco y navegar de vuelta a Brasil era, en el mejor de los casos, muy poco probable. No tenía ni los conocimientos ni el dinero para llegar a un barco y volver a casa, y no los tendría a menos que heredara el condado.

Edward había olvidado hacía mucho tiempo que había elementos de Inglaterra que no eran tan terribles. Como el clima, que en verano era cálido pero rara vez caluroso, al menos si uno llevaba la ropa adecuada. Años atrás, después de haber sido aceptado en la tribu, se había obligado a dejar de soñar con su tierra natal. Desde la llegada de la señorita Forsythe, había empezado a encajonar sus recuerdos de Brasil. Pronto estarían empaquetados en un rincón de su mente, y entonces ¿qué?

El interminable ocio de la vida aristocrática inglesa lo carcomía. No había cacerías que preparar, ni niños a los que enseñar a usar cerbatanas, ni tradiciones que capturar en dientes y huesos tallados.

—¿Sigues aquí, Edward?

Edward se sobresaltó. Se había olvidado por completo de la presencia de su padre.

—Así es.

—Sírvete una copa y siéntate conmigo un rato.

Edward se apartó de la ventana y se dirigió a la silla, renunciando a la bebida. Nunca había tenido la oportunidad de desarrollar gusto por esa cosa y olía repugnante.

—Te pareces tanto a tu madre —dijo Charles, observándolo detenidamente.

Edward no supo cómo responder a eso, así que permaneció en silencio. La conversación no le resultaba fácil, aunque cuando discutía con la doctora Forsythe, se las arreglaba para expresarse. Su padre pareció decepcionado.

—Ojalá te parecieras *más* a ella. Tu madre casi muere cuando recibió la noticia de tu desaparición. Quería dejar a tus hermanas atrás para buscarte ella misma. Me pregunto si te habríamos encontrado antes si lo hubiera hecho.

La tristeza en la voz de su padre le encogió el corazón. *Nunca lo sabremos*, pensó. Se le ocurrió que esto era un paso adelante en la conversación, así que lo dijo en voz alta.

—No —respondió su padre con tristeza—. No lo sabremos.

Como a Edward no se le ocurría nada más que decir, la conversación se fue apagando. No era de extrañar que su padre lo tratara como a un niño. Se merecía ampliamente su decepción. Una semilla de vergüenza brotó en su pecho.

Aunque había intentado plantearlo como una elección, Edward sabía que la doctora Forsythe se equivocaba. No había elección, no con Richard conspirando para encarcelarlo. Su hermano podía haber abierto inicialmente la jaula en la que Edward había sido entregado, pero ahora estaba empeñado en encerrarlo de nuevo, esta vez para siempre.

Solo había un camino hacia la supervivencia. La alternativa era no tener futuro en absoluto.

Una vez había aprendido a ser cazador. Podía aprender a ser un caballero.

Habían pasado quince años desde que había tolerado la lana que picaba y las corbatas que ahogaban, pero podía volver a aprender a hacerlo. Sus pies se adaptarían a estar encerrados en zapatos de suela dura en lugar de moverse silenciosamente sobre el suelo. En la jungla, su vida había dependido del sigilo. Aquí dependía de la imagen.

El pasillo terminó, y Edward se alejó de su pasado, hacia su futuro. Ahora caminaba con determinación en dirección a la habitación de la doctora.

Se detuvo frente a la puerta de la señorita Forsythe. Había silencio en el interior. Levantó un puño para llamar, pero dudó.

Sin querer, sus nudillos golpearon dos veces contra la puerta. Sus pies, bajo diferentes instrucciones, se crisparon preparándose para huir.

Sonidos de movimiento emanaron de la habitación, apenas perceptibles. Si la casa no hubiera estado completamente en silencio y él no estuviera a escasos centímetros de la puerta, habría sido imposible oírlos.

La puerta se abrió.

Edward forzó su cuerpo a través de la abertura, olvidando su resolución de comportarse como un caballero.

—¿Sí, milord?

Los ojos de Forsythe estaban rosados en los bordes y brillantes como brotes regados. Las lágrimas le conferían un aire de vulnerabilidad que le retorció las entrañas. Algunos mechones de cabello se habían escapado de su trenza para rozarle la sien y la nuca.

Edward tragó saliva. De cerca, su piel tenía una textura aterciopelada. Su elegante nariz se posaba sobre unos labios bonitos y una barbilla obstinada.

—No seré confinado —declaró, aunque no era el mensaje que había venido a transmitir.

Ella cedió otro centímetro de la puerta. Edward pasó junto a ella, ocupando el pequeño y luminoso dormitorio como lo había hecho horas antes. Esta vez observó la colcha con motivos verdes y las fundas de almohada recortadas, el cuadro discretamente impersonal en la pared. Era una habitación de invitados para residentes temporales, poco frecuentada y fácilmente transformable en un estudio o en el dormitorio de un niño con un cambio de mobiliario. El único

indicio de su actual ocupante era el juego de escritura y la pulcra pila de papeles sobre el escritorio.

Una pequeña bola de papel fuertemente arrugada yacía en el fondo de una papelera junto al escritorio. La furia en ese papel arrugado le daba comezón por alcanzarlo. Si lo alisara y descifrara su contenido, quizás podría entender mejor a la mujer que estaba frente a él con los labios apretados. Edward se preguntó si alguien había intentado ver más allá de la ropa sosa y la espalda recta para descubrir a esta mujer de corazón tierno que había debajo.

—¿Qué piensas hacer para evitar el confinamiento, Edward? —preguntó ella.

—Yo... —El papel le diría lo que quería saber. Al menos le daría una idea, alguna pista sobre lo que la impulsaba a luchar por una bestia como él. Deseaba ese trozo de papel desechado como un hombre hambriento ansía el alimento—. Haré cualquier cosa. Quiero estar a la altura de mi derecho de nacimiento. —Hizo una pausa—. No sé cómo llegar ahí.

La determinación cuadró sus delgados hombros.

—Se llega allí de la misma manera que se consigue cualquier cosa en la vida. Trabajando para lograrlo.



A la mañana siguiente, el lápiz de Harper rasgaba rápidamente la página de su sencillo diario de tratamiento, dejando un resumen preciso en grafito del progreso matutino. A unos tres metros de distancia, Edward y dos trabajadores agrícolas levantaban pesadas piedras, las untaban con mortero y las encajaban lo mejor posible en los huecos existentes de roca faltante. El sol estaba en lo alto y el calor del verano había llevado a los tres hombres a quitarse las camisas.

Edward, por supuesto, había sido el primero.

Al principio, ella se había movido para decirle que no lo hiciera. Pero no estaba haciendo daño a nadie, no había nadie que pudiera verlos en kilómetros a la redonda, y no vio razón para avergonzarlo.

En su lugar, Harper se sentó en el prado y disfrutó de la vista. El campo se extendía a su alrededor y más allá hasta los brazos del cielo. Mechones de nubes se perseguían unos a otros. Los observó durante un rato, cualquier cosa para mantener su mente alejada de la visión de la espalda musculosa de Edward y los relieves que se agrupaban en su abdomen.

Un saltamontes aterrizó cerca de su falda. Harper observó su cuerpo rayado por un momento antes de que saltara lejos.

Tomó su diario e hizo algunas notas más, omitiendo cualquier mención de desnudez. Harper levantó la mirada hacia los hombres. Se encontró con que su atención se demoraba en su sujeto y se obligó a apartar la vista.

Si estaba sobrecargada de trabajo en el asilo, al menos nunca se había aburrido. Siempre había algo más que hacer. El tedio de ver trabajar a los hombres solo era tolerable con miradas furtivas a Edward. *Deja de mirarlo. No puedes permitirte la distracción.*

Con su lápiz, se dirigió a la última página del diario y dibujó una flor silvestre que crecía a unos pasos de distancia. Luego dibujó el saltamontes, o quizás otro saltamontes, que había vuelto a aparecer. Contra su mejor juicio, el lápiz de Harper comenzó a trazar las líneas de tres hombres trabajando en una cerca. Marcas rápidas esbozaron los contornos de los cuerpos, dos promedio, uno más grande. Las dos figuras promedio eran meros gestos. Harper pasó algún tiempo detallando el cuerpo de Edward en simple grafito. Una cerca de piedra se extendía en la distancia.

La imagen de Edward sostenía una gran roca a la altura del hombro, con los brazos doblados, lo mejor para capturar su estrecha cintura y la curva de su... Harper dejó caer su lápiz. Había visto esas nalgas. Desnudas.

Se desabrochó el primer botón de su corpiño. El aire cálido escapó, pero no se sintió más fresca. Edward estaba sin camisa a menos de seis metros de distancia. Harper estaba allí para observarlo. Tal vez debería aprovechar.

Durante un rato, lo hizo. Cada pocos minutos garabateaba obedientemente una línea en su libro para que no fuera obvio cómo estaba mirando a Edward. Lord Northcote, si quería ser formal. No quería serlo: Harper disfrutaba de la fácil amistad que se estaba desarrollando entre ellos. Él tenía toda una vida de *milords* por delante.

Una sombra oscura cayó sobre sus garabatos. Una gran forma masculina se acomodó en la hierba junto a ella, a centímetros de distancia. El diario saltó de sus manos y aterrizó boca abajo en la hierba.

—Te he asustado —comentó Edward—. Lo siento. —Recogió el diario con una mano sudorosa. Harper intentó alcanzarlo. Él lo mantuvo alejado, hojeando las páginas—. Es sobre mí. Eso significa que tengo derecho a leerlo.

—Es mi diario. —Pero no protestó, porque no era su diario, no realmente. Era el registro de él. Tenía derecho a saber lo que ella estaba escribiendo sobre él. Harper se retorció mientras él dejaba huellas húmedas en sus notas. Riachuelos de sudor corrían por su cuello, trazando las venas que sobresalían de sus musculosos antebrazos.

Olía a sudor, tierra y hombre. Ella observó una gota trazar los largos músculos de su cuello, acumulándose momentáneamente en un borde de tejido cicatricial antes de continuar su viaje hacia el pozo de su clavícula derecha.

Harper luchó contra el impulso de inclinarse y trazar su camino con la lengua. En su lugar, fingió concentrarse en volver a atar su bota. Mientras lo observaba por el rabillo del ojo, él miró su dibujo de él y los trabajadores durante mucho tiempo. Luego cerró el libro y se lo devolvió. Sin decir una palabra, Edward se impulsó del suelo con un movimiento fluido y regresó con los otros hombres, aceptando un largo trago de agua de una cantimplora. Harper observó la larga convulsión de su garganta mientras tragaba. Los hombres volvieron a su desorden de rocas y mortero.

Harper se abanicó con el diario. No debería estar sintiéndose así. Estaba mal. Edward necesitaba su ayuda, no su lujuria desenfrenada. No necesitaba esto de ella. Ya tenía suficientes problemas.

—Los veré en la casa cuando hayan terminado —llamó. Los hombres la ignoraron. Harper caminó pesadamente de vuelta a la casa y subió las escaleras hasta su pequeña habitación luminosa. Solo llevaba aquí una semana, pero había dejado de contar los días antes de regresar a casa. Estaba empezando a entender lo que el Dr. Patton había querido que comprendiera antes de comprometerse con el asilo. ¿Realmente podría soportar la vida de aislamiento que perseguir su sueño requería? Harper nunca se había dado cuenta de lo cómoda que había estado en el capullo del cuidado de los Patton hasta que se vio obligada a dejarlo.

Con un suspiro tembloroso, Harper apartó el papel arruinado y tomó una hoja nueva.

Querida Viola, espero que estés ocupada con tu familia y que esta carta te encuentre bien. Echo de menos tener noticias tuyas la pasada Navidad.

Harper se detuvo. No había visto a su hermana en casi una década. Sabía que había un hijo y que había habido una hija nacida muerta, pero las cartas de su hermana siempre habían sido escasas en detalles. Viola había sido su única protectora después de que su madre muriera de

tuberculosis y su padre se disparara a sí mismo en la desesperación. Harper tenía once años y Viola acababa de cumplir quince. Si Harper no hubiera necesitado tanto desahogarse con alguien, no habría tomado la pluma.

Necesito tu ayuda

, escribió en líneas pulcras. *He desarrollado un afecto por un paciente. Es mejor para todos si me voy, solo que no puedo hacerlo con gracia. Te pido que envíes un mensaje al Dr. Patton diciendo que me necesitas. No seré una molestia. Lo prometo.*

El cumplido poco cortés de Miller la molestaba. *Lo suficientemente aceptable para la cama, para ser una sabelotodo arpía.* Colocó su pulgar sobre la mancha de la huella del pulgar de Edward en la parte inferior de la página con el dibujo que había hecho. Su colega estaba equivocado. Ella no sabía mucho de nada, sobre nadie, y menos aún sobre sí misma.

Ocho

HARPER NO HABÍA BAJADO A CENAR. Edward observaba la puerta con cierta ansiedad, pero ella no apareció. Finalmente, su padre notó su agitación y explicó:

—La señorita Forsythe tiene dolor de cabeza y no se unirá a nosotros.

Edward asintió, tratando de ocultar su decepción. Aquí estaba él, listo para embarcarse en su nueva vida como aristócrata inglés, y ella ni siquiera estaba presente para verlo. Cada músculo le dolía por trabajar en el muro, pero el baño caliente había sido reconfortante. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía tranquilo.

Richard entró en la habitación y esperó a que el sirviente le retirara la silla.

—Ambos estarán encantados de saber que asuntos urgentes me llaman de vuelta a Londres mañana.

—Excelentes noticias —comentó Charles con acidez—. Estoy seguro de que tus amantes se sienten descuidadas.

Richard le dirigió a su padre una mirada herida.

—Esto no tiene nada que ver con mi dama de compañía, *en singular*, y estoy completamente sorprendido de que sacaras a colación un tema tan indecoroso en la mesa, padre.

La cuchara de sopa de Charles se detuvo a medio camino de su boca.

—¿El hombre que irrumpió y acusó descaradamente a su propio hermano de amenazar a los sirvientes presume de darme lecciones sobre modales?

Continuó tranquilamente con su comida.

—Richard, un caballero es más que el brillo de sus botas y el corte de su chaqueta. El porte moral de un caballero se evidencia en sus modales y su conducta. Tú no eres más que un petimetre, hijo mío. Eres peltre pulido que pretende ser plata.

Richard tragó saliva y se puso rojo.

—Veo que no se me echará de menos —dijo con rigidez.

—Ni se te dará la bienvenida por algún tiempo. Vuelve a Londres, a tus apuestas, a tus faldas ligeras, a tus amigos. Cuanto antes, mejor.

Por una vez, Richard hizo lo que se le pidió. Empujó su silla hacia atrás y salió ruidosamente de la habitación. Edward miró a su padre con especulación.

—¿Qué sucede, hijo? —preguntó el conde después de unos minutos.

—¿Por qué eres cruel con Richard? —exigió Edward.

—¿Cruel? ¿Yo? —Charles hizo una pausa con el tenedor a medio camino de su boca—. He criado a un hijo que supera al libertino aristocrático promedio enteramente por accidente. Hay

momentos en que desearía que Briarcliff nunca hubiera pasado a mis manos. La riqueza excesiva lo ha arruinado. Tu regreso es la mejor cura posible para la irresponsabilidad de Richard.

—No somos niños —dijo Edward lentamente. Su padre no podía ver cómo había crecido, y no podía ver cuánto anhelaba Richard su afecto. Pensar en la infancia que había pasado años tratando de olvidar era doloroso, pero se dio cuenta de que siempre había sido así.

—No —respondió el conde secamente—. No lo son. Por qué mis hijos mayor y segundo mayor insisten en actuar como mocosos crecidos está más allá de mi comprensión.

Los platos de comida pasaron frente a él sin ser probados. Aunque tenía hambre, la tensión le había robado el apetito. Deseaba que Forsythe estuviera aquí. Ella habría sabido cómo desviar las pullas de Richard.

—¿Está bien Forsythe? —preguntó finalmente. Su padre se sorprendió tanto que dejó caer el tenedor.

—Oh, sí, por supuesto, hijo. El dolor de cabeza es la queja universal femenina, y por toda su sabiduría, la señorita Forsythe sigue siendo, inevitablemente, una mujer.

Indudablemente lo era. Edward pensó en su caída del techo. Era su trabajo vigilarlo. Saber esto no disminuía su sensación de que lo hacía con un hambre cuidadosamente guardada. Técnicamente, la imagen en su expediente de paciente estaba bien hecha y describía el trabajo manual que le había asignado como parte de su proceso de reintegración. Sin embargo, un lento resplandor de calidez se extendió por su pecho al pensar en cómo había sido dibujado con considerable detalle, sus compañeros menos.

Edward pensó en la forma en que lo había mirado en el estanque.

En el huerto de manzanos.

Cuando había ido a su habitación.

Esta mañana, en el campo.

Su corbatín parecía haberse encogido en los últimos minutos. Su chaqueta, que como toda su ropa provenía del armario de Richard y era un poco pequeña, se sentía como si le cortara la circulación de los brazos. En el instante en que su padre terminó su comida, Edward lo imitó. Se contuvo de correr por los pasillos hacia la habitación de Forsythe. Caminó sin prisa, consciente de los sirvientes que pasaban silenciosamente de una manera que un verdadero aristócrata no notaría. Se detuvo frente a su puerta, inclinándose cerca de la madera.

Un caballero no estaría aquí, invadiendo su espacio privado. Pero Edward no quería ser un caballero. Quería irrumpir por la puerta y ver el subir y bajar de su pecho.

Probó con su nombre de pila, un susurro de aliento pasando por sus labios. La puerta permaneció silenciosa y obstinadamente cerrada. Si un aleteo de movimiento penetró las gruesas puertas, no fue lo suficientemente fuerte como para estar seguro. Colocó una palma contra la cálida barrera de roble y respiró su nombre de nuevo, probando las sílabas.

Harper. La adivina, la mujer que escudriñaba en su alma y veía promesa, potencial, y un futuro que él aún no podía imaginar. Sin embargo, Edward sabía que ya fuera que su futuro significara el confinamiento en un asilo o tomar su lugar entre los aristócratas de Inglaterra, no tenía futuro sin ella.

Un día, la besaría de verdad, y entonces ella sabría la verdad de sus sentimientos aunque él no pudiera encontrar las palabras adecuadas para decirlo.

~

A la mañana siguiente, Harper evaluó el triste estado de su ropa y decidió hacerse confeccionar

un nuevo vestido. Aunque prohibitivo en costo, la pérdida de su vestido dañado por su caída del tejado dejaba sus tres atuendos restantes en escasez. Sin embargo, cuando encontró al conde en su estudio para solicitar una tarde en la ciudad, él frunció el ceño.

—¿Es realmente necesario que Edward trabaje en los campos? Para eso están los jornaleros y los mozos de cuadra —el conde colocó su periódico pulcramente al lado de su plato. Oscuras sombras manchaban bajo sus ojos.

—El trabajo físico es un componente esencial del tratamiento. Proporciona enfoque y distrae la mente de detenerse en temas menos agradables —dijo Harper con firmeza. Miró hacia la ventana mientras un rubor de calor ante el recuerdo de observar los músculos de su paciente moverse bajo el sol brillante pasaba por su mente—. Es fundamental para el método del Dr. Patton.

—Preferiría enormemente que hicieras que Edward se ocupara de sus estudios tristemente descuidados —el conde juntó las puntas de sus dedos y las tocó con su barbilla.

Harper se animó. —Una idea encantadora, milord. Puedo observar durante unos minutos para seguir su progreso. Quizás aproveche la mañana para ir al pueblo y encargar un vestido nuevo. El que llevaba cuando me caí del tejado está completamente arruinado.

—Las modistas del pueblo no son particularmente hábiles. Son perfectamente agradables, pero nada comparado con la calidad de Londres. Si puede esperar un día o dos, mandaré traer a alguien adecuado de la ciudad. Después de todo, ya es hora de que Edward tenga su propio conjunto de ropa. Las de Richard le quedan un poco pequeñas. Le sientan mal y, ahora que se puede confiar en que las use, es momento de que le hagan algunas prendas que le ajusten correctamente.

Harper se sobresaltó. Con razón Edward había estado tan ansioso por quitarse la ropa a cada momento. La ropa de Richard debía de haberle estado torturando todo este tiempo.

—Está lleno de excelentes ideas esta mañana, milord. Lamento que los sastres de Londres estén fuera de mi alcance. Una modista local me viene perfectamente bien —Harper ignoró la mirada escéptica del conde hacia su vestido desaliñado. La moda era para mujeres frívolas con demasiado poco que hacer. Ella era una mujer ocupada haciendo un trabajo importante, y no iba a dejar que la opinión de un caballero de sociedad sobre su enfoque práctico de la vestimenta le molestara.

De verdad.

—Me gustaría que supervisara personalmente la educación de Edward, señorita Forsythe.

Harper parpadeó y resistió el impulso de cruzar los brazos sobre su pecho.

—Lamento no estar cualificada como profesora, milord.

—¿Se está negando?

—No estoy... recha... —Harper comenzó lentamente, pero el conde la interrumpió.

—Excelente. Entonces empezará mejorando sus habilidades de lectoescritura, y se centrará en matemáticas, historia y ciencias. Confío en que, como médica, tiene experiencia en estos temas.

—Yo... sí —tragó saliva. ¿Qué podía decir, que no tenía educación? Un rubor de ira le abrasó la piel. Él había preguntado. Ella había declinado tan educadamente como sabía. Ahora el hombre actuaba como si su clara reticencia fuera consentimiento. Sin embargo, él era su empleador, y la buena opinión del conde era la clave para su futuro. Harper odiaba que la presionaran, pero tenía pocas opciones.

—Informaré a Lord Northcote después de mi viaje al pueblo.

—Sí, por supuesto. Pida al mayordomo que disponga un carruaje y una doncella para que la

acompañe.

—No es necesario. Puedo ir caminando.

El conde cerró de golpe el libro encuadernado en cuero que tenía delante.

—Vaya, señorita Forsythe. Termine su recado y luego dedíquese a la tarea que le he encomendado. Veré a mi hijo rehabilitado, y usted es la única que puede llegar a él.

Harper se balanceó sobre sus talones. Bajó la mirada al suelo e hizo una torpe reverencia antes de murmurar: —Sí, señor —Sus dientes apretados contenían las palabras que deseaba tener la libertad de decir.

No sería la única que puede conectar con Edward si usted o Richard hicieran el más mínimo esfuerzo.



Edward volvió de los campos cuando Harper estaba en el vestíbulo esperando el carruaje. Su camisa estaba húmeda y se le pegaba al cuerpo, desabrochada hasta la mitad de la cintura con su ropa interior visible por debajo.

—¿Te vas? —preguntó, deteniéndose en seco. Llevaba botas cubiertas de barro—. Está lloviendo.

—Como suele ocurrir en Inglaterra —sonrió Harper.

—Te vas a mojar.

Harper respiró hondo, tratando de controlar un repentino sonrojo. Por la forma en que la miraba, tenía la extraña impresión de que no estaba hablando de la lluvia.

—No soy de azúcar. No me voy a derretir —fue todo lo que dijo mientras se ajustaba más el chal. Era una pobre defensa contra el hambre en su mirada. Harper se estremeció. Edward no parecía preocuparse en absoluto por sus vestidos desaliñados. Su habitual poder para desviar la atención masculina no estaba funcionando con él.

—No sería de caballeros dejarte ir sola —lo intentó de nuevo, y Harper le lanzó una mirada. La mirada claramente decía *¿qué crees que estás haciendo, idiota?*

Sus temores se hicieron realidad por el inconfundible sonido de los pasos del conde detrás de ellos. Tras él venían el mayordomo y una doncella.

—Milord, terminaré mi recado a primera hora de la tarde y estaré de vuelta para el té —dijo Harper con excesiva formalidad—. Creo que su padre tiene un nuevo proyecto para que trabajemos juntos. Le dejaré que se lo explique durante el almuerzo.

El conde le lanzó una mirada fulminante. Bueno, qué lástima. Harper no era una institutriz. Era médica, o al menos estaba formada como tal.

—Sí, por supuesto. Edward, tu sentimiento es noble, pero la señorita Harper es perfectamente capaz de hacer una salida de compras por su cuenta. En cuanto a que tu ropa no te quede bien, haré que mi secretario mande llamar al sastre cuanto antes. Ahora, ven conmigo. Estás haciendo tan excelentes progresos bajo la guía de la señorita Forsythe, que creo que es hora de que retomes tu educación donde la dejaste.

El pueblo estaba a media hora de camino por carreteras suaves pero no demasiado embarradas. Una joven doncella la acompañaba como una sombra, completamente silenciosa excepto cuando se le hablaba. Harper se rindió en su intento de entablar conversación con la chica después de unos minutos, suponiendo que le habían instruido para que no hablara a menos que se le dirigiera la palabra.

En la modista, Harper encargó dos vestidos nuevos de calicó. Según sus estándares, las telas

eran incluso atractivas, una de calicó estampado a rodillo verde salvia y crema con un pequeño motivo floral azul, y la otra con un estampado botánico beige y rosa sobre fondo gris.

—Alguien con su colorido no debería llevar colores apagados —le dijo la modista con sinceridad—. El verde está bien, pero necesita un color más brillante para resaltar sus ojos.

—No quiero resaltar mis ojos. Suba el corpiño otra pulgada, por favor. Otra más. Más aún. Ahí. No quiero que se vea ni un atisbo de clavícula.

—Se va a ahogar.

Harper se rio, aunque la impertinencia de la mujer la molestó. —He sobrevivido a cosas peores que un verano inglés.

La modista la miró con escepticismo, como diciendo que no había nada peor que sufrir una ola de calor en verano. —Tiene una figura preciosa. ¿Por qué la esconde?

Harper miró a la mujer a los ojos.

—Ni siquiera pienso en esas cosas. No tengo tiempo —la implicación de que la costurera no estaba lo suficientemente ocupada no pasó desapercibida para la mujer.

Asintió con rigidez. —Sus vestidos estarán listos en unos días, señorita.

Después de visitar a la costurera, Harper caminó pesadamente bajo la lluvia para enviar sus cartas, con la pequeña criada pisándole los talones como un spaniel. La chica probablemente tenía veinte años, pero parecía más joven, cerca de los quince. Cada pocos minutos, Harper notaba que la chica la miraba de reojo. Durante el corto trayecto de regreso a la finca Briarcliff, Harper finalmente atrapó la mirada de la chica como un pez en el anzuelo.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

—¿Cómo es él? —soltó la criada, y luego tragó saliva visiblemente.

—¿Quién?

—El señor indómito.

—¿Eres nueva en el personal de la casa? —preguntó, aunque interiormente, gimió. Harper no había olvidado el maldito apodo. Se lo recordaban a diario en los periódicos que ahora leía diligentemente.

Asintió, toda ojos marrones grandes y sinceridad pecosa. —Sí, señora, llegué de la agencia hace apenas una semana. Me llamo Sara.

—Bienvenida, Sara —Harper podía usar cualquier aliado que pudiera conseguir, especialmente entre el personal—. ¿Y qué has observado sobre él?

—Hace honor a su nombre, pero no parece peligroso. No entiendo por qué las otras chicas están tan alteradas por él. ¿Qué piensa usted? Es usted a quien llamaron para ayudar a descubrir qué le pasa, ¿verdad?

La pregunta de Sara era tan genuina que Harper no tuvo el corazón para comentar sobre su impertinencia. —Yo tampoco creo que sea aterrador. Hace algunas cosas inquietantes, pero está aprendiendo a no hacerlas.

—¿Entonces por qué todos le tienen tanto miedo?

Harper eligió sus palabras con cuidado. —Hay mucho sobre sí mismo que Lord Northcote no discute con nadie. La gente a menudo teme lo que no entiende.

Sara aceptó esto, aunque parecía tener más preguntas. Cayeron en un silencio agradable, y Harper esperaba que Sara susurrara su mensaje de compasión y comprensión entre el personal de la casa.

Edward se veía desgarradoramente correcto a la hora del té, y aunque difícilmente era justo de su parte, Harper se encontró extrañando la imperfección desaliñada de sus muy recientes días salvajes. No solo llevaba zapatos y chaqueta, sino que su cuello estaba extendido a la moda y una corbata negra colgaba de su cuello. Jugueteaba con ella incómodamente.

—Te ves muy apropiado, Edward. ¿Cómo te fueron los estudios esta tarde? —Harper le dirigió una sonrisa alentadora.

—¡De maravilla! —respondió el conde por su hijo, radiante. Edward frunció el ceño. Harper devolvió la sonrisa genuina de Charles y se volvió hacia Edward.

—Cuéntamelo todo.

—Muestra una considerable aptitud para captar los fundamentos de la contabilidad —le dijo Charles con orgullo.

—Padre, eran sumas y restas. Eso lo aprendí de niño.

Harper le lanzó a Edward una mirada reprobatoria y negó con la cabeza. No era el momento de afirmar su independencia. Entendía que le molestaba cuando su padre lo trataba como un imbécil de diez años, pero Charles necesitaba experimentar y expresar su orgullo por Edward si alguna vez iba a ver a su hijo como algo más que un niño medio civilizado crecido.

—Hay algo muy puro en las cuentas. Los números cuentan historias sobre las vidas de los residentes. Siempre lo he encontrado interesante, incluso cuando luchaba por hacer que los números revelaran sus secretos.

—¿Es usted hábil en matemáticas? —preguntó Edward con un destello de picardía.

Harper se rio. —Todo lo contrario, de hecho. Mi conocimiento matemático es muy trabajado. Pero la contabilidad es más que simples sumas alineadas en pulcras columnas de libros contables.

—¿Lleva usted las cuentas en el asilo, señorita Forsythe? —preguntó el conde, con una ceja levantada.

—Es uno de mis deberes, sí. La señora Patton y yo trabajamos juntas en los libros. El Dr. Patton no tiene cabeza para los números. Él es un filósofo de la mente.

—Ya veo —respondió Charles, satisfecho de haberle recordado su lugar. La posición de Harper en la casa era frustrante y ambigua, no muy diferente a la de una institutriz. Tomaba las comidas con la familia y ocupaba una pequeña habitación de invitados, pero como empleada, también podía ser comandada a capricho—. Señorita Forsythe, ¿qué hace exactamente con mi hijo todo el día?

—Escucho.

—¿A qué?

—A todo lo que Edward está diciendo, o no diciendo, en cualquier momento dado. Por ejemplo, habiendo observado a Lord Northcote durante los últimos días, puedo decirle cuán duro está trabajando para suprimir su incomodidad con la vestimenta inglesa en este momento. También observo lo feliz que está de haber pasado unas horas productivas con su padre, a quien desea complacer.

El rostro del conde se puso pálido, luego rojo. —Sí. Bien. Agudamente observado. Continúe.

Después del té, Charles le pidió a Harper que lo acompañara a un recorrido por la casa.

—Ayer envié un informe al Dr. Patton —comenzó Charles mientras caminaban por el largo pasillo principal pasando por pinturas de antepasados Northcote con cara de vinagre—. Le expresé que estoy muy complacido con el progreso que ha logrado con Edward en tan poco tiempo. Admito que estaba menos que entusiasmado con una doctora mujer, pero se ha comportado de manera encomiable, particularmente a la luz de circunstancias difíciles.

—Se refiere a Richard —aclaró Harper.

—Sí. Lamento decir que siempre ha sido así en lo que respecta a Edward. Celoso, insensible y maquinador.

—Admito que he sentido curiosidad por la hostilidad entre ellos. No percibo que Edward albergue ninguna mala voluntad particular hacia Richard. Si acaso, parece desconcertado por el desagrado de su hermano.

—La hostilidad es y siempre ha sido del lado de Richard. Supongo que fue mi culpa, en cierto modo. Mimamos a Edward cuando era niño, y su temperamento lo hacía un niño fácil de amar. Richard nació apenas diecinueve meses después de Edward, y fue un tiempo ansioso para mi esposa y para mí. Richard nació varias semanas antes de tiempo, y tenía un temperamento cólico. Clara y yo estábamos aterrorizados de apegarnos demasiado a Richard por temor a perderlo. A veces pienso que debe haberlo sentido, tan joven como era —Charles guardó silencio mientras pasaban a un ala sin usar del edificio.

Charles empujó una pesada puerta. Un gran salón de baile, decorado ornamentalmente con columnas de yeso neoclásicas y grandes paredes de espejos, se abrió cavernosamente a su alrededor. Harper contuvo la respiración.

—Aquí solíamos celebrar fiestas y bailes. Oh, cómo le encantaban las fiestas a Clara. Bailábamos todos los bailes, toda la noche —Charles levantó los brazos y dio varios pasos de vals, sonriendo ante el recuerdo. La imagen hizo que el corazón de Harper se hinchara como madera empapada de agua. ¿Cómo sería sentir un amor así? ¿Cómo podía soportar perderlo?

—A veces todavía hablo con ella —dijo el conde mientras la tomaba en sus brazos y la hacía girar torpemente por la pista de baile.

—¿Ah, sí? —Harper tropezó. La repentina familiaridad del conde hizo sonar campanas de alarma en su cabeza. No temía estar a solas con hombres, pero también era consciente del peligro potencial.

—Sí. Le escribo en un diario. Era tan fácil hablar con ella, y usted me recuerda a mi difunta esposa a veces, señorita Forsythe. Le he contado sobre el regreso de Edward y cuánto la echo de menos. Es doloroso verlo llamado con tales nombres en la prensa —¿la Bestia de Briarcliff? En serio, estas hordas de escribanos dirán cualquier cosa sin la menor relación con los hechos— pero ¡ya les demostraremos! En unas semanas, haremos un regreso triunfal.

—¿Tan pronto? ¿Es prudente? —Se detuvo en medio de un giro. El conde soltó su mano y continuó bailando por el salón con una pareja imaginaria, presumiblemente su esposa.

—No puede esconderse aquí para siempre. Edward debe aprender a ocupar su lugar en la sociedad si ha de heredar el condado. Ninguna novia sensata se casaría con la Bestia de Briarcliff, así que debemos mostrar al mundo que ha cambiado por completo desde su inglorioso regreso. El tiempo es esencial. Cuanto más tiempo circulen estos rumores, más difícil será. Usted es una pésima bailarina, señorita Forsythe.

—Un riesgo del extenso estudio científico, milord. Queda poco tiempo para aprender gracias sociales —En el extremo opuesto del salón de baile, el conde abrió la puerta con un gesto grandioso. Harper trotó tras él, sus zapatillas rozando ligeramente el suelo de madera.

—Este es el salón de invierno —dijo un momento después—. Tiene una luz excelente en invierno, aunque en verano es demasiado caluroso para usarlo —Una hermosa y alegre habitación decorada en amarillo brillante y verdes apagados esperaba pacientemente a que sus servicios fueran necesarios de nuevo.

—Es hermoso —dijo Harper con honestidad, contenta de que no le hubiera preguntado su opinión sobre llevar a Edward a Londres, y aliviada de que el conde le hubiera confiado sus

planes. Debía encontrar una manera de preparar a Edward. Su corazón se encogió ante la idea. No quería que cambiara, no fundamentalmente. Edward era magnífico.

—El amarillo le sienta bien —comentó el conde—. A la mayoría no, pero usted es toda tonos de miel. Dado su lúgubre profesión, es extraño que sea una persona tan alegre. Debería considerar usar vestidos alegres.

Harper se encogió de hombros, agraviada de que su apariencia hubiera sido objeto de tanto escrutinio dos veces en el mismo día. Vestía lo que era modesto y razonablemente cómodo. Al no haber tenido nunca motivo para vestirse por belleza, no habría sabido cómo hacerlo si lo intentara.

—Usted me desconcierta, señorita Forsythe. ¿Por qué quiere ser médica? ¿No desea el matrimonio, una familia?

Sí. Con su hijo. El pensamiento llegó más rápido de lo que pudo evitar que sucediera. Pasó una mano por el alféizar de la ventana. —Nunca se me ocurrió que fueran mutuamente excluyentes. Después de todo, el Dr. Patton está casado, y uno de los otros médicos del asilo corteja a una chica en Leeds. Tengo un trabajo significativo que ayuda genuinamente a las personas. No siento que falte nada en mi vida.

O no lo había sentido, hasta que conoció a Edward. Ahora parecía bastante obvio que un gran vacío se asentaba en el centro de toda su existencia. No había nadie más como él.

—Es usted una joven singular, señorita Forsythe —Charles le hizo un gesto para que pasara por una puerta lateral a una habitación casi vacía. Esta habitación también era bastante cálida y luminosa, debido a los enormes paneles de vidrio que formaban dos paredes—. Este es el invernadero. En invierno, traemos las plantas más delicadas de los jardines para que podamos disfrutarlas todo el año. Algunas viven aquí permanentemente. Se hicieron demasiado grandes para salir al exterior —Varios arbustos se elevaban desde sus macetas de madera, y un verdadero limonero se erguía a doce pies de altura, rozando el techo.

—Esto debe ser encantador en invierno —Harper acarició las hojas con las yemas de los dedos.

—Lo es.

Algo en la voz del conde hizo que ella levantara la mirada. Los ojos marrones del hombre brillaban. No mostraba emociones fácilmente. Harper se sintió conmovida de haberse ganado su confianza.

—Señorita Forsythe, ¿puede restaurar a mi hijo o no?

Nueve

—HAY ESPERANZA. Usted mismo dijo que está mejorando —Harper titubeó, sin estar lista para responder y muy consciente de la reacción del conde ante la decepción. El conde tenía una imagen precisa de lo que significaba restaurar a Edward, y Harper sabía que lograrlo destruiría la resiliencia y honestidad esenciales de Edward.

—Sí. Llevó ropa decente para el té y pasó la mañana estudiando. No ha trepado las paredes en dos días completos. Sin embargo, percibo cierta reserva en su actitud hacia el progreso de mi hijo.

Harper se humedeció los labios. No tenía reservas en absoluto sobre Edward. Ese era el problema.

—Si percibe alguna vacilación de mi parte, se debe a mi deseo de ser absolutamente escrupulosa al tratar con usted y su familia —hizo una pausa, tanteando el terreno minado—. Su señoría, le insto a que reconsidere sus ambiciones de enviar a Edward a Londres este otoño. Si lo presiona demasiado pronto, volverá directamente al comportamiento que todos estamos trabajando tan duro para disuadir. Quizás en un año...

—Un año es demasiado tiempo. Debe ser presentado lo antes posible para acallar los rumores. Es la única forma en que alguna vez encontrará esposa.

—¿Una *esposa*?

—Sí. Edward necesita una esposa de sociedad que pueda pulir la mancha del salvajismo de Edward. Si puede conseguir una esposa adecuada, me sentiré seguro de que alguien cuida de mi hijo y de la casa ancestral. Por egoísta que sea, Richard es ciertamente capaz de atraer a una esposa. El linaje debe preservarse, lo que queda de él.

—Se refiere a la línea que se rompió cuando heredó de su hermano.

—Sí.

—En mi opinión, un año es el tiempo mínimo necesario para permitir que Lord Edward regrese a la sociedad con éxito. Londres sería abrumador para él. Corre un gran riesgo de dañar aún más a su hijo —Harper soltó un suspiro que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Las cejas del conde se fruncieron sobre su larga y aristocrática nariz. Era la nariz de Edward, se dio cuenta Harper. Los huesos de Edward eran los de su padre, aunque Richard había heredado su color. Dos hijos, cada uno reflejando elementos de su padre. Entendía que el conde quería garantías, pero ella no podía dárselas.

—Si Edward ha de evitar el confinamiento, debe casarse con una dama de buen nacimiento,

tan pronto como pueda encontrar un partido adecuado. Clara fue de enorme ayuda para mí cuando ascendí al condado. Necesito pruebas de que Edward es capaz de continuar la línea. De lo contrario, sería mejor verlo encerrado de forma segura y dejar que Richard administre el condado después de que yo fallezca —continuó el conde.

—Pero usted está sano. ¿Cuál es la prisa?

El conde desvió la mirada. —Si me encontrara con un final prematuro, Richard lo encerraría en un asilo. Lo haría por todas las razones equivocadas, de la manera más mezquina, por pura maldad. Tomaría todas las medidas para proteger a Edward, incluso enviarlo a un asilo si creo que estará más seguro allí.

—Sería un destino espantoso para Edward —declaró Harper con convicción—. Él es alguien que necesita mucha libertad.

El conde la miró de reojo.

—¿No es usted la propietaria de un asilo? —exigió—. ¿Está diciendo que mi hijo no estaría seguro bajo el cuidado del Dr. Patton?

—Yo... —Maldición. La había atrapado allí. Harper se apoyó en el alféizar de la ventana, sus dedos agarrando el borde de madera—. Por supuesto que estaría seguro. Pero seguramente puede entender por qué la compañía constante de personas que no están del todo en posesión de sus facultades no sería el mejor lugar para un alma inteligente e inquieta como Edward. Necesita su libertad.

—Sí. En este punto, estamos de acuerdo, señorita Forsythe.

—Hasta que sea capaz de controlar mejor sus reacciones de una manera socialmente aceptable, sigue siendo peligroso llevarlo a un entorno público. Se siente abrumado y hará cualquier cosa dentro de su considerable poder para escapar. La sociedad no será más amable con él que los escritores de esos artículos de periódico. Sé que los ha leído.

El conde no la miró a los ojos mientras jugueteaba con la leontina de su reloj. —Por supuesto que los he leído. Solo hay una forma de asegurar un resultado positivo. Usted debe venir con nosotros.

Harper jadeó. —¿Ir con ustedes? ¿A Londres?

—¿Por qué no?

Sí, ¿por qué no? Harper estaba aquí, después de todo, lejos de casa y fuera de su elemento. Londres era solo un paso más alejado de su pasado y hacia su futuro. Hacia su pasado también, pues los abuelos de su madre habían sido una baronesa y un barón. La mayor parte del mes de agosto se alzaba ante ella como un vasto tiempo en el que podría librarse de este embrollo. Podría aceptar ir a Londres ahora con seguridad, rezar para que su carta llegara a su hermana y tuviera el resultado deseado. Le diría al Dr. Patton que se necesitaba una mano más firme y que enviara a otra persona. No había necesidad de negarse inmediatamente.

—Si usted insiste —el hecho de que estuviera de acuerdo no significaba que tuviera que fingir entusiasmo por la idea.

—No lo aprueba.

—No. Creo que dejé clara mi opinión.

—No estoy acostumbrado a que mis sirvientes expresen desaprobación por nada de lo que hago.

Harper parpadeó ante las palabras cáusticas del conde. —Sirvo, pero debo mantenerme fiel a mi propio criterio para ser eficaz.

El conde pareció avergonzado. —Me hace dudar de mí mismo, señorita Forsythe. Estoy a punto de despedirla y encontrar un reemplazo más dócil.

Una ira ardiente y miedo recorrieron a Harper. Respiró una vez por la nariz y parpadeó lentamente una vez para calmarse antes de hablar precipitadamente. —Quizás le ahorre la molestia. Preferiría renunciar a un cliente que no me permite hacer mi trabajo correctamente que comprometer lo que sé que es lo correcto para el paciente. He ofrecido mi consejo libremente. Podría considerar atenderlo, su señoría.

—No puedo. Estamos en desacuerdo. Preparará a Edward para debutar en Londres en septiembre. Le dejo a usted la tarea de darle la noticia.

—No seré la portadora de sus planes —las palabras le resultaron amargas en la boca. Además de estar totalmente fuera de lugar, los celos eran un sentimiento miserable.

—Bien. Se lo diré yo. Más tarde.

El conde giró sobre sus talones y se alejó con rigidez, dejándola para que encontrara su propio camino de vuelta a la casa principal. Harper caminó lentamente por los grandiosos pasillos de la mansión, considerando sus opciones. Todas eran malas. No podía abandonar a Edward a las exigencias de su padre y la interferencia de su hermano, pero cada momento que permanecía cerca de él, más apegada se sentía. Edward, con todos sus defectos, había tomado en serio su profesión desde el principio. Le había salvado la vida. Pero lo que más la atraía era que la forma en que la miraba hacía que Harper se sintiera como la única mujer en el mundo.

Él quería besarla de nuevo. Ella debía decir que no, pero no quería hacerlo.

En el camino, vio a Sara limpiando una barandilla tallada y le preguntó si había visto a Lord Northcote.

—Sí, señorita. Creo que estaba leyendo en la biblioteca.

—Gracias.

Bueno. Su señoría ciertamente parecía tomarse en serio la adquisición del conocimiento que le faltaba debido a su educación descuidada. La biblioteca estaba en penumbra y fresca, el brillante sol de verano se filtraba a través de largas cortinas transparentes. Su presa estaba despatarrado en el sofá, con una pierna enganchada sobre el respaldo, la cabeza apoyada en una pila de cojines con borlas de seda como un dios pagano esperando a un suplicante.

El corazón de Harper se rompió un poco. ¿Quién podría querer cambiarlo? A sus ojos, el hombre era perfecto tal como era. A pesar de su vestimenta imperfecta —hoy se había dignado a ponerse un chaleco sobre su camisa arrugada— Edward Northcote parecía todo un conde.

Él pertenecía a Briarcliff.

Ella no.

Harper se armó de valor y caminó silenciosamente sobre la suave alfombra. Con rigidez, se sentó en una silla de aspecto erguido.

—¿No sería el sofá más cómodo? —preguntó Edward con apenas una mirada en su dirección.

—Sí, lo sería. Por eso me quedaré donde estoy. ¿Qué estás leyendo?

—*Un Tratado sobre Irrigación de Tierras* —leyó del lomo de cuero.

—Fascinante.

Harper esperó a que dejara el libro a un lado. No lo hizo, así que ella tomó distraídamente uno de los dos grandes libros sobre la mesa baja entre ellos. Eran libros de cuentas. Harper los reconoció inmediatamente. A menudo había ayudado a la Sra. Patton a conciliar los libros de cuentas en el asilo. Con demasiada frecuencia, habían mostrado un beneficio marginal en el mejor de los casos, y a veces una pérdida.

—No te preocupes por eso —había dicho la buena mujer con brusquedad cuando sus esfuerzos revelaban un déficit monetario—. Hacemos este trabajo para servir a nuestros

semejantes, no para llenar nuestros bolsillos de oro. Habían recortado y ajustado y escatimado y siempre, en última instancia, habían sobrevivido. Cuando levantó la vista, Edward parecía haber olvidado su interés en los números y la irrigación de tierras. Su atención estaba completamente centrada en ella.

Harper tuvo que tragar saliva ante un repentino ataque de nervios. Él era tan grande, tan leonino. No deseaba nada más que acurrucarse en sus brazos y sentirse segura. Protegida. Sin embargo, era ella quien tenía que protegerlo.

Él yacía allí, observándola. No había nadie más en la habitación, y Harper se preguntó qué haría él si ella cruzara la corta distancia entre ellos y se desparramara sobre su cuerpo. Alejó el pensamiento con un escalofrío, como si una araña hubiera trepado por su cuello. El suyo era un sueño imposible.

—Su padre fue despectivo con usted esta mañana.

Edward balanceó las piernas hacia el suelo y se sentó.

—¿Cuándo no es mi padre despectivo? Conmigo, contigo, con Richard.

—Ese es el privilegio de ser un lord. Su hermano lo ha dominado, como lo hará usted. —Harper se tapó la boca con la mano—. Perdóneme. Hablé con demasiada libertad. No debería haber dicho eso.

—¿No deberías haberlo dicho, por qué? —preguntó Edward.

—No es mi lugar juzgar a la nobleza —declaró con falsa humildad. Edward hizo un sonido despectivo.

—Eres el doble de inteligente y cien veces más compasiva que mi hermano. Juzga cuanto quieras.

Harper se rió entre dientes.

—Mantendré mis opiniones para mí misma en el futuro.

Lord Northcote colocó suavemente su libro en una pequeña mesa lateral y luego apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Has dicho lo suficiente para dejar claros tus sentimientos hacia Richard.

—Eso no estuvo bien de mi parte.

—Al contrario, eres la única persona que le dice que es algo menos que un caballero ideal.

—De nuevo, no es mi lugar tomar partido contra los miembros de su familia. Nunca he trabajado tan de cerca con una familia antes, y admito que estoy aprendiendo sobre la marcha. Pero no puedo evitar pensar que usted pertenece aquí. Administraría la finca con integridad y con miras al futuro, mientras que Richard solo la exprimiría para sacarle hasta el último centavo. —Harper dirigió su atención a las estanterías—. Esta no es la conversación que vine a tener con usted. Su padre tiene planes para usted. Volverá a Londres este otoño.

Ella no había querido dar este mensaje, pero Harper había decidido que preparar a Edward para la noticia dándosela con suavidad sería lo mejor para él. Las sombras nublaron los ojos del señor indómito.

—Septiembre está a solo unas semanas de distancia.

—Sí.

—No estaré listo.

—No tiene elección en el asunto. Debemos prepararlo.

—He estado fuera durante quince *años*.

. Incluso antes de irme, fui criado para ser el hijo de un diplomático, no un noble. No puedo aprender todo lo que debo saber sobre ser un caballero en unas pocas semanas. Será un desastre. —Se puso de pie y caminó descalzo. Harper observó cómo su cuerpo musculoso se tensaba de

ira—. ¿Qué pasa si miro de reojo a alguna doncella quejumbrosa y me encuentro casado?

—Edward, ni siquiera has conocido a ninguna doncella de la sociedad, quejumbrosa o no. Estoy segura de que ellas o sus madres serán cautelosas, dada su reputación. Seguramente tienen más virtud y sentido que perseguir un espejismo.

—¿Alguna vez has conocido a estos paradigmas de virtud? —preguntó Edward con escepticismo.

Harper le lanzó una mirada fulminante de exasperación.

—No. ¿Cuándo habría cruzado caminos con ellas?

—Entonces, ¿por qué deberías concluir que las mujeres de la sociedad son diferentes a mi hermano?

Harper abrió la boca para hablar y luego la cerró. No tenía una respuesta para eso. La idea de que la nobleza era más refinada, más inteligente y generalmente superior en todos los aspectos era algo que había aceptado sin cuestionarlo desde que era niña. Nunca se le había ocurrido pensar de otra manera, incluso cuando se encontraba con ejemplos de sus supuestos superiores cuyo comportamiento era deplorable.

—No lo sé —respondió honestamente—. Supongo que pienso así porque Richard es un ejemplo tan pobre de la forma, y toda la clase alta no podría ser tan egocéntrica y obsesionada con el estatus como él. Es simplemente inconcebible.

Edward se rio.

—Hace muchos años que no me encuentro con miembros de la alta sociedad, pero recuerdo bien el aguijón de los insultos lanzados descuidadamente en las fiestas de Navidad, incluso entre los niños.

—Pensé que te habías criado como hijo de un diplomático —intervino Harper.

—Sí, y mi tío abuelo y luego mi tío eran condes. No visitábamos a menudo, pero interactuábamos con aristócratas de vez en cuando. Mi padre se ha vuelto como ellos. Richard siempre ha aspirado a ser uno de los de la vida rápida.

—Entonces debemos trabajar muy duro y centrarnos en las cosas que más necesitas saber para sobrevivir allí. También debes tratar de encontrar lo bueno en las personas y en la alta sociedad, porque te guste o no, pasarás el resto de tu vida rodeado de gente así. O serás confinado a un manicomio. Odio ser brusca, Edward, pero estas son las opciones que tienes ante ti.

—Quieres decir que no tengo más remedio que hacer trucos para personas que me consideran un animal.

Harper pensó en los periódicos.

—Algunos lo hacen, sí. —No tenía sentido fingir lo contrario—. Debes buscar a las personas como yo, que ven al hombre y no la reputación.

Edward acortó la distancia entre ellos con unos pocos pasos. Harper se mantuvo firme. Cada vello de sus brazos se erizó, anhelando que alguna brisa que llevara un atisbo de su aroma la tocara.

—Eres la única que me ve como un hombre —dijo suavemente, y sus palabras hicieron que su pulso se acelerara. Edward tocó su mandíbula con dedos toscos y ásperos. Harper inclinó su rostro hacia él. Apenas una pulgada los separaba.

Hasta que ya no fue así.

La boca de Edward rozó la suya en una caricia ligera como un susurro, probando. Los ojos de Harper se cerraron y su mundo se agudizó hasta convertirse en un punto de deseo. Suavemente, le devolvió el beso, sabiendo que no debía, pero incapaz de resistirse. Northcote gimió y la atrajo

contra su cuerpo mientras reclamaba su boca. El cuerpo de Harper era fluido y cálido, sin un ápice de resistencia. Para ser un primer beso real, el de Edward fue espectacular.

La mano de Harper apenas abarcaba la parte posterior de su cuello mientras se enredaba en su cabello. Edward le mordisqueó el labio, y Harper jadeó. Luego, se besaron con la boca abierta y hambrientos, la punta de su lengua tocando sus dientes, pidiendo entrada. Ella se la concedió de buena gana y se puso de puntillas para explorar su boca a cambio.

Un sonido proveniente del pasillo los hizo separarse a lados opuestos de la gran habitación en un destello de pánico. La razón se reafirmó con venganza. Lo había tocado. Había violado a su paciente, y aunque él lo había alentado, Harper experimentó una nauseabunda ola de culpa ante el pensamiento.

Después de un momento de silencio, concluyeron que no habían sido molestados. Edward se volvió hacia ella con una intensa emoción en sus ojos.

—¿Te casarías conmigo?

Harper soltó una carcajada.

—¿Por qué diablos preguntarías algo así?

—El matrimonio me protegería de los peores aspectos de entrar en sociedad. Además —sonrió—, me gustas. Y yo te gusto. Como acabamos de demostrar. Nos complementamos, Harper Forsythe.

—Edward... —Harper esquivó su avance—. En primer lugar, ese arreglo nunca satisfaría a tu padre. Soy la primera mujer con la que has tenido un contacto prolongado desde tu regreso. ¿Cómo puedes saber que no preferirás a otra mujer si ni siquiera las has conocido?

Edward se sentó en el sofá.

—No puedo saberlo. Todo lo que puedo decir es que eres valiente, fuerte y compasiva. Puede que hayan pasado años desde que estuve cerca de la alta sociedad, pero estos no son rasgos que asocie con la *ton*. He sido moldeado lejos de mansiones y salones de baile. Al igual que tú.

Harper no pudo sostenerle la mirada por un momento más.

—Si soportas Londres durante toda una temporada y decides que aún me prefieres, podemos discutir el tema más adelante. Por ahora, debemos presentar un frente unido y, sobre todo, casto para asegurar tu futuro. Y debes prometerme que le darás una oportunidad a la sociedad londinense.

Edward asintió.

—De acuerdo. Pero, Harper...

—¿Sí?

—Necesito tu ayuda. Fui imprudente y estaba enojado cuando llegué aquí, y he hecho y dicho lo incorrecto en cada paso porque no podía ver más allá de mi propia ira y pérdida. Pero no lo lamento, ni un poco. ¿Sabes por qué?

Ella negó con la cabeza, apenas un movimiento. Él estaba tan cerca ahora, su cuerpo imponiendo en el espacio que legítimamente le pertenecía a ella. Con cualquier otro hombre, habría sido intolerable. Harper levantó la mirada.

—Porque si hubiera sido un poco menos impulsivo, menos enojado, nunca te habría conocido.

La reclamó de nuevo. Su beso era seguro pero no abrumador. Instintivamente, ella se abrió para él mientras Edward deslizaba una mano grande y cálida por su espalda y la instaba a acercarse. Había muchas buenas razones por las que no debería estar besando a este hombre, y menos en este lugar, pero en ese momento no podía pensar en ninguna. Su brazo rodeó su cintura, atrayéndola contra los duros planos de su pecho. Embelesada, la mano de Harper se

deslizó por su brazo musculoso hasta que sus dedos rozaron su cabello oscuro. Él gimió y la atrajo más cerca, presionando sus dolientes senos contra él. Su beso se volvió exigente, necesitado, absorbente.

Harper no podía, no quería respirar. Deseaba ahogarse en la sensación del beso de Edward. Lo necesitaba más que al aire mismo.

—Deberíamos parar —La voz de Edward, espesa y grave, resonó en su oído, devolviendo a Harper a la fría realidad. Su respuesta fue tan rígida como flexible había sido su beso.

—De acuerdo. —Se tocó los labios con un dedo, indicando silencio—. No debemos hacer eso de nuevo, Edward. No puedo casarme contigo —susurró. Cada uno tenía un futuro que reclamar. Sus futuros no se cruzaban.

Diez

—*Valeriana officinalis*, también conocida como valeriana común —observó Harper, haciendo girar el racimo de flores rosadas entre sus dedos—. Conocida por sus efectos soporíferos. Podrías considerar probarla en esas noches cuando sientes la necesidad de ir de visita a las ventanas.

Edward entreabrió un ojo azul y se giró sobre su costado.

—No necesito hierbas ni tisanas para dormir cuando puedo echar una siesta por la tarde —comentó con intención.

—Se supone que deberíamos estar trabajando, no holgazaneando en un prado.

—Sigo sin entender cómo hablar contigo se supone que va a ayudarme. —El trabajo físico que Harper le había asignado durante la semana pasada le había pasado factura. Su fatiga se veía agravada por el ambicioso plan de estudios que ella le había impuesto, una distracción útil pero infructuosa del recuerdo de su piel contra la suya.

Harper contuvo un suspiro, como si ella también estuviera reviviendo el momento en la biblioteca cuando habían cedido a su atracción mutua durante un breve minuto. Si no hubiera estado tan sintonizado con cada movimiento de la doctora, no habría notado la sutil manera en que exhalaba después de mirarlo cada vez. Edward deseaba que ella tuviera un poco menos de honor al besarlo.

—Se supone que debo ayudarte a entender tus sentimientos y ubicarlos en el contexto adecuado. La teoría es que al comprender los sentimientos que te hacen actuar de manera impulsiva, ganarás control sobre ellos y eventualmente mejorarás tu comportamiento. *Malva neglecta*. —Harper recogió una pequeña flor blanca y la añadió a su diminuto ramo—. Comestible.

Edward se inclinó hacia adelante y arrancó la flor de su tallo con los dientes. Harper soltó un grito ahogado.

—No es especialmente sabrosa —comentó, tragando—. Aunque he comido cosas peores.

—¿Lo ves? Ese es exactamente el tipo de comportamiento impropio de un caballero que tenemos la misión de cambiar.

Edward se recostó bajo el sol pleno, con los ojos entrecerrados como persianas a medio cerrar.

—Algunos podrían llamar a mi comportamiento encantadoramente libertino.

—Idiotas, quizás. —Harper arrojó el tallo dañado y recogió otra flor.

—Tú dijiste que era comestible.

—No era una invitación para que masticaras mi ramillete —replicó, aunque él percibió risa

en sus ojos.

—¿Qué hay de tus sentimientos, doctora Forsythe? —preguntó Edward.

—Soy doctora. No tengo ninguno —insistió Harper.

Eso hizo que Edward se sentara y la mirara fijamente.

—Eres una mujer, una persona, y por lo tanto estás llena de ellos, sin importar cuánto niegues el hecho. Das un mal ejemplo para alguien que intenta demostrar el poder de dominar las propias emociones.

—Tonterías —respondió Harper con brusquedad—. Pero está bien, ya que insistes en preguntar, ahora mismo me siento molesta y contrariada.

—¿Qué es exactamente lo que encuentras tan irritante en mí? —exigió Edward.

Harper le devolvió la mirada con pozos avellana de anhelo. La frustración de saber que debía ocultar despiadadamente cualquier disfrute de su compañía se estaba desgastando. No se habían tocado ni una vez desde el momento en la biblioteca. Harper había mantenido un perfecto grado de decoro, incluso cuando estaban lejos de la casa. Tan reconfortado como estaba por su constante proximidad, su presencia era una tortura en igual medida. Anhelaba tocarla de nuevo.

—Nada en absoluto. Eres un maravilloso espécimen de humanidad.

Edward se rio, rompiendo su mirada compartida.

—Maldita sea lo que dices.

No había muchos vehículos que viajaran por el camino hacia la casa principal. Cuando una nube de polvo floreció en el horizonte, Edward se incorporó y prestó atención. Observó durante un largo momento.

—Richard —gruñó. Su cuerpo se tensó debajo de él sin siquiera pensarlo, pasando de una perezosa extensión entre las hierbas a estar tenso como la cuerda de un arco en el espacio de un solo aliento. En la jungla, su vida había dependido de la capacidad de reaccionar en segundos ante amenazas apenas percibidas. Miró a la mujer vestida de calicó a su lado. Aquí, su supervivencia podría depender de una delgada mujer con una cabeza dura y un corazón suave como la mantequilla.

—¿Otra vez, tan pronto?

—¿Quién más podría ser?

Harper se cubrió los ojos con la mano.

—Podría ser el rector —dijo con duda. Un momento después, el carruaje se acercó lo suficiente para distinguir los detalles. Ningún rector había conducido jamás caballos bayos tan finos o un carruaje de tan reluciente barniz negro. Los bordes de las ruedas pintados de rojo y oro lo confirmaban.

—¿Cómo es que siempre tienes razón en estas cosas? —se quejó.

Edward ignoró el impulso de tomarla en sus brazos y llevarla lejos de Richard y todo lo que representaba.

—Puedo sentir su malevolencia desde kilómetros de distancia.

Harper hizo un sonido muy poco femenino. Era absolutamente adorable. Luego se volvió hacia él con toda seriedad.

—Deberíamos volver a la casa y prepararnos. Lo tomaremos desprevenido si apareces vestido como un inglés apropiado. Prométeme que te comportarás como el caballero perfecto mientras tu hermano esté aquí. *Prométemelo*. —Puso una mano sin guante sobre su antebrazo, con una expresión feroz.

Lo que Edward quería hacer era tomar su barbilla en su mano y besar esa ferocidad hasta hacerla desaparecer. En su lugar, cubrió su mano cálida por el sol con la suya.

—Lo prometo.



Edward agarró a un lacayo por el brazo y lo arrastró a sus aposentos.

—Debes vestirme.

El lacayo tragó saliva.

—Milord, llamaré a un ayuda de cámara...

—No hay tiempo. No necesito verme perfecto, solo presentable. —Se quitó la camisa de lino sucia y pateó sus pantalones manchados de hierba al otro lado de la habitación. El lacayo se sonrojó y apartó la mirada.

—Las camisas están en el cajón de allí. Elige una.

El lacayo fue a regañadientes al gran armario. Colocó una camisa limpia, pantalones planchados, chaleco y chaqueta sobre la cama para su inspección. Edward echó un vistazo al conjunto. Unas semanas atrás, no le habría importado si el hombre hubiera elegido un disfraz de Arlequín. Hoy sí le importaba.

—El chaleco de seda gris estampado y la chaqueta de estambre azul acero, por favor.

El lacayo prácticamente se abalanzó de vuelta al armario. Edward reflexionó, no por primera vez, que una mala reputación tenía sus usos.

—Gracias —dijo Edward mientras admiraba su imagen en el espejo del armario—. Debería hacer algo con mi pelo desaliñado.

Minutos después, caminaba por el pasillo con zapatos brillantes e incómodos. Su cabello estaba nominalmente peinado. Incluso llevaba una corbata atada descuidadamente. Era, según su criterio, un efecto más que presentable.

—No tan rápido —Harper estaba allí, gris como las sombras, su voz baja en la penumbra de los pasillos. Por segunda vez esa tarde, lo tocó. Incluso a través de las capas de tela y cuero, él podía sentir la tensión en su cuerpo. Ella no se había cambiado su vestido de calicó y olía maravillosamente a hierba cálida y feminidad. Edward redujo su paso, caminando a su lado.

—He estado escuchando en la puerta. Tenías razón. Es Richard, y ha traído a alguien con él. Un médico —Harper se volvió hacia él, sus grandes ojos luminosos—. Pretende reemplazarme.

La mano de Edward se apretó sobre la de ella.

—Debemos entrar.

Ella asintió una vez.

—Tú primero.

Edward abrió de golpe la pesada puerta del estudio con el ceño fruncido. Un hombre calvo con barba estaba sentado en uno de los sillones orejeros frente al escritorio de su padre. Richard ocupaba el otro. Charles estaba sentado en el escritorio. Levantó la vista impasible cuando las puertas se abrieron y golpearon la pared.

Maldición. El personal debía haber engrasado las bisagras recientemente. Abrir la puerta de golpe no era la entrada que había querido hacer.

—Edward, pasa. Richard te ha traído un invitado —su padre hizo un gesto desde la sólida silla de cuero detrás del gran escritorio hacia un hombrecillo que parecía que su cabello había migrado hacia el sur hasta su barbilla y encontrado el clima más de su agrado.

—Edward. Soy el Doctor Yaris —su habla tenía acento. Edward no podía ubicarlo—. He venido a evaluarte.

—Doctor Yaris —Edward asintió—. Ya tengo una doctora. Su nombre es Forsythe.

—La señorita Forsythe. He oído hablar de su mentor, el gran Dr. Patton —el nuevo doctor la miró con desdén.

—Y yo de usted, Doctor Yaris. Prefiero el título de *doctora*.

Yaris sonrió levemente.

—Un honor que estaría encantado de otorgar a alguien en posesión de las credenciales adecuadas.

Harper no le devolvió la sonrisa.

—Me complace encontrar un colega que tiene en tan alta estima la educación de nuestra profesión. Creo que sabe que mi educación, aunque informal, se encuentra entre las mejores.

—Bueno, no es usted una charlatana, se lo concedo.

Si a Edward no le gustaba la actitud despectiva del hombre hacia Harper, le gustó aún menos lo que el hombre dijo a continuación. Volviendo su aspecto de topo hacia Edward, el hombre lo inspeccionó de pies a cabeza.

—Su señoría, si no fuera por el portazo, confieso que me habría sorprendido encontrar a un inglés apropiado donde esperaba a un salvaje. Sin embargo, tal como están las cosas, sospecho que su vestimenta es mera fachada —se volvió hacia Richard—. ¿Supongo que su hermano no se viste normalmente de esta manera?

—Normalmente se encuentra en un estado de considerable desaliño.

Edward sintió que se formaba un gruñido en su garganta. No llevaba ni quince minutos vestido con esta ropa inglesa apropiada y ya estaba sudando. ¿Cómo lo soportaban? ¿Quién era el verdadero lunático, el que se vestía de acuerdo con el clima o los que se vestían según la costumbre y la moda sin importar la estación?

—Eso es un muy buen indicador de una mente desordenada. ¿Ha tenido algún efecto la influencia de la señorita Forsythe?

—El Honorable Richard Northcote no está familiarizado con el progreso reciente de su hermano debido a su reciente ausencia, Dr. Yaris. Lo que ve es la apariencia habitual de Lord Northcote, excepto cuando está trabajando.

—Ya veo.

Esas dos palabras represivas indicaban exactamente lo que el doctor veía.

—Su señoría, la señorita Forsythe es una aprendiz muy bien considerada dentro de la profesión. Pero no es médica. No tiene la formación formal. Es, sobre todo, una mujer, con la suavidad mental propia de una mujer. Un gigante voluntarioso, como su hijo, es un peligro para todos los que lo rodean. Debe ser físicamente restringido, por la fuerza si es necesario —explicó Yaris al conde. Charles escuchaba atentamente.

Cada palabra hundía una daga helada en el corazón de Edward.

—Habla usted de camisas de fuerza —aclaró.

—Hablo de manicomios —respondió Yaris firmemente, sin dejar duda sobre por qué Richard lo había traído aquí.

—Si me permite hablar por mí misma —interrumpió Harper con un tono de severidad que Edward nunca antes había escuchado de ella—. Estoy altamente capacitada. Tengo más años de experiencia trabajando con enfermos mentales que usted, Doctor Yaris. Soy igualmente consciente de su estatura dentro de nuestro campo. Es justo decir que usted y mi mentor, el Doctor Patton, son opuestos filosóficos. Me enseñaron a creer en la curación. Sé bien que la fuerza solo empeora a muchos pacientes. Para un hombre como Edward, sería devastador para su alma. No sobreviviría a los tipos de tratamientos en los que usted se especializa.

—La restricción física es la base del tratamiento de los enfermos mentales. Especialmente

aquellos de los que no se puede esperar que se recuperen.

—¿Cómo sabe que no puede recuperarse si ni siquiera lo intenta?

—Tengo una gran profundidad de experiencia en estos asuntos —se frotó la barba.

Edward se acercó hasta cernirse sobre la barba.

—¿Por qué está aquí?

El hombre retrocedió un poco en su silla.

—Para ofrecer una segunda opinión.

—¿No es mejor formar una opinión después de examinar al paciente? —intervino Harper—. En ninguna parte de mi formación se consideró suficiente formar una opinión basada en las conjeturas de los miembros de la familia —lanzó una mirada penetrante a Richard.

El hombre barbudo la miró fríamente.

—¿Examinó usted al señor indómito, señorita Forsythe?

—Ya basta, Doctor Yaris —la voz del conde resonó en la habitación. Yaris palideció ante la reprimenda del conde, y por un fugaz momento, Edward dirigió una mirada agradecida a su padre. Deseaba saber cómo defenderse contra aquellos que deseaban verlo encarcelado, pero todo lo que decía salía mal. Solo con Harper había desarrollado un entendimiento y, en cierta medida, con su padre, quien, a pesar de sus defectos, Edward entendía que estaba tratando de hacer lo mejor para sus hijos y para el legado familiar.

—Estaría encantado de examinar a Lord Edward. ¿Se quedaría usted, su señoría? —el doctor miró suplicante al conde.

—Me examinará a solas —ordenó Edward, convocando toda la arrogancia aristocrática que poseía. Eso hizo temblar al gusanillo, al igual que al lacayo anteriormente. Al menos el lacayo había salido airoso con algo de dignidad. La expresión de su padre se transformó en una aprobación cautelosa.

—¿Y si tengo preguntas? —dijo el hombre lastimeramente.

—Entonces pregúnteme a mí.

Harper hizo un gesto grandioso hacia Richard y su padre. En ese momento, Edward imaginó un revoloteo de faldas de seda donde solo había una sobria tela de calicó estampada.

Ella será tu condesa. Él lo haría realidad.

—Si el conde y el Honorable Richard Northcote me acompañaran al pasillo por unos momentos.

Edward reprimió una sonrisa ante el sutil insulto de Harper. Ella se mantuvo perfectamente apropiada, mientras insinuaba que no había nada honorable en las acciones de Richard. Antes de seguir a los hombres fuera de la habitación, Harper se acercó y susurró:

—Compórtate como un caballero.

Él solo podía intentarlo.



—Cómo te atreves —Harper avanzó hacia su enemigo con dagas en los ojos.

—¿Cómo me atrevo a qué? ¿A obtener una segunda opinión de un médico calificado? Se podría argumentar que era el curso de acción prudente desde el principio —Richard lanzó una mirada astuta a su padre, quien estaba distraído tratando de escuchar a través de la puerta. Era un esfuerzo inútil. Las sólidas puertas de roble amortiguaban el sonido.

—Shhh, los dos. No puedo oír nada de lo que están diciendo —se quejó Charles. Richard y Harper lo ignoraron.

—¿Cómo te atreves, con todo lo que ganarías si tu hermano fuera encarcelado, a ir y encontrar al único médico en Inglaterra más propenso a enviar a tu hermano a un manicomio? Sabes que eso lo mataría. Es lo que quieres para él, ¿no es así? Tu comportamiento hacia tu hermano es despreciable, Richard. No lo entiendo. Yo tengo una hermana. No puedo imaginar tratarla con el absoluto desprecio que muestras hacia tu propio hermano.

—¿Cómo te atreves *tú*? —gruñó Richard—. Pequeña impostora insulsa, jugando a ser una gran doctora. ¿Te atreves a hablarme como si fueras mi igual?

—No soy tu sirvienta —Harper se erizó visiblemente.

Richard se rio. Charles abandonó su intento de escuchar a escondidas y se cubrió la cara con ambas manos.

—Mi padre te contrató. Eso te convierte en nuestra sirvienta. Usted, señorita Forsythe, es una mujer pretenciosa que necesita urgentemente que le enseñen cuál es su lugar en la vida. Permítame el placer. Soy el hijo de un conde. Usted es la hija de Dios sabe quién, sin conexiones y con dudosas pretensiones de grandeza. Debería dirigirse a mí con mayor deferencia.

Una ira ardiente la atravesó. El esfuerzo físico de no abofetear a Richard en la cara la dejó temblando.

—Soy la nieta de una baronesa, como bien sabe el conde. Independientemente de mi posición, me dirigiré a usted de la manera que se merece: con desprecio.

—Señorita Forsythe —la voz del conde resonó como un látigo. Harper se giró e hizo una reverencia. Sabía que había ido demasiado lejos. La ira se desvaneció de ella en un instante.

Se volvió hacia el conde con contrición.

—Su señoría.

—Se dirigirá a mis dos hijos con respeto, o no lo hará en absoluto.

Harper inclinó la cabeza.

—Su señoría.

—Así es, mujer. Aprende tu lugar.

—Richard —el conde arremetió de nuevo—. La señorita Forsythe tiene razón. Tu comportamiento es despreciable. Escucharé a tu Doctor Yaris. A menos que tenga algo de gran interés que decir, la señorita Forsythe se queda. Edward está progresando de manera constante. Edward está feliz con ella alrededor. Si la señorita Forsythe tiene razón, ninguna de esas cosas será cierta si consigno a Edward al cuidado del Doctor Yaris.

—El confinamiento permanente es lo que necesita y merece. Edward es irreparablemente salvaje. ¿Cuánto tiempo lo dejarás andar libre antes de que lastime a alguien?

—El confinamiento lo mataría.

Richard se rio.

—Perderse en la jungla no lo mató. Los salvajes no lo mataron. Ser arrastrado a casa en una jaula no lo mató. Edward es una bestia salvaje y más difícil de matar que un toro.

—Eso, Richard, es exactamente de lo que estoy hablando...

La puerta se abrió entonces. Apenas habían pasado diez minutos. Harper se sintió aliviada al ver que ambos hombres seguían de pie. El doctor parecía pálido y pensativo. La expresión de Edward estaba cerrada, y la obstinación irradiaba de la postura de sus hombros. No llevaba puesta su chaqueta.

—Eso fue un ejercicio inútil —gruñó Edward, recogiendo su chaqueta y dirigiéndose hacia la puerta—. El Doctor Yaris vino preparado con ideas preconcebidas. Cualquier información nueva es irrelevante.

En dos zancadas se había ido, desapareciendo por el pasillo.

—Lord Briarcliff, dudo en decir que su hijo es un caso sin esperanza.

El conde miró con cansancio a su invitado no deseado.

—Sin embargo, eso es exactamente lo que está diciendo, ¿no es así?

El doctor parecía incómodo.

—Por supuesto. Su hijo mayor es muy agresivo. Temí por mi vida simplemente al intentar un examen.

—¿Temió por su vida, y sin embargo esta joven me dice que él no representa peligro para nadie? —exigió el conde.

El doctor tragó saliva visiblemente.

—Su señoría, no puedo responder por la intrepidez de la señorita Forsythe. Es notable, sin duda. Le aconsejo que no se deje influenciar por una simple mujer, sin embargo. Señor Northcote, si fuera tan amable de acompañarme fuera de las instalaciones. Creo que la entrevista ha concluido.

Richard asintió en silencio furioso. Fuera lo que fuera lo que esperaba, esta parodia de tarde no había cumplido con sus expectativas.

—Doctor Yaris, me pondré en contacto con usted si la señorita Forsythe no logra hacer más progresos con Edward, ni un momento antes.

Harper escuchó y entendió la amenaza. No tenía tiempo ilimitado. Londres se cernía en un futuro muy cercano. El conde la estaba observando y esperaba resultados. Debía esforzarse más para llegar a Edward.

Harper giró y siguió a su paciente a distancia.

Él fue directamente al techo, por supuesto. Era su santuario, donde siempre iba cuando necesitaba espacio y consuelo. Meditar en el horizonte le daba una medida de paz. Al menos ahora estaba usando las escaleras en lugar de escalar la fachada. Consciente de su caída anterior, Harper avanzó con cuidado por las resbaladizas pizarras hasta donde Edward estaba sentado, cavilando.

Como siempre, miraba hacia el suroeste.

Harper extendió sus faldas y se posó delicadamente en el pequeño muro del parapeto. Edward no movió ni un músculo.

—¿Qué pasó allí dentro? —preguntó finalmente.

Edward le lanzó una mirada de reojo, apenas tolerando su presencia.

—Edward. No me voy a ir a ninguna parte. No te abandonaré. Será mejor que me respondas —se preguntó si su desesperada carta a su hermana habría llegado alguna vez. Si hubiera habido una respuesta, ya debería haberla recibido. Sin embargo, se arrepentía de haberla enviado, porque ahora era demasiado tarde para abandonar a Edward.

Le importaba demasiado como para irse ahora.

—¿Qué te hace pensar que tienes alguna opción? ¿Sobre algo? —preguntó Edward.

Harper miró al horizonte y encontró la vista pacífica y calmante. Esto era muy diferente de su primera incursión juntos en el techo, cuando él había trepado para escapar de ella, y ella lo había perseguido sin pensar en su propia seguridad.

—Tu padre puede enviarme lejos. Puede impedir que cualquier carta que te envíe te llegue. Tiene el poder de asegurarse de que nunca vuelva a verte. No hay nada que pueda hacer para cambiar eso. Pero no es todopoderoso. Ni siquiera un conde puede cambiar lo que siento por ti en mi corazón. Jamás podrá hacer que pierda la fe en ti.

Era lo más cerca que se atrevía a expresar sus sentimientos por él. Harper tuvo que obligarse a respirar antes de poder continuar.

—Si te aferras a eso, superarás cualquier desafío. Ya has superado tantos. Pase lo que pase, sé que eres la persona más fuerte que he conocido jamás.

Cuando miró a Edward, vio que sus hombros temblaban ligeramente.

—No puedo...

Harper extendió la mano para tocarle el hombro con suavidad. Él cubrió la mano más pequeña de ella con su gran zarpa cálida y la mantuvo allí.

El silencio se extendió entre ellos de nuevo. Solo el delgado puente del brazo de Harper los conectaba. Era suficiente.

No era nada. Nada sería suficiente jamás, porque lo que ella deseaba era imposible. Asqueada, Harper intentó sacudirse su egoísmo. Lo único que podía desear era la felicidad y la salud de Edward.

Retiró su mano.

—Yaris no te hará daño mientras yo esté aquí.

—Que estés aquí no es suficiente. Te pueden enviar lejos en cualquier momento —apoyó la barbilla en sus gruesos antebrazos—. A mí también.

Harper negó con la cabeza.

—La única razón por la que estoy aquí es porque tu padre cree que puedo ayudarte, porque yo creo que puedo ayudarte y porque tú quieres recibir ayuda. Yaris no puede cambiar eso. Richard no puede cambiar eso.

—Frustrar a Richard no está en absoluto en tu agenda, por supuesto.

—Edward, por supuesto que frustrar a Richard sería satisfactorio. Sin embargo, no es el objetivo final. Es meramente un placer secundario de inmensas proporciones.

Por fin, él soltó una risita.

—La alternativa es inimaginable —dijo ella cuando él se calló—. No te fallaré. Procederemos como si tu libertad y tu eventual herencia fueran una conclusión inevitable. No tiene sentido darle vueltas.

—¿Procederemos?

—Sí. Nosotros. Te lo dije, Edward, nada podría hacerme perder la fe en ti. Te ayudaré en todo lo que pueda. Estoy tan contenta... —Se detuvo. Era una palabra insuficiente. Cualquier cosa menos anodina revelaría demasiado. La línea entre el aliento y el afecto era afilada como una navaja. Tenía la obligación de equilibrarse en esa línea invisible, sin importar lo que le costara.

Harper se apartó bruscamente de la pared y se puso de pie. Una sombra la oscureció. La pared de músculo que era su pecho estaba a centímetros de sus ojos. Harper miró hacia arriba, más allá de los anchos hombros envueltos en fina seda y suave lino. Su mirada se enganchó en la corbata suelta que no ocultaba la brillante cicatriz rosada que le rodeaba el cuello. Cuánto debió haber luchado contra esa cuerda para desollarse tan profundamente.

La sangre de Harper se heló.

—¿De qué estás tan contenta, Harper?

—Estoy muy contenta de haberte conocido.

Era algo horrible y formal de decir. Edward no se movió.

—Como yo estoy contento de haberte conocido, Harper Forsythe —Edward se inclinó hacia adelante y tomó su barbilla entre el índice y el pulgar. Inclinó su rostro hacia el suyo. Lentamente, con mucha suavidad, rozó sus labios contra los de ella. Fue un susurro, una promesa de placer. Las rodillas de Harper flaquearon. Al instante, jadeó y se tambaleó cuando el terror de su caída anterior se apoderó de ella. El otro brazo de Edward rodeó su cintura.

—Harper —dijo en tono de reproche—. Nunca, jamás dejaría que te cayeras.
—Lo sé —susurró ella. Con suma delicadeza, le devolvió el beso.

Once

—RICHARD, has estado inusualmente callado. Cuéntanos qué ha estado haciendo últimamente tu bestial hermano. ¿Trepando las paredes de Briarcliff?

Richard frunció el ceño a la mujer pelirroja sentada a apenas unos centímetros de él en la suave manta de algodón. Lo último que quería era hablar de su extraño hermano, pero ella no era la primera persona en preguntar y no sería la última. A pesar del desafortunado cabello rojo, era bastante bonita, así que Richard le dio algo más que su habitual respuesta evasiva. La razón por la que se había colado en la fiesta de St. Martin era porque su amante lo había echado. Debería estar buscando una nueva amante, aunque solo fuera para guardar las apariencias, y con una cabellera del color de una olla de cobre, esta no debería tener demasiada competencia por sus atenciones.

—Oh, ya sabes. Acosa a las criadas, corre por ahí sin llevar ni un hilo encima y generalmente causa estragos dondequiera que va. Mi padre debe de haber sido embrujado para pensar que llevarlo a Londres para la temporada terminará en algo que no sea un desastre —sus propias palabras le dieron a Richard la repentina convicción de que la señorita Forsythe, la curandera, era, de hecho, una bruja.

—¿Tu padre planea llevarlo a Londres para la temporada? —Las cejas de la pelirroja se alzaron. Eran más bien de un color castaño rojizo, rojo dorado como las hojas de otoño. Lástima lo de las pecas que bailaban sobre su nariz respingona. Debería cuidar mejor su piel. El sombrero que llevaba era más elegante que práctico y el sol no podía ser beneficioso para su tez.

A unos metros de distancia, la figura tendida del tercer hijo del Conde de Westwood se frotó la cara y se incorporó. Ni siquiera era mediodía y ya estaba borracho, o más probablemente aún ebrio de la noche anterior.

—Eso será un escándalo —balbuceó con voz pastosa—. ¿La Bestia de Briarcliff suelta en Londres? Es probable que tu hermano acabe saltando por los tejados y caiga en un abrevadero de caballos otra vez —Soltó una carcajada corta y aguda y apoyó la cabeza en la mano, mirando a la pelirroja.

—Se pone peor —respondió Richard—. Mi padre ha contratado a una curandera para intentar curarlo de sus hábitos bestiales. Una *mujer*, nada menos.

—¿Quién ha oído hablar de tal cosa? —rio el hijo de Westwood—. Una mujer doctora.

—¿Por qué no? —preguntó la pelirroja—. Estoy segura de que una mujer es capaz de aprender todo lo que aprende un doctor masculino.

—Incluso si tal aprendizaje no alterara las delicadas sensibilidades naturales de una mujer,

hay algo totalmente impropio en que una doctora femenina atienda a un hombre. ¿Quién dice que la bestia no la forzaría a someterse? —Richard dejó que esa declaración flotara en el aire, gustándole cómo sonaba. Razonable. Convincente. Lo había pensado durante mucho tiempo, pero dar voz a sus ideas las convertía en verdad. La palabra de un conde, incluso de un futuro conde, debería tener peso, cierta gravitas.

—¿No están siendo supervisados? Supongo que el tratamiento se lleva a cabo bajo el techo de tu padre —preguntó la pelirroja con escepticismo.

—No hagas caso a Ellie, es algo así como una intelectual. La mantenemos cerca para entretenernos. ¿No es así, Ells? —St. Martin se volteó sobre su costado y entrecerró los ojos mirando a su invitada pelirroja.

Richard pensó en el lacayo que le informaba sobre cada movimiento de su hermano.

—Por supuesto, Ellie, pero nadie puede vigilar a dos adultos en todo momento. Seguramente terminará por atraparla —argumentó Richard, molesto porque la pelirroja se negaba a aceptar simplemente su versión de la verdad. Decidió que las pecas eran definitivamente un punto en contra de la chica que simplemente no podía ser superado.

St. Martin eructó estrepitosamente. Sin duda, una versión exagerada de su relato se extendería por todo Londres en un día o tres. Incluso si Ellie no era una chismosa, St. Martin sí lo era. No obstante, la conversación le había dado una idea. Si pudiera empujar a Edward a cometer algún acto que aterrorizara a Londres, Padre se vería abrumado por la presión de encerrar a Edward. Debía de haber una manera de que su hermano fuera removido del título. El futuro solvente de Briarcliff dependía de ello. Quizás su abogado podría encontrar una forma de asegurar forzosamente la propiedad. De todos modos, necesitaba hablar con el hombre para ver si había alguna esperanza de recuperar la casa de campo que había comprado para su última amante. De lo contrario, bien podría resultar ser la puta más cara por encuentro en Inglaterra.

Después de llevarlo en una danza prolongada, Isabella le había informado que el precio de un lugar en su cama era una casa. Aunque ya poseía dos casas de ciudad y una villa italiana, le apetecía bastante una pintoresca casa de campo inglesa.

Desafortunadamente, su interpretación de la palabra "casa de campo" difería notablemente de la de su agente. Unos meses antes de que Richard hubiera contratado a uno para encontrarle un regalo adecuado para ganar los afectos de la encantadora Isabella —y el acceso al más espectacular par de pechos que jamás había visto—, el hombre le había entregado no una encantadora casa de campo, sino un pabellón de caza abandonado, estrecho y destartalado.

Es cierto que había habido cierto margen para la malinterpretación dada la limitada suma que Richard había estado dispuesto a gastar, pero la propiedad que el agente había encontrado era una desgracia. Richard supuso que probablemente debería haberla visto primero, pero seguía siendo culpa del agente por comprar un decrépito pabellón de caza cuando se suponía que debía comprar una encantadora casa de campo. Había pasado exactamente cuatro noches en la cama de Isabella antes de ser llamado para atender a su hermano, y ahora Isabella estaba tan furiosa por la casa destartalada que le había comprado que ni siquiera lo dejaba entrar por la puerta.

No es que ella hubiera ofrecido devolver la propiedad. No, la conservaría para mantenerse hasta que encontrara un nuevo arreglo.

La chica pelirroja se dio la vuelta para hacerle carantoñas a Weston, dándole un vistazo de sus extremidades reveladas por las faldas retorcidas. Aparte del desafortunado color de pelo, la chica tenía buenas piernas. Las miró con indiferencia mientras su mente trabajaba.

St. Martin daba las mejores fiestas en casa. Eran una excelente manera de pasar un verano lejos del hedor de la ciudad. Las mejores cortesanas y demi-mondaines pasaban semanas

retozando con quien estuviera cerca, un ritual de barajar las cartas que ofrecía deleites para cualquier hombre lo suficientemente afortunado de ser invitado. Quedaban cuatro semanas hasta que el clima se enfriara lo suficiente para que Londres volviera a ser soportable. A finales de septiembre, la temporada de otoño estaría en pleno apogeo. Richard tendría que moverse rápidamente para poner sus planes en acción.

Doce

DURANTE SEMANAS, Harper pasó sus días en una bruma de deseo avivada por la constante proximidad de Edward y el perfecto autocontrol que se exigían mutuamente.

—¿Cómo van tus cálculos? —Levantó la mirada. Edward la observaba con franco interés. Harper volvió los ojos a su trabajo, aunque su atención permanecía fija en Edward. Aunque no estaba formada como maestra, Harper poco más tenía que hacer que indicarle dónde mirar. La curiosidad y la inesperada disciplina de Edward hacían que este aspecto de su trabajo fuera sencillo.

—No he resuelto ni un solo problema. La lectura es igualmente inútil. Me encuentro observándote mientras finges escribir —confesó Edward.

—Sí, bueno, esto no me parece el uso más productivo de nuestro tiempo —declaró Harper. Rápidamente, guardó sus útiles de escritura en el pequeño estuche, una distracción que le impidió lanzarse a través de la biblioteca y arrojarse a sus brazos. La habitación estaba calurosa, y ella se sentía inquieta. Confinada. Echó un vistazo de reojo a la larga figura de Edward, con las piernas, apropiadamente calzadas, extendidas en unos pantalones de lana gris. Si acaso, la prenda enfatizaba la fuerza de sus músculos, del mismo modo que una vaina tanto oculta como resalta la letalidad de una espada.

Tenía que salir de la habitación... ahora.

—¿Por qué no tomamos un descanso? —sugirió, segura de que él aprovecharía la oportunidad.

—¿Y hacer qué?

—¿Por qué no salimos a caminar por los campos? Es un día demasiado bonito para estar encerrados en una vieja y polvorienta biblioteca.

—Hace calor. Estaremos más frescos adentro.

—¿Tú, entre todas las personas, deseas quedarte dentro? Apenas puedo creer lo que oigo. —Harper resopló. No pudo evitar el tono malhumorado de su voz. La tensión entre ellos la tenía tan tensa como un cable de tienda de campaña.

—He hecho una declaración de hecho, no de preferencia —respondió Edward lentamente, levantándose de su silla y poniéndose de pie en toda su estatura—. Por supuesto, vamos a caminar.

Harper miró su cabello oscuro, que ya necesitaba otro corte. No importaba que ella prefiriera la forma en que se rizaba alrededor de sus orejas al corte al rape que su padre había insistido.

Suspiró. Si tan solo no le gustara tanto, tal como era, su trabajo sería mucho más fácil.

Edward tenía razón sobre el clima. Incluso vestida con los ligeros vestidos de calicó que se había mandado hacer, Harper pronto sintió que su cuerpo se humedecía bajo el sol. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la casa señorial, Edward se quitó la chaqueta y el chaleco y los dejó colgados sobre un poste de la cerca. Le lanzó una mirada de reojo a Harper mientras ella observaba.

—¿Disfrutando de la vista? —preguntó intencionadamente. Harper examinó una piedra a unos centímetros de su zapato izquierdo.

—¿Qué hay allí? —preguntó, a modo de distracción. En realidad, sabía perfectamente lo que era el edificio, o al menos podía adivinar su propósito. A juzgar por el carro de heno medio vacío que estaba afuera, era un cobertizo común.

—Ese es el granero de trilla. ¿Quieres echar un vistazo? —Edward le lanzó una mirada de soslayo indescifrable. Durante las últimas semanas, su voz y dicción habían perdido algo de su gruñido salvaje y adquirido una fina capa de arrastre de clase alta. Arrancó una brizna de hierba alta y jugó con ella mientras caminaban. Harper se llevó la mano al pelo con gesto autoconsciente. Todavía lo llevaba trenzado y recogido alrededor de la cabeza, oculto bajo un sombrero anticuado. Si acaso, cuidaba aún menos su apariencia que de costumbre. A Edward no parecía importarle su aspecto.

El sudor le hacía cosquillas en la nuca. Tal vez era solo el calor de la tarde lo que la hacía sentirse tan incómoda en su propia piel. Más probablemente, era Edward.

—No sé —dijo mientras se dirigía hacia el cobertizo—. ¿Hará más fresco dentro?

—Probablemente. Aunque también habrá más polvo.

Podía sentir cada uno de sus movimientos mientras avanzaban por el camino de tierra. Dos enormes puertas estaban abiertas en el centro del edificio, pero no había actividad en el interior.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Harper.

—Probablemente en los campos cosechando el grano.

—Uf. Imagina trabajar con este calor. —Por deferencia al conde, había desistido de su insistencia en que su paciente trabajara con los jornaleros. En su lugar, había sentenciado a Edward a cabalgatas matutinas y al cuidado nominal de los caballos en el establo, seguido de una hora de desyerbe en el jardín. Después del almuerzo, estudiaban en la biblioteca. Después del té, paseaban, o Edward salía solo por los terrenos.

—Puedo imaginarlo. Me has hecho hacerlo.

—Era por tu propio bien, Edward.

Harper se abanicó mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. El granero olía a trigo, polvo y aire viciado.

—Harper, nadie puede vernos aquí. Puedes quitarte la chaqueta si estarías más cómoda. No miraré.

Hacía calor, incluso en las profundidades del sombrío granero. Harper jugueteó con los botones de la pechera de su vestido e imaginó cuánto más fresca se sentiría solo con su suave camisa de algodón. Fiel a su palabra, Edward se dio la vuelta deliberadamente y se alejó. Antes de que pudiera reconsiderarlo, Harper deslizó los botones por sus ojales y se quitó la prenda, remangándose las mangas de la camisa para rematar.

Se sentía infinitamente más fresca con menos ropa encima.

Su visión se agudizó en la penumbra. Harper distinguió la figura de Edward mientras se agachaba ligeramente y saltaba directamente hacia un gran gancho que colgaba imposiblemente alto del suelo. Lo observó asombrada mientras lo agarraba con un puño musculoso y comenzaba a balancear su cuerpo esbelto de un lado a otro, tomando impulso. Un momento después, se

columpiaba alto y amplio por la habitación abierta. Justo cuando Harper pensó que golpearía el techo, se soltó y voló por el aire.

—¡Edward! —jadeó, el miedo agudizando su voz. Como un acróbata de circo, giró su cuerpo y aterrizó fácilmente en lo que aparentemente era un pajar abierto. El gancho rebotó y se balanceó sin rumbo a su paso.

—Hay una forma más fácil de subir aquí. La escalera está justo detrás de esa pared. —Edward señaló un hueco a pocos metros de ella y se dio la vuelta.

—Presumido —murmuró Harper. Cuando se trataba de Edward, siempre había un medio más fácil de entrada o salida. Se subió a la tosca escalera de madera.

El desván estaba cubierto de heno. Una gran pila de pacas yacía desordenadamente al fondo. Al pisar las anchas tablas sin pulir del suelo, estornudó. Inmediatamente sintió la presencia de Edward detrás de ella. Si se inclinaba hacia atrás una fracción de pulgada, él podría tomarla en sus brazos. Harper cerró los ojos e inhaló el aroma de su piel. Cuánto deseaba tocarlo. Que no se atreviera solo hacía su deseo más insistente, como un zumbido vibrante a lo largo de sus nervios.

—No hay nada aquí arriba —dijo él, con voz baja junto a su oído. Harper sintió su aliento en la piel y su cuerpo respondió con una oleada de deseo en lo profundo de su vientre.

—¿No somos nada nosotros?

Su mano se posó en el hombro de Harper, y ella se sobresaltó.

—Somos todo. Tú eres mi mundo, Harper —Edward le tomó la mano izquierda y la levantó —. Te lo pregunté una vez antes. Te lo pregunto de nuevo. ¿Te casarías conmigo?

Había cometido un gran error al venir aquí. Era fácil ser vigilante en la biblioteca. Allí los observaba un ejército silencioso y eficiente de personal doméstico. Sin embargo, había sido ella quien sugirió venir al granero. Aquí, lo único que le impedía hacer realidad sus ardientes fantasías era su propia determinación que se desmoronaba.

En ese momento, deseaba su tacto más que cualquier otra cosa en el mundo. Más que ser respetada como médica. Más que ser considerada una mujer honorable.

Él la observaba en silencio, esperando su decisión.

¿Tendría el valor de hacer lo que deseaba?

—Sí —susurró, pero había dudado demasiado. Harper sintió su decepción cuando él se alejó y recogió un palo doblado. Lo usó para acercar el gancho que se balanceaba lo suficiente como para agarrarlo.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó.

—Edward. Por supuesto que no. Me caería.

Edward no se reía cuando respondió:

—No te caerás. Nunca dejaría que te cayeras.

Harper negó con la cabeza, pero sus labios contradecían el sentimiento.

—¿Nunca? —preguntó, casi coqueteando. Su voz sonaba entrecortada incluso para sus propios oídos, y sentía que su autocontrol se deslizaba peligrosamente.

—Nunca —respondió Edward—. Inténtalo. Es lo más cerca que estarás de volar.

Volar era para pájaros, insectos y otras criaturas aladas, no para humanos. Sin embargo, Harper se encontró acercándose al borde desprotegido del pajar.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó con escepticismo.

Edward se había quitado la camisa en algún momento entre aterrizar en el pajar y la llegada de ella. A pesar de la penumbra, podía ver cada línea de sus músculos ondulando bajo su piel. Era tan hermoso como aquella vez que lo encontró nadando desnudo en la cascada, sin una onza de grasa que ocultara los músculos magros de su pecho, sus brazos e incluso su estómago. Nunca

había visto a un hombre llenar una chaqueta como lo hacía Edward. Solo verlo en su gloria semidesnuda hacía que sus mejillas se encendieran, por más que se recordara insistentemente que debía ser imparcial.

Se estaba deslizando al borde de la impropiedad y no sabía cómo detenerse.

—Pon el pie en el gancho y agárrate a la cuerda.

La voz grave de Edward flotó hacia ella en la penumbra.

El gancho colgaba sobre el borde del pajar. A modo de experimento, Harper colocó la planta del pie en el dispositivo y miró hacia el vacío. Edward estaba desenrollando una cuerda de un soporte en la pared.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Sí —Ya no hablaban de cuerdas ni de columpiarse en las vigas de un granero de trilla. Harper apretó su agarre en la cuerda áspera—. Sí, confío en ti.

—Entonces inclínate hacia adelante.

Lo hizo. Por un momento nauseabundo, Harper sintió que se precipitaba hacia el suelo, luego con una sensación emocionante su cuerpo se elevó. Giró. Sus faldas se arremolinaron como pétalos de una flor abriéndose. De un lado a otro voló sobre el granero a una velocidad vertiginosa.

Poco a poco fue perdiendo impulso hasta que solo se balanceaba unos metros en cada dirección. Edward la bajó cuidadosamente al suelo.

—¿Ves? —preguntó desde el pajar—. Todo lo que tenías que hacer era soltarte.

Soltarse. ¿Cómo sería soltarse de su ambición? ¿Olvidar las metas que se había fijado de niña, para aferrarse a una nueva vida con Edward? Nunca se le habría ocurrido saltar de un pajar y columpiarse por un granero. Ni siquiera le gustaban las alturas, especialmente desde su desafortunada caída del techo.

Sin embargo, esto había sido emocionante. Divertido. Excitante.

Y aunque su vida hasta ahora había tenido sus momentos interesantes, en su mayoría había sido una rutina monótona de trabajo, trabajo y más trabajo. Doce horas, catorce horas al día se había dedicado a mejorar las vidas de personas que apenas conocía. De repente se sintió triste al darse cuenta de lo aislada que había estado, contenida en su pequeño mundo. Había desperdiciado gran parte de su juventud.

Sopesó sus opciones en el filo de la indecisión.

Tentación. Eva lo había tenido más fácil resistiendo la manzana y la serpiente. Tal vez fuera posible probar el fruto del deseo y no caer. Él dijo que nunca la dejaría caer. Ella había confiado en él, y lo haría mil veces más.

—¿Te gustó?

Harper se sobresaltó. Hacía calor en el granero, y se desabrochó tres botones de la camisa, dejando expuesto el borde de su corsé entre sus pechos. Difícilmente era la marca de una seductora, pero sintió que su corazón se estremecía en su pecho mientras sonreía en la oscuridad.

—Sí, Edward, me gustó mucho. Si subo, ¿lo harás de nuevo?

—Lo que desees, Harper —fue su respuesta.

¿Qué deseaba? Ya no hablaban de saltar de pajares. El corazón de Harper martilleaba mientras subía la escalera. En la cima se quedó allí, con los nudillos blancos.

—Me casaría contigo, Edward —susurró en la quietud. Su viaje por el aire había soltado las horquillas que sujetaban su cabello en su lugar, y este cayó en una masa húmeda y pegajosa alrededor de su cuello. No podía conocer el futuro. Podía leer a las personas y hacer conjeturas sobre lo que podrían hacer, pero la gente la sorprendía todo el tiempo. Los melancólicos

encontraban placer en lugares o personas extrañas. Los amables a veces resultaban ser crueles. Los malvados podían ser capaces de desconcertantes actos de bondad. Algunos de los actos más horribles que había presenciado habían sido realizados por las familias de los supuestamente locos, generalmente en nombre de la protección de sus seres queridos. Incluso las personas más sólidas eran capaces de sorpresas.

Harper inclinó la barbilla, se levantó sobre las puntas de los pies y presionó suavemente sus labios contra los de Edward, como él lo había hecho hace mucho tiempo. Edward se quedó perfectamente quieto. Una de sus grandes manos se posó en la cintura de Harper. Presionó a Harper para que se abriera. Ella accedió de buena gana. Edward deslizó su lengua a lo largo de sus dientes, saboreando, tomando. Harper no se echó atrás. En cambio, lo invitó a entrar, haciendo su propia incursión tentativa para encontrarse con su lengua.

Durante largos momentos, simplemente se besaron, sus brazos deslizándose alrededor de su cintura para atraerla con fuerza contra su cuerpo. Nada de lo que había imaginado se acercaba a la calidez táctil de su piel. Harper pasó sus manos audazmente por sus anchos hombros, las entrelazó alrededor de su cuello y enterró sus dedos en su cabello para acercarlo más. Abandonando sus labios, Edward besó un camino a lo largo de su mandíbula y bajó por su cuello. No había oxígeno en el aire. Harper jadeó entrecortadamente.

Cuando él se movió para recostarla sobre el heno, Harper estaba tan débil por el deseo que apenas podía sostener su propio peso.

Harper no protestó cuando él, muy lenta y cuidadosamente, aflojó su camisa hasta la cintura y trazó besos perezosos a lo largo de la cavidad de su garganta. Se retorció cuando Edward deslizó sus dedos bajo su corsé y empujó suavemente un pezón erecto al aire cálido, arqueando su espalda para encontrarse con su toque.

—Oh, Edward, sí. Hazlo de nuevo —suspiró Harper, sus palabras dando paso a jadeos mientras él ahuecaba su mano en su pecho y tomaba su boca con todo el deseo reprimido que ella había estado conteniendo desde que se había quedado mirándolo con los ojos muy abiertos en el salón de su padre hacía tantas semanas. Edward rio y la besó, sus cuerpos paralelos, su chaqueta protegiéndolos del heno picante mientras exploraban los cuerpos del otro con movimientos lentos y sensuales. Harper descubrió finas bandas de cicatrices trazando su estómago.

Harper tomó un aliento tembloroso.

—Edward. Tenemos que parar.

Trece

EDWARD SE QUEDÓ PARALIZADO. Harper no podía hablar en serio.

Harper negó con la cabeza, su cabello rubio rozando sus hombros redondos y sus pechos, volviéndolo loco.

—No soy tan egoísta como para arriesgar tu libertad por una tarde conmigo —dijo ella—. Aunque sí lo soy lo suficiente para exigir esto.

—No quiero solo una tarde —le dijo él con voz ronca—. Quiero todas las tardes por el resto de nuestras vidas.

—No podemos tener eso. Todo lo que podemos tener es hoy, y luego... —se interrumpió.

—Dijiste que te casarías conmigo. Prácticamente estamos comprometidos —insistió él, buscando en su bolsillo, confundido pero complacido con el rumbo general de la tarde. Deseaba fervientemente volver a lo que habían estado haciendo. Harper resopló.

—Dije que me casaría contigo, en teoría, Edward. No quise decir que deberíamos apresurarnos a la noche de bodas. Quería saber a qué renunciaba si te rechazaba. Por eso me detuve. No estoy siendo del todo justa contigo hoy.

—No, no lo estás —gruñó Edward, de acuerdo—. Aun así, esto era más lejos de lo que jamás había imaginado que me dejarías llegar. —Ella no era la única ardiendo de curiosidad por descubrir cómo se sentirían juntos.

—Dame tu mano —exigió, poniéndose de rodillas. Harper extendió su mano derecha como si esperara que él la ayudara a ponerse de pie.

—No, Harper, la otra mano.

Con cautela, ella se recostó sobre su codo derecho y ofreció su mano izquierda. Edward midió la longitud de la trenza de hierba que había tejido durante su paseo y la ató en un nudo. La deslizó sobre el nudillo de su dedo anular.

—Con este anillo, yo te desposo.

Ella lo miró boquiabierta, con los ojos abiertos de par en par por la incredulidad.

—Esto no es una ceremonia de boda, Edward.

—Es una promesa. Aseguraré mi lugar en Briarcliff, y luego vendré por ti, Harper.

Reanudó su descarado saboreo de cada rincón de su boca. Harper se arqueó y lo recibió con su propio ronroneo, enredando los dedos en su cabello despeinado. Edward no habría podido retroceder ni aunque hubiera querido. Respetaría sus deseos de no llegar a consumar su promesa. Podría encontrar una manera de darle una muestra del placer que ella deseaba en igual medida.

Durante largos momentos, dejó un rastro de besos por su cuello, deleitándose con su

receptividad. El más ligero toque de sus dedos en su piel aterciopelada la hacía moverse hasta que su áspera palma se apretaba contra su cuerpo. Era como si ella hubiera estado hambrienta de contacto. Ella gritó un poco cuando él le succionó el pezón y lo mordió suavemente. Él se echó hacia atrás, pensando que la había lastimado.

—Hazlo otra vez —suplicó ella, con los ojos abiertos de asombro y excitación.

Edward obedeció. Luego, Harper descubrió que podía hacerle las mismas cosas a él. Sus manos vivaces recorriendo su cuerpo era lo mejor que había sentido en mucho, mucho tiempo. Cuando ambos estaban ebrios de lujuria, él se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Harper, incorporándose.

—Necesito un alivio —Edward la miró a los ojos—. Me gustaría que me miraras.

Harper negó ligeramente con la cabeza. Él se quitó la ropa interior y se tomó a sí mismo con una mano grande. Lentamente movió su mano arriba y abajo, probando la reacción de Harper.

—Edward...

—Me gustaría aún más si te tocaras tú también.

El rostro de Harper, ya sonrojado, se puso rojo como la remolacha. Edward hacía mucho tiempo que había aprendido a sentirse cómodo con su cuerpo desnudo. Aunque Harper había aprendido a lidiar con la vista de cuerpos desnudos, era evidente que no estaba acostumbrada a la desnudez propia.

—¿En serio? —chilló.

—Sí —dijo Edward con aspereza—. Mucho.

—¿Por qué?

—No puedes apartar los ojos de mí. ¿Te gusta verme darme placer?

El rostro de Harper pasó de rojo remolacha a volcánico. —Sí —susurró.

—Me gustaría verte hacer eso también.

Tardó varios momentos en que su vergüenza se desvaneciera, pero finalmente Harper comenzó a subirse las enaguas hasta que estuvieron amontonadas alrededor de su cintura. Lenta y suavemente, comenzó a acariciar sus perfectos muslos blancos. Aunque su sexo aún estaba cubierto, Edward podía ver sus dedos desapareciendo experimentalmente bajo la caída del algodón.

—Levanta tu falda más alto —exigió con voz ronca.

Harper se relajó. Sus faldas cayeron hacia atrás mientras se sumergía en la experiencia, encontrando su camino. Edward necesitó poca motivación para encontrar su satisfacción. Apretó y sacudió mientras su miembro pulsaba calurosamente en su mano.

Harper inmediatamente tiró del dobladillo de su falda hacia abajo, avergonzada.

—Sigue —exigió él con rudeza.

—Yo... nunca he hecho esto frente a alguien más.

La vergüenza sobre el sexo era una de las cosas de Inglaterra que Edward no había echado de menos. Se acarició a sí mismo. Los dientes blancos y parejos de Harper aparecieron en la parte más carnosa de su labio inferior. Un pequeño gemido se le escapó mientras trabajaba sus dedos en el espacio apenas visible entre sus piernas, y un rubor rosado se extendió por su pecho. Su cuerpo se tensó y sus ojos se cerraron. Edward se bombeó con fuerza, imaginándose enterrado dentro de ella incluso mientras gritaba con su liberación y se desplomaba junto al cuerpo flácido de Harper.

Se quedaron allí un rato recuperándose de su éxtasis. Harper apoyó su suave cabeza bajo su barbilla y lo rodeó con sus brazos. Esto hizo que sus pechos se presionaran agradablemente contra su pecho. Estar desnudos juntos después era casi la mejor parte. Edward había extrañado

esta sensación de paz.

—Ahora eres mía —susurró, rozando un beso en su cuello. Harper se acurrucó más cerca, su cabello pegándose a su piel húmeda de sudor.

—Perdí casi una hora de trabajo...

Harper se sobresaltó al escuchar la voz desconocida. Edward se quedó inmóvil.

—No es mi culpa que no puedas mantener un registro de tus herramientas.

—Se irán en un momento —susurró contra su cabello. Podía sentir la tensión en el cuerpo de Harper—. Solo quédate quieta.

—No está aquí —dijo el primer trabajador.

—Maldito seas por necio, perderías hasta a tu propia madre —se quejó el otro.

—Revisaré arriba en el desván.

Edward se levantó en silencio. Con una mano, recogió su ropa y la arrojó detrás de una gran bala de heno. Harper estaba de pie, con terror en su expresión mientras cubría sus pechos desnudos. Él le indicó que se ocultara detrás de las balas de heno. Las botas del trabajador resonaron en la escalera de madera.

Tan rápido como se las había quitado, Edward se puso sus calzoncillos. No había tiempo para más. El trabajador se movió entre el heno por un momento, luego se dirigió directamente hacia su escondite.

Edward salió de su escondite con un grito. Saltó del desván y se quedó suspendido en el aire por un momento antes de que sus manos encontraran la áspera cuerda que sostenía el gancho del que se habían estado columpiando antes. Tendría una quemadura de cuerda, pero no importaba. La distracción había logrado su propósito.

—¿Qué demonios...?

—¡Es la Bestia! ¡El señor indómito!

Los dos hombres huyeron. Edward se balanceó en la cuerda por unos momentos, luego dio una voltereta en el aire y aterrizó en cuclillas.

—No deberías haber hecho eso.

Una Harper despeinada había bajado del desván. Su ropa colgaba sobre su brazo.

—¿Por qué no? Estábamos a punto de ser descubiertos. No voy a dejar que te alejen de mí ahora.

—Sobre eso. Esta tarde ha sido maravillosa, pero fue un riesgo que nunca debemos volver a correr, Edward —Harper se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja mientras se acercaba. Edward extendió la mano y quitó un trozo de heno suelto. Ella estaba temblando—. Ambos tenemos mucho que perder. Tú especialmente, pero yo también. No quiero ser conocida como la doctora que sedujo a su paciente.

—Tú no lo hiciste. *Yo* te seduje a *ti*.

—Tampoco quiero ser conocida como la doctora que dejó que su paciente la sedujera. ¿Entiendes por qué? —Descendió por la escalera y le ofreció su ropa. Incapaz de soportar la tristeza en sus hermosos ojos, Edward bajó la mirada hacia el montón de prendas inglesas apropiadas. Por incómodas que fueran, seguían siendo mejores que una camisa de fuerza. Solemnemente, las tomó de ella y comenzó a vestirse.

—Lo entiendo. No significa que me guste. Pero lo entiendo, Harper —Amaba la intimidad de su nombre de pila, suave en su lengua—. Esperaré hasta que estés lista.

—Tampoco podemos arriesgarnos a más trucos de hombre salvaje. Debes actuar como un caballero inglés, además de vestirte como uno. Lo has estado haciendo tan bien —Desvió la mirada, mordiéndose el labio.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Harper se dio la vuelta.

—Lo sabrás pronto. Es algo que tu padre debe explicarte. Debería habértelo dicho ya.

Edward sintió que la distancia entre ellos crecía como si estuviera flotando lejos en el barco que lo había alejado de la tribu a la que había llamado su gente. Pero esta vez, no estaba indefensamente atrapado por una soga. El único círculo que lo ataba esta vez era el delgado y verde que él mismo había hecho y colocado en el tercer dedo de la mano izquierda de ella.

—Ahora llevas mi anillo, Harper. Es como si estuviéramos casados. Un día, lo reemplazaré por uno de oro —Rozó un beso sobre sus nudillos, saboreando los restos del placer de su cuerpo —. Nunca te dejaré ir.



Durante la cena esa noche, Harper se sentó con las manos temblorosas en su regazo mientras aparecía frente a ella una sopa de tortuga. Con gran concentración, tomó su cuchara, la llevó a sus labios y comió sin saborear el rico caldo. Su mente resonaba con una sola frase. *¿Qué he hecho?*

Entonces el recuerdo de las manos ardientes de Edward sobre su piel envió llamas a sus mejillas. Harper se obligó a respirar hasta que la sensación se disipó.

—Estás muy callada esta noche —comentó el conde, mirándola fijamente.

Harper tragó saliva. *Sí, pasé la tarde revolcándome en un pajar con su hijo*.

—Me temo que tengo un ligero dolor de cabeza.

—Demasiado sol —asintió sabiamente el conde—. Es fácil que suceda en esta época del año.

Harper solo asintió. Si tan solo Edward dejara de mirarla con tanto deseo ardiente en sus ojos. No podía desearla realmente. No de verdad. Edward solo necesitaba exponerse a damas de su propia clase, de su propia condición. Entonces vería lo torpe que era ella. Cuán poco sofisticada y fuera de lugar estaba en la sociedad. En unas semanas, cuando apareciera en Londres como un heredero reformado, elegantemente vestido y extraordinariamente apuesto de un título y una fortuna, sería asediado por encantadoras jóvenes debutantes y recordaría su tarde juntos con vergüenza.

El pensamiento hizo que su garganta se cerrara con un sollozo. No quería que Edward se avergonzara de ella. La tarde había sido lo más maravilloso y emocionante que le había sucedido jamás. La idea de que Edward pronto entraría en otro mundo, uno al que ella no tenía acceso, la hacía sentir como si algo se hubiera cortado en su pecho.

Harper deseaba a Edward con una ferocidad que la sorprendía. Para tener éxito como doctora, debía ayudarlo a entrar con éxito en la sociedad; toda su reputación dependía de ello. Sin embargo, verlo tomar su lugar apropiado en la vida significaba un corazón roto. En el instante en que había regresado a su habitación, había guardado bajo llave el pequeño anillo de hierba en su escritorio. Se dijo a sí misma que él merecía todo lo que le correspondía. Riqueza. Prestigio. Una vida de comodidad e independencia. Él y su futura esposa podrían aprender a ser felices juntos.

Harper había planeado dejar ir a Edward, después de haber compartido algunos recuerdos íntimos con él, pero no había contado con lo difícil que sería dejarlo ir. Un sirviente de librea llegó con un sobre de marfil pálido en una bandeja de plata.

—Un mensaje para usted, señorita Forsythe —dijo el conde con sorpresa—. Había una segunda carta para Charles. Harper aceptó la misiva, rompió el sello y desdobló el papel. Su

contenido hizo que su corazón se acelerara.

—Debo irme de inmediato —soltó, ya fuera de su asiento.

—Estas son noticias impactantes, verdaderamente impactantes —exclamó el conde.

Harper sintió los ojos de Edward sobre ella.

—¿El doctor Patton está cerrando el manicomio?

—¿Qué? —jadeó Harper—. ¡Jamás lo haría! ¡Ha sido el trabajo de toda su vida!

—Dice aquí, escrito de su puño y letra, que el manicomio ha dejado de admitir nuevos pacientes y que habrá un nuevo propietario para el otoño. Se requiere tu presencia inmediata para ayudar con la transición.

Harper se sintió desfallecer.

—Yo... ¿Cuándo sale el próximo coche de correos?

—No hay necesidad de eso —insistió el conde—. Tus servicios han sido de gran valor para mí y para mi hijo. Sería una pequeña muestra de mi estima por tu trabajo llevarte de vuelta a casa.

En cuestión de momentos, el rumbo de su vida había sido determinado. Dejaría Briarcliff y regresaría al manicomio del doctor Patton, donde tendría que encontrar alguna manera de mantener su puesto. De algún modo, de alguna forma, continuaría con su práctica. Era todo lo que le quedaba. La decisión había sido tomada por ella. El futuro que había imaginado, siempre remoto, se había desvanecido. La habían enviado aquí, Harper comprendió con un destello de miseria, para quitarla de en medio.

—Queda un asunto pendiente por discutir —dijo Harper, obligándose a sentarse de nuevo.

El conde hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto, se le pagarán sus honorarios. Mi secretario se encargará de ello.

—No es eso, su señoría. Se trata de sus planes de llevar a Lord Edward a Londres.

La expresión del conde se tornó gélida.

—Aún no estaba listo para discutir eso con él.

—Ahora debe hacerlo. La temporada comienza en unas semanas. Si Edward ha de tener éxito en Londres, debe darle la oportunidad de prepararse.

—Señorita Forsythe, usted no dicta mis acciones. Mucho menos hacia mi propio hijo.

Ella inclinó la cabeza.

—Le pido disculpas, su señoría. Hablo en el mejor interés de Edward.

—No soy un imbécil del que se pueda hablar por encima —dijo Edward bruscamente.

Harper podía ver la ira hirviendo bajo la superficie de Edward. A diferencia de la furia fría de su padre, la ira de Edward era incandescente. Fluía a través de la línea de su mandíbula y la forma de su boca. O quizás era solo su reciente intimidad lo que lo hacía tan legible para ella.

El conde parecía incómodo.

—Iba a decírtelo a mi manera. Como ha dicho la señorita Forsythe, en unas semanas partimos hacia Londres. Tomarás tu lugar en la sociedad y acallarás los rumores sobre mi hijo loco y bestial.

—No iré. No estoy listo.

—Debes estarlo, o todo el propósito de la presencia de la señorita Forsythe aquí estas últimas semanas habrá sido en vano. Corrí un gran riesgo al permitirle trabajar contigo, y ha dado sus frutos. Le debes a ella el asegurarte de que sus esfuerzos no hayan sido en vano.

El conde se volvió hacia Harper.

—Si va a hacer sus maletas, el coche la estará esperando para que se marche inmediatamente después de la cena. Le enviaré una bandeja a su habitación.

—¡La necesito conmigo en Londres! —bramó Edward.

—Tendrás otro médico, uno que no sea una joven. Por muy hábil que sea, seguramente ves que no puede acompañarte en sociedad.

Edward estaba a un paso de explotar. Harper captó su mirada e hizo un gesto sutil. Lentamente, sus hombros se relajaron. Sus puños cayeron a los costados. Era casi milagroso, verlo luchar contra su ira y ganar. Si tan solo tuvieran más tiempo, estaba segura de que podría cimentar estos cambios.

—Lo entiendo, padre —respondió Edward en voz baja. Había llegado tan lejos en tan poco tiempo. Tal vez estaría bien. Harper solo pudo murmurar una excusa y huir de la habitación, con los ojos llenos de lágrimas de orgullo y pérdida.

Catorce

LOS PLIEGUES QUEDARON torcidos mientras Harper doblaba sus pocos vestidos en su pequeño baúl. No importaba. Las arrugas se podían planchar. Con cuidado, guardó su set de escritura, cepillo de pelo y algunas pertenencias varias, cubriéndolo todo con su bata de noche.

Tomando el diario negro de pacientes, insertó una cinta en la página abierta que decía:

Aunque indiferente a las costumbres sociales inglesas, Edward no muestra un pensamiento desordenado, solo resentimiento por verse obligado a adoptar nuevos comportamientos que considera sin sentido. Richard, el hermano menor y heredero aparente cuya fortuna ha dado un giro comprensiblemente angustiante para peor, no parece estar adaptándose a su desplazamiento como heredero con gracia o prontitud. En cambio, el impacto le ha robado la razón en lo que concierne a su hermano mayor. Reacciona con una astucia viciosa dirigida a destruir a su hermano. Cuanto más se esfuerza Edward por recuperar su posición en la sociedad educada, más empujará Richard para mantenerlo fuera. Sin cierto grado de influencia sobre el hermano menor, que parece tanto celoso como enojado por el regreso de su hermano, habrá pocas posibilidades de una reintegración completa a la sociedad.

El conde en sí es la parte más difícil de este enigma. Se niega a ver que forzar a su hijo a ir a Londres podría revertir todo el progreso que hemos logrado. Temo por su bienestar.

Harper cerró el libro y lo colocó en su baúl. Ya no era su problema. Los problemas subyacentes en la familia no se habían resuelto, y Harper solo podía esperar que estuviera dejando a Edward con las habilidades para educar su paciencia. Richard no había terminado de intentar socavar a su hermano, y su oportunidad de hacerlo solo se magnificaría en Londres. Cualquier idiota podía ver eso.

El conde no era un idiota, pero estaba cegado por su ambición para Edward.

Harper observó impasible cómo el lacayo levantaba su baúl. Lo siguió escaleras abajo, dándose cuenta con cada paso cuánto extrañaría este gran edificio con sus paneles de madera y su disposición laberíntica. Había sido su hogar solo por unas semanas, pero fueron semanas que habían cambiado su vida. El trabajo de toda su vida ahora parecía insignificante comparado con el trabajo que había hecho para ayudar a un hombre singular pero dañado a encontrar su camino.

Edward estaba al pie de la escalera, silueteado por la luz del atardecer. Su cabello despeinado —siempre necesitando un corte, al parecer— daba a su silueta un aspecto leonino. Harper sabía que debería dejar de compararlo mentalmente con grandes felinos, pero tanto de él evocaba esa misma gracia y majestuosidad salvaje, incluso vestido como estaba con el atuendo de noche apropiado. Sus pies se negaron a descender más.

—Doctora Forsythe —entonó su nombre y título con un ligero asentimiento cuando su pie dejó el último escalón. Harper sabía sin mirar que el conde estaba cerca. Este no era el lugar ni el momento para una demostración—. ¿Puedo acompañarla afuera?

—Por supuesto, Lord Northcote. Permítame un momento para despedirme de su padre —Se volvió hacia el pasillo, aún sin iluminar con velas, donde acechaba la forma sombría del conde.

Él lo sabía. Harper lo leyó en cada línea de su cuerpo. La frialdad del conde hacia ella le dijo todo lo que necesitaba saber. De no haber sido por las cartas que llegaron esta noche, la habría echado. Harper sintió que el conocimiento se asentaba profundamente en su estómago como demasiada comida grasienta, un peso que solo el tiempo eliminaría de su interior. El peso tenía un nombre. Era vergüenza.

Harper estaba avergonzada de lo que había hecho con Edward. Lo único honorable era terminarlo, aquí y ahora, de una vez por todas.

—Su señoría, ha sido un placer servir en su casa estas últimas semanas —comenzó Harper humildemente—. Lamento que los asuntos me alejen en este momento crucial. Confío en que verá a su hijo introducido con seguridad en la sociedad londinense y pronto establecido en su papel correcto y apropiado. Lord Northcote ha mejorado mucho en su comportamiento y su educación ha avanzado mucho en este corto tiempo. Si bien aún queda mucho trabajo por hacer, estoy segura de que usted y él, trabajando juntos, lograrán el pulido final de un verdadero caballero.

Harper sintió más que vio al conde relajarse. Como estaba a punto de partir de las instalaciones sin intención de regresar, podía permitirse ser generoso con ella.

—Ha obrado milagros, señorita Forsythe. Le deseo a usted, a su familia y al Dr. Patton buena salud y felicidad. Estaré muy complacido de ofrecer una recomendación a cualquier futuro empleador que considere sus servicios —Implícito en su respuesta estaba el deseo de no volver a verla jamás.

Harper hizo una breve y torpe reverencia. Se volvió hacia Edward y tomó su brazo. ¿Había sido hace solo unas horas que había sentido su magnífico cuerpo presionado contra el suyo, acariciado el acero aterciopelado de sus músculos y deleitado con el toque de sus labios sobre los suyos? El calor de su mano en su brazo amenazaba con quemar a través de su delgada manga.

Edward no giró la cabeza para hablar, ya fuera para fingir que su conversación no estaba sucediendo o porque no podía soportar la vista de ella, Harper no lo sabía.

—Me estás dejando —dijo tan bajo que casi no lo oyó. Ella reconoció su acusación con un asentimiento.

—No he visto a mi hermana en más de una década. Está viajando desde muy lejos para verme. Entre eso y el cierre del asilo, tú, más que nadie, deberías entender por qué debo regresar a casa sin demora. No eres la única persona que me importa en este mundo.

—Estás huyendo.

Harper ralentizó su paso. Había dos carruajes en el camino circular, uno a la derecha y el otro a su izquierda. Uno lo reconoció como el del conde; el otro no.

—Richard llegó mientras empacabas.

Harper asintió y redujo su paso.

—Ten cuidado con él, Edward. Te odia. Le has quitado todo lo que le importa: el título, el dinero, el estatus... la gente mata por menos que eso.

—Es mi hermano.

—Caín y Abel también eran hermanos. Lo digo en serio. Richard hará lo que sea para socavarte. No le des ni un centímetro.

Edward se detuvo tan repentinamente que ella se vio obligada a girar y enfrentarlo. Harper sintió que se sonrojaba al encontrarse con sus ojos enojados y acusadores. El azul sombrío de sus ojos la azotó como un látigo.

—Voy a ir por ti, Harper. Esta tarde fue un vínculo. ¿Tienes el anillo?

—En mi escritorio.

—Se secará y se romperá, pero te he hecho uno más resistente. No de oro, aún no, pero este no se deteriorará.

Edward presionó un pequeño objeto sin peso en su palma enguantada. Harper apenas podía verlo en la tenue luz del atardecer. El nuevo anillo estaba intrincadamente tejido con mechones de su cabello.

—El conde nunca lo permitiría —susurró ella—. Si tú no puedes ver eso, bueno, es mi trabajo ayudarte a entender. He fallado hasta ahora, pero tengo una última oportunidad. —Harper le devolvió el anillo.

—No dejaré que desperdicies tu vida cuando apenas has empezado a redescubrirla. Me voy porque tengo un llamado superior, y he fallado en estar a la altura. Tú estás destinado a cosas más grandes que una alianza con una torpe pueblerina con una inclinación por ayudar a los desesperados y a los locos. Estás destinado a ser conde. Nunca lo tendrás conmigo a tu lado. Nuestra unión siempre sería algo oculto, en las sombras. Merezco algo mejor que eso. Seré amada abiertamente o no lo seré en absoluto, y eso es algo que no puedes darme excepto a un gran costo personal. No te dejaré pagar ese precio —dijo.

—No te dejaré ir.

—No es tu decisión, Edward.

Habían llegado al carruaje y Harper mantuvo la cabeza en alto mientras subía, su mano ligeramente apoyada en la palma enguantada del lacayo. La puerta casi se había cerrado cuando las últimas palabras en voz baja de Edward llegaron a sus oídos.

—Si me toma una semana, un mes, un año... Harper Forsythe, iré por ti.

Quince

EL PLENO verano no era época para viajar en un carruaje cerrado y sofocante, sin importar el escudo que llevara. Harper se levantó del asiento de terciopelo y bajó a la hierba verde. Era la parte más calurosa del día y los caballos estaban salpicados de espuma. El lacayo se movió para buscar el pequeño baúl de Harper. Ella bebió la bienvenida vista del asilo. Su santuario.

—¡Bang! ¡Bang! —Una pequeña figura salió corriendo de detrás de un arbusto, con los dedos doblados en forma de pistola.

—¿Matthew? —jadeó Harper. Nunca había conocido a su sobrino, pero el parecido con su hermana era tan fuerte que lo habría reconocido en cualquier parte. El niño levantó la vista de su juego y se quedó mirando por un momento, y luego siguió corriendo. Harper miró hacia la casa. Siempre había parecido grande en su mente, pero comparada con Briarcliff ahora parecía pequeña y destartalada. Una contraventana colgaba ligeramente torcida, y la fachada pintada se estaba pelando en algunos lugares. Harper sintió un nudo en la garganta al recordar otro tiempo, hace mucho, cuando su hermana le había tomado la mano y la había llevado a la puerta principal de lo que parecía un edificio imponente para una niña muda y asustada.

La puerta se abrió en silencio, y dentro Harper escuchó... nada. Los sonidos normales de la vida no se oían por ninguna parte.

Harper se quitó los guantes y el sombrero. Los colocó en la mesa del vestíbulo antes de subir las escaleras hacia la oficina del Dr. Patton. La voz de la Sra. Patton la detuvo en seco. Se quedó congelada como un ciervo, escuchando por si había peligro.

—Ya te he dicho antes que esto era inevitable, Agnes —Un tono de irritación se coló en su voz.

—¿Inevitable? —La indignación afiló las palabras de la Sra. Patton hasta convertirlas en un lamento acusador—. Construimos este lugar juntos. Si hubieras mantenido tu... —Murmullos. No pudo escuchar lo que dijo el Dr. Patton a continuación. La Sra. Patton salió corriendo de la habitación y bajó por el pasillo, alejándose de Harper.

El doctor la vio y se levantó.

—Harper. Creí haber oído un carruaje en la entrada, pero como puedes ver, estaba... ocupado.

Parecía haber envejecido años en las pocas semanas que ella había estado fuera, su piel había adquirido un tono grisáceo y demacrado.

—Se ve usted enfermo —dijo ella con toda la suavidad que pudo.

El doctor localizó sus gafas y se las colocó detrás de las orejas. Sentándose pesadamente en

su sillón de cuero tachonado, sonrió tristemente.

—Ha sido una semana muy estresante.

Como lo había hecho tantas veces antes, Harper se sentó en la silla frente a su escritorio, siempre la estudiante diligente y respetuosa. Consciente de que esta podría ser la última vez que se sentaran juntos así, se relajó en la tela gastada del cómodo sillón de orejas, saboreando la forma en que su acolchado se adaptaba a su espalda. Menos reconfortante fue la historia que el doctor comenzó a relatar.

Poco antes de que llegara la carta del Conde de Briarcliff, el Dr. Patton se había dado cuenta de que los costos del asilo superaban sus ingresos por un margen considerable. La única manera de recuperar la solvencia había sido tomar el dinero del conde mientras intentaba encontrar clientes que pagaran más.

Desesperado, el Dr. Patton había enviado a Harper a Briarcliff y había comenzado a solicitar compradores en silencio. Habían intentado meter a algunos de sus pacientes de larga estancia en habitaciones compartidas. Se habían producido peleas, y se había convertido solo en cuestión de tiempo antes de que el asilo se hundiera. Dado el estado de las finanzas de la institución, tenía poco margen de maniobra en las negociaciones. Miller pasó semanas revisando los libros y asegurando financiación. Solo querían a los pacientes de larga duración que pagaban y no se quejaban de las condiciones, como Camilla Grey. Todos los demás habían sido enviados lejos.

—Ya ves cómo se está tomando las cosas Agnes —concluyó Patton con pesadez.

—Ella sabía mejor que nadie que el asilo estaba fracasando. Seguramente puede entender que esto es un trago amargo.

El doctor Patton la miró con furia.

—¿Tú también? ¿Dónde está la simpatía por el buen doctor que ha perdido el trabajo de su vida? ¿Que intentó hacer lo mejor para su último paciente?

Harper luchó por contener un breve y enojado suspiro en su pecho.

—¿Me envió a Briarcliff porque pensó que tenía una oportunidad de curar a su señoría y establecer mi propia práctica, o solo estaba tratando de quitarme de en medio?

—Tenía plena confianza en tu capacidad. Todavía la tengo. Pero tenías razón en tu evaluación de tus perspectivas de empleo. Pocos contratarían a una doctora sin titulación formal, y nadie enviaría a sus seres queridos a tu asilo aunque tuvieras los fondos para empezar uno. Que no los tienes. Lo sé porque te he estado pagando apenas lo suficiente para mantenerte en lo necesario durante todos estos años, y antes de eso eras huérfana. Tu carrera como sanadora ha terminado. Mi sugerencia es que busques trabajo como cuidadora privada. O te conviertas en institutriz.

Harper se quedó mirando el libro de texto médico posado en el borde del escritorio. Harper vio a Yorick en un estante junto a un cerebro gris en un frasco. Lo cogió y lo lanzó contra el cráneo, rompiendo los últimos dientes restantes de la sonrisa sin mandíbula de Yorick y haciendo chocar dos frascos de especímenes. El hedor de la putrefacción retrasada se empapó en las páginas del libro roto.

Patton la miró con asombro.

—No me convertiré en institutriz —siseó ella.

Harper había renunciado a Edward por este asilo. Sin embargo, su propio mentor la había engañado para que se fuera para servir a sus propios propósitos. Bajó tambaleándose por las escaleras traseras, pasó por un pasillo oscuro sin ver e irrumpió en la cocina. Harper había quedado destrozada por la muerte de sus padres cuando llegó al asilo siendo una niña, pero se había conectado con la Sra. Patton dentro de los cálidos confines de la cocina. Había sido aquí

donde había pronunciado sus primeras palabras después de meses de mutismo, pronunciando su primer ronco «*Sopa. Por favor*».

La mujer a quien había hablado por primera vez estaba sentada en la mesa de caballete con los ojos enrojecidos, un pañuelo empapado y arrugado apretado entre dos puños mientras lloraba. Harper se detuvo en seco al ver quién estaba sentada frente a la Sra. Patton: su hermana.

—Viola —suspiró, con los brazos extendidos. En un instante, estaba envuelta en el cálido abrazo de su hermana mayor. Sabiendo que estaba a salvo, Harper sollozó sus pérdidas y su dolor en el hombro de su hermana. Sin embargo, cuánto había cambiado su hermana. Físicamente, era más grande y fuerte de lo que recordaba, más redonda pero de alguna manera irradiando fuerza. Qué fácil era caer en el suave hombro de su hermana y llorar, un retorno a la infancia en el sentido más primitivo.

—Es tan bueno verte —murmuró en el abrazo de su hermana.

—Señora Patton, yo...

—Agnes. Mi nombre es Agnes. Úsalo. Por favor. Ya no hay necesidad de formalidades.

—Agnes, yo... no tengo palabras para expresar mi conmoción —Harper vio la mirada angustiada en el rostro de la Sra. Patton y se derritió.

—Trabajaste en los libros de contabilidad —Agnes sorbió por la nariz, su barbilla temblando de nuevo—. Sabías que siempre fue una operación al borde de la quiebra. Somos viejos. Tú y los otros internos eran lo más parecido que teníamos a hijos —Volvió a sorber y descartó su pañuelo en una pila de trapos para lavar—. Trabajamos tan duro durante tanto tiempo para construir este lugar. Queríamos dar un paso atrás, pero no así. Ya no puedo ser lavandera, cocinera y contadora por mucho más tiempo, y no podemos permitirnos más ayuda. Con tu partida, la tensión fue abrumadora. No había otra opción más que vender.

Agnes se secó los ojos con manos de nudillos enrojecidos. Había puesto todo de sí para hacer del asilo un lugar cómodo y seguro. La pérdida estaba escrita en su cuerpo como caligrafía, pero también lo estaba la edad.

—¿No podían habérmelo dicho? Habría hecho cualquier cosa para salvar este lugar.

—Lo sé, Harper. El Dr. Patton también lo sabe. No queríamos que te sacrificaras para salvarnos de nuestra locura. Es hora de que vivas una vida real.

—*He estado* viviendo una vida real. Mi vida real. No hay otra vida que pueda vivir. ¿Adónde se supone que iré después de esto? —exigió Harper.

—No hay razón para apresurarse —dijo Viola suavemente—. Podemos quedarnos aquí por un tiempo.

Agnes asintió.

—Hemos tenido que despedir a la mayoría del personal. Hemos arreglado que traigan ayuda del pueblo con la comida dos veces al día hasta que Miller se establezca. El desayuno para los internos restantes debemos manejarlo nosotros mismos —La mujer mayor se encogió un poco al enfrentar la enormidad de esa tarea. Viola sirvió té. Matthew se precipitó en la cocina, buscando dulces.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó Harper a su hermana.

—Tanto como tú. Aunque no parece que ninguno de nosotros vaya a quedarse aquí por mucho tiempo.

—¿Cuándo planeas volver a casa?

—Esa es una pregunta interesante, ya que ya no tengo un hogar al que regresar. Mi marido ha tomado una serie de decisiones desafortunadas, incluyendo varias que lo llevaron a la prisión de deudores. Nuestra pequeña granja fue subastada para pagar sus deudas. No he sabido de él en

años.

—Oh, no.

—Sí, en efecto. Matthew y yo viajamos aquí con lo poco que quedaba de nuestros ahorros. Así que, ya ves, no puedo decir con exactitud cuánto tiempo estaremos aquí, aunque ciertamente no volveremos a casa.

—Debéis encontrar trabajo —afirmó Agnes con firmeza.

—Podría intentar encontrar un puesto en una familia que quiera cuidados privados —sugirió Harper con desánimo.

—Como de donde acabas de venir. ¿Cómo te fue trabajando con la loca Bestia de la mansión Briarcliff?

—No es así, Agnes —dijo Harper demasiado a la defensiva—. Y francamente, fue muy agotador estar constantemente rodeada por la familia en conflicto. Prefiero mucho más el enfoque del asilo, hecho de la manera correcta, por supuesto.

—El nuestro era un lugar único. La mayoría son como Bedlam. Son más como prisiones que lugares de curación, como hemos intentado crear aquí —dijo Agnes con tristeza—. Pasa la sal.

Viola le pasó el salero.

—No será fácil para ninguna de nosotras encontrar trabajo. Señora Patton, no quiero ofender, pero ya no es joven. Yo tengo a Matthew, y cualquier empleador considerará a un niño como un obstáculo. Harper, tu trabajo es tan especializado que podría llevar meses encontrar una colocación adecuada.

—Quieres decir que soy excéntrica y pretenciosa en mis aspiraciones —espetó Harper.

—No pongas palabras en mi boca. Todo lo que digo es que debemos considerar nuestras opciones cuidadosamente. Hay riesgo en buscar trabajo de inmediato. Si dejamos el asilo, tendremos que gastar el poco dinero que nos queda. El tiempo también es un recurso. Deberíamos darnos algo de espacio para pensar en cómo seguir adelante —Viola se rio—. Y pensar que vine buscando ayuda de ti, Harper.

De hecho, de no ser por lo sombrío de sus circunstancias, Harper podría haberse reído.

—Podríamos probar en Londres. Tenemos parientes allí que podrían ayudarnos por un corto tiempo. No estoy ansiosa por vivir como parientes pobres de la abuela y nuestros tíos, pero si debemos...

—Vi, nuestros abuelos no han hablado con la familia desde antes de que naciéramos. ¿Qué te hace pensar que se apiadarán de nosotras ahora?

—El abuelo murió recientemente —respondió Viola simplemente—. Entendí que él fue quien cortó lazos con mamá, antes de que naciéramos. Espero que en su vejez nuestra abuela se interese por su bisnieto.

—Matthew —suspiró Harper—. Bueno, podría funcionar.

Viola asintió, luego continuó pensando en voz alta.

—Apareceremos en la puerta de la abuela como suplicantes. La abuela nunca debe saber de tu estancia aquí, y ciertamente nada de tu trabajo para el asilo. ¿Puedes imaginar siquiera cómo reaccionaría, si echaron a mamá por fugarse?

—No es mucho de un plan —comentó Harper con cansancio—. ¿Qué pasa si la abuela se niega a recibirnos? Habremos gastado todo ese dinero viajando y terminaremos atrapadas en la ciudad más cara de Inglaterra.

—¿Puedes pensar en algo mejor? —preguntó Viola. Harper suspiró.

—No —Tenían poco dinero y ningún lugar adonde ir. Podrían alquilar alojamiento en algún lugar, pero en unas semanas o meses se quedarían sin hogar una vez que se agotaran sus escasos

fondos. Agnes se levantó y colocó tres tazas disparejas sobre la mesa marcada. En cada una, vertió un dedo del jerez normalmente reservado para recibir a las familias de los nuevos pacientes. Resueltas, las tres mujeres chocaron sus copas.

—Por Londres —dijeron al unísono.

Dieciséis

UNA SEMANA DESPUÉS, tres almas se encontraban ansiosas frente a la imponente casa gris en Mayfair, Londres. La más pequeña se movía inquieta, poco impresionada por la grandeza pero fascinada por el bullicio del tráfico a pocas calles de distancia.

—Creía que habías dicho que el abuelo era barón —susurró el niño.

—Lo era —respondió Viola en voz baja.

—Mamá decía que veníamos de dinero. Nunca imaginé algo así —dijo Matthew, asombrado.

—¡Shh! Matthew, no hablamos de esas cosas tan abiertamente.

La puerta se abrió de golpe revelando a un sirviente con librea y peluca empolvada.

—¿Sí? —dijo con voz arrastrada.

—La señora Cartwright, la señorita Forsythe y el joven señor Cartwright para ver a la Baronesa Landor —declaró Viola con firmeza, entregando una tarjeta recién impresa. Era su única tarjeta, una muestra que habían solicitado con el pretexto de que pronto necesitarían más. El impresor había sido suspicaz pero finalmente complaciente.

—Su señoría no está en casa —entonó el sirviente.

Sin desanimarse, Viola sonrió cálidamente.

—Por favor, informe a su señoría de nuestras residencias. La dirección está escrita en el reverso. Solo solicitamos una breve audiencia para presentarle a su bisnieto, Matthew —Viola usó deliberadamente la forma más alta de tratamiento para su abuela, quien por costumbre debería ser llamada Baronesa, confiando en que sus palabras serían transmitidas literalmente a su abuela.

El sirviente cerró la puerta. Un suspiro colectivo de alivio salió de todos.

—¡Bueno! Un comienzo prometedor —exclamó Harper.

—¿Tú crees? —preguntó Viola, frunciendo sus finas cejas mientras tomaba la mano de su hijo.

—No dijo "váyanse", solo dijo que la abuela no está en casa —señaló el niño.

—Exactamente —dijo Harper con todo el optimismo que pudo reunir, no queriendo decepcionar a su sobrino informándole que *no está en casa* podría significar que la abuela no quería verlos. Nunca.

Viola tiró suavemente del brazo de su hijo como un gentil recordatorio de controlar su exuberancia.

—Matthew, ¿qué te dije sobre el mejor comportamiento?

Luego, los tres volvieron al hotel, donde estaban todos apretujados en una pequeña

habitación, a esperar.

~

Londres. *Edward podría estar en cualquier parte.* Era lo último que debería ocupar los pensamientos de Harper. Era lo único que ocupaba sus pensamientos.

Pasaron cuatro ansiosas horas antes de que llegara un mensaje al hotel, solicitando su presencia la tarde siguiente. Viola estaba eufórica y llevó a Matthew a ver una exposición para celebrar. Harper se quedó en su pequeña habitación, agradecida por algo de tiempo y espacio para sentarse y pensar.

La ansiedad de Harper por la invitación de su abuela la dejó sintiéndose exhausta.

También estaba preocupada por lo incorrecto de su última despedida con Edward. Cuanto más pensaba en ello, menos se arrepentía Harper de su tarde con Edward. Había demasiada tristeza en la vida como para no aferrarse a los momentos felices. Debería haberse permitido disfrutarlo más. Ahora, no habría una próxima vez, y tendría que pasar el resto de su vida preguntándose cuán maravillosa podría haber sido la experiencia completa de amarlo. Probablemente demasiado increíble como para alejarse. Había rechazado su afecto y luego había perdido su carrera de todos modos.

Esa noche cenaron pan, queso y huevos hervidos y durmieron apretujados en la diminuta habitación. Viola y Harper compartieron la pequeña cama, mientras Matthew se estiró en el sillón relleno y el taburete. A la mañana siguiente, todos salieron juntos simplemente para evitar ocupar el mismo espacio por un rato.

Harper encontró la ciudad dura para sus nervios. Había caballos y sus malolientes desechos por todas partes. Cuerpos sin lavar se apretujaban a su alrededor. Los sonidos de la gente gritando y de los vehículos retumbando sobre las calles empedradas eran un estruendo abrumador e incesante.

Fue un alivio dirigirse al vecindario más tranquilo de Mayfair. Fueron puntuales para su hora de reunión acordada. Un lacayo guio silenciosamente al pequeño grupo a través de la puerta principal y hacia un salón grande y bien amueblado. La baronesa Landor estaba sentada imponentemente frente a una gran chimenea de mármol en una habitación tan fría y ornamentadamente amueblada que el cálido sol de la tarde hacía poco más que reflejarse en innumerables superficies brillantes de la habitación hacia los ojos de uno. Harper parpadeó rápidamente, observando la alfombra de crema con figuras, el sofá tapizado en verde pálido, el marco dorado de una pintura al óleo muy oscura de un hombre imponente y distinguido vestido con una versión precisa y comparativamente sobria de las floridas modas populares cuarenta años antes.

Harper sonrió tan encantadoramente como pudo mientras la baronesa les indicaba que se sentaran. Lo hicieron. El sofá de crin de caballo era rígido y resbaladizo. El pobre Matthew parecía miserable en su abrigo gastado y pantalones remendados, obviamente de segunda mano y alargados en el tobillo, mientras intentaba acomodarse en el incómodo mueble.

—Un caballero permanece de pie en presencia de una dama —la baronesa lo miró fijamente. Los hombros de Matthew se habrían hundido si la chaqueta no los hubiera mantenido rígidamente en su lugar mientras se movía para pararse detrás del sofá.

—Así que ustedes son las hijas de mi hija —comenzó la baronesa sin un ápice de calidez. Harper inclinó ligeramente la cabeza y sostuvo la mirada acerada de su abuela sin pestañear. A su lado, Viola dejó que sus labios se curvaran en un atisbo de sonrisa.

—Sí —dijeron las hermanas al unísono.

—Veo demasiado de ese profesor de música en ti —declaró su abuela, mirando duramente a Viola—. Te pareces a él. No es una ventaja. Al menos tu hermana tiene el color de tu madre —la baronesa deslizó su mirada de vuelta a Harper—. Usted, señorita Forsythe, tiene un parecido familiar pasajero.

—¿No podría llamarnos...?

—Absolutamente no. No me dirigiré a ustedes por sus absurdos nombres de pila. Viola y Harper. Qué excéntrico —resopló la baronesa—. Permítanme adivinar. Están en la miseria y han venido a mí en busca de ayuda. ¿Es eso?

Harper se estremeció, pero Viola estaba hecha de una pasta más dura.

—Queríamos renovar el conocimiento familiar. Vinimos a Londres específicamente para conocerla —dijo sin comprometerse.

Pero su abuela no era tonta.

—Ofrecen un mejor espectáculo del que podría haber esperado. Alojamiento decente, tarjetas de presentación caras —sus ojos se estrecharon sobre la chaqueta de Matthew. El niño se removió inquieto bajo su escrutinio. Harper le dio un codazo. Al instante se quedó quieto—. Si no fuera por el estado de la ropa del niño, casi podría creerles. Al menos el chico parece tener un conocimiento pasajero de los modales. Ven aquí, Matthew. Déjame verte.

Intimidado en una sumisión temporal, obedeció. Los pulmones de Harper se contrajeron. Matthew era tan impredecible como cualquier niño de ocho años, pero logró presentarse ante su bisabuela con un mínimo de decoro. Se dejó tocar el hombro, girar en un círculo lento y ser examinado de pies a cabeza. Junto a Harper, Viola inclinó la cabeza en silenciosa aprobación.

—Tienes la pinta de un caballero, muchacho. Lo que no quiere decir que no haya mucho trabajo por hacer. Si tu educación es tan precaria como tu vestimenta, requerirás una gran intervención —la baronesa colocó a su bisnieto bajo el cuadro de la chimenea. El parecido era inconfundible.

—Enviaré al lacayo a su alojamiento para recoger sus pertenencias. Ventilaremos el cuarto de los niños para acomodar al muchacho. La habitación de la niñera tendrá que ser suficiente para sus necesidades, señora Cartwright. Estoy dispuesta a ofrecerles a todos ustedes un hogar temporal. El joven es, después de todo, familia —la actitud de la baronesa no hacía que ninguno de ellos se sintiera bienvenido. Pero aunque nadie hizo un sonido, el alivio era palpable.

La baronesa levantó una mano enguantada.

—Mi apoyo es condicional. No pueden quedarse aquí indefinidamente. La temporada comienza pronto. Los tres estudiarán ávidamente para adquirir el refinamiento social que sus crianzas disminuidas sin duda no les proporcionaron. Además, señorita Forsythe, usted se casará lo antes posible. Atenderá a todos los pretendientes, jóvenes o viejos, apuestos o desfavorecidos. Debe aceptar al primer hombre que se le proponga y casarse rápidamente para que no cambie de opinión. Señora Cartwright, ¿es usted viuda, supongo?

Viola vaciló.

—Sí, señora.

—Usted también buscará un marido que la mantenga. Encontrar uno no será tarea fácil dada la existencia de su hijo. Cada una se esforzará por atraer a un marido adecuado, y rápidamente. No me cargaré con mantener a una viuda y una solterona en mi vejez. También me niego a permitir que las hijas de mi hija elijan vidas de pobreza y soledad. Les estoy dando la oportunidad de asegurar su futuro. Deben prometer hacer su parte. Es poco probable que alguna de ustedes tenga otra oportunidad de mejorar su situación en la vida como esta. Esa es mi oferta.

Tómenla o regresen a su alojamiento y no vuelvan a oscurecer mi puerta —con eso, la baronesa les deseó un buen día y salió majestuosamente de la habitación, apoyándose con grandeza en su bastón de empuñadura plateada.

—Caramba —silbó Matthew mientras descendían los escalones de la entrada, habiéndose instruido al mayordomo que los acompañara a la salida correctamente—. No me gustaría estar en tus zapatos, tía Harpy.

—Oh, cállate —Viola le dio un suave golpe a Matthew en el hombro—. Si no fuera por Harper sacrificándose, todos estaríamos sin hogar mañana al anochecer. No me imagino que durarías mucho en el hospicio tampoco —le revolvió el pelo a su hijo con cariño—. Te portaste muy bien, Mattie.

Harper apenas los escuchaba. Estaba haciendo todo lo posible por no vomitar allí mismo en la calle. El matrimonio no iba a suceder en sus términos. ¡Qué horrible que solo recientemente hubiera rechazado la única propuesta decente que recibiría jamás!

Viola la tomó del brazo.

—Harper. Nos están observando. Pon una cara valiente, al menos hasta que estemos fuera de su vista.

Como para darles una muestra del lujo que se les negaría si fueran lo suficientemente tontas como para rechazar la oferta de la baronesa, su abuela había enviado su carruaje para llevarlas de vuelta al hotel. Regresar a esta gran casa de la ciudad en él significaba que habían aceptado los términos de su abuela. Si no lo hacían, sus opciones eran sombrías.

—Harper, hay una solución simple —le dijo Viola, aún sosteniendo su mano enguantada.

—¿Debes estar bromeando? —exclamó Harper.

—Sin embargo, hay una, si me escucharas. Lord Northcote está en la ciudad. Debería ser un asunto simple organizar un encuentro. Su padre razonablemente habría objetado la idea de que su hijo se casara con una joven sin importancia, pero seguramente verá las cosas de manera diferente si te presentas como la nieta de una baronesa adinerada. Una persona de consecuencia social, si no precisamente su igual.

—Viola, eso no es ni simple ni una solución —se lamentó Harper—. El conde sabía perfectamente que yo era nieta de una baronesa. Si hubiera sabido que Edward me había siquiera susurrado la palabra matrimonio, el conde lo habría enviado de vuelta a Brasil para mantenernos separados.

—¿Tienes una mejor sugerencia? —preguntó Viola, arqueando las oscuras cejas sobre su pálida frente.

Harper dejó de quejarse y apretó la mandíbula.

—No. Sería un resultado ideal si pudiéramos encontrar una manera de hacerlo realidad. Pero es imposible. El conde lo encarcelaría si nos fugáramos.

—¿Y si ofreciera renunciar al título? ¿Podría abdicar a cambio de una renta? No necesitas ser condesa. Lo que necesitas es un marido con algún medio para mantenernos.

—¿Mantenernos? —Harper miró a su hermana con incredulidad.

—Yo me casé una vez para salvarnos el pellejo. Esta vez te toca a ti. Ve y consigue el marido rico. No tengo intención de cumplir con el absurdo ultimátum de la abuela. Es más, tengo la intención de disfrutar cada segundo de nuestra residencia en Landor House, sin importar lo temporal que resulte ser.

La visión de Harper se nubló de rojo. Su respiración se detuvo en su garganta, y por primera vez en su vida, estaba furiosamente enojada con su propia hermana. Viola se había hecho cargo después de que su madre muriera, y cuando su padre la siguió poco después, organizó el cuidado

de su hermana y el sustento para sí misma. Harper había esperado que su hermana protectora la cuidara de nuevo. Eso era lo que había pedido en su carta: una excusa para huir.

Tal vez los Patton tenían razón. Necesitaba empezar a lidiar con sus propios problemas en lugar de huir de ellos, como había huido de Briarcliff. La columna vertebral de Harper se tensó contra los cojines de terciopelo. Su sobrino merecía un futuro. Ella podía darle uno. No era como si tuviera mucho que esperar para sí misma.

—Me las arreglaré de alguna manera —pegó una valiente sonrisa en sus labios mientras el carruaje se detenía frente al hotel. Empacaron sus pocas pertenencias con presteza. No había mucho que reunir.

—Harper —dijo su hermana en voz baja mientras subían por el camino hacia el pórtico—. Puedo ver que estás molesta. Recuerda, te ayudaremos. Si realmente quieres a Edward, y él realmente te quiere a ti, encontraremos una manera. ¿Hay alguna posibilidad de que el conde ceda?

Harper negó con la cabeza una vez.

—El conde insiste en que Edward debe casarse con una novia adecuada. Eso no me incluye a mí, incluso si nuestra abuela resulta ser un hada madrina salida de un cuento infantil y nos transforma en princesas. No sé cuál es tu impresión, pero a mí me parece muy poco probable.

Viola se rio.

—Creo que la abuela piensa que está siendo un hada madrina, ahora que lo mencionas. Debe de haber sido sofocante crecer en esa casa. Honestamente, puedo entender por qué madre se rebeló. Tendremos que tener cuidado de no dejar que apague el alto espíritu de nuestro Matthew.

—Claro, mamá —sonrió Matthew.

Diecisiete

SE ADAPTARON RÁPIDAMENTE A UNA RUTINA, señal de la prisa de la baronesa por "entrenarlas". Cada mañana las metían en versiones más ajustadas, ásperas y pesadas de su ropa habitual, y las hacían sentarse, pararse y hacer reverencias con elegancia bajo la dirección del instructor que su abuela había contratado. Tanto la baronesa como su mayordomo ocasionalmente intervenían, llenos de consejos sobre las minúsculas acciones que denotaban a una dama.

—Me siento como un perro al que están adiestrando —se había quejado Viola después de un día agotador, pero aparte de eso, se había adaptado a las lecciones con presteza.

No así Harper. A Harper le costaba importarle si pisaba los pies del maestro de baile, o si se encorvaba la fracción de pulgada que le permitía su nuevo corsé de ballenas. Su figura requería *realce*, o eso le había asegurado la modista. Las simples ballenas ligeras eran insuficientes para sostener el relleno que empujaba sus pechos, admitidamente poco impresionantes, hasta su barbilla. Harper picoteaba su desayuno. Si así era como se había sentido Edward al volver a Inglaterra, no era de extrañar...

Debía dejar de pensar en Edward.

Después de sermonearlas durante unos minutos, su abuela abría de golpe un periódico y lo miraba con el ceño fruncido mientras refunfuñaba sobre las fechorías del mundo. Viola y Harper daban vueltas por la habitación hasta que la baronesa se cansaba de insultar sus esfuerzos. Cuando la lección terminaba, Viola se acercaba y tomaba el montón de periódicos nítidamente doblados.

—Sin duda cree que somos analfabetas —se había reído la primera vez.

Pero el habitual buen humor de Viola se había evaporado mientras leía las noticias de la mañana. En silencio, deslizó el periódico por la mesa del almuerzo hacia Harper con un murmullo:

—Página dos.

Harper dobló la primera página para ver una caricatura escandalosa que representaba a un hombre semidesnudo con un taparrabos golpeando a un hombre elegantemente vestido de etiqueta mientras una mujer escasamente vestida observaba. *Ataque salvaje al propio hermano del Conde Bestial*, rezaba el titular. *¿No hay nadie que pueda domar al hombre salvaje?*

El corazón de Harper se aceleró mientras leía el relato unilateral de la pelea de anoche en un club de juego.

—Esto es obra de Richard —siseó Harper con fiereza.

—¿Cómo puedes estar segura, Harper? —preguntó Viola—. Dice que Edward golpeó

severamente a su propio hermano en un burdel común, por una prostituta... ¿y si no es el hombre que crees que es? ¿Y si es violento?

Harper miró fijamente a su hermana al otro lado de la mesa. Leyó en el ceño fruncido de su hermana la reacción que seguramente se expresaba en cada mesa de desayuno de Londres. El cabello oscuro de Viola se rizaba suavemente alrededor de su rostro ovalado, sus ojos abiertos de par en par con preocupación bajo el oscuro arco de sus cejas. Gracias a su entrenamiento de dama, Viola había perfeccionado la expresión precisa de preocupación y censura mezcladas que las damas de la alta sociedad usaban cuando discutían temas que desaprobaban con personas que les importaban.

—No has conocido a Richard —respondió Harper con tono cortante.

Una culpa incómoda se instaló en el pecho de Harper. Había dejado a Edward porque había tenido miedo de poner en peligro su futuro. Ahora se preguntaba si aferrarse a un futuro con él podría haber sido lo correcto después de todo. Sentía la pérdida de su presencia como un dolor físico.

—¿Es este Richard tan malvado como para incitar a su propio hermano a amotinarse? —insistió Viola, con las cejas arqueadas.

—Absolutamente haría algo así si pensara que podría beneficiarse de ello —respondió Harper.

—Shh. —Viola inclinó la cabeza hacia la puerta. La baronesa había regresado. Las hermanas se miraron mientras intentaban entender su reaparición. Ambas habían acordado que no convenía que su abuela supiera nada sobre la conexión de Harper con Briarcliff.

—Buenas tardes, abuela —dijeron Harper y Viola al unísono, como colegialas.

—Esta mañana hablamos del hecho de que han progresado mucho en sus lecciones de baile. —Fijó en Harper una mirada de acero—. Aunque tú podrías esforzarte más, Harper.

—Soy torpe —respondió Harper en lugar de disculparse—. Una vez casi me caí de un tejado.

—Debe ser una epidemia. Escuché una historia justo la semana pasada sobre una joven que casi se cae del tejado de Lord Northcote a principios de este verano. Supuestamente, fue rescatada por la Bestia de Briarcliff. No podría ser usted, por supuesto. Esta joven afirmaba ser médica, si es que se puede creer.

Harper se atragantó.

—Sucedió hace siglos —murmuró.

—Tienes una gracia natural en tus movimientos, Harper, que desmiente tu desempeño con tu maestro de baile. Espero que una oportunidad de actuar en público mejore tus capacidades. Esta tarde, visitaremos a Lady Stockton. Ella emitirá una invitación para la fiesta de su hija esta noche, siempre y cuando ambas puedan ser una compañía encantadora durante un cuarto de hora. Iremos directamente a la modista para la prueba final de sus vestidos y luego compraremos los accesorios necesarios para asegurarnos de que luzcan favorablemente esta noche.

—Suena emocionante —dijo Harper sin entusiasmo.

—En efecto, lo es. —Viola sonrió—. ¿Nos presentará a posibles parejas de baile?

—Por supuesto. Ese es el propósito final de todo este esfuerzo, después de todo. Casarlas con el primer hombre que las pretenda.

—¿Y si recibimos dos propuestas? —preguntó Harper con mala cara—. ¿O seis a la vez? ¿Cómo elegiríamos?

Viola le dio una patada por debajo de la mesa. Su abuela, siempre sin sentido del humor, oyó el roce de la tela y las atravesó con la mirada.

—Ustedes no. Pueden declarar una preferencia, pero si reciben seis propuestas de

matrimonio calificadas, yo seré quien seleccione al novio. No has expresado ninguna felicidad con el resultado de tu primer matrimonio, Viola. Es mejor dejar estas decisiones a quienes tienen más experiencia de vida.

Viola levantó la cabeza de golpe y frunció el ceño.

—No sabía que había expresado sentimiento alguno sobre el tema de mi matrimonio, abuela.

—Exactamente. Por lo tanto, deduzco que la experiencia no es una que recuerdes con cariño.

Viola se volvió hacia su hermana.

—Ya veo de dónde viene tu habilidad para leer a las personas.

Pasaron fácilmente el escrutinio de Lady Stockton, y Harper soportó las compras con el mismo entusiasmo que había mostrado en Briarcliff.

—Simplemente elige tú por mí, abuela —dijo Harper con cansancio después de que le presentaran la quincuagésima cinta rosa. Fue un gran alivio ver a Matthew para una cena temprana, después de la cual Harper y Viola fueron embutidas en vestidos de gasa complementarios en color ciruela y dorado, sus pies calzados con zapatillas enjoyadas a juego, su cabello cepillado y enrollado sobre sus frentes y adornado con perlas y diamantes de imitación. Así ataviadas, fueron apresuradas hacia la puerta y metidas en un carruaje mientras una criada perseguía a Matthew tratando de prepararlo para dormir.

—Gracias por organizar esta excursión, abuela. ¡Esto es emocionante! —El entusiasmo de Viola era contagioso. Harper se animó al ver tantos carruajes empujándose para dejar a sus ocupantes frente a otra imponente mansión urbana. Era su primera fiesta de sociedad, y era imposible no sentir al menos un poco de curiosidad. Fueron anunciadas y conducidas a una sala lujosamente decorada. Las arañas de luces brillaban con el resplandor de cien velas.

—Traten de no pararse debajo de ellas para que no les caiga cera —advirtió la baronesa—. Si los sirvientes han estado haciendo bien su trabajo, no debería haber riesgo, pero una nunca sabe, así que es mejor acostumbrarse a evitar las lámparas.

Mientras su abuela hacía una presentación a un caballero de cabello gris de al menos el doble de su edad, Harper vislumbró una forma masculina más grande que la vida. El bullicio de la sala se desvaneció mientras miraba, incrédula.

Edward estaba de espaldas a ella, su cabello ahora cortado y domado por encima del cuello de su chaqueta de etiqueta. Incluso Harper, que tenía poco sentido de la moda, podía notar por la forma en que la tela se adhería suavemente a sus hombros musculosos que su frac estaba soberbiamente cortado. Y por la postura de esos hombros elegantemente vestidos, Harper rápidamente concluyó que algo andaba mal.

Se quedó quieta como un pájaro cantor tratando de mezclarse con un arbusto al primer paso sigiloso de la pata de un gato. A su alrededor, una leve onda de sonido se extendió por la sala.

—Salvaje...

—Casi mató a su propio hermano...

—Sigue siendo un salvaje, no importa si viste como un caballero...

—La mitad de Londres está aterrorizada.

Toda la sala hablaba de Edward. No tenía un solo amigo en una habitación llena de cientos de personas fascinadas y temerosas.

—¿Sabes quién es ese? —preguntó su acompañante—. Es el hijo mayor del Conde de Briarcliff, recién regresado del extranjero. El Señor Indómito, le llaman. Es impactante verlo en público tan pronto, ¿no crees?

Un transeúnte accidentalmente empujó a Harper poniéndola en movimiento.

—Disculpe —dijo automáticamente, sin importarle si el nuevo conocido cuyo nombre ya

había olvidado la escuchaba. Los pies de Harper se movían antes de que se diera cuenta de su dirección. Atraída como la aguja de una brújula hacia Edward, lo perdió de vista momentáneamente entre la multitud. Cuando emergió en algún lugar a la derecha de la orquesta, él se había ido. Se puso de puntillas, buscándolo.

Una mano suave en su muñeca atrajo la atención de Harper hacia el rostro serio de Viola.

—¿Es él? —preguntó su hermana.

—Sí.

—Nunca dijiste que fuera apuesto. Me había imaginado a un hombre mucho más amenazante. Supongo que es la influencia del periódico.

Harper comenzó a avanzar, pero fue detenida por la mano de Viola en su codo.

—No lo persigas —dijo Viola, negando ligeramente con la cabeza—. Solo deja que te vea. No podemos dejar que la abuela sospeche.

—¿Soy tan obvia? —Harper se rio, sin humor.

—Solo para mí. Pero la abuela nos está vigilando por cualquier paso en falso, así que no te alejes de nuevo. Ven. Encontraré una manera de conseguir una presentación adecuada. Pueden bailar y ponerse al día. No es como si tu tarjeta de baile estuviera llena.

No hacía falta decir que perseguir al heredero de un conde a través de un salón de baile era un paso en falso muy serio. Harper guardó silencio, buscando a su amado. El calor floreció cuando lo vio girando a una mujer mayor con el cabello elegantemente plateado en la pista de baile. Ella, al menos, no parecía en absoluto asustada, pero Edward se veía tenso y miserable.

Sin embargo, su rostro se iluminó de asombro cuando su mirada pasó por ella y luego volvió. La sorpresa y la felicidad iluminaron sus apuestas facciones desde dentro, como si alguien hubiera encendido una vela en una ventana en una noche oscura. Viola tiró de su brazo.

—Te ha visto. Vámonos.

Pero Edward tenía otras ideas. Abandonó a su pareja a mitad de un paso, dejándola boquiabierta de asombro. Nadie se dio cuenta cuando dos don nadies, hermanas tangencialmente relacionadas con la aristocracia menor, se escabulleron entre la multitud. Para cuando alguien se dio cuenta de hacia dónde se dirigía, las hermanas estaban de vuelta al lado de su abuela.

—¿Niñas? —Se detuvieron en seco no muy lejos por la baronesa, que las llamó con un gesto. Viola miró detrás de ellas. No había señal de Edward. Obedientemente fueron a saludar a una nueva conocida, una mujer baja y regordeta con un elegante vestido de cuentas en azul pálido y adornos negros se volvió hacia ellas.

—Aún no han conocido a mis nietas, la señorita Harper Forsythe y la señora Viola Cartwright —La abuela tropezó con la vulgaridad del apellido de casada de Viola. No había Smiths ni Butlers ni Wrights de ningún tipo entre la aristocracia. Sus nombres hacían referencia a grandes tierras o grandes batallas, o países enteros. No a simples *carros*.

La gran dama asintió.

—Un placer, señorita Forsythe, señora Cartwright. Mis sobrinos estarán encantados de bailar.

Detrás de la duquesa, la multitud de invitados se apartó como las olas del mar rojo. Una reluciente corona de cabello castaño apareció, sobresaliendo por encima de todos en su camino. Los bailarines se apresuraron a apartarse. Los lacayos se detuvieron en seco, sus bandejas inclinándose hacia un lado hasta que los vasos se deslizaron al suelo en un estruendo de cristales rotos. Las damas jadearon.

Harper sonrió ampliamente.

La abuela parecía complacida. Juntó sus dos manos enguantadas.

—¡Sí! Ahora es el momento de bailar.

Fue interrumpida por la llegada abrupta de un Edward muy grande y con aspecto muy molesto. La sonrisa de Harper se extendió estúpidamente mientras su gran sombra se cernía repentinamente sobre ellas. Los ojos de la abuela se abrieron de par en par mientras echaba la cabeza hacia atrás para mirar hacia arriba... y más arriba. Incluso Harper había olvidado lo alto que era Edward.

—¿Qué haces aquí? —exigió él sin rodeos. Harper temía y a la vez esperaba que simplemente la cargara sobre su hombro y se la llevara.

—Edward, ¿me permites presentarte a mi abuela, la baronesa Landor? —dijo Harper un poco sin aliento.

—Un placer, señora. Discúlpenos. Tengo asuntos que tratar con su nieta. —Tomó a Harper por el codo, no con mucha suavidad, y comenzó a guiarla lejos.

—No puedo imaginar de qué se trata —respondió la desconcertada baronesa. Sus cejas se alzaron tanto que amenazaban con salirse de su frente.

—Cuándo llegó a Londres y cuán pronto nos casaremos. —Con eso, Edward agarró la mano de Harper y la arrastró lejos.

Dieciocho

NO FUE TAN BÁRBARO como arrojarla sobre su hombro, pero ella no tenía duda de lo que dirían los invitados de la fiesta al respecto. Harper no se resistió. El fresco aire nocturno acarició su piel, inmediatamente seguido por la cálida extensión de la mano de Edward en su mejilla y sus ardientes labios reclamando los suyos.

Harper lo apartó. Edward emitió un gruñido bajo de frustración.

—También estoy eufórica de verte, Edward, pero esto solo empeorará las cosas.

—No me importa —dijo él antes de devorar sus labios con un beso. Esta vez, ella le correspondió con igual intensidad, sintiéndose embriagada por la sensación de escape y promesa.

—¿Lo decías en serio? —preguntó ella cuando pudo recuperar el aliento—. ¿Aún me quieres como tu esposa?

—Harper. ¿Qué te hace pensar que cambié de opinión? —exigió él, con su voz dañada, única y amada.

—No supe nada de ti después de que me fui —dijo ella, entre abrazos desesperados.

—Ni yo de ti.

Estaban provocando un escándalo terrible, pero Harper no podía arrepentirse ni un momento de su libertad juntos. Las consecuencias se afrontarían a su debido tiempo. No tenía duda de que serían realmente graves.

—Me enteré del cierre del asilo, pero no sabía adónde habías ido. ¿Por qué no viniste a mí? —preguntó Edward, abrazándola con fuerza como si nunca fuera a soltarla.

—Después de cómo nos separamos, no sabía si aún me querías. Mis opciones eran casarme con el nuevo propietario o venir a Londres e intentar reconciliarme con mi abuela —hizo una mueca.

—¿Tan malo es él, o tu abuela?

—Mi abuela tiene sus puntos buenos, supongo. Miller, sin embargo, no tiene ninguno. Nunca me gustó cómo trataba a los pacientes. Es cruel —a Harper no le gustaba la sensación de guardar secretos a Edward, así que confesó—: Me besó una vez.

—Le arrancaré la cara y se la haré tragar —Edward mordisqueó ardientemente su cuello.

—Arrojarle un montón de estiércol de caballo fue violencia suficiente.

Edward echó la cabeza hacia atrás y rio.

—¡Shhh! Alguien te oirá y estaré arruinada.

—Te convertiré en condesa. Seguramente eso aliviará algo el dolor.

Harper lo miró inquisitivamente.

—Sabes que tu padre nunca lo permitiría.

—Los planes de mi padre para mí y mis propias ideas para el futuro no necesariamente coinciden —dijo Edward—. La única forma en que puede castigarme por no ser el hijo que idealizó todos estos años es internándome. Lo usa como amenaza, pero eso no significa que vaya a llevarlo a cabo. Si vamos a resistir lo que él y Richard nos echen encima, debes creer esto con todo tu corazón. Nunca te aprovechaste de mí. De hecho, fuiste exasperantemente apropiada al mantener tu distancia tanto como fue posible, hasta el punto de dejarme cuando creíste que era lo mejor.

—Edward, nunca me sentiré completamente cómoda con la forma en que nos conocimos. Nunca debí haberte alentado.

Él se rio.

—No lo hiciste. Pasaste cada momento de cada día intentando desesperadamente rechazarme. Fue un esfuerzo valiente pero condenado al fracaso. Solo tú nunca me temiste. Eres la única mujer en Inglaterra que ve al hombre dentro de la bestia. Quiero merecerte.

—Edward, no tienes que merecerme —los sonidos de persecución se acercaban. Con una mirada preocupada a las puertas francesas detrás de ellos, Harper se acurrucó más contra su cálido cuerpo mientras intentaba absorber su contacto en su propia alma—. Escapar durante una fiesta no va a ayudar a nuestra causa.

—Eres mía —gruñó él. Su mano le acunó la nuca.

—Eres mío —susurró ella, quitándose el guante izquierdo para revelar el anillo de cabello que Edward le había dado.

Fueron interrumpidos por un ruido de forcejeo en la puerta.

—¡Harper! ¿Estás ahí fuera? —la forma oscura de Viola entró sigilosamente, cerrando la puerta tras de sí.

—Vaya, no pierde el tiempo, Lord Northcote —comentó, observando el desaliño de Harper —. Soy la hermana de Harper. Las presentaciones fueron un poco apresuradas. No tienen idea del alboroto que han causado. La baronesa está fuera de sí. Las cortinas cayeron sobre el balcón cuando salieron, así que con suerte, deberíamos poder hacerlos volver a entrar a escondidas. Milord, si fuera tan amable de regresar al salón de baile por el jardín, se lo agradecería mucho.

Harper alisó su vestido arrugado y se arregló el pelo con dedos temblorosos.

—Bueno, ahora tendrán que dejarnos casar —comentó optimista.

—Yo no contaría con ello —Viola frunció el ceño—. Briarcliff dice que desheredará a Edward antes que consentir un matrimonio, lo cual tiene a la abuela apopléjica. Jura que nunca permitiría que su nieta se case con semejante bestia.

Edward maldijo.

—No dejaré que nos detengan —declaró Harper.

Viola se inclinó sobre el balcón.

—Es una caída de seis metros hasta un seto. ¿Puede bajar con seguridad?

Harper se rio. La incredulidad de Edward era evidente en su rostro.

—Supongo que sí —murmuró.

—¿Me estoy perdiendo alguna gran broma? —preguntó Viola, claramente molesta. Edward lanzó una mirada anhelante a Harper. Luego se deslizó sobre la barandilla del balcón tan sigilosamente como una sombra. Los ojos de Viola se agrandaron—. ¡Las historias eran ciertas!

El corazón de Harper estaba tan ligero que podría flotar.

—Sí. Son ciertas, o parcialmente ciertas.

—Rápido, entonces. Tendrás que contarme todo más tarde —Viola agarró el brazo de

Harper. Abrió las puertas francesas de cristal y se deslizaron a través de las cortinas vaporosas. El salón de baile se había vuelto sofocantemente caluroso, así que dejaron las puertas sin cerrar detrás de ellas. Las hermanas solo habían dado unos pasos cuando su abuela se abalanzó sobre ellas como un halcón vengador.

—¡Gracias al cielo que estás a salvo! —exclamó la baronesa—. Esto es un desastre. ¿Quién podría haber imaginado que ese monstruo se fijaría en una joven inocente en una fiesta perfectamente apropiada?

Harper sintió una punzada de remordimiento por haber causado angustia a la anciana. A pesar de su brusquedad abrumadora, la abuela las había acogido sin cuestionamientos, las había vestido y les había dado la oportunidad de mejorar sus vidas. Lo mínimo que podría haber hecho era no arruinar los esfuerzos de la mujer en su primera noche de salida.

—Para ser justos, abuela, Lord Edward y yo ya nos conocíamos de antes. Sin duda, se alegró de ver una cara familiar —dijo con todo el arrepentimiento que pudo reunir.

—Sobre eso. No mencionaste nada de un conocimiento previo —la baronesa entrecerró los ojos—. Ven. Llamaremos al carruaje, y luego quiero un relato completo de cómo conoces al hombre más notorio de Londres.

Harper esbozó la historia de cómo había llegado a conocer a Lord Edward. Cuando terminó, la baronesa permaneció en silencio durante varios minutos.

—Asistiendo. Ya veo. Bueno, difícilmente podemos decir la verdad sobre tu supuesto trabajo. Plantearía preguntas inconvenientes sobre tus antecedentes, y no necesitas más desventajas en tu búsqueda de un marido, cualquier marido.

—¿*Mi* búsqueda?

—Tu búsqueda. Las mujeres solteras son una plaga para cualquier hogar. Causan un sinfín de alboroto y molestias, sin mencionar los fuertes dolores de cabeza —la baronesa se frotó las sienes.

Harper solo pudo apartar la mirada con culpabilidad.

—Podría casarme con Edward —sugirió.

La baronesa se rio, sin amabilidad.

—Oh, sí, eso te vendría muy bien. Pero no puedes imaginarte que una conexión de baja clase es lo que el conde tiene en mente para la futura señora de Briarcliff.

—¿Somos tan de baja clase? Seguramente la familia Landor tiene algún estatus en la sociedad.

La abuela parecía apopléjica.

—Que tengas que preguntar indica la profundidad de tu ignorancia. Lord Northcote, como te referirás a él de ahora en adelante, estaría bien posicionado para casarse con la segunda o tercera hija de un duque, con la correspondiente dote.

—Sin embargo, Harper tiene razón. No estamos completamente sin conexiones o familia. La tenemos a usted. Quizás su señoría no sea consciente de la profundidad de su apego. Seguramente los sentimientos de la pareja deberían ser un factor en la decisión. ¿No hay alguna manera de influir en él para que vea la relación de forma más favorable? —intervino Viola—. ¿No podría usted hablar con él en nombre de Harper?

—Tengo una cita para hablar con el conde a primera hora de la mañana —la interrumpió la abuela con impaciencia—. Dudo mucho que se muestre dispuesto a cambiar de parecer, pero debemos intentarlo. Ciertamente, sería la solución más rápida a mi dilema de cómo sacarlas a las dos de mi casa en el menor tiempo posible —Con eso, la baronesa se excusó y se fue a la cama.

Diecinueve

HARPER DURMIÓ MAL y se despertó a su hora habitual temprano. Su estómago rugió mientras bajaba las escaleras en su vestido de mañana, anticipando un gran desayuno y una lectura exhaustiva de los periódicos, donde, sin duda, encontraría su propio nombre adjunto a una serie de artículos difamatorios sobre la Bestia de Briarcliff. De mal humor, Harper casi ladró cuando Viola la interceptó al pie de las escaleras y envió a la criada a buscar sus abrigos.

—¿Por qué salimos a cabalgar tan temprano? ¿No puedo ni siquiera desayunar primero? —Miró con anhelo hacia el comedor. Los periódicos ya habían sido retirados. Harper lo tomó como una señal de que las noticias habían sido abundantes, y en su mayoría malas.

—Preferiría dar un paseo por Hyde Park, ¿tú no? —dijo Viola con naturalidad. Sus ojos marrones se deslizaron de lado.

Harper bostezó y miró al lacayo, cuya espalda estaba vuelta. Se encogió de hombros. Las miradas desaprobadoras de los sirvientes la hacían sentir observada e incómoda, tal como había sucedido en Briarcliff. De repente, salir al aire fresco no era la peor idea que había escuchado.

Bajando la escalera del vestíbulo principal, Harper oyó voces, bajas y urgentes. —Briarcliff llegó justo antes de que bajaras a desayunar.

Con todos los nervios repentinamente electrificados, Harper se esforzó por escuchar la voz de Lord Charles. Todo lo que pudo detectar fue un bajo rumor, intercalado con el tono más agudo de su abuela.

—Supongo que la conversación no comenzó de manera amistosa —observó Harper, sintiendo un aleteo de pánico en el vientre.

—Lo discutiremos en el carruaje —respondió su hermana con determinación, poniéndose los guantes. Pasaron tensos minutos de silencio mientras esperaban su vehículo. El mozo de cuadra las guió cuidadosamente a través de las calles abarrotadas la corta distancia hasta Hyde Park. Harper sintió sus sentidos asaltados por el estridente alboroto de las calles de la ciudad.

Fue un alivio llegar al parque, con sus amplios senderos para conducir y su exuberante vegetación. Las hojas apenas comenzaban a adquirir los tintes del inicio del otoño. Harper soltó un largo suspiro, pensando con nostalgia en el otoño en el campo. Su estómago gruñó.

—Toma, come esto antes de que te desmayes. —Viola le metió un panecillo en la mano. Dentro había rellenado trozos de jamón y queso.

—Gracias —murmuró Harper con la boca llena. Cuando terminó el último bocado, Viola le dijo al mozo que detuviera el vehículo. Las hermanas se apresuraron a bajar y caminaron una corta distancia alejándose del coche.

Por fin, estaban solas. Aun así, el silencio se prolongó durante largos minutos. Cuando ya no pudo soportarlo más, Harper se volvió hacia su hermana. —¿Qué tan malo es?

—En una palabra, terrible.

Harper dejó su desayuno en el asiento a su lado mientras su apetito disminuía abruptamente. —¿Y ahora qué?

—Dímelo tú, Harper. Ayer por la mañana leí sobre la Bestia de Briarcliff golpeando a su hermano hasta dejarlo inconsciente. Anoche, te encontré en los brazos de ese mismo hombre. Debes entender por qué tengo reservas sobre una unión entre tú y Lord Northcote, si es que tal cosa es siquiera posible. Honestamente, si tuviéramos a dónde ir, me iría ahora mismo.

—¿Qué quería Briarcliff?

—Ofreció pagarle a la abuela para enviarte lejos.

Ella asintió. —¿Crees que aceptará su oferta?

—No.

—No lo dejaré. Edward no es como dicen los periódicos. Si peleó con su hermano, hubo una razón. Richard pudo haberlo provocado para empeorar la reputación de su hermano.

—Nadie es tan malo, Harper. ¿Cómo sé que no estás cegada por el afecto? ¿Y si Edward es peligroso? —preguntó Viola suavemente.

—No es peligroso para nadie. Es incomprendido y no tiene paciencia con la sociedad, pero lo está intentando. De verdad lo está haciendo, al igual que yo —suplicó Harper, deseando que su hermana entendiera—. Edward y yo nos elevaremos o caeremos juntos.

Viola se mordió el nudillo.

—Está bien —dijo por fin.

—¿Qué está bien? —exigió Harper.

—Te ayudaré a conquistar a Edward. Con la condición de que si alguna vez lo veo amenazarte o hacerte daño, debes retirarte, Harper. Incluso si eso significa dejarlo.

—No será necesario. Pero ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—Porque nunca he visto a dos personas tan enamoradas y tan ferozmente protectoras la una de la otra. Edward te siguió como... como nada que haya visto antes. Y tú te interpones frente a él como una barricada humana cada vez que el más mínimo susurro en su contra llega a tus oídos. Es fascinante. Nunca he visto, ni experimentado, nada parecido. —Desvió la mirada y luego volvió a mirar a Harper—. Lo que tienes con Lord Northcote me recuerda a lo que mamá y papá tenían juntos. El tipo de amor que te acompaña en los buenos y malos momentos. No todo el mundo encuentra eso. Yo no lo hice.

Las cejas de Harper se arquearon en dos arcos de sorpresa. Nunca se le había ocurrido que Viola, su hermana capaz y segura, pudiera sentirse sola. Que pudiera haber aspirado a algo más grandioso, más intenso. El sol matutino de otoño golpeaba a través de la tela ligera de su sombrero, enviando una gota de sudor picante por su espalda entre los omóplatos.

—Detesto Londres. Amo a Edward. Solo quiero estar lejos de aquí, con él. Sin embargo, es imposible, porque si me elige, perderá la vida que estaba destinado a tener.

—¿Y si la vida que estaba destinado a tener fuera contigo? —preguntó Viola, inclinando la cabeza con curiosidad—. Dinero, estatus, poder... Conociéndolo como lo conoces, ¿cuánto crees que le importan esas cosas a Lord Northcote?

—Está obligado a preocuparse. Richard llevará la finca a la ruina si Edward es encerrado.

Viola hizo un sonido exasperado. —¿Y qué? No sería la primera finca en desmoronarse bajo la mala gestión de un imbécil. Ni deberías tener tanta confianza en que Edward sea capaz de administrar el condado competentemente.

Se detuvo en seco y miró fijamente a su hermana. —Eres tú. *Tú*

Te preocupas por el poder, la finca y el dinero. Y tienes miedo al cambio, así que lo quieres todo o nada: casarte con el futuro conde y vivir en la dicha o el confort por el resto de tus días. O quieres atesorar el recuerdo de lo que podría haber sido perfecto mientras te aíslas de él por un sentido equivocado de noble sufrimiento.

Las palabras de Viola fueron como un balde de agua fría vertido sobre la cabeza de Harper. Los escalofríos se deslizaron por su piel mientras su corazón latía erráticamente. Harper había amado Briarcliff casi tanto como había amado a Edward por lo que representaba: estabilidad, libertad de la necesidad y una oportunidad de convertirse en alguien significativo. Una condesa tenía influencia de maneras que una doctora nunca podría tener.

Un jadeo escapó de sus labios. —Todo mi trabajo en el asilo... Quería dinero y reconocimiento, y nunca me lo admití a mí misma.

—Por Dios, no te desmayes, Harper —dijo Viola consoladoramente.

—¡Soy una idiota tan burda y cobarde! —exclamó Harper—. ¿Cómo pudo ser obvio para todos menos para mí?

—No era obvio en absoluto. Crecimos juntas, Harper. Eso me da una perspectiva diferente sobre tus motivos.

—¡Edward lo sabía! —gritó Harper, ahora angustiada—. Me dijo una y otra vez que no le importaba el título, pero no quise escuchar.

—Él también te conoce bien —concordó Viola—. Y tú lo conoces a él. Puede que no le importe el título, pero sí le importan la finca y los arrendatarios, al igual que a ti. Solo lastimarás y confundirás al pobre hombre si lo alejas.

—No lo estaba alejando precisamente anoche. —Harper se sonrojó pero sonrió de repente. Viola se rio.

—No, no lo estabas. Ustedes dos estaban en su propio mundo, y tendrán que encontrar formas de seguir viviendo allí si quieren capear el temporal. Briarcliff no va a dejar que su hijo se case contigo sin dar pelea.

—No es su decisión. Edward es mío, para bien o para mal, pase lo que pase. Solo tenemos que encontrar una manera de hacer que todos los demás lo vean.

—Bien. —Concluida su conversación privada, las dos mujeres regresaron a su equipo y a casa. El clima se había nublado considerablemente durante el corto viaje de vuelta, anunciando una lluvia vespertina en ciernes. Las nubes de tormenta en el cielo, sin embargo, no podían compararse remotamente con la tormenta en el rostro de su abuela cuando entraron en la casa.

—¡Northcote es sin duda el aristócrata más arrogante, autoritario y engreído en la historia de los aristócratas arrogantes, autoritarios y engreídos! —declaró la baronesa antes de que la criada hubiera cerrado la puerta tras ella.

A Harper se le cayó la mandíbula. Era más que inusual que Gran dijera algo sobre un miembro de la *ton*, y menos aún frente al personal, pero ahora parecía despreocupada.

Fijando una mirada de halcón en Harper, la baronesa declaró: —Espero por tu bien que el hijo sea muy diferente al padre. ¿Estás segura de que quieres casarte con la Bestia de Briarcliff?

—¿Lord Northcote? —aclaró Harper—. Sí, por supuesto que quiero casarme con él. Lo he amado desde el día en que lo vi por primera vez. —Solo pensar en ese día le envió un pequeño escalofrío de deleite por las extremidades.

—Ya veo. ¿Y lo amarás cuando sea declarado loco?

—Sí —dijo Harper con valentía, sintiéndose ella misma ahora. Estar separada de Edward le había pesado como un ancla durante semanas, pero ahora que se habían reunido, aunque fuera

temporalmente, se sentía flotante—. No fui completamente honesta contigo al llegar.

—Nunca lo habría adivinado —respondió su abuela con sequedad—. Cuéntame.

Harper esbozó los detalles de su afiliación con los Patton, las peculiaridades de su educación y las circunstancias de su llegada a Briarcliff. La baronesa mostró poca sorpresa hasta el final de su narración. Adivinó que el conde ya le había dado a su abuela una versión de estos eventos.

—Disfruté mi trabajo en el asilo, abuela. Me gustaba ayudar a la gente, a los que se podía ayudar. Quería convertirme en la directora, y habría sido buena en ello, si me hubieran dado la oportunidad. Me atrevo a decir que habría hecho un mejor trabajo que el Dr. Patton o el que hará Miller. Con Edward a mi lado, podría encontrar otra oportunidad. No puedo mantenerlo con elegancia y estilo, pero a él tampoco le importan mucho los entornos lujosos. —Harper respiró profundamente. No era fácil desnudar el corazón ante una mujer completamente preparada para hacerlo pedazos.

Gran la miró como un lobo debatiendo si atacar. —Es fascinante descubrir que tienes columna vertebral, después de todo. Durante las últimas semanas pensé que ibas a dejar que te intimidara para que te casaras.

La anciana se sentó pesadamente en un frágil sofá.

—Tú y tu hermana, y su séquito, han traído más alboroto y molestias de las que cualquier vieja debería tener que soportar —se quejó Gran—. Estoy medio tentada de echarlos a todos a la calle.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó Harper, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Siéntate, Harper. Soy vieja. Nadie vive hasta mi edad sin desarrollar algunos arrepentimientos en el camino. Mi mayor arrepentimiento es haber dejado que tu abuelo repudiara a tu madre cuando se fugó. Estaba tan enojado, y para cuando estuvo dispuesto a considerar una reconciliación, no pudimos encontrarla en ninguna parte. Tu padre siempre se estaba mudando, esquivando acreedores, incluso cuando tu madre estaba enferma. Después de sus muertes, Viola simplemente desapareció, casada con un nuevo nombre. Siento que te debo el tipo de comienzo que deberías haber tenido. —La anciana suspiró—. Confieso que Edward es suficiente para recordarme que no estoy muerta. Si mi nieta se casara con el hombre más notorio de Londres, sería un golpe maestro. Con cualquier otro hombre, el ataque de anoche habría sido más que suficiente para asegurar un matrimonio. Sin embargo, nadie quiere ver a la hija de un caballero en peligro por un salvaje. Nadie, hasta ahora, está pidiendo tu matrimonio.

La baronesa hizo una pausa.

—Para ser completamente franca, Lord Briarcliff ha amenazado con internarlos a ti y a Edward si alguna vez volvemos a poner un pie en la misma casa juntos. Cree que has seducido a su hijo susceptible para obtener el título y la finca.

Harper trató de mostrarse sorprendida. Briarcliff había entendido más de lo que ella se había dado cuenta. —Desafortunadamente, el conde lo tiene al revés. Yo quería tener éxito en mi trabajo más de lo que quería estar enamorada.

—Te creo —respondió la baronesa—. El conde despotricó sobre tu talento seductor, que, sin ofender, querida, dudo mucho. Eres ingenua, y ciertamente no eres una cortesana. Si has entregado tu corazón, no tengo duda de que es con total sinceridad, sin importar lo que diga este conde demente.

Gran suspiró y se hundió visiblemente en su silla. Círculos cansados rodeaban sus ojos. Algo en su descripción del conde molestó a Harper. ¿Alguna vez había considerado loco al conde? La pregunta se alojó en su mente, tan irritante como una piedra en su zapato.

—No había notado ningún signo de peculiaridad en el padre. Pensé que la mayor parte del

comportamiento disfuncional y la arrogancia residían en el hermano, Richard —comentó. *Pero eso no es del todo cierto, ¿verdad?*, susurró una vocecita. *Se lo escribiste al Dr. Patton. El doble de la tarifa, estoy tratando a dos pacientes por el precio de uno, bromeaste.*

—Quizás porque solo tenías ojos para el hijo —espetó Gran, y Harper se acobardó.

—Jenny, tomaremos el té —ordenó Gran a la doncella que limpiaba invisiblemente en el pasillo. La criada hizo una reverencia y se marchó. Cuando se fue, la baronesa continuó en voz baja—: El jueves por la noche es la cena de Lady Upton. He recibido una invitación y tengo entendido que el conde asistirá con su hijo. Su señoría no te esperará. Tendrás una oportunidad con tu señor indómito. ¿Qué harás con ella?

Llegó el té. Lo sirvieron y bebieron. La baronesa despidió a la doncella y le pidió que cerrara la puerta al salir.

—Es tan difícil tramar adecuadamente con los sirvientes alrededor —suspiró la baronesa—. Hablan demasiado, y no convendría que se corriera la voz sobre nuestros planes. Ahora bien, ¿cuál será el resultado de tu tiempo con Lord Edward?

Besos. Definitivamente besos. Harper no pudo evitar el pensamiento, ni el rubor que hizo que sus mejillas se tornaran rosadas. La baronesa la atravesó con una mirada exasperada de acero azul.

—En mis tiempos, se necesitaba más que la perspectiva de una conversación privada con un caballero elegible para hacer sonrojar a una chica. Era una época mucho más interesante.

Harper se atragantó con su té.

Gran se levantó.

—Discute el asunto con tu hermana. A pesar de mis reservas iniciales sobre ustedes dos, encuentro que Viola tiene la cabeza bien puesta. Ella te ayudará a determinar el mejor curso de acción. Yo proporcionaré la oportunidad. Tú debes determinar cómo aprovecharla al máximo.

Y con eso, la anciana se excusó para atender su correspondencia.

Veinte

—¿CABELLO? —Harper se tocó las puntas de los dedos en el elaborado peinado sujeto a su cuero cabelludo. Más allá del gran vestíbulo de mármol, el sonido de múltiples conversaciones se filtraba por el pasillo principal.

—Perfecto —respondió Viola, apartando suavemente las manos de su hermana antes de que pudieran alterar los rizos cuidadosamente elaborados.

—¿Vestido? —preguntó.

—Impecablemente elegante —confirmó su hermana.

Era de seda azul con fino encaje en el corpiño. El encaje le picaba a Harper.

—Deja de rascarte —exigió Viola. Harper obedeció, por el momento.

—¿Joyas? —preguntó, retrasando un poco más el momento que sabía que se avecinaba.

—Brillando como los trozos de vidrio que son. A nadie le importa que sean de imitación. ¿No estarás nerviosa, verdad?

—Ni un poco. —Harper enderezó la espalda y se obligó a ignorar las mariposas en su estómago—. Prepárate, hermana. Vamos a entrar en la guarida del león.

Viola sonrió con simpatía y le ofreció el brazo. Cogidas del brazo, entraron con aire despreocupado por la entrada cubierta del salón de baile. Al principio, pocos las notaron. Alguna mirada sorprendida por aquí y por allá, algunos desaires evidentes mientras las dos hermanas sonreían y asentían educadamente a cualquiera que las mirara.

—Respira —susurró Viola. Harper exhaló.

—¡Vaya, vaya! Qué agradable sorpresa ser honrado de nuevo con dos visiones tan gráciles. Después del fiasco de la semana pasada, nadie pensó que las volveríamos a ver. Creíamos que esta noche vendría la vieja arpía de la baronesa Landor en su lugar.

Viola se detuvo en seco. El cuerpo de Harper estaba tan tenso como la cuerda de un arco, pero la alarma de su hermana aumentó su tensión.

—Lord Dalton. La sorpresa es toda mía —respondió Viola. Su voz sonaba extrañamente ahogada. Harper estaba demasiado ocupada mirando al acompañante de Lord Dalton para darse cuenta realmente.

—Mis señores —hizo una reverencia a Lord Dalton y Richard Northcote, quien la miraba como si fuera un espécimen particularmente repugnante de insecto. Harper esbozó una sonrisa cautelosa. Había olvidado lo satisfactorio que era provocarle a Richard un ataque de nervios simplemente por existir. No pudo resistir el impulso de molestarle un poco más.

—Confío en que se haya recuperado de su reciente altercado —preguntó Harper alegremente

—. Salió en todos los periódicos. Me alegra ver que solo sufrió lesiones menores.

Lord Dalton hizo un sonido ahogado, mientras Viola ocultaba una sonrisa con una mano enguantada. Richard hervía visiblemente. Aunque su ojo estaba abierto, un gran moretón verde y amarillo florecía en el lado izquierdo de su cara, moteado de púrpura y violeta. Su labio inferior aún mostraba una costra por haberse partido y parecía hinchado en el centro. Harper lo miró fijamente, olvidando sus burlas.

—¿Le han examinado eso? —preguntó con genuina alarma—. Parece estar infectado.

—Escupo sobre el consejo médico del fraudulento Dr. Forsythe —gruñó Richard. Gruñir parecía dolerle. Hizo una mueca, luego esbozó una reverencia a Viola y susurró algo a Lord Dalton antes de dar media vuelta y marcharse.

—Qué grosería —comentó Lord Dalton con desdén—. Aunque, en fin, Richard siempre se consideró por encima de preocuparse por las cortesías habituales.

—¿Lo conoce bien? —preguntó Viola, un poco sin aliento.

—Oh, sí, Richard iba un curso por delante de mí en Eton. Ya entonces era despiadado.

La excesiva belleza de Lord Dalton parecía estar afectando el juicio de su hermana, así que Harper pasó su brazo por el de Viola y tiró ligeramente.

—Creo que no nos han presentado.

—Señorita Forsythe, le ruego me disculpe. Soy Piers Ranleigh, sexto vizconde de Dalton, a su servicio. Su hermana y yo solo fuimos presentados de manera impropia, durante el revuelo para encontrarla a usted en la inesperadamente emocionante fiesta de Lady Stockton hace unas noches.

—Ya veo. Viola no había mencionado haberlo conocido. —Harper lanzó una mirada especulativa a su hermana. Las pálidas mejillas de Viola estaban teñidas de rosa. Fueron interrumpidos por un tintineo que reverberaba por toda la sala. Dalton miró más allá de sus acompañantes hacia el estrado donde la orquesta hacía una pausa entre conjuntos. Un hombre calvo y corpulento golpeaba enérgicamente un tenedor contra una copa de champán.

El sonido fue rápidamente adoptado por toda la sala.

—Creo que su presa está de pie en el estrado —dijo Lord Dalton mientras Harper y Viola se giraban como una sola para mirar.

Efectivamente, Edward estaba ligeramente apartado, con aspecto enfadado e incómodo. No enfadado. Volcánico. Harper lo había visto en su momento más vulnerable, pero nunca lo había visto tan a punto de explotar.

—¿Por qué Richard está susurrando al oído de Lord Briarcliff? —preguntó Viola en voz baja. Harper apartó la mirada de Edward con considerable dificultad. Charles eligió ese momento para mirar en su dirección. Sus ojos se encontraron, y él palideció.

—Sea lo que sea lo que está pasando, no es bueno —susurró Viola.

A Harper se le secó la boca. La miseria de Edward mientras tiraba de su cuello, hasta que la corbata amenazaba con deshacerse, le retorció el corazón hasta amenazar con partirse en dos. Harper intentó no sentirse decepcionada de que él no la notara entre la multitud, pero una parte de ella no pudo evitarlo. Intentó saludar con la mano. Quizás la visión de una amiga lo calmaría lo suficiente para superar cualquier calamidad que estuviera ocurriendo. Lord Briarcliff subió al estrado.

—Amigos, interrumpo su velada con un anuncio trascendental. Como saben, hace apenas tres meses mi hijo perdido hace mucho tiempo me fue devuelto tras una prolongada ausencia. Estoy exultante por el regreso de Edward a mí y a la sociedad. Les agradezco que hayan acogido a Edward con gran paciencia y tolerancia mientras reaprendía las costumbres de una sociedad que

creyó no volver a ver jamás.

»Esta noche, tengo la alegría de anunciar que Edward se unirá en santo matrimonio con Lady Mary Whitney, hija de Lord Fairwyck, dentro de una semana.

Un jadeo colectivo se elevó de la multitud. Harper sintió el peso de cientos de pares de ojos.

Viola le dio un codazo.

—Sonríe y aplaude.

Mecánicamente, Harper se obligó a aplaudir. Siempre había pensado que la noción de que la sangre se drenaba del rostro de uno era una figura retórica exagerada, hasta que sintió que le sucedía. Solo la mano de Lord Dalton en su codo la mantuvo erguida.

—Mary, Edward, por favor, acérquense.

Una hermosa joven de cabello azabache, ojos grises y límpidos, y piel como el alabastro dio un paso adelante. Los cristales brillaban en su cabello negro, y su vestido blanco mostraba una figura, al borde de la redondez, a la perfección. Cualquier renuencia a poner su mano en la de Edward seguramente era modestia, no repulsión. Hacían una pareja impresionante. Pero no había miradas tiernas entre los prometidos, quienes maximizaban cada centímetro de distancia que podían en el estrado. En cambio, Edward escudriñó a la multitud hasta que encontró la mirada de Harper y la fijó. Solo el calor que vio allí permitió a Harper respirar de nuevo. Una feroz posesividad prácticamente abrasaba el aire entre ellos.

—Muchos de ustedes, incluyéndome, cuestionaron la cordura de Edward tras su regreso —continuó monótonamente el conde—. Tengo plena confianza en que Mary le ayudará a reaprender nuestras costumbres y lo guiará en su papel como futuro conde de Briarcliff.

El público estalló en aplausos. El horror de Edward estaba esculpido en sus facciones, mientras Mary permanecía impasible mientras Lord Fairwyck comenzaba a hablar. Él era el único que sonreía radiante, su calva sudorosa reflejando la luz de las arañas de cristal.

Las rodillas de Harper se doblaron. Viola la cogió del codo. Sin el apoyo de su hermana, se habría derrumbado. Edward estaba perdido para ella. No era posible. Acababan de reunirse. ¿Cómo podía casarse con otra?

—Bueno, me atrevo a decir que ese anuncio le ha dado un giro bastante desagradable a Richard —dijo una voz familiar cuando casi habían llegado a la puerta.

Dalton.

—¿Por qué? —exigió Harper, sobresaltada.

—Yo diría que Edward fue quien pareció más conmocionado —añadió Viola.

—Northcote debió haber sabido algo de antemano. Ya saben cuán poca opinión tienen los jóvenes aristócratas en sus matrimonios, aunque aún deben decir sí en el altar. Que Richard sea desheredado tan públicamente debe escocer. Siempre fue sensible por ser el segundo en la línea. Ahora tendría que pasar por Mary para hacer declarar incompetente a su hermano.

—¿Eso es siquiera posible? —preguntó Viola—. Creía que las propiedades siempre se vinculaban al primer hijo.

—Así es. Pero si Edward es declarado incompetente, Richard probablemente dirigiría Briarcliff hasta la muerte de su hermano. El encarcelamiento aseguraría que no haya descendencia, pues no sería capaz de contraer un matrimonio legal. Tomaría años, pero eventualmente Briarcliff pasaría a Richard y a cualquiera de sus herederos legítimos.

—El encarcelamiento de Edward probablemente lo llevaría a la muerte —dijo Harper sombríamente.

—No fácilmente, ni rápidamente. —Dalton se encogió de hombros—. Sería mejor para Richard evitar que el matrimonio ocurra en primer lugar. Pobre Mary. Siempre fue un caso triste,

aunque hermosa como pocas.

Dalton se despegó de la columna de mármol en la que se había estado apoyando. Harper notó lo apuesto que era el hombre, con cabello oscuro y despeinado, una mandíbula fuerte y ojos penetrantes y oscuros. Aunque debía ser más joven que Richard, su porte era mayor, como si hubiera visto mucho de la vida a pesar de su juventud.

—¿Les apetece que las lleve? —ofreció casualmente.

—Oh, no es necesario... —comenzó Viola.

—Sí. Sí, por favor —interrumpió Harper—. Quiero saber más sobre Mary Whitney.

Como muchos que vivían en Londres, la baronesa alquilaba transporte de una caballeriza local donde tenía acceso a una variedad de carruajes adecuados para cualquier propósito. Le ahorraba el gasto y la molestia de mantener ganado en Londres, pero en consecuencia no esperaban que el carruaje volviera por un tiempo.

—En absoluto. —Lord Dalton hizo una seña a un mozo para que trajera su vehículo. Tenían poca competencia a esta hora temprana. Se quedaron allí torpemente en el aire nocturno, apenas teñido con la frescura del otoño.

—¿Tiene frío? —preguntó Dalton, mirando directamente a Viola.

—Estoy bien —murmuró ella.

—Podría prestarle mi chaqueta.

—Su coche es préstamo suficiente.

—Su ayuda es muy apreciada —dijo Harper con determinación, dando un codazo a su hermana. La puerta del vehículo apenas se había cerrado cuando se inclinó hacia adelante y exigió—: Cuénteme todo sobre Mary Whitney.

Dalton sonrió.

—Mary, como acaban de ver, es encantadora en todos los sentidos. Canta hermosamente, lee solo la poesía más dulzona e insípida, y baila con gracia. Es la elección perfecta para redimir a Edward a los ojos de la sociedad.

Harper palideció.

—A Edward no le importan esas cosas.

—¿Importa acaso? A todos los demás sí, incluido su padre —respondió Dalton.

—Ni siquiera la conoce. ¿Cómo puede Edward casarse con ella? —Harper suspiró y se recostó con fuerza contra los cojines. Dalton se encogió de hombros nuevamente.

—La preferencia personal tiene muy poco que ver con los matrimonios de sociedad. Tengo una información interesante para usted. Últimamente Mary no ha sido su habitual yo dulce y dócil. Se rumorea que ha puesto sus ojos en un poeta, si uno es caritativamente inclinado a describir el tipo de basura que produce.

—Ha encontrado un alma tan gentil como la suya —reflexionó Harper.

Dalton se inclinó hacia adelante y la miró fijamente, como si estuviera sorprendido por su observación. Ella le dio su mejor sonrisa calculadora. Se sentía maravilloso volver a caer en los hábitos de leer a las personas y evaluar sus motivos, habilidades que había descuidado desde que dejó el asilo. Hasta ahora, no se le había ocurrido que podría haber otros usos para su entrenamiento.

—¿Cree que odio a Mary porque está prometida al hombre que amo? —preguntó Harper—. Pues no. Cualquiera puede ver que Mary le tenía miedo a Edward. Él la abrumará. Incluso si odiara a Mary, tengo más posibilidades de persuadirla para que rechace el matrimonio si entiendo sus motivos que si pierdo energía en no quererla.

Dalton estuvo callado por un momento antes de decir:

—Es usted astuta.

—Mi hermana tiene un don inusual para descifrar las intenciones y personalidades de las personas desde el otro lado de la habitación. —Viola habló con severidad. Harper la miró. Las mejillas de Viola estaban sonrojadas, visible incluso a la luz de la luna que entraba por la ventana. Oh. Así que esa era la situación. Viola se sentía halagada por las atenciones de este aristócrata entrometido. Bueno, que así fuera. Viola había dicho que tenía la intención de disfrutar de Londres y todo lo que venía con ello, mientras pudiera. Seguramente Lord Dalton era parte del paquete.

—¿Quién es este poeta-artista que Mary ama tanto? —preguntó Harper, volviendo al tema en cuestión.

Dalton hizo una mueca.

—No estoy seguro de si debería decírselo. ¿Qué hará con la información?

—Aún no lo sé. Todavía estoy tratando de entender el campo de batalla —dijo Harper con énfasis—. Una vez que conozca a mis oponentes, consideraré cómo convertirlos en aliados.

—Su nombre es Rupert Alwin. Es el cuarto hijo de un primo del duque de Slade. No nació en la riqueza, no tiene esperanzas de heredar dinero, escasas posibilidades de casarse con él, y pocas perspectivas de ganarse la vida con su escritura. Produce el tipo de basura que las jóvenes como Mary encuentran peculiarmente cautivadora.

Harper se dio golpecitos en la barbilla con un dedo enguantado.

—Su padre no lo aprueba, claramente.

—Difícilmente —rio Dalton—. Mary Whitney es la hija mayor de un conde acaudalado. Viene con una dote considerable. A Mary le gustan los vestidos elegantes, las temporadas en Londres y los carruajes lujosos. Será una esposa cara de mantener.

—Pero ¿le importa más Rupert que los vestidos? —reflexionó Harper—. Esa es la pregunta que debemos responder.

Tiempo después, llegaron a la casa de la baronesa. Dalton fue atento con ellas mientras las hermanas salían del carruaje.

—¿Cómo sabes que podemos confiar en él? —preguntó Viola en voz baja mientras subían las escaleras hacia sus dormitorios.

—No lo sé —respondió Harper—. Pero le gustas, Viola.

Su hermana guardó silencio.

—También le gusta Richard. Recuerda con quién estaba Dalton cuando llegamos.

—No estás atada a Samuel por el resto de tu vida —dijo Harper con suavidad—. Mañana habrá un anuncio oficial de la boda de Edward y Mary. Necesitaremos la ayuda de la abuela para evitar que esto suceda.

—¿Crees que lo hará? Ya ha hecho tanto.

—Creo que hará cualquier cosa para sacarnos de su casa —rio Harper.

—¿No te rindes, verdad?

—¿Con Edward? Nunca —respondió Harper con fiereza.

Veintiuno

TAL COMO HARPER HABÍA PREDICHO, el anuncio de la boda apareció en los periódicos de la mañana siguiente. Durante el desayuno, Gran se atragantó delicadamente con una salchicha y dio un sorbo a su té. Luego dobló el periódico y se lo pasó a Harper.

—Tienes competencia por el corazón de Lord Edward.

Esperó, impaciente, a que Harper examinara el artículo.

—Te di la oportunidad de ver nuevamente al hombre de tus sueños. Este no era el resultado que anticipaba. ¿Cómo es que se fue comprometido con otra mujer, y qué piensas hacer al respecto?

—Estoy al tanto del anuncio. Fue por eso que regresamos temprano ayer por la noche —respondió Harper con calma, tomando el periódico. Su corazón se aceleró mientras leía el breve artículo—. Una semana. Tenemos seis días para evitar que ocurra esta atrocidad.

—Así que no lo dejarás ir simplemente. Me lo temía.

—Y lo esperabas también, supongo —replicó Harper con serenidad.

—Viola, espero que estés tomando nota de tu hermana menor. Debes luchar por lo que quieres en la vida. Nadie te lo dará en bandeja de plata.

—Aún no he encontrado a nadie por quien valga la pena luchar —sonrió Viola—. Excepto por mi hermana y mi hijo, por supuesto.

Gran esbozó una sonrisa burlona.

—Intenta buscar con más ahínco. Tu familia no es barata de mantener. Si Lord Briarcliff deshereda a su hijo, no esperes que yo siga alimentando y alojando a todos ustedes.

Harper se aclaró la garganta.

—Ejem. Volviendo al problema de frustrar la boda de Edward. Tengo un plan, pero necesito ayuda. Gran, ¿puedes averiguar qué modista está confeccionando el vestido de novia de Mary Whitney?

—Sin dificultad. Todo el mundo estará hablando de ello. No hay muchas casas que puedan producir un vestido de novia lo suficientemente fino con tan poco tiempo. Eso reduce considerablemente las opciones.

—Maravilloso. La tarea más desafiante será encontrar una manera de reunirme con Edward sin que Lord Briarcliff o Richard se enteren. El gran riesgo aquí será si él idea su propio plan y tropezamos el uno con el otro. Debemos coordinarnos de antemano para que mi idea funcione. Mientras tanto, Viola, ¿te apetece dar un paseo a caballo por la mañana? Quizás a Matthew le gustaría venir también.

—Sin duda estará encantado. ¿Adónde vamos?

Harper miró nuevamente el anuncio de la boda.

—A la Catedral de Pennington.



—No puede casarse con Lady Whitney —bramó Richard—. Me casaré yo mismo con ella antes de permitir que mi hermano salvaje arruine la reputación de una dama.

—Una verdadera lástima —concordó el acompañante de Richard, levantando una copa de coñac en señal de simpatía. Era temprano para beber, pero Richard ya llevaba horas haciéndolo. De hecho, era discutible si alguna vez se había recuperado de la borrachera de la noche anterior. Cuando Harper Forsythe apareció en el baile, Richard inmediatamente pensó en usar su presencia para su beneficio. Había corrido al lado de su padre para informarle sobre la presencia de la intrusa. ¿Qué había hecho el conde en respuesta?

Su maldito padre había subido al escenario y anunciado un compromiso con una mujer que Edward nunca había conocido. Fairwyck había quedado atónito, pero se había recuperado lo suficiente como para balbucear una aceptación radiante, aunque vacilante, incluso mientras su hija se ponía aún más pálida de lo habitual. Mary se había desmayado al bajar del escenario de la orquesta.

—Es peor que una lástima. Cualquiera puede ver que la chica está aterrorizada de él. Cualquier chica sensata estaría naturalmente asustada de una criatura como Edward —escupió Richard. Su labio palpitaba. Pasó la lengua por la herida en el medio, saboreando la amargura. Infectada. Más alcohol ayudaría. Tomó otro trago y alcanzó la botella para rellenar su vaso.

—Estás bebiendo bastante, ¿no? —comentó Nicholas Fowler.

Nicholas, su ocasional compañero de copas, se había puesto grueso de la cintura debido a demasiada bebida y poco ejercicio, ¿y se atrevía a comentar sobre el consumo de Richard?

—Habré tenido suficiente cuando finalmente se me ocurra un plan para detener la boda —se burló Richard.

—¿Has considerado trabajar con ella... cómo se llama? La pequeña enfermera que puso sus ojos en tu hermano.

—Forsythe. Harper Forsythe. ¿Por qué debería ayudarla?

—Parece que tienen un interés similar en el resultado. Ella quiere casarse con Edward. Edward solo se preocupa por Briarcliff porque tú lo deseas tanto. Ofrécele a tu hermano un pago a cambio de que diga "no acepto" en el altar. Él y su enfermera pueden irse y hacer lo que quieran siempre y cuando nunca regresen a Inglaterra. Simple, en realidad.

—Ella es una intrigante, una cazafortunas codiciosa que solo se interesa por el título —la oposición visceral de Richard a trabajar con Harper Forsythe, incluso si pudiera ayudarlo, era imposible de superar. Estaba demasiado atrincherado en insultarla y socavar cada uno de sus deseos como para siquiera considerar la idea de Fowler.

—¿Quién? ¿Mary? —preguntó su amigo.

—No. La chica Forsythe.

—Pónlo a prueba, entonces. Si es cierto, revelarás la verdad sobre la señorita Forsythe a Edward. Él la abandonará ante la mera sugerencia de que ella busca su fortuna y no a él. Si se casan, tu padre tendrá motivos de sobra para confinar a Edward. Sin descendencia legítima, eventualmente tú heredarías —Nicholas bostezó. La punta de su nariz estaba roja, y sus mejillas hacían juego.

Richard guardó silencio. Las heridas en su rostro le picaban al sanar, excepto por su labio, que seguía doliendo.

—¿Cómo sugieres que proceda? —exigió.

—¿Tengo que pensar en todo por ti? Podrías ayudar a Edward a fugarse con la chica Forsythe a cambio de que renuncie a su reclamo sobre Briarcliff —Nicholas dio un sorbo a su cerveza.

Richard luchó contra la neblina de alcohol e ira que nublaba su mente. La lógica de Fowler era sólida. Era un enfoque racional del problema, y tenía buenas posibilidades de éxito. Sin embargo, en algún lugar de su interior, una versión en miniatura de sí mismo pataleaba, se lamentaba y hacía una rabieta de proporciones épicas. *Briarcliff era prácticamente mío durante quince años*.

—¿Por qué Edward no pudo simplemente quedarse en la jungla? O permanecer muerto, como se suponía que debía estar —murmuró en voz alta.

—¿Qué quieres decir con que se suponía que debía permanecer muerto? —preguntó Fowler —. Estaba perdido. Nadie dijo nunca que estuviera muerto, a pesar de todas las especulaciones.

—Yo estaba convencido de ello. Durante toda una vida.

—Pero permanecer muerto implica que se suponía que debía estar muerto en primer lugar —Fowler miró a Richard de cerca, aunque no dijo nada más.

Richard frunció el ceño. ¿Quién habría imaginado que un cabeza hueca como Fowler sería tan perspicaz, especialmente después de medio barril de cerveza y varias copas de coñac?

~

Mary estaba de pie sobre una pequeña caja de madera frente a un gran espejo con bordes dorados, ataviada con un costoso satén azul. El satén se asemejaba, en algunos lugares, a un vestido real. El corpiño, por ejemplo, le apretaba dolorosamente los senos en cuatro bultos sobresalientes. Las mangas aún no habían sido colocadas, por lo que era fácil ver cómo sus brazos se habían hinchado hasta parecer masa en crecimiento. Por el momento, sus brazos estaban desnudos y cubiertos de piel de gallina que se erizaba en protesta contra la más mínima corriente de aire.

Mantenía los brazos protectoramente junto a su cintura, que estaba tan apretada que Mary sentía que casi la cortaba por la mitad. Una de las dos costureras miraba con desaprobación la cintura cada vez más gruesa de Mary.

—¿Cree que le quedará bien en una semana? —le preguntó a su colega en un fuerte susurro, como si Mary fuera sorda—. ¿No deberíamos pedirle a Madame que lo afloje ahora, antes de colocar los ojales? Es difícil aflojar el satén una vez cosido.

El corpiño se mantenía en su lugar con alfileres rectos que desalentaban cualquier hundimiento de la columna.

—Tendrá que ajustar más el corsé —murmuró la otra chica, cruelmente, con la boca llena de alfileres. Mary sintió náuseas ante la idea. Sus dedos rozaron protectoramente su vientre creciente. Ya casi no había forma de ocultarlo.

En unos meses, daría a luz a un hijo. El hijo de Rupert.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, seguida de otra, y otra más. En el espejo, una imagen borrosa de una chica de cabello oscuro le devolvía la mirada, con los labios rojos y carnosos temblando en un rostro pálido. *Su* rostro. Rupert era un nombre fuerte. Un nombre artístico, pero valiente. Un nombre para un guerrero. ¿Por qué, entonces, no venía por ella? ¿Por qué no le

había propuesto matrimonio cuando se enteró de su hijo?

Un alfiler le pinchó la espalda.

—Manténgase derecha, por favor, o el dobladillo no caerá bien —gruñó la costurera.

Mary se secó la humedad de las mejillas y se enderezó con determinación. En seis días se casaría con la Bestia de Briarcliff, quien probablemente la cocinaría y se la comería. Aunque algunos consideraban esto un castigo justo por su indiscreción —notablemente su padre, antes cariñoso y ahora reprobador—, Mary no tenía intención de sacrificar a su amado futuro hijo a los apetitos de un salvaje. Huiría antes de acostarse con una bestia repugnante como Edward Northcote. Aunque fuera heredero al trono de Inglaterra, España y Francia juntos, nada la induciría a ser su esposa en ningún sentido verdadero.

Nada.

La campana sobre la puerta de la tienda tintineó, interrumpiendo los pensamientos miserables de Mary. Fuera del probador con cortinas transparentes, Mary escuchó las faldas de Madame Finch deslizarse con determinación hacia la puerta.

—Lo siento, estamos cerrados por una cita privada. Puedo atenderla en media hora.

—Oh, está bien. Mi nieta y yo descansaremos aquí en este hermoso sofá. ¿Podría traernos té mientras revisamos estas muestras de tela? —Mary escuchó la dulzura en el tono de la dama y se sorprendió al oír la respuesta de la modista.

—Como dije, hay una consulta privada en curso. Mi discreción es tan apreciada como mis diseños. Estoy segura de que lo entiende. —La respuesta de Madame fue firme, su tono gélido.

—Precisamente —dijo la anciana agradablemente—. Puedo encontrar otra modista para crear el ajuar y el vestido de novia de mi nieta, pero prefiero enormemente su... discreción. Por eso nos sentaremos aquí y su chica nos traerá té mientras esperamos. Mis viejos huesos apenas sobrevivieron la subida por esas escaleras una vez; seguramente no puedo subirlas dos veces en un día. Por lo tanto, sería un viaje unidireccional.

Pasó un largo momento. Mary imaginó a dos mujeres formidables mirándose fijamente y sonrió fugazmente ante la idea.

La visitante ganó. Un momento después, la cortina de gasa se movió y apareció la cabeza de Madame con mechones grises.

—Disculpe la intrusión, milady, ¿le molestaría que una anciana revisara el libro de muestras de tela con su nieta por unos momentos mientras terminamos de sujetar el dobladillo?

Mary no vio ningún problema en ello. También vislumbró una oportunidad para negociar. Como habitante de la alta sociedad londinense, Mary estaba bien entrenada en el arte de maniobrar para obtener lo que quería, y lo que quería, en ese momento, era liberarse de la prisión de tela que era su vestido de novia.

—No tengo objeción, con la condición de que afloje la cintura de este vestido una pulgada más. Estoy a punto de asfixiarme.

Madame la rodeó, mirando la cintura de Mary con una expresión de frío desdén hacia la presencia de un bebé antes de la boda. Sin embargo, Madame Finch era una mujer de mundo. Difícilmente era la primera vez que se enfrentaba a tal situación. Hizo un gesto con la mano a las costureras.

—Aquí, a lo largo de esta costura, no se notará. Haremos el cambio y no informaremos a su señoría.

Refiriéndose a la madre de Mary.

Dos cabezas blancas con gorros se inclinaron al unísono. Una desapareció, presumiblemente para preparar té para la anciana y su nieta, y la otra volvió a sujetar el dobladillo de Mary. Mary

volvió a cavilar sobre el aparente abandono de Rupert hacia ella y el bebé.

Su bebé. Las lágrimas volvieron a brotar, rodando por sus mejillas en gruesas gotas saladas. Afuera, una bandeja de té tintineó suavemente. Voces bajas murmuraban. Mary suspiró. La costurera inclinada a sus pies se levantó e hizo una reverencia.

—Milady, necesito más alfileres. No tardaré un momento.

Segundos después, un suave golpe sobresaltó a Mary.

—Perdone la intrusión —la voz de una joven flotó a través de la cortina—. Parecía usted infeliz. ¿Está bien?

Eran las primeras palabras amables que Mary recordaba haber escuchado desde que le había contado a su madre sobre el bebé. Un torniquete caliente y apretado le oprimió el pecho. Mary cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas, pero con un jadeo, se liberaron en un torrente de sollozos.

La cortina se movió y una joven de cabello rubio oscuro y cálidos ojos verde avellana se asomó al probador. Mary balbuceó.

—No creo que nos ha-ha-hayan presentado —sollozó.

—Oh, no nos preocupemos por las formalidades en un momento así. —La desconocida sonrió amablemente—. Quizás pueda ayudar. Verá, creo que está usted comprometida por error con mi prometido. Lord Edward Northcote. —Ofreció un pañuelo. Mary lo aceptó como si hubiera una serpiente oculta en los pliegues flácidos.

—¿Quién es usted? —exigió, repentinamente suspicaz.

—Mi nombre es Harper Forsythe. Mi abuela y yo tomaremos el té en el Hotel Brown's en Albemarle Street justo después de esta visita. Si se une a nosotras, creo que podremos encontrar una manera de hacerla más feliz. Mucho, *mucho* más feliz.

La audaz señorita Forsythe le guiñó un ojo.

—¡Le pedí que no molestara a mi clienta! —El tono cortante de Madame Finch hizo que Mary se estremeciera. La señorita Forsythe simplemente sonrió y cerró la cortina. Antes de que pudiera decir algo, Mary alzó la voz.

—Madame Finch, tranquilícese. Amablemente me prestó un pañuelo, nada más.

La modista entró en el probador y le lanzó una mirada severa. Mary se secó los ojos enrojecidos y sintió algo que crujía dentro del pañuelo.

Papel. Una nota.

Después de que la costurera terminara de atarle el corsé del vestido de día y cuidadosamente recolocara los relucientes rizos negros de Mary y el encantador sombrero de poke sobre su cabeza, Mary deslizó la nota dentro de su pequeño ridículo, envuelta en el pañuelo. La campanilla sobre la puerta tintineó.

—Por aquí, Madame. —Las cortinas se abrieron, y Mary se irguió sobre su pedestal como una actriz en un escenario, con todos los nervios en tensión.

—Hola, mamá —Mary forzó una sonrisa. Su madre le devolvió la sonrisa, con más calidez de lo habitual. Mary bajó y aceptó su chal.

—¿Tuviste éxito en la floristería? —preguntó Mary, evaluando cuidadosamente el humor de su madre.

—Oh, sí. Fue toda una experiencia. Desearía que hubieras podido acompañarme, pero hay tanto que hacer antes del sábado. El señor Hicks no paraba de hablar sobre su estufa de agua caliente y los nuevos métodos de diseño de invernaderos. Apenas entendí la mitad, el lugar estaba increíblemente cálido. Me vestiré para el verano en lugar del otoño en mi próxima visita. —Su madre se estremeció, su cabello negro veteado de gris rebotando juvenilmente. La madre

de Mary tenía una figura idealmente regordeta con una cintura esbelta, que Mary había heredado. Lady Whitney había dado a luz a seis hijos, cinco de los cuales vivían, y siempre llevaba vestidos artísticamente confeccionados para minimizar la cintura que había crecido con la llegada de cada bebé. Madame Finch era esencial para mantener la ficción de su figura juvenil.

Mary asintió. —Qué encantador.

Haciendo una pausa, abrió el broche de su ridículo y sacó el pañuelo. Delicadamente, se presionó la tela contra la frente antes de comentar—: Después de estar tanto tiempo de pie en ese pedestal, me encuentro sedienta. ¿Qué te parece si nos detenemos en el Hotel Brown para tomar una taza de té?

Lady Whitney miró a Mary con sospecha, desapareciendo todo rastro de buen humor. —Supongo que has planeado un encuentro con ese sinvergüenza.

Mary le lanzó una mirada a su madre. —¿Intentaría algo tan idiotamente transparente? Tengo sed. Tengo hambre. Estuve de pie en un pedestal durante una hora siendo pinchada con alfileres y me gustaría usar el tocador. La cena no es hasta las ocho. Ten piedad, madre.

—Tenemos una cita con el perfumista. No hay tiempo. Seguramente puedes esperar.

Mary sintió náuseas ante la idea del perfume. Percibió las palabras de su madre como una brisa helada. Mirando por la ventana, se preguntó de nuevo: *¿por qué no había venido Rupert?*

Tal vez él no la quería. Tal vez nadie lo haría nunca. Quizás un conde —incluso uno bestial que probablemente se la comería— era mejor partido del que merecía una chica que tontamente había perdido su virtud. Pero el hijo de Mary no merecía ser devorado por la Bestia de Briarcliff. De una forma u otra, debía contactar con la señorita Forsythe. Su vida dependía de ello.

Veintidós

HARPER SENTÍA COMO si un enjambre entero de abejas zumbara bajo su piel. Apenas notó la ansiedad de su abuela hasta que la baronesa finalmente preguntó, después de varios minutos de silencio:

—¿Crees que vendrá?

—No podría adivinarlo —respondió Harper, mirando fijamente a través del elegante salón de té hacia la entrada principal—. Estaba segura de que lo haría después de que salimos de la modista, pero ya ha pasado más de una hora.

—Supongo que otra tetera —suspiró la baronesa, haciendo una señal al camarero. Ya habían vaciado dos teteras y consumido un plato de sándwiches pequeños. No podían quedarse para siempre, y ya estaba pasando la hora del té.

—Me pregunto cómo le estará yendo a Viola —reflexionó la abuela. La poco envidiable tarea de Viola esa tarde había sido localizar y hablar con el desaparecido Rupert Alwin. Todo el plan de Harper dependía de su cooperación. Sin la alternativa de un matrimonio feliz con el hombre que prefería, Mary tenía pocas razones para rechazar a Edward. Esto dejaba la alternativa mucho menos atractiva de que Edward rechazara a Mary en el altar. Su reputación ya era bastante mala sin el escándalo que eso causaría.

Un revoloteo de seda verde estampada y un discreto sombrero se precipitó en la sala justo cuando llegaba la tercera tetera. Harper agarró el brazo de su abuela.

—¡Ahí está! —siseó, luchando contra el impulso de saltar de su asiento y abrazar a la pobre chica.

Mary las vio y se abrió paso hasta su mesa. La abuela la recibió y le ofreció té, que ella aceptó. Mary también alcanzó el último sándwich pequeño.

—Últimamente siempre tengo hambre —dijo a modo de disculpa.

La abuela pidió otro plato sin hacer comentarios.

—¿Dónde está él? —preguntó Mary con aparente confusión—. Rupert. Pensé que estaría aquí.

—La próxima vez —respondió Harper tranquilizadoramente—. Hay demasiado riesgo de ser descubiertos en un lugar público como este. No podía estar segura de tu recepción a mi propuesta.

—Sugeriste un intercambio —dijo Mary secamente—. Tú te casas con Lord Edward, yo me caso con Rupert.

—Sí, exactamente eso.

Mary ajustó una cinta en su manga.

—¿Y cómo sucedería esto, exactamente? Si yo aceptara. No estoy diciendo que lo haré.

—Necesitaría saber cada detalle de tu boda antes de que podamos hacer un plan específico. Antes de hacer eso, ¿cuáles son tus sentimientos sobre casarte con Rupert?

Algo en el comportamiento de Mary le pareció extraño a Harper. No iba a compartir sus ideas sin saber más.

Las mejillas de Mary se encendieron mientras se inclinaba hacia adelante y siseaba:

—Le deseo a Rupert toda la felicidad en su poesía y su vida, pero después de lo que me ha hecho, espero que sus partes masculinas se pudran y se caigan. Cualquier hombre que abandone a la madre de su hijo nonato merece ese destino.

Los rizos de Mary temblaron con énfasis. Las cejas de Harper se elevaron mientras su corazón se hundía.

—Oh —exhaló.

—¿Qué te hace estar tan segura de que tu Rupert te ha abandonado? —exigió la abuela con fuerza—. ¿Cómo puede saber él que *tú* no lo has abandonado a *él*? Eres tú quien está a punto de casarse con otro hombre.

Harper, sorprendida hasta el silencio, miró fijamente a su abuela.

La abuela miró significativamente el vientre de Mary. La joven se removió incómoda en su asiento. Su barbilla permaneció obstinadamente alta.

—Él podría haber intentado contactarme.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hablaste con él?

Mary se sonrojó, un tono más rosado de vergüenza en lugar del rubor caliente de la ira.

—Hace tres semanas. Bailamos en la fiesta de los Abernathy, y luego perdí la compostura en un geranio en maceta. Rupert me había acompañado al balcón para tomar aire, y mis padres nos siguieron. Nos oyeron discutir la situación.

—Tus padres te llevaron directamente a casa y te encerraron en tu habitación, supongo —dijo la baronesa con un resoplido—. Eso es lo que yo habría hecho, si alguna de mis hijas hubiera sido lo suficientemente tonta como para comprometerse tan a fondo.

—La abuela desheredó a mi madre cuando se fugó con mi padre —ofreció Harper para la edificación de Mary.

La baronesa dirigió su mirada de acero a Harper.

—Al menos ella estaba bien casada antes de que apareciera tu hermana.

—Aun así, eso no fue suficiente para ganar el perdón —replicó Harper suavemente, sin ceder ni un ápice—. El punto es, Mary, que Rupert podría estar preocupado por ti, por lo que sabemos. Puede que haya intentado y fracasado en comunicarse contigo. Los padres, especialmente, a veces tienen dificultades para perdonar las transgresiones de sus hijos. ¿Cómo habrían recibido sus padres la noticia?

La expresión de Mary oscilaba entre la esperanza y la resignación.

—Habrían estado furiosos. La finca de mis padres colinda con la del segundo primo de Rupert. Cada verano organizan una gran fiesta, y como sabes, en el campo las reglas son más relajadas que aquí en Londres. No fue difícil encontrar tiempo para estar juntos, a solas. Estoy segura de que la familia de Rupert consideró la noticia una traición devastadora al honor de la familia.

—Como efectivamente lo fue —intervino la baronesa severamente. Harper le lanzó una mirada molesta a su abuela—. No me mires así. No puedo fingir que apruebo tal comportamiento. Tanto Mary como Rupert fueron criados mejor que para comportarse como

animales de granja en celo a la primera oportunidad.

—Bien. No lo apruebes, pero deja de acosar a Mary. Ya está sufriendo bastante.

Harper palmeó la mano enguantada de Mary. La joven sonrió y bajó los ojos. Probablemente eran las primeras palabras de simpatía que había escuchado en semanas.

—Entonces —continuó Harper enérgicamente—. Lo primero que hay que determinar es si Rupert desea o no un matrimonio con Mary. Una vez que sepamos eso, podemos empezar a planear cómo hacerlo realidad. ¿Cómo podemos comunicarnos eficientemente contigo en los próximos días?

—¿Y si decido que estoy mejor casándome con la bestia? —preguntó Mary obstinadamente.

Harper hizo una mueca.

—Por favor, no lo llames así. Edward no es para nada bestial.

—Lo siento. —Mary no parecía en absoluto arrepentida—. Sin embargo, mi pregunta sigue en pie. Edward es heredero de un condado, por peculiar que sea. Tiene dinero y estatus social. Si me fugo con Rupert, su familia puede desheredarlo y mi padre puede no darnos la dote que ha prometido. Rupert no puede mantener una familia escribiendo poesía.

La abuela hizo una mueca.

—*Ahora* se vuelve práctica.

—Esperaba no tener que plantear esta posibilidad, pero debes considerar si Edward desea casarse contigo —respondió Harper—. Si te rechaza en el altar, tendrás pocas posibilidades de volver a casarte bien alguna vez.

Mary resopló indignada. —Ninguna otra mujer de la sociedad estaría tan desesperada por casarse con la bestia... eh, con un conde indómito.

—A mí me entusiasma bastante la idea —le recordó Harper.

Mary sacudió la cabeza, pasando de práctica a petulante en un instante. —Sabes que no me refiero a ti. Hablo de una mujer con la posición social y los modales para allanar su camino en la sociedad. Alguien como yo.

—Oh, sí, esos modales sociales están en gran exhibición en este momento —dijo la baronesa con una dulzura punzante. O bien el dardo pasó completamente por encima de la bonita cabeza de Mary, o poseía un talento para dejar que los insultos rebotaran en ella.

—Necesitas la cooperación de Edward en el altar más de lo que él necesita la tuya —señaló Harper—. Recházalo si quieres, pero Edward seguirá teniendo el dinero y el poder, y otra oportunidad de matrimonio. Si él te rechaza, te convertirás en una madre soltera sin perspectivas. Lamento exponer las cosas tan crudamente, pero esa es la verdad del asunto. Tienes muy poco margen de negociación. La única pregunta real es con qué hombre preferirías pasar tu vida.

Mary guardó silencio mientras mordía delicadamente el nuevo plato de sándwiches. La idea de que la Bestia de Briarcliff pudiera no saltar ante la oportunidad de convertirse en su esposo evidentemente nunca se le había ocurrido a la chica.

—Dijiste que tus padres se fugaron y que tu madre fue desheredada. ¿Era rico tu padre?

—No. Éramos bastante pobres cuando yo era niña.

—¿Era feliz tu madre? —preguntó Mary—. ¿Cree que hizo lo correcto?

Harper reflexionó, consciente de cuánto dependía de su respuesta.

—Ya falleció, pero la respuesta es sí. Mi madre amaba profundamente a su familia y nos adoraba a mi hermana y a mí. Quería tener más hijos, pero su salud deteriorada se lo impidió. Mi padre también nos adoraba, pero amaba a mi madre por encima de todo. Trabajó muy duro para darnos una vida cómoda, aunque sabía que nunca podría proporcionarnos los lujos con los que mi madre había crecido. —Echó una mirada de reojo a su abuela, que escuchaba atentamente.

—A veces teníamos una criada —continuó Harper—. La mayoría de las veces no. Mi padre compraba vestidos de segunda mano y mi madre los remodelaba para que parecieran a la moda. Nunca pasamos hambre. Bailábamos, cantábamos y reíamos todos los días. Fue un matrimonio feliz y una infancia feliz.

Habían sido tan felices, reflexionó Harper, que a su padre le había resultado imposible continuar sin su esposa cuando ella murió de tuberculosis. Se había ahorcado sobre la puerta de su cabaña, dejando a sus hijas para que se las arreglaran solas. Harper casi lo perdonaba ahora que entendía lo que era amar a alguien con cada fibra de su ser.

Mary consideró esto y asintió. —Necesitamos una cabaña y dos sirvientes. No me casaré con Rupert sin al menos eso. Y debe cortejarme. Me niego a que me den por sentada otra vez. De aquí al sábado, debe demostrar que me ama. Y no solo a través de poemas. Caí en eso durante el verano, y luego nos abandonó a mí y al bebé cuando más lo necesitábamos. Esta vez, necesito seguridad.

—Si podemos encontrar a Rupert, y si está dispuesto, y si te corteja y puede conseguir una cabaña y unos ingresos suficientes para mantener un hogar modesto... ¿entonces considerarías casarte con Rupert en lugar de con Edward? —preguntó Harper con cautela.

El pequeño mentón de Mary tomó un ángulo decidido, y respondió: —Sí, preferiría casarme con Rupert si pudiera tener esas cosas. Si puedes hacer todo eso en cinco cortos días, señorita Forsythe, eres realmente una hacedora de milagros. —Se levantó y se acomodó el sombrero en la cabeza—. Si me disculpan, mi madre estará terminando en la perfumería pronto. Pedí permiso porque los olores me producen náuseas, en mi delicada condición. Debo irme.

—Espera, ¿cómo nos comunicaremos? —preguntó Harper, levantándose de su silla.

—Hay una estatua de león cerca de la puerta principal de nuestra casa de la ciudad. Su boca se abre para revelar un nicho en el interior. Solíamos pasar notas de esa manera cuando éramos niños. Puedes alcanzarla desde el exterior de la verja. —Luego se fue.

—Lady Mary ni siquiera dejó dinero para sus sándwiches. Cuidado con esa. Puede que no sea la vela más brillante del candelabro, pero es astuta para conseguir lo que quiere —observó la abuela con amargura, buscando en su bolso dinero para pagar la cuenta.

Con desánimo, Harper ayudó a su abuela a subir al coche de alquiler que las esperaba.

—¿Por qué todos la descartan como bonita y hueca? Pensé que saltaría ante la oportunidad de casarse con Rupert. Parece que esto no será tan fácil como esperaba.

La abuela se rio. —¿Qué te hizo pensar que esto sería fácil?

—¡Parece tan obvio, tan correcto! Rupert es el padre de su hijo. Le gustó lo suficiente como para concebir al bebé, ¿cómo podría no estar desesperada por casarse con él?

—A mí me parece bastante desesperada. Lady Mary se siente despreciada y agraviada. Quiere que Rupert sienta el peso de eso antes de perdonarlo. A las chicas como Mary no les gusta renunciar a los vestidos elegantes y a bailar hasta el amanecer. Nació y se crio para disfrutar de una vida de ocio y lujo. El hecho de que a ti no te guste bailar y no te importen los vestidos no significa que Mary vaya a sacrificar fácilmente su cómodo estilo de vida. Está buscando conseguir todo lo que quiere. Harías bien en tomar algunas lecciones de la chica —observó la abuela con aspereza mientras salían.

Veintitrés

VIOLA NO ESTABA DISFRUTANDO ni un ápice de su tarea. Tenía los pies húmedos por los desechos de la calle y le dolían por el esfuerzo. La infructuosidad de su búsqueda también la irritaba sobremanera. Su hijo Matthew, por otro lado, se lo estaba pasando en grande. Sus brillantes ojos marrones se asomaban por encima de su bufanda, sobre su pequeña nariz.

—¡Mira eso, mamá! —exclamó—. ¡El carro de los excrementos se ha volcado!

—Oh, Mattie, por el amor de Dios. —Viola se pellizcó la nariz. El destartalado coche de alquiler que habían contratado traqueteaba, sacudido por cada adoquín que golpeaban sus ruedas. Por fin, el vehículo se detuvo con un estremecimiento frente a su destino. Matthew saltó como un spaniel al que dejan salir a pasear por el campo.

Había pocos lugares a los que una mujer pudiera ir —casada o no— en busca de un hombre que no fuera su pariente. Que Viola estuviera buscando a Rupert Alwin era sumamente impropio. Se requería un acompañante masculino. Ante la escasez de acompañantes masculinos, Viola se había visto obligada a recurrir a su hijo y a un lacayo. Matthew, aunque solo tenía ocho años, podía ir a lugares y preguntar cosas que Viola, si quería preservar su reputación de viuda respetable, no podía.

O al menos, reflexionó, no podía permitirse que la pillaran haciéndolo.

El edificio al que se acercaban era imponente y poco elegante, en una parte de la ciudad a la que Viola nunca se habría aventurado por voluntad propia en circunstancias normales. El Picaporte Pulido era el tipo de club que atendía a hombres de importancia secundaria y terciaria para la alta sociedad —herederos de repuesto sin esperanzas de herencia—, así como a comerciantes adinerados de clase alta, abogados y algún que otro industrial demasiado recién exitoso para mezclarse en uno de los establecimientos más exclusivos. Antes de esta mañana, Viola no sabía casi nada sobre el mundo de los clubes de caballeros y se había contentado con su ignorancia.

La aparición de la figura espigada de Lord Dalton en la calle entre ellos y la entrada principal del club fue incluso menos bienvenida de lo que podría haber sido. Ignorando un extraño aleteo en su estómago, Viola desvió la mirada y fingió no verlo mientras pasaban apresuradamente.

—Señora Cartwright —la llamó con una sonrisa—, ¿qué la trae por esta parte de Londres?

Viola no le devolvió la sonrisa. Hizo una breve reverencia antes de responder:

—Lord Dalton. Podría preguntarle lo mismo. Sin embargo, encuentro que la respuesta no me concierne, así que le deseo buenos días.

Agarrando con más fuerza la mano de Matthew, intentó rodear al hombre. Fríamente, él

bloqueó su camino. Los ojos de Viola quedaron a la altura de la corbata de Lord Dalton.

—Por favor, apártese —entonó.

Lord Dalton parecía perplejo.

—¿Qué la hace ser tan grosera con alguien que solo ha intentado ayudarla?

Ahora Viola miró hacia arriba, a su rostro aristocráticamente cincelado. Era tan joven y tan apuesto. Realmente no era amable de su parte jugar con ella de esa manera.

—¿Qué lo hace estar tan interesado en una mujer tan por debajo de su estatus? —replicó ella.

—Nada inapropiado —declaró él, con ojos penetrantes. Viola sintió una pequeña punzada de decepción. Por supuesto, había malinterpretado su interés en una mujer mayor, previamente casada y cargada con un hijo. Qué vanidoso pensar que podría estar cortejándola, aunque fuera ociosamente. Entonces, Lord Dalton se inclinó más cerca.

—A menos que usted desee lo contrario, por supuesto —dijo en voz baja en su oído. Un escalofrío recorrió la espalda de Viola. Ella le dio una sonrisa evidentemente falsa.

—Si mis deseos cambian, será el primero en saberlo —dijo en el tono de una institutriz indulgente—. Ahora, si me disculpa, mi hijo y yo tenemos asuntos que atender.

—Afortunadamente, mis asuntos han concluido y estoy libre para acompañarla en los suyos.

Interiormente, Viola gimió. Exteriormente, se encogió de hombros.

—Su amable oferta es innecesaria. Gracias de todos modos.

El exasperante Lord Dalton le ofreció su brazo. Matthew intervino.

—Mejor no provoque a mi madre, señor.

—No estoy intentando hacer tal cosa, buen señor. —Dalton miró el Picaporte Pulido, luego dirigió su mirada penetrante a Viola—. Ya que ella está tan silenciosa como una cripta sobre el asunto, ¿me iluminarás sobre su encargo aquí?

Viola balbuceó en protesta, pero antes de que pudiera detenerlo, Matthew dijo:

—Estamos en una aventura para encontrar a un tal señor Alwin.

—Nunca puedo resistirme a una aventura.

El niño y el hombre miraron a Viola expectantes. Debería marcharse.

—No —dijo—. Matthew, vámonos.

Marcharon los pocos pies restantes hasta la puerta del club. Viola, que nunca se sonrojaba, sintió un calor inundando sus mejillas al imaginar el asombro de Lord Dalton. Con Matthew a su lado, Viola se acercó a la puerta, que tenía un brillante picaporte de latón tal como prometía el nombre del establecimiento. Vaciló, con su mano enguantada levantada a pocas pulgadas del llamador mucho menos brillante.

—Dudo que alguien responda a menos que realmente emplee el instrumento que está contemplando —llamó Lord Dalton, divertido. Ella levantó el pesado anillo de hierro y lo golpeó con fuerza contra la placa, dos veces. No pasó nada. Matthew se inquietó a su lado. Viola llamó de nuevo. Más silencio.

—Intente llamar más fuerte —aconsejó Dalton desde la calle—. O yo podría intentarlo.

Viola se negó a reconocerlo. Levantó el llamador y lo dejó caer de nuevo. Aún así, no pasó nada. No se giró cuando los pasos de Dalton se acercaron por detrás. Se detuvo a escasos centímetros detrás de ella, y el aliento de Viola se entrecortó por su cercanía. Lord Dalton se estiró alrededor de ella, su brazo rozando el de ella mientras alcanzaba el picaporte. La puerta se abrió con un suave clic.

—Nadie responde a esta puerta. Demasiadas esposas enfadadas. O entras o no —dijo con suficiencia, su aliento un cálido soplo contra el oído de Viola—. Hay un guardia justo detrás de la puerta. —Dalton hizo un gesto hacia la penumbra más allá del marco de la puerta.

Decidida a mantener su dignidad, Viola le dio un pequeño empujón a Matthew.

—Adelante. Yo daré un paso adentro y tú puedes hacer tus averiguaciones.

—¿Lo va a enviar solo?

Viola se encogió de hombros con una despreocupación que no sentía. Este era el último lugar del mundo al que quería enviar a su hijo, pero era solo una pregunta.

—Nadie quiere hablar conmigo. Como dices, hay demasiadas esposas enojadas. Cualquier mujer que venga aquí es sospechosa.

—Déjame ir con él. ¿Qué quieres de Rupert Alwin?

—Una conversación. Cinco minutos de su tiempo, nada más —mantuvo la mirada fija en Matthew, quien se acercaba a la sombra malhumorada de un hombre dentro del edificio.

—No está aquí. Puedo decirte dónde está, pero tienes que ser amable conmigo.

—Define "amable".

Lord Dalton se rio entre dientes. Matthew se encogió de hombros y comenzó a regresar hacia ellos.

—¿Siempre está tan a la defensiva, señora Cartwright? Por amable, me refiero a que debe dejar de sisearme como un gato enojado. Solo quiero ayudarla a usted y a su hermana.

—Está bien —espetó Viola.

El rostro de su hijo se iluminó. Aunque la molestaba y la acosaba de la mañana a la noche, Viola sabía que la amaba ferozmente. También entendía lo solo que se había sentido viviendo en el campo y lo emocionante que era una aventura en Londres para él. Viola aplastó despiadadamente la culpa. Debería estar llevando a su hijo a museos y espectáculos, no a recados sórdidos por la ciudad. Se prometió a sí misma que lo haría tan pronto como sus futuros estuvieran resueltos. En una semana, si todo iba bien, podrían permitirse relajarse.

Si encontraban a Rupert Alwin.

Si Harper pudiera convencer a Mary Whitney de desafiar a sus padres y aceptar el cortejo de Rupert.

Si Edward no fuera desheredado por su padre.

Si, si, si... Sus vidas eran tan precarias.

—No has dicho por qué estás buscando a Alwin —insistió Dalton.

—Sabes perfectamente por qué —dijo Viola con rigidez—. No tengo que contarte los detalles. Todo lo que necesitas saber es que necesito encontrarlo y rápido.

—Podemos esperar aquí en el escalón del Polished Knob hasta que alguien venga y nos vea, o puedes contarme la razón mientras caminamos hacia un lugar más agradable.

—Ya conoces los planes de Harper —resopló Viola, bajando las escaleras en un remolino de faldas con volantes—. Seguramente no necesitas que te dé los detalles.

—Es cierto, no los necesito, pero me gustaría escucharlos de todos modos.

Matthew los seguía, claramente confundido por la dinámica entre su madre y el joven lord. Viola se detuvo abruptamente, metiendo el brazo de su hijo en el suyo.

—Usted guía. Yo hablaré. No me tomará más de un momento darle la esencia a un hombre inteligente como usted.

Dalton asintió, y Viola describió sucintamente la evolución de los planes de Harper para interrumpir la boda para la mayor felicidad de todos los involucrados.

—Por eso traje a Matthew. Y a un lacayo —añadió Viola virtuosamente.

—Sí, por supuesto. Enviar a un niño de ocho años a un club es algo perfectamente racional para una madre.

Viola lo fulminó con la mirada. —No tiene derecho a juzgar, mi lord. Por un lado, usted no

es padre. Por otro... —Se detuvo a mitad de la frase.

—De hecho, soy padre —el tono de Lord Dalton era suave, pero su expresión era tormentosa —. También soy hermano. Mi hermana es mi única familia viva. Tiene dieciséis años y está delicada de salud. Ciertamente me negaría a enviar a mi hijo a un lugar como ese.

—Usted no es una mujer —replicó Viola con rigidez—. Va donde le place. Yo debo tener una escolta masculina. Usted, señor, no cuenta.

—Soy la escolta masculina perfecta para su misión. Debería haber pensado en pedírmelo primero.

Viola, mortificada por haber sido reprendida por su crianza, resintió la intrusión de Dalton. Sin embargo, el sentimiento luchaba incómodamente con la repentina quemazón de curiosidad. ¿Quién era este joven que parecía tan diferente de los otros petimetres londinenses que había conocido? La responsabilidad por su hermana —y, si lo había entendido bien, un hijo— debía haberlo hecho más maduro que los caballeros habituales. Un sentimiento que se agudizó cuando se volvió hacia su hijo y le preguntó: —¿Qué materias te gusta estudiar?

—Historia —declaró Matthew—. Me gusta leer sobre guerras y luego representar las batallas.

—Sí. Bueno. Te recomiendo una visita al Museo Británico para ver los Mármoles de Elgin. Un chico con tus entusiasmos ciertamente disfrutaría de las batallas representadas, y mejoraría tremendamente tu educación.

—¿Tiene una hija o un hijo? —soltó Viola, incapaz de contenerse.

—Una niña. Su nombre es Emily. Cumple cuatro años el mes que viene —respondió Dalton con rigidez. El cambio de Lord Dalton entre animar a Matthew en un momento y burlarse de ella al siguiente dejó a Viola desequilibrada. Se mordió el labio para evitar preguntar qué había pasado con la madre de su hija.

—Qué encantador para usted —el espectro de su propia hija muerta surgió en la mente de Viola. Despiadadamente, empujó al fantasma de vuelta a la cámara cerrada de su corazón.

—Sí, Emily es encantadora, enérgica y muy querida. Tal vez algún día la conozca, a menos que elijamos quedarnos aquí y morir congelados en una concurrida acera de Londres. Venga.

—¿Adónde vamos? —preguntó mansamente, tomando la mano de su hijo. Por esta vez, a Viola no le importaba dejar que un hombre tomara el mando, aunque Dalton no debía acostumbrarse.

Media hora más tarde, cuando el atardecer comenzaba a sumir las calles de Londres en una profunda sombra, el grupo desembarcó frente a un hermoso edificio de piedra caliza que mostraba su edad. Las ventanas estaban manchadas de humo, y el amargo aroma del café tostado flotaba sobre el lugar. Lord Dalton desapareció brevemente en el establecimiento, saliendo unos momentos después con un hombre robusto con una chaqueta de seda que no era adecuada para el clima repentinamente fresco. Lord Dalton lo presentó como el propietario del café.

—¿Han venido a buscar a Alwin? —preguntó el hombre, mirándola fijamente—. No puede ser su madre, por lo que veo.

—No lo soy. Soy alguien completamente diferente.

—¿No será la futura esposa, verdad?

Viola se rio. —Ni remotamente.

—Alwin ha escrito interminables odas a los hermosos ojos y el cabello oscuro y brillante de su prometida, así que le ruego me perdone el error, señora.

—¿Entiendo correctamente que quiere decir que el señor Alwin sigue enamorado de su dama? —preguntó Viola.

—Lo está si lo pillas en el momento adecuado. No sé si quiere casarse con ella o estrangularla de un minuto a otro. Lo único que sé es que lleva tres días viniendo aquí, ha acumulado una cuenta que sé que nunca pagará y discute con cualquier cliente que encuentra. Si puedes hacerle entrar en razón y lograr que se vaya a casa, no tengo objeción a que entres por unos minutos.

—Ciertamente lo intentaré —respondió Viola, sin sentirse nada confiada en sus poderes de persuasión.

A pesar de los considerables comentarios que atrajo su presencia, Viola no pudo evitar mirar a su alrededor con curiosidad por un lugar típicamente restringido a los hombres. Aunque todo tenía la apariencia de haber sido empapado en té y dejado secar, no cabía duda de que las cortinas de seda a rayas y las sillas de terciopelo alguna vez habían sido opulentas.

Hombres con trajes sobrios de color gris, marrón y negro sostenían pequeñas tazas de un líquido oscuro que debía ser café, aunque no estaba claro si estaban bebiendo esa amarga bebida. La mayoría de los hombres estaban enfrascados en animadas conversaciones con quienquiera que estuviera sentado cerca. Cincuenta años antes, este lugar podría haber sido un hervidero de debate intelectual. La Bolsa de Londres tenía sus raíces en una casa de café en Exchange Alley, pero el Red Brick era claramente una reliquia de su época. El té era ahora la bebida favorita.

El propietario les señaló a un hombre desplomado en la esquina, conspicuamente solo. Era más apuesto de lo que Viola había esperado. Su piel pálida y ojos oscuros se realzaban melancólicamente por un rizo ondulante de cabello oscuro que caía sobre su frente. Aunque a los ojos de Viola tenía el aire de un joven permanentemente malhumorado, no era difícil ver el atractivo de la nariz aguileña y la mandíbula afilada de Alwin.

—Hola, señor Alwin —dijo en voz baja, ignorando el murmullo de curiosidad que causaba su presencia en la cafetería llena de humo. Dalton no la tocó, pero su presencia era un apoyo sólido como una roca que Viola sentía a su lado—. He venido a hablar con usted sobre Lady Mary Whitney.

—¿Qué pasa con Mary? —se burló Rupert—. Me rompió el corazón y lo dejó hecho jirones en las calles para que cualquier caballo de carro se cagara encima. Oh, eso no está mal —comentó, buscando un trozo de papel que no estuviera ya cubierto de garabatos.

—No es necesario que maldiga delante de una dama —reprendió Viola al hombre suavemente. Tanto ella como Matthew habían oído cosas peores. Por eso se había hecho que Matthew se quedara dentro del carruaje, bajo la atenta mirada del lacayo.

—Esto sería más fácil en un lugar más tranquilo —se quejó Viola a Dalton—. ¿No puede llevarlo de vuelta a su casa de la ciudad?

—Podría —respondió Lord Dalton—. Pero no estoy seguro de quererlo allí. ¿Y si se bebe todo mi brandy y llena mi biblioteca de rimas ridículas?

Viola le lanzó a Dalton una mirada exasperada.

—Si puedes convencer a Rupert de que se vaya, puede quedarse conmigo hasta que se le pase la borrachera —cedió Dalton—. Después de todo, tengo mucho espacio.

Después de una considerable discusión, interrumpida por frecuentes paradas para anotar cualquier pensamiento que pasara por genialidad en ese momento, Lord Dalton pagó la cuenta de Alwin y los guio hacia su carruaje. Alwin se tambaleó contra una mesa al salir, lo que provocó que Dalton dejara una guinea extra para el dueño de la cafetería. Viola esperaba que Alwin se despertara con un horrible dolor de cabeza mañana. Era lo mínimo que se merecía.

—Gracias —dijo cuando el coche de Lord Dalton se detuvo a una manzana de la casa de su abuela, para mantener la discreción. Alwin la miró con el ceño fruncido, se dio cuenta de que no

le había hablado a él y volvió a mirar por la ventana mientras aferraba una carpeta desordenada en su regazo.

—De nada —respondió Lord Dalton, siguiéndola fuera del vehículo—. Soy yo quien debería agradecerle. Ha sido una tarde entretenida.

—¿Qué hará con él? —preguntó Viola preocupada.

Lord Dalton se encogió de hombros.

—No tengo idea. Alimentarlo, supongo, y dejar que se le pase la borrachera. ¿Debo enviarle una nota a Mary o se lo dejo a usted?

—Déjenoslo a nosotras por ahora. Me pondré en contacto mañana por la mañana. —Viola ofreció una mano enguantada. Lord Dalton la levantó, sosteniendo su mirada mientras fingía besar sus nudillos. El estómago de Viola dio un vuelco. Luego, Dalton se enderezó y se inclinó lo suficiente como para rozar el más suave de los besos en su mejilla. Olía ligeramente a bay rum y lana mojada. Su corazón se aceleró y las mariposas echaron a volar mientras Viola permanecía allí, atónita. Antes de que él pudiera alejarse, Viola giró la cabeza y le devolvió el gesto. Luego, retrocedió unos pasos y le sacudió un dedo.

—Esta tarde mejoró mucho con su presencia.

Dalton sonrió un poco y tocó el lugar donde ella lo había besado antes de volver al coche sin decir una palabra. Viola tomó de la mano a un Matthew con los ojos muy abiertos y lo condujo calle arriba para reunirse con su familia.

Veinticuatro

EDWARD IRRUMPIÓ por la puerta sin apenas detenerse ante el intento de un lacayo larguirucho de detenerlo.

—¿Dónde está? —exigió saber—. ¿Dónde está Harper?

Harper lo oyó desde el salón, bajó volando la escalera principal y se arrojó a los brazos de Edward. Harper hundió el rostro en su hombro y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Estás aquí —jadeó.

A pesar del creciente público, Edward la besó con furia. Harper respondió a su abrazo con igual pasión. La baronesa se abanicó.

—Vaya, vaya. Empiezo a entender a qué se debe todo este alboroto. Estos dos están más locos que una cabra el uno por el otro.

—Abuela, ¿puedo presentarte a Lord Edward Northcote? —preguntó Harper un poco avergonzada, al darse cuenta finalmente de que tenían público.

—Me complace conocerle oficialmente, aunque sea de forma poco convencional —respondió la abuela.

—Edward Northcote —Se veía cansado mientras extendía la mano, tomaba la enguantada de la baronesa y se inclinaba para besarla.

—¿Sin «lord»? —preguntó la anciana arqueando una ceja.

—No lo necesito —respondió él con acidez.

—Así que está dispuesto a renunciar a todo para estar con mi nieta. Es usted afortunado de que ella sienta lo mismo. Es muy desafortunado que su padre no comparta ese sentimiento.

—Ha hablado con él.

—Sí —La baronesa hizo un gesto hacia el salón principal—. Sentémonos en algún lugar alejado del vestíbulo con corrientes de aire antes de entrar en detalles. Por muy ansioso que esté...

—No hay tiempo para eso. Harper debe marcharse conmigo ahora.

Harper apretó el brazo de Edward.

—Edward...

Él la atrajo hacia sí, como si temiera que soltarla significara perderla para siempre. Tal vez así fuera. Edward le besó la frente para tranquilizarla. Harper se acurrucó en su abrazo como si pudiera fundir su cuerpo con el de él.

—Ejem. Como he dicho, puede que esté ansioso por marcharse, pero puede sentarse con una anciana durante diez minutos antes de fugarse con su nieta —La abuela hizo un gesto detrás de

ella—. El vestíbulo no es lugar para debatir estrategias.

—Diez minutos —gruñó él mientras se acomodaban en los muebles incómodamente elegantes del salón—. Luego nos vamos.

—¿Cómo se irán? ¿Hay algún vehículo esperando fuera? —preguntó la abuela con gesto práctico, mirando con severidad. Harper entrelazó sus dedos con los de Edward. Él la rodeó con un brazo y la acercó más.

—Más importante aún, ¿adónde irán? —intervino Viola.

—Podríamos tomar un barco a Francia o a Irlanda. A cualquier lugar que no sea Inglaterra.

—¿Cómo vivirían? ¿Tienen fondos? —preguntó Viola.

—Tengo un poco. Recuerden que he dormido al aire libre casi toda mi vida adulta. No es tan malo.

—Edward, querido, estabas en un país mucho más cálido. Las noches de otoño aquí son bastante frías, ni hablar del invierno. Además, yo nunca he dormido al aire libre y no puedo imaginar que sea cómodo —Harper intentó ser suave, pero sintió la tensión que vibraba por el cuerpo de Edward.

—¿Cuál es tu plan, entonces? —exigió con dureza—. ¿Sentarse y esperar a que llegue el sábado?

Harper lo miró sobresaltada. Edward le apretó la mano y frunció el ceño en una silenciosa disculpa.

—Mary está igual de infeliz ante la perspectiva de casarse contigo —declaró la baronesa—. Existe la posibilidad de trabajar con ella y su amante, Rupert, para llegar a un acuerdo mutuamente satisfactorio que no implique dormir bajo los setos en octubre.

—¿El *amante* de Mary? —repitió Edward.

—Mary Whitney está encinta —dijo Viola con calma.

Edward se pasó una mano por el pelo y guardó silencio por un momento.

—Supongo que no debía saberlo hasta que la boda hubiera terminado —dijo con amargura.

—Probablemente no —Harper le sostuvo la mano con suave firmeza—. Si me permites aventurar una suposición, Edward, Lord Briarcliff está forzando este matrimonio porque sabe lo poco que puede controlarte. No ha renunciado a convertirte en el hijo que habrías sido si nunca te hubieras perdido. Cuanto más te resistes, más se esfuerza por aferrarse a su versión imaginaria de ti. Debemos plantar cara. Si le mostramos que has elegido una esposa que no está sujeta a la dirección de tu padre, encontrará la manera de hacer las paces con ello.

—O me desterrará de su vista para siempre.

—En cuyo caso, aún tendremos tiempo de huir, pero con un poco más de tiempo para planificar esa eventualidad —dijo Harper con una confianza que no sentía.

—Tenemos algunas opciones —dijo Viola con determinación, enumerándolas con los dedos —. Una: podemos convencer a Mary y Rupert de que se fuguen juntos antes del sábado. Para ello, necesitamos una casa de campo, alguna fuente de ingresos para que la pareja subsista, y Rupert debe cortejar a Mary de nuevo cuanto antes.

»Dos: obtenemos una segunda licencia especial y casamos a Edward y Harper antes del sábado. La desventaja es que el conde probablemente impugnaría la legalidad del matrimonio. No me apetece enfrentarme a un conde en la cancillería.

»Tres: intentamos sustituir a Mary por Harper el día de la boda. Este es el enfoque más complicado, pero quizás el que tenga más probabilidades de éxito en nuestros términos. O —dijo con severidad—, podría fracasar de la manera más espectacular.

—¿Y si —comenzó Harper lentamente, pensando mientras hablaba— hiciéramos las tres

cosas?

—¿Las tres? —Edward la miró asombrado—. ¡Una sola de esas opciones ya es bastante difícil!

—Escúchame, querido. Si intentamos una y falla, perdemos la oportunidad de probar otro camino. Pero si Lord Briarcliff ve que sus planes fracasan de manera tan espectacular, se dará cuenta de que Edward y yo no aceptaremos a ningún otro cónyuge. Estaremos ocupados, pero podríamos hacerlo. Excepto por la parte de la segunda licencia especial.

—En eso creo que puedo ser de ayuda —interrumpió su abuela—. Tu tío, Harper, es vicario en la parroquia de Chiswick. Está a solo una hora en coche de la ciudad. Puede darle a Edward una licencia común, ya que es mayor de edad. Necesitaremos una fianza y alguien que garantice que no hay impedimentos para el matrimonio.

—Técnicamente, eso sería mentir, ya que actualmente está comprometido con Lady Mary, lo que constituye un impedimento para contraer otro matrimonio —Harper suspiró y miró preocupada a su amado.

—Nunca acepté el matrimonio. Desde mi punto de vista, nunca se contrajo —respondió Edward, su agitación disminuyendo poco a poco.

—¿Conocen a alguien lo suficientemente inescrupuloso como para mentirle a un vicario? —preguntó la abuela.

Tres voces hablaron al unísono:

—Richard.

—¿El hermano? Bueno —dijo la baronesa tras un momento de silencio—. Esa será una conversación incómoda.

Edward parecía pensativo. —Es posible que nos ayude, si cree que eso convencería a mi padre de encarcelarme.

—No perdemos nada con preguntar.

—Entonces, en los próximos cuatro días, Gran y Richard ayudarán a Edward a obtener una licencia de matrimonio común. Todos debemos hablar con Rupert Alwin y convencerlo de que Mary de hecho lo ama, sin importar las dudas que podamos albergar al respecto —dijo Harper.

—Yo hablaré con Alwin. ¿Podemos localizarlo?

—Afortunadamente, esa tarea ya está resuelta. Está con Lord Dalton.

—Iré allí de inmediato —dijo Edward, poniéndose de pie, y Harper sintió que todas sus esperanzas se elevaban con él. Se sintió reconfortada por el poder delineado en las líneas y movimientos de su cuerpo, por su determinación de tenerla a su lado.

—Y yo me encargaré de averiguar más detalles de la boda por parte de Mary —dijo Harper, con determinación.

—Yo podría indagar sobre casas de campo para Mary y Rupert —ofreció Viola.

—Y si todo lo demás falla, Edward simplemente puede rechazar a Mary en el altar —añadió la pragmática baronesa. En el espacio de media hora, el ánimo había pasado de sombrío a optimista, cada persona moviéndose con propósito hacia su objetivo compartido.

Harper siguió a Edward hasta la puerta principal. Él aceptó su abrigo y bufanda del lacayo. Ella tomó la suave lana en sus manos y la arregló cuidadosamente sobre su pecho.

—Tu padre no te encerraría realmente, ¿verdad? Sabe lo que eso te haría.

Edward soltó una risa profunda.

—Hay más formas de impedir que alguien vaya donde le plazca que usando llaves y cerraduras. Los ojos y las voces son infinitamente más efectivos. —La besó, y la cálida presión de sus labios encendió una lenta llama de calor en el vientre de Harper.

—Volveré por ti esta noche.

Harper se apartó para mirarlo inquisitivamente. —Ya hablamos de eso. No me fugaré contigo.

Edward volvió a reír. Harper lo sintió reverberar por todo su cuerpo. —No para eso, cariño. Para esto.

La besó tan a fondo que cuando se apartó, las rodillas de Harper se doblaron. Edward la sostuvo con un brazo fuerte. Su boca se curvó con conocimiento de causa.

—Deja tu ventana entreabierta. Ninguna cerradura del mundo podrá detenerme esta noche.

Con esa diabólica promesa de más por venir, Edward salió por la puerta. Los dedos de Harper tocaron sus labios. Aún podía sentir su aliento sobre ella, en sus pulmones. Lo retuvo allí por un largo momento y suspiró. El aire salió en un suspiro, llevándose a Edward con él.



Edward subió de un salto los escalones de la casa de Dalton. El mayordomo llamó a Dalton desde la biblioteca donde él y Alwin estaban sentados juntos. En el pasillo tenuemente iluminado fuera de la biblioteca, los dos desconocidos se evaluaron mutuamente.

—Entiendo que nos estás ayudando. ¿Por qué? —preguntó Edward. Dalton había abandonado su chaqueta y llevaba una copa de brandy en una mano. Edward lo miró con reserva, pero no detectó nada más que curiosidad en el hombre.

—Estabas un año por delante de mí en Eton. Probablemente no lo recuerdes ahora, pero siempre fuiste un buen tipo, Northcote. Fuiste amable después de lo que pasó... con mi familia. —Hizo una pausa, y luego dijo sin emoción—: Otros no lo fueron.

Edward guardó silencio un momento, tratando de recordar. —Richard. Él y sus amigos te llamaban algo horrible. No lo repetiré.

Piers rió sin humor. —Tenía varios nombres. Chico de la fiebre, el Huérfano Escarlata. Había otros. ¿Cuánto recuerdas de Inglaterra? —preguntó Dalton.

Edward se pasó una mano por el pelo.

—Fragmentos. Sentimientos, mayormente. Experiencias que parecen sueños. No confío en que ninguna de ellas sea real. —Se apoyó contra la pared con fingida pereza, imitando la postura de Dalton—. Aunque ahora, con cada día que pasa, mis años lejos parecen el sueño. En la jungla, había arañas lo suficientemente grandes como para comer pájaros. Hay plantas que comen insectos. Peces que pueden dejar a una vaca entera en los huesos en minutos.

—Suena no muy diferente a un salón de baile londinense promedio. —Dalton sonrió con sorna.

Edward se rió entre dientes.

—Sin Harper para ayudarme a decidir en qué recuerdos confiar, *habría* enloquecido. Hacía mucho que había perdido la esperanza de volver a ver mi hogar. No estaba feliz de regresar. Todo parece una versión descolorida y fantástica de mis recuerdos.

—La soga alrededor de tu garganta no debe haber ayudado —observó Dalton. La gruesa línea rosada de tejido cicatricial se asomaba por encima de la corbata aflojada de Edward.

—No, no lo hizo.

Se pasó un dedo por el cuello, sintiendo la carne elevada. Un silencio prolongado cayó entre ellos.

—Bueno —finalmente lo rompió Edward—. Has estado ahí con él durante un tiempo. ¿Cuál es la mejor táctica a seguir?

—Alwin necesita ánimo. Un poco de miedo podría ser de gran ayuda —aconsejó Dalton, antes de alejarse silenciosamente y dejar a Edward con su tarea.



Las voces bajas del pasillo eran amortiguadas por los techos altos y las gruesas alfombras de la biblioteca, atenuadas por el papel y el cuero apilados en altas estanterías. A Rupert no le importaba con quién estuviera conversando Dalton.

—Alwin.

Rupert gruñó y bebió su brandy.

—Así es —respondió con indiferencia. Aparentemente, su anfitrión se había cansado de él hace tiempo y había enviado a alguien a buscarlo. Lástima. Había estado disfrutando de un brandy más fino de lo que su propia bodega solía incluir. Se deslizaba con demasiada facilidad.

Una gran sombra imponente bloqueó su luz del fuego. Entrecerrando los ojos, Rupert intentó mirar con enojo al intruso. Su piel comenzó a erizarse cuando unos fríos ojos azules, del color de las flores azules de montaña congeladas en hielo, brillaron desde la sombra de ese hombre enorme. Rupert se sobresaltó a pesar de sí mismo.

—Tengo algo tuyo —declaró una voz sobrenatural. Aunque identificablemente humana y masculina, la voz tenía un tono subyacente que la hacía parecer tanto feroz como antigua al mismo tiempo—. Me gustaría devolvértelo.

—¿Qué? —preguntó Rupert, medio levantándose de su asiento. Dalton, ese miserable, observaba divertido.

—Mary Whitney. Tu novia. No la mía. Debes reclamarla.

—No quiero a esa bruja traidora. —Incluso para sus propios oídos, Rupert sonaba como un adolescente malhumorado.

—Ella nunca te traicionó. Tú la abandonaste. Ahora es mía, pero no la tendré. —Los ojos brillantes se acercaron—. Lleva a tu hijo.

—Lo sé.

—Lo sabes, y aun así no haces nada. —La voz feroz estaba cargada de desprecio. Rupert tragó saliva.

—Intenté hablar con su padre...

Dos grandes manos unidas a brazos fuertes y hombros anchos golpearon los brazos de su silla, atrapando a Rupert en su asiento. Tragó saliva.

—Inténtalo *con más fuerza* —gruñó la aparición frente a él.

Lo único que Rupert podía oír era el latido de su propio corazón en el pecho. —¡No me aceptará! No tengo dinero para mantenerla en el estilo al que está acostumbrada.

—Entonces *consíguelo*, idiota. No hay excusa para no proveer a tu familia.

—Puedo proporcionarle una vida decente, pero no una casa en la ciudad ni un ejército de sirvientes. Jamás aceptará tal descenso de estatus —escupió Rupert con amargura.

—Mary debería haber pensado en eso antes de entregarte su inocencia —intervino Edward.

—¡Mary lo consideró y dijo que podría vivir del aire, siempre y cuando fuera conmigo! —Rupert se levantó bruscamente de la silla—. Estás insultando a una mujer que nunca ha hecho daño a nadie. Yo la mancillé. Lo arreglaría si supiera cómo.

—Es hora de que cumpla su palabra. No seré el último en mancillarla si me caso con ella —se burló la figura oscura y corpulenta mientras se alejaba, adentrándose en las sombras.

—Tócala y te cazaré sin piedad —amenazó Rupert.

Sin previo aviso, el rostro de Northcote estaba a centímetros de los ojos de Rupert. Cada plano sombreado era una línea dura. —Si fracasas, Mary dará a luz a su hijo sola. No te salvaré. No soy ningún tonto para criar sin saberlo a un polluelo que no es mío.

El corazón de Rupert latía con terror e ira, y su cabeza daba vueltas por los efectos del consumo prolongado de alcohol. Sin embargo, el terror de ver a Mary casada con un hombre como este... animal. La Bestia de Briarcliff.

—No la verás en el altar —declaró—. Para entonces será mía. Mary *es* mía. Te traicionaría a ti, un monstruo, en un abrir y cerrar de ojos para estar conmigo. Cásate con ella y estarás destinado a la infelicidad.

—Si me caso con tu amor, nunca más la tocarás, Alwin. Tenlo por seguro —gruñó la bestia. Con apenas un segundo de advertencia, una almohada golpeó a Rupert en la cara—. Descansa un poco. Recobra la sobriedad. Luego ve a buscar a tu mujer y arregla esto.

La bestia se había ido, tan silencioso como un espectro.

Veinticinco

EDWARD APARECIÓ en la ventana de Harper tal como había prometido. Al oír un rasguño en el alféizar, Harper salió de su cálido nido de sábanas y levantó un dedo hacia sus labios antes de abrir la ventana.

—Shh —dijo él, señalando el enrejado que se hundía bajo su peso.

—¿Volvemos a escalar paredes? —le reprochó Harper.

—Para nada. Esta vez usé las enredaderas —la besó a través de la ventana—. Ven. Te ayudaré a bajar.

—Creí que habíamos acordado no dormir bajo los setos —protestó Harper con un escalofrío en su fino camisón.

—No lo haremos —se rio Edward—. He encontrado un lugar donde podemos estar a solas un rato.

—Oh, ¿lo has hecho? —bromeó Harper—. ¿Con qué propósito?

—Para asegurarnos de que nuestra boda nunca pueda ser anulada. Si estás de acuerdo.

Harper encontró la mirada de su amado.

—Lo estoy. Edward, te seguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario. Dormiría bajo los setos o abandonaría Inglaterra por la jungla para estar contigo. Me encerraría en un manicomio para estar cerca de ti.

—¿Pero te atreverías a convertirte en condesa, con todas las obligaciones que conlleva? —preguntó él.

—Creo que me las arreglaré, si llega a eso —respondió Harper con una amplia sonrisa—. Sin embargo, debes dejarme vestir y bajar por mi cuenta.

—Nunca te dejaré caer —respondió, y Harper escuchó la promesa en sus palabras.

—Lo sé. Aun así, prefiero usar las escaleras.

Harper se cambió rápidamente del camisón a un vestido sencillo y una capa. Bajó de puntillas por la escalera y salió por la cocina, evitando hábilmente al mayordomo en su despensa. Afuera, la calle de la ciudad susurraba peligro. Harper se sobresaltó cuando la gran palma de Edward se posó en su hombro.

—Por aquí —le indicó—. Debes recordar a dónde vamos. Downing veinticuatro. A seis calles de la casa de tu abuela y catorce de la de mi padre. Podemos encontrarnos allí en menos de media hora si es necesario.

—En un momento. Me gusta esa idea.

—Sí, por si necesitamos discutir sobre Richard o nuestros planes.

Harper asintió una vez, con toda seriedad. Permanecieron en silencio durante los pocos minutos que les tomó encontrar Downing Street. El número veinticuatro parecía deshabitado. Al acercarse a la casa oscura, Edward hizo un gesto pidiendo silencio. Harper asintió.

Entraron por una puerta de servicio sin llave debajo de las escaleras frontales. La habitación en la que entraron estaba completamente a oscuras, así que Edward sostuvo firmemente la mano de Harper mientras la guiaba. Se abrieron paso entre habitaciones cubiertas de polvo llenas de muebles tapados con tela y cajas de madera áspera.

—La familia se mudó al extranjero recientemente y está renunciando a su arrendamiento —dijo en voz normal.

Harper gritó.

—Me asustaste.

—Está bien hablar aquí. Los vecinos no nos oirán. Solo evita usar una luz. Las ventanas traseras no están tapiadas, solo las que dan a la calle. Las escaleras delanteras están oscuras como el demonio, pero la escalera en los cuartos de servicio tiene ventanas en cada piso.

Harper comenzó a jadear un poco por el esfuerzo. Edward redujo la velocidad para acomodarse a ella. Estaba tan perdida en sus pensamientos que su llegada a lo alto de la escalera en el ático frío e inclinado de los cuartos de servicio se sintió a la vez abrupta y como si hubiera tardado una eternidad. La gran habitación estaba llena de muebles resistentes, bien usados e inelegantes, cubiertos por una capa de tela y polvo. La habitación daba a la parte trasera de la casa; una puerta al otro lado del pasillo hacia el frente albergaba a los sirvientes del sexo opuesto.

Edward se dirigió directamente a la ventana. Arrancó la cubierta de una cama, enviando una nube de polvo que brillaba bajo los rayos de luna. Con una mano y una leve sonrisa conocedora, ella desató los cordones de su corpiño y lo dejó caer al suelo. Debajo no llevaba nada más que su camisola.

En un momento, las cintas que sostenían su falda se soltaron y dejaron que el anillo de tela se acumulara en el suelo. De pie en medio de su ropa descartada, Harper arrugó su camisola en sus manos hasta que sus piernas quedaron reveladas a la mirada hambrienta de Edward. Observó su silueta en la ventana, sintiendo la tensión mientras él la veía desnudar su cuerpo ante su vista.

La camisola subió hasta su cintura, luego pasó sus pechos mientras Harper se la quitaba por la cabeza y la arrojaba a un lado. Su cabello se soltó de su trenza y rozó sus pechos. Desnuda, Harper dio un paso adelante. La expresión de Edward calentó su piel contra el frío del aire nocturno.

Sin decir palabra, se quitó la chaqueta. Sin prisa aparente, desabotonó su camisa y sacó el dobladillo de sus pantalones. La camisa y su camiseta interior siguieron al suelo. Desnudo de la cintura para arriba, dejó que Harper continuara su lento acercamiento mientras él deliberadamente los aflojaba alrededor de sus caderas.

Aún en silencio, capturó su rostro entre sus grandes manos y la besó profundamente. Harper saboreó la sensación de sus labios deslizándose sobre los de ella, sintió el roce de su lengua hasta en su vientre. Sin prisa, deslizó una mano hasta su cintura.

Los pezones de Harper rozaron su pecho. Ella jadeó. Edward no se detuvo mientras mordisqueaba y lamía su camino por su mandíbula. Sus labios exploraron los contornos de su garganta. Harper escuchó pequeños jadeos y gemidos emanando de sí misma, como si fueran de una extraña.

—Harper Forsythe, por todo lo sagrado, te entrego mi vida. Soy tuyo. Eres mía, por toda la eternidad.

Harper suspiró.

—Edward Northcote, ante nadie y ante todo Londres, estaré contigo. Somos un alma, unidos. Pase lo que pase.

Él sonrió en la oscuridad, una mera sombra.

—Te tomaré la palabra, mi amor. Después de esta noche, es demasiado tarde para arrepentirse. No hay vuelta atrás.

—Pero mis pies están congelados —excepto donde el cuerpo de Edward la tocaba, la piel de Harper estaba helada—. ¿Podríamos continuar esto bajo las sábanas?

Edward se rio de su ocurrencia tonta, y una oleada de adoración pulsó a través de ella. La mano de Edward ahuecó su pecho. Un pulgar áspero se frotó contra su pezón y apretó la plenitud. El deseo inundó el cuerpo de Harper.

—Más —gimió.

—¿Te sientes más cálida ahora, mi dulce? —dirigió su atención al otro pecho. El calor de su piel era mejor que un fuego, contrastando con el frío que erizaba su trasero.

—Solo por delante.

Él se rio, un profundo retumbar que reverberó a través de su cuerpo. Harper se estremeció ante la sensación.

—Qué lástima. Las casas abandonadas escasean en ropa de cama, me temo. Tendré que esforzarme más por mantenerte caliente.

Harper sintió que la giraba para mirar hacia la ventana. Ahora su trasero estaba caliente, pero sus pechos estaban fríos. Edward rectificó esto parcialmente cubriendo uno con una palma grande y áspera. Su otra mano alcanzó entre sus piernas hasta su sexo. Todavía estaba húmeda, y sus dedos se deslizaron fácilmente entre sus pliegues.

—Pon tus manos en el alféizar —exigió con brusquedad.

Harper hizo lo que le pidió, inclinándose unos centímetros hacia delante. Esto le dio mejor acceso a la uve entre sus piernas.

—¿Te gusta esto? —preguntó mientras movía una mano de su pecho a su cadera. Con la otra mano, dejó de acariciar su sexo y la llevó al suyo propio. Colocándose en su entrada, embistió.

—Ahhh... sí.

—Es un momento terrible para recordarte que una vez quisiste que me pusiera ropa en ese momento.

—¿Por qué habría querido alguna vez que te vistieras? —jadeó Harper mientras él se deslizaba completamente dentro de ella. Su plenitud la expandía, frotándose satisfactoriamente contra la parte más secreta de ella. Edward se retiró y embistió de nuevo. Harper gritó mientras su ritmo aumentaba. Su respiración era entrecortada por el esfuerzo de contenerse. El saber que se contenía por su placer, para que ella encontrara el suyo antes de que él terminara, era embriagador.

Quería agarrarlo y abrazarlo fuertemente, como si pudiera fundir sus cuerpos permanentemente. Estar siempre así, con la increíble sensación de su cuerpo en el de ella haciendo que sus extremidades se sintieran débiles y fuertes al mismo tiempo. Eso sería el cielo.

Solo la madera áspera bajo sus manos la anclaba en el momento.

Edward alcanzó entre ellos y deslizó sus dedos sobre el botón de su feminidad. Harper gritó de placer.

—Eso es. —Triunfante, embistió más fuerte mientras el orgasmo la inundaba en oleadas de placer implacable. Cuando comenzaba a disminuir, Edward embistió más fuerte y rápido, prolongando la sensación mientras el placer lo atravesaba.

Al final, se quedaron allí enmarcados en la ventana, bañados por la fría luz de la luna, uno y no uno. Su futuro incierto, su amor la única certeza que podían reclamar. Se aferraron a él y el uno al otro, sabiendo que serían puestos a prueba en los días venideros, pero sin saber cómo.

Veintiséis

—Estoy orgullosa de ti, Mary.

Mary inclinó la cabeza pero no reconoció a su madre de otra manera. Solo podía moverse hasta cierto punto antes de que la torre de rizos, horquillas, joyas y velo de novia comenzara a deslizarse hacia el suelo, así que fue un reconocimiento muy leve.

—Sé que no lo digo a menudo. Estoy tan feliz de que estés a punto de convertirte en condesa. Este es un sueño hecho realidad para tu madre, y establece un excelente precedente para tus hermanas.

Mary tragó saliva con culpabilidad ante eso.

—Supongo que no necesitamos molestarnos con la charla sobre las abejas y las flores, ya que estás bastante familiarizada con lo básico —Lady Fairwyck se aclaró la garganta.

Mary estaba perfectamente feliz de evitar discutir temas embarazosos con su madre. Aunque había cosas que deseaba poder preguntar. ¿Cuánto dolería el parto? ¿Cómo se cuidaba a un bebé? Al crecer, había habido niñeras e institutrices para cuidar de Mary y sus hermanos. Solo tenía una vaga noción de qué hacer con un bebé. Supuso que también conseguiría una niñera para su bebé, si podían permitírselo. De lo contrario, tendría que arreglárselas con Rupert.

—Estoy segura de que el conde no te molestará a menudo con asuntos de alcoba. Te aconsejo que no intentes tentarlo a tu cama más a menudo de lo necesario para proporcionarle un hijo. Por supuesto, solo podemos rezar para que el bebé que llevas sea una niña. De lo contrario, habrá una conversación muy incómoda en un futuro no muy lejano.

Mary sintió al niño moviéndose en su vientre y sonrió con una sonrisa secreta. Optó por no responder a la ansiosa arenga de su madre.

—Espero que el tuyo sea un matrimonio feliz, querida. A pesar de las circunstancias en las que está teniendo lugar.

Por fin, Mary favoreció a su madre con palabras.

—Me atrevo a decir que será un matrimonio muy feliz, con el tiempo.

Su madre pareció aliviada. Un cuarto de hora después, Mary estaba atada en su vestido de novia y tambaleándose sobre zapatillas de tacón hacia el carruaje dorado que la llevaría a la iglesia. Como Mary había solicitado, viajaría sola, última en la procesión, en un carruaje digno de una princesa. Un paseo en el suntuoso carruaje a solas valía la pena la farsa de esta boda. Su laca blanca brillaba bajo la luz de la mañana, mientras que el adorno de pintura dorada y el emblema escarlata-azul-y-dorado de Whitney lo hacían resplandecer como algún transporte encantado salido de un cuento de hadas.

La procesión nupcial comenzó lentamente, con su hermano y hermanas viajando en el primer carruaje, seguidos por sus abuelos y luego sus padres. La procesión era excesiva, ridícula mientras serpenteaba por las calles de Londres hacia el enclave frondoso donde se encontraba la iglesia. El objetivo era crear tal espectáculo que todo Londres se viera obligado a salir para ver a la novia reticente casarse con el señor indómito.

También tenía la intención de intimidar a la pareja reacia a la obediencia. Eso no iba a suceder.

En el instante en que el carruaje se puso en movimiento, Mary comenzó tranquilamente a quitarse las horquillas que sujetaban su velo. Unos momentos después, colocó el encaje densamente bordado en el asiento a su lado y se contorsionó hasta que pudo alcanzar las ballenas laterales que forzaban su cintura a una estrecha constricción. Las liberó con un suspiro de alivio y comenzó a trabajar en los botones de perlas que alineaban la parte baja de su espalda.

Antes de que hubiera avanzado mucho, el carruaje se detuvo bruscamente. El conductor gritó enojado, y luego guardó silencio.

Mary sonrió. El momento había llegado.

~

Harper abrió la puerta de un tirón.

—Pensé que estarías más avanzada —dijo con irritación.

—No puedo doblarme muy bien. Este vestido es una prisión —respondió Mary con petulancia.

Harper entró y cerró la puerta de golpe tras ella.

—Déjame a mí.

Sus dedos tiraron y volaron sobre los pequeños botones.

—Rupert está en el carruaje ligero con las ruedas de borde rojo justo a la vuelta de la esquina. Es un préstamo de Richard. Puedes hacer una huida rápida.

Los últimos botones se abrieron y el vestido se deslizó del cuerpo de Mary. Se quitó de una patada la pesada enagua. Yardas de tela consumían cada centímetro de espacio en el vehículo. Harper las apartó a un lado y abrió la puerta.

—Que Dios te acompañe, Mary.

Vestida solo con su camisón de novia y ropa interior, Mary salió a los brazos expectantes de Viola. Sara, la pequeña criada que Harper había hecho amistad semanas antes en Briarcliff, entró en el carruaje. Harper cerró la puerta de golpe.

—¡Buena suerte! —gritó su hermana.

Harper se metió en la enagua y el vestido. En su cabeza, lucía una peluca oscura adornada con joyas de imitación, una aproximación del estilo que Mary había descrito que llevaría. Sara se movió rápidamente para abrochar el vestido sobre el marco más delgado y alto de Harper. Terminaron con solo momentos de sobra antes de que el carruaje se detuviera frente a la iglesia. La criada ajustó el velo sobre su rostro y clavó horquillas en la peluca con tanta fuerza que Harper casi hizo una mueca.

—El velo es un toque de genialidad —dijo Sara con la boca llena de horquillas—. Está hecho de buen encaje de Honiton. Es tan grueso que apenas puedo verte a través de él.

—Excelente. La elección de Mary debería permitirme pasar la próxima media hora sin ser detectada —respondió Harper con ironía. No había más tiempo para conversar. Un lacayo con librea abrió la puerta para ayudarla a salir del carruaje. Nadie pensó en mirar más allá de la novia

a la pequeña criada sentada perfectamente quieta detrás de la montaña de seda satinada. Una vez que todos estuvieran dentro de la iglesia, ella se escabulliría y se perdería entre la multitud.

Las palmas de Harper estaban húmedas dentro de los guantes de satén que llevaba. Sus rodillas temblaron un poco cuando una imagen borrosa del padre de Mary apareció a su lado. Este era el momento. Si pasaba esta prueba, nadie la desafiaría entre aquí y el altar. Solo tenía que recorrer unos cientos de pies.

—Te ves hermosa, querida —Hizo ademán de besarle la frente.

—Papá —susurró Harper, esperando que su voz sonara ahogada por las lágrimas en lugar de paralizada por el nerviosismo.

—Está bien, querida. Recuerda sonreír cuando Lord Edward levante el velo.

—Lo haré —susurró Harper, mientras un peso de culpa se asentaba incómodamente en su estómago.

Subieron las escaleras hacia el vestíbulo. Estaba agradecida por el brazo guía de Lord Whitney, ya que apenas podía ver a través del encaje densamente detallado con su motivo de hojas y flores rizadas. Aunque el velo tenía la ventaja de ocultar sus rasgos poco parecidos a los de Mary Whitney del escrutinio, la desventaja era que apenas podía ver por dónde iba.

La música del órgano retumbaba. Las dos hermanas menores de Mary, ataviadas con vestidos de tul rosa con volantes, estaban de pie como bailarinas asomándose a la iglesia. Richard se mantenía en guardia, junto a un hombre que Harper no reconocía, presumiblemente el hermano de Mary. Richard tomó un ramo de rosas y azahares del otro padrino y se lo entregó a ella. Harper sacó una mano de debajo de la parte frontal del velo que le llegaba a la cintura y lo tomó con dedos temblorosos.

—Nunca pensé que te diría esto, pero buena suerte —la forma borrosa de Richard se alejó.

Lord Fairwyck le dio unas palmaditas en la mano a Harper mientras la música del órgano resonaba por toda la iglesia.

—No te preocupes. Es solo una corta distancia ahora —Lentamente, colocó un pie tras otro, esperando que alguien la detuviera y la señalara como una impostora. Sin embargo, nadie lo hizo.

Esto es un error. Demasiado tarde, después de que toda su excesiva planificación estuviera en marcha, Harper vio el fallo. Ella y Edward deberían haberse fugado. Esta elaborada sustitución solo convencería al mundo de que ambos estaban locos de remate. La deshonestidad no era forma de comenzar un futuro juntos.

Antes de que pudiera ordenar sus pensamientos dispersos, la ancha espalda de Edward apareció en su campo de visión y la ceremonia comenzó. Con dedos temblorosos, Harper se aferró al brazo que él le ofrecía.

La música alcanzó su punto culminante y se detuvo abruptamente. Lord Fairwyck apretó la mano de quien aún creía que era Mary y susurró:

—Estoy tan orgulloso de ti, mi niña. Sé feliz. Él es un buen hombre.

Harper tragó saliva, consternada ante la idea del daño que estaba a punto de causar a este hombre y a su familia. Whitney era robusto. La conmoción que enfrentaría en unos momentos podría dañarlo. ¿Por qué no había considerado eso? Él era solo un padre que había intentado hacer lo mejor para su hija. No merecía la humillación. Esto estaba mal, muy mal.

El anuncio apresurado de la boda por parte del conde había provocado el pánico en todos. Nadie se había detenido a *pensar*; todos habían estado actuando por pura reacción. ¿Y si hubiera intentado hablar con el conde en lugar de conspirar a sus espaldas? Él amaba a Edward. Ella amaba a Edward. Deberían haber podido encontrar una solución. Harper cerró los ojos con

fuerza y clavó los dedos en el brazo de Edward mientras se esforzaba por no vomitar.

Mary, ella y Edward tampoco merecían una vida de miseria por las nociones anticuadas de decoro y honor de un anciano, se dijo para tranquilizarse mientras el sacerdote seguía con su monótono discurso. Mary no era una yegua de cría para ser emparejada contra su voluntad con un semental de premio, y Edward no era un pura sangre para ser usado como semental. Si sus padres, acostumbrados a doblegar el mundo a su voluntad, debían ser decepcionados, que así fuera.

—¿Lograron escapar ella y Rupert? —susurró Edward en voz baja sin mirarla. El sacerdote entrecerró los ojos hacia ellos sin interrumpir su canto rítmico sobre sus obligaciones y deberes.

—Sí. El carruaje de ruedas rojas de Richard debería tenerlos a mitad de camino a Dover ahora —susurró ella, ganándose otra mirada de reproche de su oficiante.

Mary y Rupert navegaban hacia Francia, donde se casarían y pasarían su luna de miel en París durante unas semanas. Desde allí se mudarían a Niza, donde el agente de Lord Dalton había conseguido una pequeña casa y un personal de tres sirvientes: una cocinera, una doncella y un jardinero. El arreglo había sido suficiente para convencer a Mary de fugarse. El resto dependía del éxito de Edward y Harper en permanecer casados. Esta boda estaba a punto de convertirse en una farsa. El temor se acumuló en sus miembros hasta que Harper se sintió aplastada por él, apenas capaz de respirar.

Edward estaba frente a ella, con las yemas de los dedos en el borde del velo. El magnífico encaje caía hasta los codos de Harper, combinándose perfectamente con el corte del vestido para ocultar tanto como fuera posible la forma embarazada de Mary y ocultando la muy diferente fisonomía de Harper del escrutinio. Harper llevaba un enorme ramo de azahares y rosas que ayudaba aún más a disimular el mal ajuste del vestido de novia en la novia impostora.

—¿Estás lista para esto? —preguntó Edward.

—No. Pero tampoco voy a echarme atrás —dijo ella con toda la determinación que pudo reunir.

Con un movimiento suave, Edward levantó el velo para revelar el rostro de Harper. Un jadeo de la audiencia hizo que el corazón de Harper latiera con fuerza. Se mordió el interior de las mejillas para no llorar. Edward se inclinó hacia adelante para susurrar al sacerdote, empujando un papel en su mano. El sacerdote parecía confundido.

—Simplemente continúe —ordenó Edward. El sacerdote dudó, y luego comenzó tímidamente.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí...

Un murmullo recorrió la multitud mientras el sacerdote pronunciaba la bienvenida. A mitad del prefacio, un chillido resonó por toda la iglesia.

—¡Esa no es mi hija!

Harper se estremeció. La que había gritado, la madre de Mary, se desmayó de inmediato. Todos en un radio de tres bancos a cada lado se apresuraron a ayudarla.

—Eh, sí. Antes de que la novia y el novio comiencen las declaraciones, debo aclarar que su señoría me informa que ha habido una revisión en la licencia de matrimonio —el sacerdote desdobló el papel torpemente, equilibrando su pesada biblia en el hueco de un codo—. Una sustitución, más bien. ¿Están seguros de que esto es correcto?

—Sí. Comience —gruñó Edward.

—Esto no puede ser legalmente correcto...

—¡Comience!

—En un momento. Primero, estoy obligado a preguntar si alguien presente conoce alguna

razón por la que estas personas no puedan casarse legalmente, que lo declare ahora...

—¡Nefasta, intrigante...! ¡Aleja a esa mujer de mi hijo! —gritó el padre de Edward.

Harper se aferró a la mano de Edward mientras se giraban para enfrentar a un furioso Lord Briarcliff.

—¡Esto es un ultraje!

—No puedo simplemente sustituir el nombre de otra mujer —dijo el sacerdote con remilgo —. Está el asunto de los derechos de la dama original sobre el matrimonio.

Harper se volvió hacia el infortunado sacerdote, incapaz de soportar la visión de la ira de Lord Briarcliff.

—No hay ningún obstáculo. Mary se fugó esta mañana. Tuvo la consideración de proporcionar esta carta a modo de explicación —sacó la pequeña hoja de pergamino de donde había sido discretamente escondida dentro del ramo.

Se volvió nerviosamente para encontrar a Edward enfrentando a su padre con la mirada. El conde estaba lívido de furia. Edward permaneció frío e inflexible.

—Mary no me quería, padre. Harper sí. No tendré a ninguna otra mujer —dijo firmemente. Lord Briarcliff se volvió hacia Harper. Ella sintió que los pelos de la nuca se le erizaban de alarma.

—Tú. Infernal, falsa, traidora... *fraude* —el conde le lanzó todos los nombres viles que se le ocurrieron, como si pudiera enterrarla en invectivas. Harper lo soportó impasible todo lo que pudo, aunque cada insulto la hería profundamente.

—Lord Briarcliff —interrumpió ella finalmente con firmeza—. Me estoy casando con su hijo. Si no es hoy, será mañana, y al día siguiente si es necesario. Me casaré con Edward todos los días, si hace falta, hasta que se concrete. Amo todo de él. Su pasado. Su presente, por complicado que sea. Su futuro, sea lo que sea que traiga. —Harper se quitó la picajosa peluca oscura con el pesado velo y los dejó caer en un montón frente a una de las damas de honor sin habla. Su propio cabello castaño miel cayó por su espalda—. Puede continuar con sus objeciones después de que terminemos la ceremonia.

Edward, aún sosteniendo su mano, se volvió hacia el sacerdote. —Continúe.

El sacerdote lo miró obstinadamente. —No lo haré.

—Entonces procederemos sin usted —respondió Edward con calma—. Harper Forsythe, te tomo como mi legítima esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe. No podría vivir sin ti. Eres quien ve que soy tanto el niño perdido en el bosque como el hombre que ha vuelto a casa, y aceptas todas mis facetas. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido, en cualquier continente.

Harper tragó saliva y apretó la mano de Edward con fuerza entre las suyas. Su gentil sonrisa le dio a Harper el coraje para continuar como si estuvieran solos.

—Edward Northcote, te tomo como mi legítimo esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en cualquier continente del mundo, mientras ambos vivamos. He sido muy afortunada de conocerte y enamorarme de tu extraordinaria fuerza. Admiro tu valentía y te amo por encima de todos los demás. Cuando estoy contigo, estoy en paz, porque tú eres mi corazón.

Edward se inclinó y la besó apasionadamente. De todas las formas posibles, la reclamó públicamente como suya. Algunos suspiros se elevaron de la multitud detrás de ellos.

—Qué romántico —suspiró alguien en voz alta.

La madre de Mary eligió este momento para recuperarse de su desmayo. Jadeando y balbuceando, se incorporó y miró, horrorizada, la escena de una extraña vistiendo el vestido de

novia de su hija y besando al hombre que esperaba dar la bienvenida como su yerno. La abrumada mujer se desmayó de nuevo inmediatamente.

—¡Alto! —La furia del conde de Briarcliff se había vuelto incandescente, moteando su rostro de manchas rojas. Se impulsó hacia su hijo y su indeseada nuera—. Cesarán este espectáculo inmediatamente. Nadie se ha casado aquí hoy. —Avanzó hacia Harper con rabia sacudiendo sus extremidades. Ella se encogió contra Edward.

—Tú, *zorra* mentirosa y manipuladora. Abriéndote paso en mi buena gracia. Siempre tuviste la mira puesta en convertirte en condesa, ¿no es así? *¿No es así?* Pues bien, no lo conseguirás. Ninguno de los dos lo hará.

Por mucho que Harper hubiera esperado esta escena, cada palabra la hacía sentir más baja que un gusano en la tierra.

—Lamento que se sienta así. Me estoy casando con su hijo. No con un condado. Nunca me ha importado eso. Ciertamente veo cuánto se preocupa por Edward. Haría cualquier cosa por él, ¿no es así? ¿Es tan inconcebible para usted que alguien pueda amarlo casi tan bien como usted? ¿Acaso merece él algo menos?

Era la mejor defensa que pudo reunir.

El conde pareció como si sus palabras lo hubieran golpeado. Se veía pálido, exhausto y enfermo. Harper, suave y torpemente, posó una mano enguantada de blanco sobre el antebrazo del conde. Con una mano sobre el padre y la otra sobre el hijo, se esforzó por ser un puente entre el hijo impasible y el padre furioso.

—Mire a su hijo —dijo Harper, con voz baja y urgente—. No al heredero que deseaba, sino al hombre en que se ha convertido. Mire realmente a Edward y véalo por todo lo que es.

El conde apartó la mano de Harper de un manotazo, se echó hacia atrás y golpeó a su hijo en pleno rostro. Harper gritó de asombro.

Edward retrocedió un paso y miró fijamente a su padre. No contraatacó. Sus ojos irradiaban resentimiento y lástima en igual medida. Concentrada como estaba en la sangre que brotaba de la comisura de la boca de Edward, Harper vio la incredulidad y el miedo florecer en sus ojos antes de girar su atención hacia la figura tambaleante del conde.

Las rodillas del conde golpearon contra el suelo escasamente alfombrado. Su expresión era aterradoramente vacía. Tanto ella como Edward se lanzaron hacia adelante para atrapar al conde que caía, chocando sus cabezas mientras él caía torpemente en sus brazos.

—Un médico —gritó Harper mientras Edward buscaba el pulso de su padre—. Un médico. ¡Que alguien traiga uno ahora! —Su voz resonó con autoridad mientras el caos estallaba en toda la iglesia.

Veintisiete

El sacerdote se adelantó.

—Si se está muriendo, debo darle al conde la extremaunción.

Edward empujó al hombre hacia atrás.

—No se está muriendo. Dejadle espacio para respirar.

El sacerdote retrocedió. Harper se sintió paralizada por el cambio en el conde. Su piel se había vuelto cérea y respiraba con dificultad. Le aflojaron la corbata y la camisa, mientras Richard se adelantaba para arrodillarse a los pies de su padre.

—Abran paso. Soy el médico de Lord y Lady Whitney. Apártense, por favor.

Un hombre bigotudo se abrió paso entre la multitud a codazos. Se arrodilló junto a Lord Briarcliff y realizó un examen superficial.

—Debemos trasladarlo a un lugar cálido —el doctor se sentó sobre sus talones—. No es fatal, aún no. Las próximas horas serán determinantes. Está en un estado delicado. Vuestro padre ha sufrido una apoplejía. Necesita absoluto silencio y reposo.

Harper se mantuvo apartada, una impostora, lo más alejado de un verdadero médico. Había permitido que su ambición la cegara.

—Haré que traigan el carruaje —dijo Richard mientras se ponía de pie, con la boca en una línea sombría.

Edward sostenía la cabeza de su padre con un brazo fuerte. Sus ojos azules estaban graves y atormentados. Harper sintió como si un gran abismo se hubiera abierto entre ellos en cuestión de momentos. Alcanzó el hombro de Edward y se arrodilló junto a él.

—Nunca quise que esto pasara —susurró, afligida.

Sus ojos se encontraron con los de ella, llenos de emoción. Indefensa ante su dolor, Harper le tocó el rostro.

—No es tu culpa —estaba tan frío, tan indiferente. Tal vez fuera el shock. O quizás empezaba a entender lo egoístas que habían sido. Esto era culpa suya. Podría haber dejado marchar a Edward. Había cogido algo magnífico e intentado hacerlo suyo. Su corazón luchaba por latir.

¿La rechazaría Edward ahora? Había tantos problemas con su ceremonia de boda que cualquier abogado competente podría impugnarla con éxito en los tribunales. Seguramente, no había hecho la cosa más atrevida y aterradora de toda su vida solo para perder a Edward después de todo. Aunque se lo mereciera.

—El carruaje está listo.

La intrusión de Richard hizo que Harper se echara hacia atrás. Edward ni siquiera parpadeó cuando su hermano le ayudó a levantar a su padre y llevarlo suavemente por el pasillo. El pasillo aún adornado con guirnaldas blancas, salpicado de representantes de las mejores familias de Inglaterra que contemplaban boquiabiertos la absoluta catástrofe de esta boda. La vergüenza se arrastró por la piel de Harper mientras, uno a uno, la alta sociedad londinense la miraba fijamente. Su humillación completa, Harper permanecía allí en el estrado vistiendo un vestido de novia robado, viendo al novio de otra mujer llevar las andas de su padre.

Hice una promesa. En la salud y en la enfermedad...

Cuando la familia llegó a la puerta de la catedral, Harper bajó lentamente del estrado. La brillante cola del vestido de novia prestado la siguió, su silencioso y elegante susurro burlándose de los acontecimientos de la mañana a cada paso.

~

¿Cuándo se convirtió mi padre en mi enemigo?

Edward estaba sentado junto a la cama de su padre, observando cómo las llamas de la chimenea parpadeaban y jugaban. Durante un tiempo había sentido como si lamieran su propia alma. Ahora se estaban apagando y la sensación había disminuido. Era capaz de pensar en los acontecimientos del día con mayor claridad.

Necesitaba ir con Harper. Lo sabía, pero no podía obligarse a ir a buscarla. El pecho de su padre subía y bajaba bajo el edredón, una constante seguridad de que la vida continuaba en la forma dañada que yacía debajo. Una dosis de digital había aliviado la tensión en el corazón de su padre y le había permitido dormir. El conde tendría que tomar el medicamento durante el resto de su vida para evitar que la sangre se espesara y causara otro ataque.

—Hijo —los ojos del conde estaban abiertos.

—Padre.

—Te has quedado conmigo.

—¿Por qué me iría? No te habría dejado voluntariamente —su padre cerró los ojos.

—Te casaste con ella.

—Sí.

—Sabes que una vez me cayó bien. Cuando llegó por primera vez y era la única que podía conseguir que hablaras dos frases seguidas.

—Me dolía la garganta. No quería hablar.

El conde logró mirar a Edward con escepticismo.

—Sin embargo, por ella, te atrevías a soportar el dolor. Debería haberlo visto entonces. Pensé que simplemente era buena en su trabajo. Pero había algo más que eso —el conde tosió—. Ella conectó contigo cuando yo no pude. No puedo decirte cuánto he resentido ese hecho.

Edward se frotó las sienes. ¿Cómo explicar su ira por haber sido arrastrado lejos de una vida que había aprendido a amar a una que se sentía completamente extraña? ¿Cómo decirle a su padre que el sentimiento se había agravado a medida que se le ordenaba y coaccionaba a cada paso para que se ajustara a una realidad que no entendía? Solo podía intentarlo.

—No querías escuchar nada de lo que tenía que decir. Querías que retomara las cosas donde las dejamos hace quince años como si nada hubiera pasado. No podía ser ese chico para ti. Necesitaba que me vieras como soy.

Agotado por el esfuerzo de hablar, Charles cerró los ojos y luchó por respirar para poder hablar.

—Ella ha intentado decírmelo, una y otra vez, tu señorita Forsythe. Ella lo entendía. Yo no —se atragantó y jadeó—. Me alegro de que la hayas tenido para apoyarte. Con todo lo demás que he hecho mal desde que volviste, al menos te di eso.

—Descansa, padre.

—Me gustaría escuchar ahora. Si todavía estás dispuesto a contarme sobre tu vida en Brasil.

Edward se quedó quieto.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿Cómo era vivir en la selva? ¿Estar perdido? ¿Cómo sobreviviste? ¿Cómo se sintió volver a casa?

Edward habló, con la voz ronca por la emoción. Contó sus primeros días vagando perdido por la selva, aterrorizado por cada sonido y sobresaltado por el crujido de cada hoja mientras intentaba encontrar el camino de vuelta al campamento por un terreno desconocido. Habló del zumbido incesante de los insectos, las picaduras que se convertían en ampollas supurantes. Cómo después de días de hambre y sed insuficientemente saciada, había tropezado con una red, atrapado como un animal.

Cuando terminó, solo había silencio y el crepitar de un fuego moribundo.

—Y teníamos tantas expectativas puestas en ti —Charles tosió, sobresaltando a Edward—. Asignarte una enfermera, ponerte un abrigo y una corbata, hacerte hacer cálculos como un colegial y te convertirías en el perfecto futuro conde en cuestión de semanas. He sido tan necio. Tan ciego —Débilmente, Charles buscó la mano de Edward—. Lo siento mucho.

Luchando contra las lágrimas, Edward aferró la mano de su progenitor como un náufrago al que le lanzan un salvavidas. Podía sentir cómo la fuerza de su padre se desvanecía. Deseaba poder infundir su propia fuerza física en el cuerpo de su padre. Anhelaba poder sanarlo con su voluntad.

Habían desperdiciado tanto tiempo.

—Manda llamar a mi abogado. Debo verlo esta noche.

Edward se levantó e hizo una reverencia.

Su hermano acechaba en el pasillo. —Cuando dijiste que debíamos tomar una posición, nunca pensé que ocurriría algo así.

—Yo tampoco. El médico dice que cualquier cosa podría haberlo desencadenado. El estrés de los últimos meses ha sido acumulativo.

El sonido de un vaso golpeando contra la madera lo hizo detenerse. En el comedor, Richard estaba sentado solo frente a una copa de vino medio vacía, picoteando pollo. El estómago de Edward rugió, recordándole que no había comido desde el desayuno.

Richard levantó la mirada. —Ven y acompáñame —Asintió hacia la silenciosa sombra de un lacayo.

Edward retiró una silla contigua y se sentó. El lacayo reapareció con vino y un plato de comida sencilla servida fría. Pollo, pan y algunas verduras de aspecto pálido. Dio un bocado y de inmediato comenzó a devorar el resto.

—Es lo mejor, hermano. Cambiaste a tu novia por la elegida por Padre. Lo humillaste, a él y a toda la familia, frente a media Londres. Difícilmente un ejemplo de nobleza inglesa responsable y respetable. Más bien todo lo contrario. ¿Qué padre no te habría encarcelado? ¿Qué clase de administrador serías para la propiedad?

Edward optó por no responder al antagonismo de su hermano. —Hay otras formas de ver los acontecimientos de hoy. Elegí a una compañera que estaría a mi lado pase lo que pase.

Richard hizo un gesto desdeñoso con la mano y vació su copa de vino. —Dudo mucho que

Padre lo vea de esa manera.

Edward se encogió de hombros. —Padre ha mandado llamar a su abogado. Debería llegar en breve, y entonces conoceremos nuestro destino. Sin embargo, sigo siendo el heredero por nacimiento. No puedes cambiar eso, por mucho que lo desees.

El mayordomo segundo entró y anunció la llegada de su invitado.

—Sabremos la verdad sobre las intenciones de Padre si el abogado trae a Yaris consigo — Richard sonrió, pero no había regodeo en su actitud. En su lugar, parecía preocupado.

—¿Qué sucede? —preguntó Edward.

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó Richard en voz baja.

—Con su hermana y su abuela —Edward inclinó su copa y la terminó mientras la inquietud se apoderaba de él. Debería estar con ella, especialmente si estaba a punto de ser arrastrado en una camisa de fuerza por orden de su padre. Sin embargo, si su padre planeaba internarlo, no había dado ninguna indicación de ello antes, cuando le pidió escuchar la historia de Edward por primera vez desde que fue liberado de la jaula hace meses.

Richard sirvió una copa de vino a su hermano. Edward la levantó en señal de brindis. Su hermano vertió los restos de la botella en su propia copa y la vació sin ceremonia.

—¿Estás seguro? —preguntó su hermano.

El vello de la nuca de Edward se erizó. —¿Por qué no lo estaría?

—Porque esta tarde ella creía estar casada contigo, pero no has hablado con ella desde tu desastrosa boda.

—Todo fue caótico al salir de la iglesia —respondió Edward—. Enviaré a alguien a la casa de la baronesa Landor.

—¿Por qué no vas tú mismo?

—Lo haré. Me iré después de que el médico diga que está fuera de peligro por esta noche. Padre me necesita más esta noche.

Richard levantó un hombro y lo dejó caer. —Si crees que aún conservarás tu libertad. No te preocupes, sin embargo. Me aseguraré de que recibas un excelente cuidado una vez que estés encerrado. ¿Para qué más están los hermanos?

—Vete al diablo, Richard —Edward entrecerró los ojos hacia su hermano—. Hay momentos en que casi creo que hay un corazón humano enterrado bajo todas esas capas de cinismo, egoísmo y codicia.

El mayordomo regresó en ese momento para llamar a Richard.

—Te equivocas en eso —declaró Richard, apartando su copa vacía—. Tengo un corazón humano perfectamente decente. No está enterrado; simplemente no puedes verlo y nunca has podido, hermano.

Edward no siguió a su hermano cuando el mayordomo anunció la llegada del abogado. Su inquietud aumentó. ¿Y si Harper había estado esperándolo en algún lugar durante todas estas horas? Habría estado horrorizada por lo mal que había salido su plan, y él la había dejado allí de pie con un vestido de novia robado, casada de manera inconclusa y completamente arruinada, ante una multitud de aristócratas enfurecidos. Ahora que el terror por la muerte inminente de su padre había pasado, el impulso de salir corriendo a la tarde y encontrarla lo carcomía. Fue al vestíbulo para buscar su chaqueta y su sombrero.

Algo enorme se estrelló bajando las escaleras detrás de él. Edward saltó a un lado cuando un reloj de pie rodó por las escaleras y se hizo añicos en el vestíbulo, roto y esparciendo resortes y pedazos de metal retorcido en todas direcciones. Despeinado y con el rostro enrojecido, Richard lo fulminó con la mirada desde el rellano.

—Cuidado, hay vidrios rotos... —comenzó Edward, pensando que había sido un accidente.

—Tú —La cabeza de Edward se levantó de golpe. Finalmente asimiló el rostro furioso y enfurecido de Richard—. Tú y esa perra conspiradora. Han convencido a Padre de que Briarcliff necesita ser salvado de *mí*. Nuestro padre ha tomado todas las medidas posibles para evitar que te encierre. Cree que tú y esa pava real de Forsythe pueden dirigir un condado mejor que yo, que fui criado para esa tarea —Richard rio sin humor—. Lo arruinarás, Edward, más rápido que nadie. Te has dejado engañar por esa gorriona ordinaria, lo que demuestra lo condenadamente crédulo que eres.

Richard saltó por encima de la barandilla, aterrizando con fuerza sobre sus pies. Cogió una silla y la estrelló contra el papel tapiz de seda. La arrojó al comedor, casi incrustando la silla rota en el aplique de la pared opuesta. Luego recogió la pata de la silla que se había desprendido y destrozó el espejo alto del pasillo.

—Padre siempre te ha querido más —rugió—. ¿Por qué no pudiste simplemente seguir *perdido*?

Richard lo empujó al pasar. La puerta principal se abrió de golpe y una ráfaga de aire fresco entró. Trozos de vidrio roto tintinearon con la corriente. Todo el alboroto había durado solo unos instantes. Para entonces, ya se estaban reuniendo los sirvientes para evaluar los daños.

—¿Hueles eso? —le preguntó un lacayo a Edward mientras se acercaban al rellano.

Un momento después, ellos también lo vieron: una voluta gris de humo.

—Fuego —dijo Edward con voz ronca. Luego gritó—: ¡Fuego! ¡Todos, salgan de la casa! ¡Fuego!

Veintiocho

EDWARD SUBIÓ CORRIENDO las escaleras hacia el humo que se arremolinaba densamente en el aire. El fuego ardía justo fuera de la puerta del dormitorio de su padre. Su único pensamiento era su padre tendido pálido e indefenso en la cama. Comenzó a ahogarse. A través del humo, vio llamas rojas lamiendo las pesadas cortinas, abriéndose paso por el pasillo densamente alfombrado. Una pared estaba envuelta en llamas, y el fuego se propagaba rápidamente. En un momento, sería demasiado tarde para llegar a su padre.

Se lanzó hacia la puerta del dormitorio del conde y la abrió de golpe. Las llamas literalmente rugieron más alto, alimentadas por el oxígeno de la ventana abierta. Ambos comenzaron a toser incontrolablemente mientras el humo se colaba en la habitación alrededor de la puerta.

Charles luchaba por sentarse. Logró arrojar una almohada. Edward la metió debajo de la puerta, bloqueando lo peor del humo que se acercaba.

—Esto es una trampa mortal —dijo Edward con gravedad—. Tenemos que salir.

—Debemos dar la alarma. Los sirvientes del cuarto piso deben tener la oportunidad de escapar —su padre tiraba de su ropa con dedos débiles.

Edward se acercó a la ventana y miró hacia abajo, a la caída de diez metros hasta el patio trasero. No había nada a lo que aferrarse: ni una rama de árbol, ni una tubería, nada. Los alféizares de las ventanas, demasiado separados para ser útiles, proyectaban sombras profundas sobre las losas de piedra de abajo.

El humo en la habitación se espesó. Una sola puerta de madera era todo lo que se interponía entre ellos y el infierno en el pasillo. Se les acababa el tiempo. Edward tenía que hacer algo. Por fin, una cabeza con cofia blanca se asomó por una de las ventanas de arriba. Era la señora White, el ama de llaves. Su expresión era a la vez confusa, asustada y autoritaria.

—¿Qué es esto? Huelo a humo —gritó hacia abajo, divisando las cabezas de Edward y Charles por la ventana.

—La casa está en llamas, señora White —Edward descubrió que su voz era lo suficientemente fuerte como para llegar hasta ella.

—¡Dios mío!

—Saque a todos de la casa. Las escaleras principales están bloqueadas, intente por las escaleras de servicio. Puede que aún sean transitables. ¡Vaya! ¡Busque ayuda! ¡Ahora!

La cabeza del ama de llaves desapareció de la ventana.

—Richard —dijo Charles en voz baja, molesto y asustado, intentando no demostrarlo—. No puedo creer que hiciera algo así.

—Ven. Haremos una eslinga. Al menos puedo salvar tu vida —Edward comenzó a envolver a su padre en la sábana. Alzando los brazos, arrancó las cortinas en una lluvia de yeso. A lo lejos, sonó una campana. Una alarma. Al menos las otras casas podrían salvarse.

Edward rasgó las cortinas en gruesas tiras. Las almohadas debajo de la puerta comenzaron a arder. El humo áspero ennegrecía el techo.

—Mantente agachado —le dijo a su padre que tosía. El conde asintió y se encogió en el suelo. Su piel había adquirido un color ceniciento preocupante bajo la palidez provocada por su ataque anterior. Edward improvisó una cuna con la sábana. Luego ató las tiras de tela juntas y las sujetó a la barandilla de la cama.

El dispositivo improvisado podría resistir. Tenía que hacerlo. Aparecieron rayas rojas alrededor de los lados de la puerta. La puerta se estaba reduciendo a cenizas. Cuidadosamente, Edward levantó a su padre sobre el alféizar y comenzó a bajarlo. La tela se tensó y crujió, pero resistió. Detrás de él, la puerta del dormitorio se agrietó y cedió. El fuego crepitaba y rugía con voracidad. Su camisa estaba caliente contra su espalda.

El conde se retorció y tocó el suelo con un pie. Se derrumbó en el patio trasero. Un lacayo corrió para ayudarlo a levantarse, pero Charles no se dejó alejar del peligro. En cambio, levantó la cara hacia la ventana donde las llamas lamían detrás de Edward. Las chispas le chamuscaron el cabello mientras Edward se deslizaba por el alféizar y comenzaba a descender.

Dedos de fuego alcanzaron la ventana detrás de él. Las cortinas rasgadas se estaban quemando. El lacayo señaló y gritó.

Edward se preparó para el impacto en las losas de piedra de abajo.

Una caída repentina, y la gravedad tiró de su cuerpo hacia la tierra. El lino áspero le raspó las palmas. Se aferró con fuerza. Su descenso se detuvo tan abruptamente como había comenzado. Su cuerpo se estrelló contra carne cálida y piedra caliza fría. Trozos carbonizados de camisa se le pegaron a la espalda. Se dio la vuelta. No podía sentarse.

Muy por encima de él, el techo estaba envuelto en llamas. Una escalera se alzaba sobre él, fuera de su vista. Alguien gritó.

Un tirón en su brazo. —Debemos alejarnos de las llamas, milord.

Con dificultad, Edward se levantó y se alejó cojeando a través del jardín. Detrás de ellos, la gran casa ardía. El techo comenzó a derrumbarse lentamente.

—¡Atrás! ¡Todos, atrás!

La multitud retrocedió como una sola, huyendo al lado opuesto de la calle. Solo un hombre no se movió con ellos. Charles.

—¿Padre? —Edward dio un paso adelante y atrapó al conde cuando se derrumbó.



Llegó a la casa de la baronesa al amanecer, cubierto de hollín y cenizas.

—Pensé que me había librado de ti —dijo la baronesa con brusquedad, observando su desaliño.

—No sabía a dónde más ir —Edward se tambaleó. Su abuela palideció cuando él describió el incendio y la muerte del conde.

—Todo se ha perdido. Los bomberos lograron contener que se propagara, pero no queda nada de la casa. Incluso si podemos conseguir un nuevo alojamiento de inmediato, debemos tener un lugar para guardar el cuerpo.

—¿Cuerpo? —La lengua característicamente afilada de la baronesa fue silenciada por la

visión del cuerpo del conde yaciendo rígidamente en el carro de bomberos afuera. Una multitud de dolientes había seguido la sombría procesión por las mejores calles de Londres. Las noticias se habían difundido rápidamente, pero los rumores habían volado más rápido. Viola apareció con una bata hasta los tobillos. Su mano voló sobre su boca al verlo.

—¿Dónde está Harper?

—Pensé que estaba contigo.

Viola y la baronesa negaron con la cabeza al unísono.

Edward trastabilló. —No estaba en el carruaje cuando llegué a casa. Pensamos que su presencia podría alterar a Padre.

La baronesa lo miró acusadoramente. —¿La dejaste en el altar? El plan era hacer frente juntos. No habrás dejado claro tu punto abandonándola allí.

—Nadie pensó que Padre se desplomaría tampoco —se frotó los ojos. El cielo se tornaba gris con el inminente amanecer.

—¿Cómo pensaste que llegaría a casa? —exigió Viola.

—No pensé. Estaba preocupado por la muerte de mi padre. Murió, gracias a... —No. Mantendría eso en secreto. Dejaría que todos creyeran que había sido un accidente. No quería perder a su hermano también.

El maldito condado. No era más que una carga y una fuente de división.

—Deja que el pobre hombre descanse. Tendrás tiempo para llorar a tu padre. Por ahora, si no te atiendes las quemaduras, puede que te reúnas con tu progenitor antes de lo que a ninguno de nosotros nos gustaría.

Alguien lo empujó hacia una silla. Le vertieron en la boca una taza de algo con sabor horrible. Edward tragó. Luego, un médico comenzó a retirar capas de quemaduras carbonizadas y con costras. Las brasas le habían quemado la piel de la espalda y parte del brazo izquierdo superior. Aunque no eran profundas, las heridas atormentarían al recién nombrado conde durante algún tiempo.

—Debo encontrar a Harper —murmuró, pero vencido por el láudano, se durmió y soñó con dedos ardientes que lo agarraban.

La realidad era más aterradora que cualquier sueño cuando despertó.

—¿Dónde está Harper? —exigió al despertar, haciendo una mueca mientras intentaba incorporarse de la cama. Alguien le había recortado los mechones chamuscados cerca de la cabeza mientras dormía y también le había limpiado lo peor del hollín. Sin embargo, el hedor a fuego se aferraba a él como azufre.

—No está aquí —Viola y la baronesa intercambiaron miradas.

—¿Dónde? —rugió, tambaleándose fuera de la cama. Las costras recién formadas se estiraron sobre la piel de su espalda. Se abrieron y supuraron con cada movimiento.

Viola llamó a un sirviente para que lo ayudara. Todo dolía. Sus quemaduras eran solo el principio. La caída había dejado una masa de moretones violetas por todo su cuerpo. Pero, sin duda, lo peor era perder a las dos personas que más amaba en el espacio de un día. Alguien le dio más láudano. Poco acostumbrado a la droga, se rindió a otras pocas horas de sueño.

Por la tarde, despertó de nuevo. El cuerpo del conde había sido colocado en la sala principal, envuelto en hielo, para ser lavado y vestido para el funeral en uno o dos días. Con las cortinas bien cerradas, el cuerpo no se descompondría con gran rapidez. Como precaución, la baronesa ordenó un invernadero entero de flores. La habitación apestaba a rosas y lirios.

No había nada que hacer por su padre más que enterrarlo y tomar su lugar como el nuevo conde.

Había consuelo en el trabajo manual. Harper se movía entre las plantas del jardín, llenando su cesta de hierbas y verduras para la cocina. Colocó su cesta en el suelo y se apartó un mechón de pelo que revoloteaba sobre su rostro, dejando una leve marca de tierra en su lugar. A unos pocos metros, uno de los nuevos guardias caminaba vigilante.

—¡A trabajar! —gritó.

Harper ajustó el delantal azul que ella y las demás internas usaban durante el día para cubrirse las piernas mientras se arrodillaba para arrancar las malas hierbas. Cada día, trabajaba durante tres horas después del desayuno, con una parada al mediodía para tomar sopa y pan, seguida de una hora de oración, y luego volvía a la faena hasta la cena. No había tiempo de té relajado. El asilo ya no era el lugar que había sido una vez. Ahora, el trabajo se imponía más que se fomentaba. Las reglas habían reemplazado a la orientación amorosa. Las infracciones se castigaban. Este era el destino que se había asignado a sí misma.

Miller apareció en el borde del jardín. El guardia se abrió paso entre las altas plantas hacia ella. —Usted. Señorita Forsythe, la quieren en la casa principal.

Al hacerse cargo del asilo, Miller había desterrado a todos los pacientes a habitaciones superpobladas en edificios anexos apresuradamente convertidos. Había drenado y rellenado el pequeño estanque y arrancado el hermoso sauce llorón, explicando que eran peligrosos para los pacientes.

Todo lo que ella había querido era trabajar para él. Con desprecio, Miller le había dicho que el asilo solo contrataba mujeres como criadas. Podía quedarse como paciente o como su esposa. En reconocimiento a su servicio anterior, le permitiría trabajar para mantenerse.

Esposa. Como si alguna vez pudiera aceptar eso, después de Edward.

No estaba preparada para la conmoción de verlo en el vestíbulo. Se veía tan diferente. Le habían cortado el pelo muy corto. Se mantenía rígido en su apropiado abrigo de lana. Pero el efecto iba más allá de lo físico. Harper sintió en él una quietud que no había estado presente antes.

—El Conde de Briarcliff —anunció un sirviente. Los ojos de Harper se llenaron de lágrimas.

Si él era el conde, entonces Charles estaba muerto. Ella era una asesina. Lentamente dio la espalda, preparándose para huir. No llegó lejos. Dos pasos hacia la puerta, su mano estaba en su brazo. Harper levantó la mirada. Todo lo que vio fueron sus ojos afligidos antes de que la envolviera en un abrazo rígido.

—¿Por qué, Harper? —susurró en su cabello—. ¿Por qué huiste?

—No puedo quedarme contigo —dijo ella—. Fui egoísta. Nunca debí dejar que me tentaras. He traído tanta devastación a tu vida.

—¿De qué estás hablando? —Dio un paso atrás con una expresión de confusión arrugando sus hermosas facciones.

—Me equivoqué al pensar que alguna vez sería más que una asistente de asilo. Fui desagradecida con la oportunidad que tenía aquí. Quería más. Te quería a ti. Quería Briarcliff, y no dejé que nada se interpusiera en mi camino. Ni siquiera la vida de tu padre. —Harper juntó las manos—. Volví aquí para ver si podía recuperar algo de mi respeto propio. Necesitaba un santuario, y me lo han dado.

Inclinó la cabeza.

Miller se entrometió. —Por favor, quite sus manos de mi futura esposa.

—¿Cómo dice?

—Harper ha accedido a casarse conmigo cuando sienta que ha recuperado su equilibrio.

En otra época, Edward habría lanzado a Miller por la ventana por decir eso. No era acorde con su nuevo propósito reformado, pero se encontró echando de menos esa versión de Edward. Este, un extraño, entrecerró sus fríos ojos azules.

—Eso es un problema, ya que ella ya está casada. Conmigo.

Miller tosió. —La señorita Forsythe me aseguró que el matrimonio no era legal.

—Le aseguro que es lo suficientemente legal como para impedir cualquier compromiso futuro. —Se cernió sobre Miller, quien se encogió un poco ante la visión de las numerosas cicatrices de batalla de Edward. Incluso si la amenaza física no hubiera disuadido al nuevo director del asilo, todos eran muy conscientes del nuevo estatus de Edward como conde.

La determinación que había paralizado a Harper después de la ceremonia de boda fallida se derritió un poco. ¿Cómo podía no amar a este hombre? Era imposible. Era maravilloso. Era todo. Tal vez no debería haber huido, pero era demasiado tarde para arrepentimientos.

—Sí. Bueno, el hecho es que su esposa ha solicitado permanecer aquí como interna. Bajo mi cuidado —aclaró Miller, envolviendo su mano alrededor de la parte superior del brazo de ella.

—Quite sus manos de mi esposa.

Para el inmenso alivio de Harper, Miller la soltó. —Me alegro de que nos entendamos. Los dejaré que arreglen las cosas entre ustedes, Lady Briarcliff.

El título la golpeó como una bofetada en la cara. Miller cerró la puerta al salir. Ella y Edward se quedaron solos.

Veintinueve

—¿Por qué, Harper?

Ella no tenía respuesta. Sin embargo, tenía que decir algo. Edward la miraba sin piedad.

—Lo destruí todo. Te quité la oportunidad de encontrar una novia adecuada. Una vez te dije que deberías intentar conocer a damas de tu rango, y luego te seguí a Londres y te distraje de aprovechar esa oportunidad. Lo hice porque fui egoísta. La idea de verte con otra persona es intolerable. Preferiría lanzarme de un tejado de nuevo antes que verlo suceder —Se rio sin humor —. ¿Ves? No puedo dejar de ser egoísta. Te quiero solo para mí, y tú necesitas ser libre para convertirte en el conde que estabas destinado a ser. También deseo eso para ti.

—Yo soy el conde. Mi padre no sobrevivió al ataque.

Harper se cubrió el rostro con una mano manchada de tierra.

—No. Nunca quise hacerle daño.

Edward le acunó el rostro y le limpió la mancha de tierra en la mejilla con el pulgar.

—Tú no lo hiciste. Hubo un incendio. Intenté salvarlo, pero su corazón se había debilitado y no sobrevivió al rescate. Tú no fuiste responsable. Si acaso, fue Richard.

—¿Richard? —preguntó ella, con la voz elevándose.

—Sí, él provocó el incendio accidentalmente, después de que mi padre le dijera que estaba dejando una declaración con su abogado afirmando que me consideraba plenamente competente para administrar el condado y otorgando su aprobación para nuestro matrimonio. Estaba furioso porque el título se le había escapado definitivamente. Eso no excusa nada.

Ella asimiló esto, leyendo la verdad en sus rasgos cansados. Harper le dejó que la atrajera hacia sus brazos.

—Vuelve a casa —susurró Edward.

Ella se apartó.

—Estoy en casa, Edward. Te deseo toda la felicidad, pero lo mejor para ti es seguir adelante con tu vida —Harper se mordió el labio y retrocedió los pocos pasos hasta la puerta, donde tropezó con el marco y se tambaleó al salir, deseando poder huir con más dignidad. Deseando tener más valor. No podía ser una condesa. Nunca lo sería.

Harper se dirigió a la lavandería. Era un trabajo caluroso, incluso en septiembre. La labor de remover, vaporizar y planchar tanta ropa de cama recaía en las mujeres. Ya no quería estar cerca de los hombres.

—Ponte primero un blusón nuevo —le dijo el guardia. Harper se quitó la prenda azul sin forma y se puso una más limpia. Sus manos temblaban mientras intentaba atar los nudos detrás

de su cintura.

—Déjame a mí —ordenó una voz áspera. Sobresaltada, Harper se dio la vuelta.

Edward estaba allí con su propia prenda mal ajustada. El blusón le llegaba a media espinilla. Sus mangas colgaban flojamente hasta sus antebrazos.

—¿Qué estás haciendo?

—No te voy a dejar, Harper. Si eso significa llevar uno de estos blusones, bueno, he soportado cosas peores.

Los internos los miraban fijamente. El guardia se acercó pisando fuerte.

—¿Eres nuevo? Los hombres no suelen ayudar en la lavandería, pero eres fuerte y puedes remover la ropa de cama hirviendo si quieres.

—Edward, no seas ridículo —siseó Harper—. Ahora eres un conde. Esto está por debajo de ti.

—El trabajo honesto no está por debajo de ningún hombre. Me iré cuando puedas explicarme por qué es menos ridículo que una condesa trabaje en la lavandería de un manicomio —Con rigidez, alcanzó el palo usado para remover el agua hirviendo y removió el agua gris.

—Porque... —balbuceó ella—. Porque eres un conde. Recuerda tu posición.

—Lo haré, si tú lo haces —Edward hizo una mueca mientras empujaba la pala en círculo, como si le dolieran los hombros.

Harper hizo un sonido y se llevó el puño a los labios en un vano intento de contener lo que estaba a punto de salir. Risa.

La escena era tan absurda. Pronto los internos también se estaban riendo. Edward puso un esfuerzo extra en remover la ropa, haciendo que todos estallaran en carcajadas. El guardia pisoteó y sopló su silbato, intentando restaurar el orden. El alboroto atrajo a Miller.

—¿Qué está pasando? —exigió. Luego se detuvo en seco, mirando fijamente.

—Solo estaba demostrando algo —Edward arrojó la pala a un rincón. Se quitó el mal ajustado blusón de interno y lo tiró a un lado.

Harper jadeó.

—Edward. Tu espalda. ¿Qué pasó?

—El incendio pasó —Caminó hacia ella y la besó con fuerza. Harper se había dicho a sí misma que había exagerado lo excelentemente que él besaba. Se había estado mintiendo a sí misma. Era tan maravilloso como había intentado no recordar.

No podía quedarse aquí. Este no era su lugar. Ya no.

—Vuelve a casa, Harper.

—¿Dónde es eso?

—Briarcliff —La besó de nuevo. Esta vez tiró de su blusón. Lo levantó y se lo quitó por la cabeza. Hecho un bulto, lo dejó caer al suelo mientras los otros internos vitoreaban—. Cásate conmigo de nuevo, por si acaso Miller tiene alguna idea.

—Sí —Harper estaba sudorosa, sucia y vestida con harapos, pero cuando salió de la lavandería del brazo de Edward, fueron seguidos por un aplauso tumultuoso y desenfrenado. Después de todo, no todos los días una interna de un manicomio se convertía en condesa.



Harper se vistió con un vestido de lana gris y bajó las escaleras. Una criada hizo una reverencia cuando pasó. Sara. Ella asintió con un sobrio reconocimiento.

Viola la encontró en las escaleras, envolviéndola en un abrazo.

—No puedo creer que casi te perdí. ¿En qué estabas pensando al huir así?

Harper abrazó fuertemente a su hermana.

—Pensé que era lo mejor para todos.

—No vuelvas a dejarnos nunca más.

—No lo haré. ¿Dónde está Edward?

—Con su padre.

—Oh.

Harper encontró a Edward sentado en la oscuridad, velando el cuerpo de su padre. Se inclinó para besarle la cabeza, teniendo cuidado de no tocar sus hombros vendados mientras se paraba junto a él, ofreciéndole solo el consuelo de su presencia.

Había habido un velatorio por la tarde para permitir que los aldeanos presentaran sus respetos. En unos minutos el ataúd sería cerrado por última vez antes de ser colocado en el cementerio familiar. Edward permanecía en una vigilia silenciosa. Harper retrocedió y cerró la puerta para permitirle unos momentos de paz.

Luego se volvió para encontrarse con su nueva familia, como señora de Briarcliff, el hogar que había llegado a amar.

Epílogo

RICHARD SUBIÓ las imponentes escaleras frontales del número 24 de Hamilton Mews con pasos pesados. En los meses transcurridos desde el catastrófico incendio en la casa de su padre, el nuevo conde de Briarcliff y su condesa habían convertido silenciosamente su casa alquilada en un hogar elegante y cómodo. Incluso circulaban rumores de una oferta permanente para comprar la casa al propietario.

El cielo sabía que ella tenía el dinero para hacerlo. El ceño fruncido perpetuo de Richard se profundizó.

Imagínate. Esa mujer. Una *condesa.*

Preferiría estar en cualquier lugar del mundo antes que parado frente a la puerta de la nueva residencia de su hermano, pero meses sin ingresos ni amigos lo habían obligado a llegar a este punto. Después del incendio, había huido a la finca campestre que su futura amante había rechazado y se había escondido allí, lamentando el papel que había desempeñado en la muerte de su padre. Incluso viviendo una vida simple con solo un sirviente para ayudarlo, el dinero de Richard se había agotado ahora. Resignado, Richard levantó la aldaba de bronce y la dejó caer.

Edward sabía que algún día, su hermano vendría. Aun así, cuando el mayordomo llamó a la puerta de su estudio y anunció la llegada de Lord Richard, se encontró preparándose para una batalla.

Richard lucía demacrado. Su piel parecía cetrina y su forma hinchada. Sus ojos, aunque claros, estaban rodeados de sombras. Su cabello estaba peinado pero no se lo había cortado en algún tiempo, y su ropa mostraba signos inconfundibles de remiendos recientes.

—Así que —dijo, tomando asiento en un sillón orejero frente al gran escritorio.

—Hola, Richard.

—¿Cómo te va siendo conde?

Edward no pudo detectar ningún sarcasmo, solo curiosidad. Prometiéndose mantener la calma, respondió:

—Es mucho trabajo.

—Me lo imagino, para alguien con tanto que dominar.

Ahí estaba, la pulla que Edward había esperado. Treinta segundos era todo lo que había

tardado en aparecer. Edward sonrió para sí mismo, el más mínimo atisbo de sonrisa adornando sus labios.

—He tenido mucha ayuda para poner en orden la finca. Está prosperando, afortunadamente.

Richard se removió incómodo en su asiento.

—¿Cómo va la curación de tu brazo?

—Oh, bastante bien. Las cicatrices no son bonitas, pero no hay impedimento en mis movimientos. Gracias por preguntar.

—Oí que estabas invirtiendo en un negocio peculiar —comentó Richard, cruzando una bota sobre su rodilla y moviéndola nerviosamente—. Un asilo exclusivamente para mujeres con problemas.

Edward sonrió ante eso.

—Sí. El proyecto de Harper, como lo llamamos. No es una inversión en el sentido tradicional, sino más bien una obra benéfica autofinanciada. Un hogar para chicas con problemas.

La puerta del estudio se abrió bruscamente. Ambos hombres dirigieron su atención a la mujer que irrumpió.

—Oh, disculpen. Volveré más tarde —la voz de la nueva condesa flotó por la habitación. La puerta se cerró. Edward miró fijamente a su hermano, quien no podría haber pasado por alto el distintivo abultamiento del vientre de Harper.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? ¿Dejar que una mujer en su estado dirija una obra benéfica?

Edward se encogió de hombros.

—No hará más de lo que se sienta capaz. Y tiene mucha ayuda.

—Entonces, ambos están felices —confirmó Richard, como si tanteara el terreno.

—Inmensamente.

—Con un bebé en camino.

—Sí. Nacerá en unas semanas —la autosuficiencia satisfecha de Edward revolvió el estómago de Richard.

—Eso fue rápido —dijo, con sarcasmo.

Edward sonrió de nuevo, negándose a morder el anzuelo. Técnicamente, el bebé llegaría escasos ocho meses después de su matrimonio. El segundo matrimonio oficial.

—¿Por qué estás aquí, Richard? —preguntó.

—Me encuentro necesitado de fondos. Estoy aquí para reclamar mi parte de la herencia, por magra que espere que sea.

Edward asintió. Estaba preparado para esto. Alcanzando su escritorio, sacó dos grandes sobres, sellados con cera, y los colocó frente a su hermano.

—Ante ti yacen dos futuros, Richard. Te explicaré su contenido, y podrás elegir el que prefieras. Esto está de acuerdo con los términos del testamento de nuestro padre, ¿entiendes?

Ya pálido como un pez, Richard palideció aún más.

—A la izquierda —Edward tocó el sobre—, encontrarás una carta de nuestro padre. En ella, suma la cantidad de dinero que has recibido a lo largo de los años y concluye que has recibido suficiente generosidad. Cualquier cosa adicional que requieras debes pedírmela directamente. Debo admitir que, después de ver la asombrosa suma que ya has recibido, no estoy inclinado a ser generoso.

La palidez de Richard adquirió un tinte verdoso. Edward se movió para tocar el segundo sobre.

—A la derecha, encontrarás un boleto de ida válido para un pasaje en cualquier barco de la flota Northern Line. Son barcos bastante espectaculares, que zarpan regularmente cada quincena. Encontrarías los camarotes perfectamente cómodos. Quizás incluso más cómodos que tu alojamiento actual —Edward había aprendido a aguijonear tan efectivamente como su hermano. Arqueó una ceja para enfatizar. Richard frunció el ceño.

—He considerado el asunto con mucho cuidado. Estás muy apegado a los adornos de la aristocracia inglesa. Las mujeres. Los caballos. El juego. El torbellino social. Sin embargo, me pregunto si tu obsesión con el estatus y el dinero es del todo saludable.

Edward golpeó el segundo sobre.

—Tienes la opción de desembarcar en Nueva York o Boston. En mi opinión, te vendría bien experimentar otra cultura. Una que se enorgullece de haber desafiado todo lo que nosotros, los británicos, apreciamos. Una nación que se separó del Imperio y sobrevivió, incluso prosperó. Como espero que hagas tú, si eliges este futuro —hizo una pausa para que su hermano asimilara esto.

—Si lo haces, habrá dinero esperándote en un banco a tu llegada. Esa suma se repondrá trimestralmente con fondos suficientes para mantenerte cómodamente, aunque no en el estilo al que estás acostumbrado. Si quieres obtener los adornos de tu antiguo estilo de vida, te recomiendo encarecidamente que te apliques diligentemente a la mecánica de ganar un ingreso. Eres, por supuesto, libre de volver a Londres una vez que te hayas establecido en alguna capacidad útil. Si descubres que el trabajo no te conviene, será mejor que estés atento a una heredera crédula dispuesta a mantenerte en tu estilo preferido, porque yo ciertamente no lo haré.

Richard balbuceó. Ninguna palabra coherente salió de su boca. Evidentemente, había anticipado la posibilidad de un mal desenlace, pero no había considerado que Edward pudiera idear un plan tan diabólico.

Esta vez, Edward sonrió con sinceridad.

—Tómate todo el tiempo que necesites para decidir. Sea cual sea tu elección —quedarte aquí en la pobreza o buscar fortuna en el extranjero—, te deseo lo mejor de corazón. A pesar de todo, mantengo la esperanza de que algún día podamos encontrarnos en mejores términos.

Con esas palabras, Edward dejó a su hermano para que eligiera su destino, cerrando suavemente la puerta tras de sí mientras iba en busca de su amada esposa.



Si has disfrutado de *El Señor Indómito*, ¡por favor, deja una reseña!



Obtén una escena extra caliente gratis con Edward y Harper:
https://BookHip.com/GPXZSKZ

Únanse a Harper y Edward para una velada íntima en Briarcliff en este extracto exclusivo para suscriptores del boletín.

Nota de la autora

Ningún autor de ficción histórica podría trabajar sin la labor esencial y, a veces, oscura y meticulosa de historiadores e investigadores. El personaje de Edward, por supuesto, está basado libremente en John Clayton II, vizconde de Greystoke, del relato *Tarzán* de Edgar Rice Burroughs.

Una influencia menos reconocible en este libro es el poeta inglés John Clare, quien estuvo confinado en un manicomio durante la segunda mitad de su vida. El manicomio del Dr. Patton está basado en las descripciones del manicomio privado del Dr. Matthew Allen. Mi comprensión de la creciente tendencia hacia la institucionalización está en gran parte informada por el libro *Cure, Comfort and Safe Custody: Public Lunatic Asylums in Nineteenth-Century England* de Leonard Smith (Leicester University Press, 1999). La ambición de Harper de hacerse cargo del manicomio no habría estado fuera de lugar en aquella época. Las mujeres frecuentemente trabajaban codo a codo con los hombres que dirigían los manicomios "mejores".

La columna vertebral de *El Señor Indómito* proviene del libro *1808: The Flight of the Emperor* de Laurentino Gomez (Lyons Press, 2013). Todo lo que ocurre en el primer tercio del libro sucedió realmente. Injerté un condado y una historia de fondo en la historia del rey de Portugal, Dom João, huyendo de los ejércitos de Napoleón.

Finalmente, aunque Harper ahora se considera un nombre femenino, en la Inglaterra del siglo XIX habría sido más comúnmente un nombre de pila masculino o unisex.

Agradecimientos

Comencé a escribir lo que se convertiría en *El Señor Indómito* en 2011, poco después del nacimiento de mi hija. Estoy agradecida a las siguientes personas e instituciones por sus comentarios a lo largo del camino (en orden cronológico):

• Maya Rodale, por sus comentarios iniciales y, especialmente, por ayudarme a aclarar los títulos de la época de la Regencia.

• Hope Tarr, Ron Hogan y Leanna Renee Hieber, cofundadores de Lady Jane's Salon, por permitirme leer un segmento en Nueva York. Estar de pie en el escenario y escuchar la reacción del público fue la primera vez que realmente me sentí como una autora.

• Ingrid Hahn, quien me proporcionó valiosas correcciones.

No sería la escritora que soy hoy sin el apoyo y los comentarios que he recibido de cada uno de ustedes.

También estoy agradecida a Dominion Editorial por la corrección de estilo y a Lillie Applegarth por la corrección de pruebas. Todos los errores son míos.

Finalmente, a la familia Lomax: Michael, gracias por encargarte de la cena, los platos y la cocina cuando, de no ser por ti, estaríamos todos comiendo cereales en tazas en cada fecha límite. Te amo.

-Carrie.

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:



Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

Dueto de Doce Noches

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque